Mauricio Vargas Linares

AE & I

Ahí le dejo la gloria



A E
& I

Ahí le dejo la gloria

Autores Españoles e Iberoamericanos

Mauricio Vargas Linares



Ahí le dejo la gloria

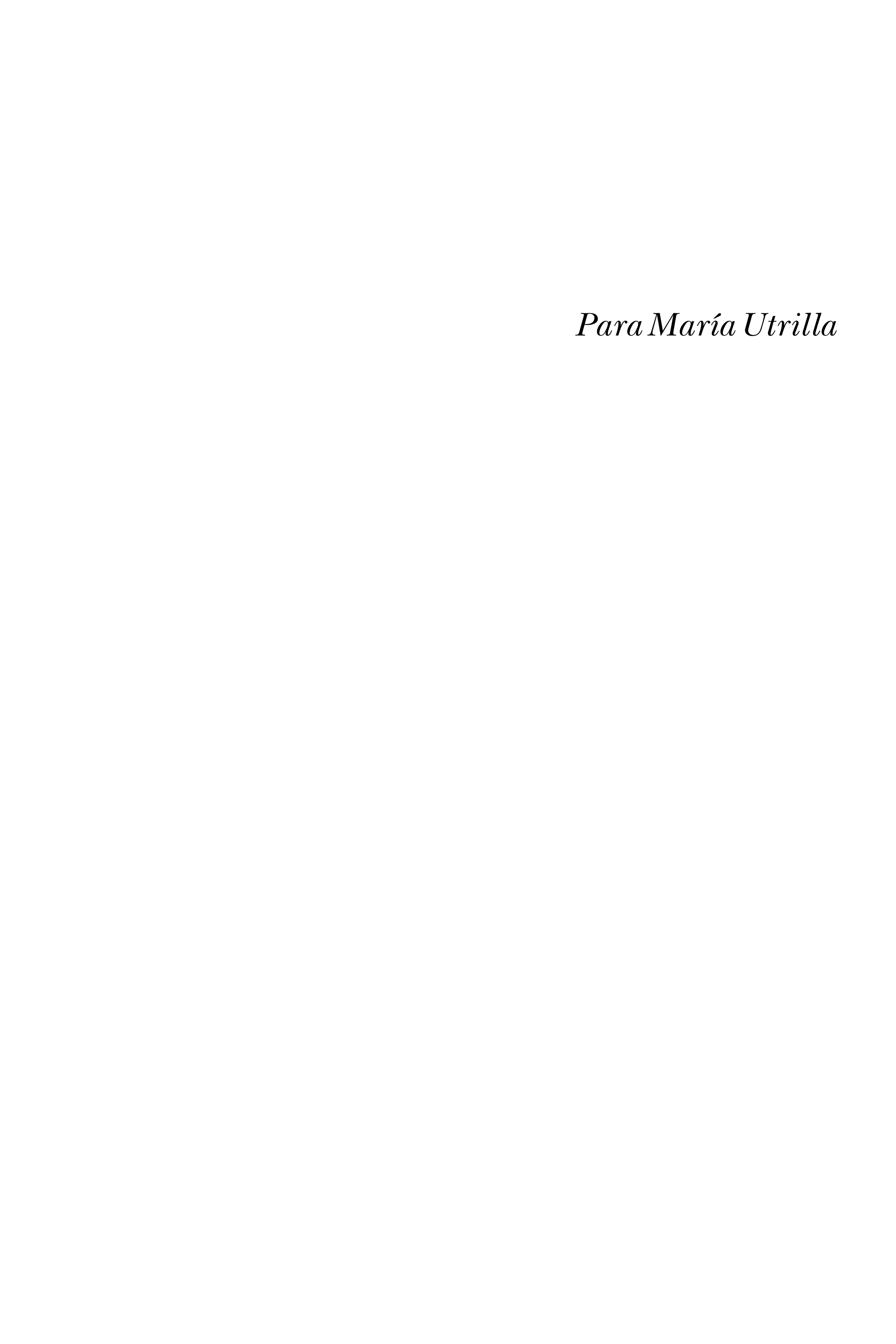


Calle 73 N.° 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3434-6
ISBN 10: 958-42-3434-X

Primera edición: marzo de 2013

Desarrollo ePub: Hipertexto Ltda.



Para María Utrilla

En vain par vos travaux vous courez à la gloire.
Voltaire, *Précis de l'Ecclésiaste*

I

EL BIEN IMAGINARIO DE LA DICHA

—Nadie lo sabrá.

Lo dijo en voz baja, con los ojos casi muertos pegados a la ventana. Las cataratas habían tejido ya su velo y le impedían distinguir las espigas azules de hielo que rasgaban el vidrio. Afuera, el mar manchado de gris rompía, espumoso, sobre la escollera, y las ráfagas de viento del suroeste bramaban al encajonarse en las estrechas calles de Boulogne-sur-Mer. Mirando sin ver por la ventana de su estudio en los altos de la casa de la Grande Rue, el viejo general confirmó esa mañana que, al perder la vista, sus otros sentidos se aguzaban. Podía olerlo: ahí están las mujeres de los pescadores, con sus canastos de arenques, merluzas y soles sobre el muelle, pensó antes de sorber los restos del café que el amanecer de noviembre se había apurado en enfriar. Y podía escuchar el eco de sus arengas de venta.

Como el olfato y el oído, la memoria también se afinaba. Si al menos los achaques me ayudaran a olvidar. Vana esperanza. Las viñetas del pasado se le instalaban ante los ojos, en remplazo de las imágenes nebulosas del presente. Ahora que no podía ver, se le daba mucho recordar. Y no quería. El general José de San Martín llevaba más de veinticinco años tratando de dejar atrás lo que había quedado atrás, la entrada triunfal a Buenos Aires después del combate de San Lorenzo; la vista abierta de los valles chilenos tras el celebrado paso de los Andes; Santiago a sus pies, ¡Gloria al salvador de Chile!, al día siguiente de Maipú, la mirada azul y la cintura estrecha, retadora, de Rosa Campuzano en el baile de Lima, la noche misma de la

proclamación de la Independencia del Perú.

Ahí sigue, pensó mientras repasaba el rostro ahora borroso de Simón Bolívar colgado sobre el escritorio, en la pared que separaba las dos ventanas de la habitación, el mismo que Mercedes, su hija, había dibujado años atrás, porque papá, él es el otro grande y está bien que nos acompañe. Y entonces ya no recordó más los días de gloria militar ni las caricias de Rosa. Rememoró lo otro, el abrazo de despedida con el Libertador de Colombia, exultante y ufano, en el muelle de Guayaquil, y el retrato que su anfitrión de esas horas le entregó como recuerdo del encuentro, la imagen del caraqueño tallada en marfil que años más tarde serviría de inspiración a Merceditas para dibujarlo, un regalo envenenado para que jamás olvidara esa derrota. Y recordó también otras puñaladas de la vida, la felonía de sus propios oficiales en Lima que jamás entendieron su prudencia militar, debemos convencer para vencer, repitió en vano, pero nunca convenció; o los futres de la capital, los falsos oficiales que jamás escucharon el tronar de los cañones y que, en la aldea venenosa del Río de la Plata, se dedicaron a oscurecerle la cuna, a matar al niño para que el adulto nunca mereciera el apelativo de héroe. Para no mencionar, que de hecho nunca la mencionaba, a Remedios, su mujer, bocado principal de las hablillas de Mendoza y, gracias al eco interminable y de andar veloz de las malas lenguas, también de Buenos Aires, que algo le hizo, lo que cuentan o cualquier otra cosa, pero algo le hizo para merecer de él tanto desprecio.

Y todavía le preguntaban por qué se había ido. Ni siquiera Sarmiento, el muy civilizado Domingo Faustino, tan sabio él, era capaz de comprender lo obvio. Varias veces se lo había preguntado en la casa del Grand Bourg, siete leguas al sur de París, dos años antes. ¿Por qué, general, por qué? San Martín repetía lo de siempre: en los años en que me ha tocado la desgracia de ser hombre público... Y arrancaba, era el abrebocas del discurso completo. Ya no quería mandar, y además la inmensa mayoría de quienes habían sido sus compañeros ya no quería su mando. No puedo, lo he dicho cientos de veces, habitar mi país en una era de convulsión sin verme, aun sin quererlo, mezclado en divisiones. Veinte años antes le había explicado —en vano, huelga decir— a Tomás Guido que la historia y la experiencia de nuestra revolución me han demostrado que nunca se puede mandar con más seguridad a los pueblos que los dos primeros años que siguen a una gran crisis. Después hay que largarse con viento fresco.

Se lo repitió a Sarmiento y a Juan Carlos Alberdi, al británico William Miller y a todos, en Bruselas, en Grand Bourg, y ahora, en los

años recientes, en Boulogne-sur-Mer, a los pocos que se animaban a tomar el camino de fierro desde París para visitarlo: nada resulta más imperdonable que haber prestado un servicio. Les recordó que jamás podría olvidar, ni Séneca que fuera, los honrosos epítetos de ladrón y ambicioso con que tan gratuitamente me han favorecido los pueblos que en unión de mis compañeros hemos libertado. Confesemos, lo decía casi de memoria, que nada suministra una idea para conocer a los hombres como una revolución: ella nos presenta ejemplos para medir la inmensidad de su perversidad. Por eso estaba en Europa y por eso también, por huir de la más reciente revuelta parisina, había dejado Grand Bourg para instalarse en Boulogne- sur-Mer.

Quiso evitarles a su hija y a sus nietas las imágenes de la canalla asaltándolo todo, quemando todo aquello que no podía poseer. Sin objeto, lo sabía, porque ni el hambre ni la rabia tendrían jamás remedio, que quien nació para pobre jamás llegará a ser rico. La verdadera contienda que divide a esta población es puramente social, le escribió días antes a Juan Manuel de Rosas, a quien admiraba, un poco a ciegas —y de eso no podía culpar a las cataratas—, por el orden que trataba de imponer en la Confederación Argentina. En una palabra, mi querido y respetado general, la lucha del que nada tiene y trata de despojar al que posee. Calcule usted lo que arroja de sí un tal principio, infiltrado en la gran masa del bajo pueblo, por las predicaciones diarias de los clubs y la lectura de miles de panfletos. Si a estas ideas, mi estimado general, se agrega la miseria espantosa de millones de proletarios, y así seguía la parrafada con detalles sobre el déficit del fisco francés y el inminente contagio de la convulsión parisina por el resto de Europa.

Nada tiene remedio, pensaba, con una resignación que no terminaba de acomodarse en su alma todavía rebelde. Hasta en Estados Unidos, el paraíso de la igualdad, persisten las barreras sociales. Se lo había explicado dos años antes al expresidente chileno Francisco Antonio Pinto, uno de los pocos oficiales que se mantuvieron fieles, a su lado, cuando otros cuchicheaban y tramaban contra él en Lima, en el año veintidós. Quería vacunar contra las fiebres idealistas a este general liberal que le informaba sobre el estado de cosas en Chile. Nuestro país, le había escrito Pinto en 1845 desde Santiago, sigue su marcha pacífica, tranquila y progresiva, y me parece que resolvemos el problema, que se puede ser republicano hablando la lengua castellana. San Martín, que entonces aún era capaz de leer su correspondencia, no había podido contener la sonrisa, qué cándido, una república, ya verá cómo todo se lo lleva el diablo.

Pero no se lo escribió. Al responderle, semanas después, lo felicitó por el curso del acontecer chileno, y esta vez fue Pinto quien sonrió al descubrir, entre las líneas mansas de su corresponsal, las orejas del lobo de la ironía. No sé si recuerda usted en los tiempos de Lima, le dijo San Martín, durante el evento de celebración de un nuevo aniversario de la Independencia de Estados Unidos, que dos americanos casi se van a duelo porque uno de ellos, muy aristocrático y atildado, no permitió que el otro, que se creía igual pero quizás no lo era, se sentase con ellos en el convite. Tuvimos que intervenir para evitar una desgracia, prosiguió, y por eso le digo que las notabilidades de un Estado sean las del dinero, las del talento o las del nacimiento, ellas han existido, existen y existirán siempre, y estas barreras son tan marcadas en Estados Unidos como en Inglaterra, lo que comprueba que el hombre en todo género de gobierno es el mismo, es decir, sujeto a las mismas pasiones y debilidades. En resumen, remató, el mejor gobierno no es el más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen.

—O sea que para ser feliz, hay que saber obedecer —se lamentó Pinto en voz alta, al terminar de leer.

Y quiso aún más a su antiguo jefe, que por aquellos días ya no proclamaba independencias, sino apenas, a quien quisiera oírlo, su propia felicidad. ¿Acaso no era eso lo que había ido a buscar a Europa, una vida de retiro, lejos de las bajas pasiones del poder y la política, apartado de las tentaciones de mezclarse en el disenso diario entre viejos compañeros de armas que, terminada la guerra libertadora, habían convertido las recién nacidas patrias en leoneras? De su existencia apacible le había hablado a otro chileno, el presidente Joaquín Prieto, cuando le escribió para felicitarlo por haber tenido la decencia, bicho raro en esos días de intrigas y pequeñeces, de enviarle al general Bernardo O'Higgins un pasaporte para que regresara de su exilio peruano a la tierra que tanto había contribuido a libertar. Mi vida sigue, le explicó en el año cuarenta y dos desde Grand Bourg, como siempre, enteramente aislada en el campo y sólo reducida a mi familia. Debe sonarle triste todo esto al bueno de Prieto, pensó San Martín y entró en honduras: este sistema, que para otro sería insoportable, es el que hace mi felicidad, lo que prueba que en muchas cosas, cerró el párrafo, la dicha no es un bien real sino imaginario.

Imaginarse feliz en un pueblito de pescadores, olvidado en un rincón de la costa francesa sobre el canal de la Mancha, a nada más podía aspirar el hombre que había libertado media América del Sur y que, por premio a sus servicios, recibía, a cuentagotas, algunas onzas

de oro y unos pocos giros de los gobiernos de Chile y del Perú. Qué habría sido de él sin la mano generosa del banquero Alejandro Aguado, un sevillano tan parisino que en los salones de la Ciudad Luz lo llamaban Alexandre. Fue él quien acudió en su ayuda cuando en 1830 San Martín dejó las estrecheces cada vez más insoportables de Bruselas y decidió instalarse en París. El hábil comerciante de vino, frutas y perfumes había amasado una enorme fortuna en la tercera década del siglo, cuando por cuenta de sus operaciones en la bolsa de París se convirtió en el hombre indicado para reabrirle a la aislada España de Fernando VII las puertas del crédito. Aguado, ya para entonces marqués de las Marismas del Guadalquivir, que algún premio tenía que darle el monarca por tan eficientes servicios, contrató a San Martín como preceptor de sus hijos y años después, a poco de morir, lo nombró albacea de su herencia. Sin esa mano tan dadivosa como oportuna, el vencedor de Maipú no habría estado lejos de terminar sus días mendigando en el atrio de las iglesias a la hora de la *cloche*, cuando los más miserables, los que pronto empezarían a ser llamados *clochards,* acudían a la casa de Dios por un pedazo de pan.

Ahora, en el piso medio de la casona del número ciento cinco de la Grande Rue de Boulogne-sur-Mer, que San Martín ocupaba con su hija Mercedes, sus nietas María Mercedes y Josefa y, cuando no andaba de viaje, su yerno Mariano Balcarce, la despensa andaba un poco mejor, pues a las ocasionales pero bien recibidas pagas de Lima y de Santiago, y a los honorarios asignados por el banquero Aguado, se sumaban las rentas que habían comenzado a llegar con cierta regularidad desde Los Barriales, su chacra en las afueras de Mendoza. Hasta le había alcanzado años antes para comprar la casa de Grand Bourg que ahora, tras la retirada a Boulogne-sur-Mer, trataba de vender a quien le pagara por ella treinta mil francos, para engordar un poco la herencia de Mercedes, que no va a vivir de mis glorias, las que, a juzgar por las noticias que recibo, se devalúan año tras año.

En algo contribuía semejante comodidad económica al bien imaginario de su dicha y, en especial, a sobreponerse a los alifafes y males mayores que lo habían estado minando, como interminable guerra de zapa, a lo largo de los años. La úlcera, la gota, el reumatismo que le molía la pierna izquierda y que le trataban con baños termales y sanguijuelas, el asma que volvía sin avisar lo mismo con la floración de primavera que con los precipicios de temperatura de febrero, las hemorroides particularmente dolorosas a la altura del orgullo, el cólera que los había atacado por igual a él y a Mercedes, y claro, el opio, su compañero inseparable desde que en el año dieciséis el

médico Juan Isidro Zapata se lo recetó en Mendoza, después de dos jornadas de vómitos de sangre seguidas de diecinueve días en coma, a los que San Martín sobrevivió de puro milagro.

A pesar de las cataratas, insistía en mantener su meticulosa rutina que empezaba bien antes del amanecer al levantarse de su viejo catre de hierro y lona que lo había seguido a tantas guerras, y que ahora reposaba en paz contra la pared interna de la habitación, pues yo jamás aprendí a dormir en camas de lujo. Lo siguiente era prepararse un café cargado —que siempre prefirió al venerado mate de su tierra —, comer un par de tajadas de pan con manteca, llenar la jofaina de agua para asearse en el mesón de mármol negro que hacía las veces de lavabo, pasarse un cepillo sobre la cabeza para ordenar la todavía abundante cabellera plateada, adecentar el bigote encanecido con un pequeño peine, darse un par de golpes en los cachetes hundidos con las manos bañadas en agua de Colonia, e instalarse luego en la mesa de escribir a garabatear alguna carta, sin poder cuidar ya su fina caligrafía. Sentarse en el taburete frente a la ventana, con el costurero sobre las piernas, lo ayudaba a llegar hasta la media mañana. Siempre había algo que remendar y él mismo lo hacía, aunque ahora ensartar el hilo por el ojo de la aguja resultaba una proeza tan grande como el mismísimo cruce de los Andes con un ejército de cinco mil hombres a cuestas.

—Déjame, tatita —lo interrumpía Mercedes con un suspiro de lamentación.

—No, no —se sacudía el general, aferrado al costurero—. Al pie de la tumba no me vas a quitar mis viejos y buenos hábitos de soldado.

Leer ya no podía. Le leían. A veces Mercedes, cuando las labores de la casa le daban un respiro, y casi siempre sus nietas, en especial Pepa, que lo hacía con un francés impecable y bien cantado. Deja, deja, le decía su abuelo, no leas tan bien porque a mi cabeza se la lleva tu entonación y no le alcanzan las fuerzas para entender nada más. Ella no le hacía caso y seguía adelante con Racine, apersonada de cada uno de los roles.

—San Ambrosio, el primero que leyó en silencio...

—¿Qué dices, tatita?

—Nada, nada.

Esa tarde, mientras Pepa le leía *Andromaque*, a un lado de la chimenea cuyos troncos húmedos batallaban mal contra el frío del invierno tempranero, prefirió callar antes que ofenderla. Claro que habría sido mejor leer con sus propios ojos y en silencio, como san Ambrosio le enseñó a hacerlo a san Agustín con las Sagradas

Escrituras, porque así era posible escuchar la mismísima voz del Señor. San Martín no aspiraba a tanto, pero entendía a san Ambrosio; es que, para la lectura, los ojos comprenden más que los oídos.

—¿Por qué te fuiste de l'Amérique du Sud? —le preguntó Pepa una tarde, sin preámbulos, al cerrar el libro cuando se acercaba la hora de cenar.

Tú también, hija mía, pensó San Martín, que no se sentía bien. A la madrugada siguiente vomitó sangre, como lo había hecho cientos de veces desde que era joven. Treinta y cinco años antes, después de descartar alguna herida interna de la guerra, el doctor William Colisberry, médico estadounidense que se había unido a los preparativos del ejército de los Andes y cuya sólida credibilidad se debía lo mismo a la gala que hacía de sus conocimientos que a su enorme estatura, coronada por muy cuidados mechones rubios, y a su elegante acento de Filadelfia, había diagnosticado una hematemesis atribuible a la úlcera duodenal que padecía el general.

En aquellos días, lo mismo en Tucumán que en Córdoba y luego en Mendoza, Colisberry elaboraba informes médicos sobre la salud de San Martín, muchas veces atenidos a la realidad de un militar azotado por las enfermedades tras un cuarto de siglo de combatir en España y en América, pero en otras ocasiones exagerados o totalmente falsos, para ayudarle a su comandante a evadir los compromisos que el gobierno de Buenos Aires le exigía de llevar sus tropas al norte a enfrentar a los realistas al pie del Alto Perú, una aventura que San Martín sabía condenada al fracaso. Fueron los partes del galeno Colisberry los que, a la larga, le permitieron continuar con sus planes de atravesar los Andes y liberar a Chile, para embarcarse luego con las tropas hacia el Perú con la idea de propinarles allí la derrota definitiva a los españoles.

Mercedes se levantó al escuchar el eco de los sonoros espasmos y la tos gutural de su padre, y lo encontró derrengado por el esfuerzo, a un lado del lavabo. Lo ayudó a llegar al catre, le limpió con una toalla húmeda los restos de un coágulo que se había quedado varado en la comisura de los labios y lo arropó antes de sentarse a su lado para consolarlo, que curarlo no podía.

—¿Estás bien? —indagó y se dio cuenta enseguida de la torpeza de la pregunta.

San Martín no encontró alientos para contestarle. Qué iba a estar bien. Cuando Merceditas se acercase a la jofaina ensangrentada, encontraría la respuesta. Nada nuevo, eso sí. Llevaba más de un cuarto de siglo preparándose a bien morir, como le había escrito muchos

años atrás al profesor Vicente Chilavert. No como usted, le dijo para alimentar la vanidad de casanova de su corresponsal, sino como un buen cristiano que por su edad y achaques —San Martín tenía entonces cuarenta y cinco años— ya no puede pecar y debe tributar, al que dispone de la suerte de los guerreros y profundos políticos, las más humildes gracias por haberme separado de unos y otros.

Ni entonces ni ahora, en la madrugada de tos y esputos sanguinolentos, le temía a la muerte. Más bien a la vida. El miedo había sido su compañero a lo largo de esos años y, aunque sólo él lo supiera, habían sido sus temores los encargados de inclinar la balanza a la hora de las grandes decisiones antes incluso de que Bolívar le ganase la partida en Guayaquil y él optara por regresar a Lima para, en cuestión de semanas, renunciar a todo y buscar un retiro tranquilo que le fue esquivo en Mendoza y que apenas vino a disfrutar, después de altas y bajas, en la vieja y no menos convulsionada Europa.

El entresueño del amanecer lo encontró desfallecido y resignado. La tos y los escupitajos habían cesado y él se había dejado llevar por una deriva de la mente hasta quedar envuelto en reflexiones sobre viejas lecturas. Thomas Hobbes, cuánta razón tenía, la fiebre había remitido y San Martín veía claro que las pasiones y el miedo definen el actuar de los hombres. Rousseau era el equivocado. El miedo y yo nacimos gemelos, había dicho el británico, y no era un juego de palabras: su madre lo trajo al mundo en Malmesbury en forma prematura, aterrorizada por la inminente llegada de la Armada Invencible a las costas de las islas. En cambio, el de San Martín era un miedo aprendido.

Con veinte años de batallas en España y el norte de África, vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, Libertador de Argentina y de Chile, Protector del Perú, decenas de veces puesto ante la mirada de la muerte por una bala que zumbó muy cerca o un sablazo que le abrió las carnes, decenas más víctima de la traición y de las intrigas en unas y otras latitudes, debía reconocer que en algunas ocasiones se había dejado llevar por las pasiones, pero sobre todo lo aceptaba, al menos en la silenciosa soledad de sus pensamientos de anciano, por las emboscadas que le tendían sus temores. Temores que, se repitió tras pasar la página de Hobbes, nada tenían que ver con la muerte. ¿Ignora usted, le escribió años atrás a su amigo y compañero de armas y tristezas, Tomás Guido, que en el año veintitrés, cuando por ceder a las instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós, resolví en mayo viajar a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como un facineroso, lo que no realizaron por

el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración?

Lo del aviso era cierto. El gobernador de Santa Fe, Estanislao López, le había hecho saber lo que le esperaba. No lo querían en Buenos Aires y le impedirían llegar a como diese lugar. ¿Eran capaces de matarlo? Quizás, pero ese no era el mayor riesgo. El miedo es la anticipación. Como hubo de reconocérselo al propio Guido, fue el pavor a ver, en vida, su nombre mancillado, a un ultraje, amigo mío, que echaría un borrón sobre mi vida pública, de seguro me entiende usted, el que lo paralizó entonces. Pero dicho así, seguía siendo apenas la mitad de la verdad. Temía el ultraje, pero no sobre su vida pública. Temía el reencuentro con Remedios. Ocho años de separación, interrumpidos sólo por una breve temporada en que estuvieron juntos tras la victoria de Maipú, no habían sido suficiente cura para que recuperaran la capacidad de mirarse a los ojos. Y, de hecho, ya no lo harían.

Con el mismo rostro pálido de sus catorce años, cuando San Martín se enamoró de ella a primera vista y sin escapatoria, pero ya sin el vuelo coqueto que la tuberculosis le había arrancado del alma, y sin un gramo de carne, con la piel pegada a los huesos y la voz apagada para siempre por la tos y la corrupción del pecho, Remedios se fue de este mundo el tres de agosto de 1823. San Martín ni siquiera llegó para el entierro. Cuatro meses después, tras hacerle saber al gobierno de Buenos Aires y a sus amigos que ya no lo eran que tranquilos, que no se inquietaran, que sólo iba de paso para Europa, a ver si se dejan de prevenciones, llegó a la capital, y como primera gestión fue a rendirle tributo a su esposa, ante la lápida que él mismo había ordenado: "Aquí descansa Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín", puede leerse aún hoy en el cementerio de La Recoleta.

No fue fácil para el Libertador convencer a la familia Escalada de llevarse consigo a su hija Merceditas. Está malcriada, consentida por ayas y abuelos, necesita disciplina y aprendizaje, hasta que al final no hubo quien le opusiera resistencia gracias a la muerte de su suegro, el viejo Antonio José, acaecida dos años antes. San Martín se embarcó con ella en el buque mercante francés La Josephine, que los llevó a Rio de Janeiro, donde abordaron otro navío de la misma bandera, Le Bayonnais, rumbo a Le Havre, con la decisión de no volver jamás, o quizás sí, volver si y sólo si podía convencer a los ingleses de designar a un príncipe, ojalá a Augusto Federico, duque de Sussex, gran maestro de la Logia Unida de Inglaterra y hermano del rey Jorge IV, para que, apegado a la Constitución de los peruanos, gobernase ese país que, San Martín estaba persuadido de ello, no estaba preparado para

convertirse en república. Sólo así regresaría, y no al Río de la Plata, si acaso a Lima.

Eso les habría gustado a los Hermanos, cómo no, un príncipe inglés, gran maestro, habría sido por fin el triunfo de la Logia Lautaro, sonrió San Martín, el viejo, sumergido en las evocaciones. A los amigos, como a veces los había llamado en sus cartas, les habría encantado, ellos que en aquel entonces, cuando resolvió escapar de su tierra, andaban ya bastante desencantados de él. Como todos, se dijo mientras una flecha de hielo se deshacía en lentas lágrimas en el borde del techo de la mansarda de la casa de enfrente, sin que el viejo pudiese notarlo a pesar de tener la vista dirigida hacia allá. Pensar en la logia era lo único que se había permitido desde el exilio, porque hablar o escribir al respecto se lo negaba de modo categórico, más por el honor de saberse fiel al juramento del secreto que por los nulos efectos prácticos de mantener a pie juntillas semejante lealtad, ahora que el invierno de fines del año cuarenta y ocho amenazaba con sitiar a Boulogne-sur-Mer y él no era para sus Hermanos más que un recuerdo remoto de las tenidas de Cádiz, Londres y Buenos Aires.

Días después de la madrugada de tos y gargajos que había torturado al general y despertado a Mercedes, los aullidos loberos del viento del suroeste que ascendía por la Grande Rue en busca de una salida lo transportaron, poco antes del mediodía y sin pedirle permiso, al camino de los Andes. Las trazas de hielo, adheridas como lapas a la ventana, irisaban un tímido rayo de sol que había conseguido atravesar la pesada nata de nubes. Halló en ellas el recuerdo de las cuchillas nevadas del Aconcagua que lo dejaban sin habla en medio de los caminos trazados por siglos de aventureros que debían evitar mirar hacia las honduras de los abismos, cosa de que la profundidad no los convenciera, con su canto de sirena de montaña, de lanzarse de cabeza.

A esas sendas de infarto lo llevó la memoria. Pero no a las trochas de gloria de la travesía desde Mendoza hacia Chile en enero de 1817, cuando guio a sus tropas al otro lado de la columna vertebral de la América del Sur para que derrotaran a los españoles y les permitieran a los chilenos hacerse con su destino, o al menos intentarlo. Los lamentos huracanados de la ventisca de Boulogne-sur-Mer lo retrotrajeron al cruce de regreso, después de Chile, sí, pero también después de Lima y Guayaquil, desempleado y ya sin tropas, apenas con una reducida escolta y con los ladridos del perro choco que le regalaron en Lima como fiel compañía, la última que le quedaba, montado el general sin ejército en una mula y protegido con un

poncho chileno del frío de las alturas que pegaba aún en el verano austral, a principios del año veintitrés.

Al término de esa melancólica travesía, cuando divisó Mendoza bañada por el sol espléndido de fines de enero, sus valles que comenzaban a poblarse de viñedos y, más allá, la pampa que lleva a Buenos Aires, sintió que el pecho se le apretaba y las piernas se le debilitaban a tal punto que habría sido incapaz de apearse de la acémila. Y ahora, mientras trataba de descifrar siluetas, por encima de las décadas y de la telaraña de las cataratas, a través de la ventana de los altos de su casa en la Grande Rue, pensó que ese dolor en el tórax y esa flojera en los muslos y las pantorrillas, que nada tenían que ver con sus achaques de siempre, pero que lo habían acompañado por décadas y que, aunque reflejados en el cuerpo, tenían origen en el alma, habían desaparecido por fin.

Era el miedo. Había sido la causa de todo y por fin se había ido. Sólo él lo sabía, de modo que cuando muriera, que sería pronto, nadie en este mundo sería capaz de descubrirlo. Sonrió en la soledad de su ventana. Saberlo, ser dueño de ese secreto para llevárselo a la tumba, era el único poder que a esas al glorioso Libertador de medio continente.

II

USTED SE EXTRALIMITA CON TANTA PREGUNTADERA

—El resto lo ponen ustedes.

El hilo blanco de su sonrisa brilló entre los labios gruesos de Jonathás al pronunciar la frase. Manuela sintió en su pecho el sacudón de la inminente carcajada, pero se aguantó las ganas para medir la reacción del hombre que estaba a punto de convertir en su amante. Cerró la puerta, pasó la tranca, giró el cuerpo de un salto y se lo quedó mirando. El Libertador Simón Bolívar también sonreía por la ocurrencia de la negra, mientras daba un vistazo a la sobria habitación: apenas un camastro cubierto con un poncho, una butaca contra la pared lateral y una mesa de madera que alojaba una palangana y una jarra, del lado de la pequeña ventana. El aya de Manuela tenía razón.

Pero para ellos, que masticaban la desesperación por encontrarse a solas desde que se vieron a los ojos por primera vez cuando Manuela, sonriente y pícara en el balcón de la casa de su familia paterna, justo a la entrada de la plaza de San Francisco de Quito, le lanzó una corona de hojas de laurel, era más que suficiente. Se habían visto esa noche en el baile que siguió a la entrada triunfal del Libertador. Si mis soldados tuvieran la mitad de su puntería, le había dicho Bolívar, asombrado aún por la forma como la corona lanzada por Manuela había quedado ensartada en el borrén de la montura después de rebotar en su pechera. Desde esa noche habían pasado horas enteras juntos, pero

casi nunca a solas, porque los homenajes al caraqueño no cesaban, ni las visitas de las comisiones de distintas regiones con sus interminables petitorios, ni el general Antonio José de Sucre, que había aniquilado a las tropas realistas en las faldas del volcán Guagua Pichincha el veinticuatro de mayo de 1822, tres semanas atrás, le daba tregua con consultas, reuniones y decretos, que estas tierras, general, necesitan desesperadamente ser gobernadas.

Ahora que habían podido escapar a Catahuango estaban por fin a solas, aunque fuera en la fría habitación al final del corredor, que ni los huéspedes menos deseados habían pisado. Es la única, mi niña, le dijo Jonathás, donde pueden pasar la noche, que así de venida a menos estaba la casona de la hacienda familiar al sur de Quito, a donde doña María de Aispuru había ido a parar un cuarto de siglo atrás, para esconder su embarazo de soltera de las miradas entrometidas y las lenguas viperinas de la capital. Cuando Manuela nació, el veintisiete de diciembre de 1797, don Simón Sáenz de Vergara y Yedra, castellano de Burgos que de nada se privaba, gracias no sólo a sus títulos de aristócrata sino a la fortuna que le dejaba, entre otros negocios, el monopolio de exportación de textiles y prendas de lana hacia la Nueva Granada, no dudó en reconocerla y en darle su apellido, ni años después, cuando doña María murió, en llevarla a su casa de familia. Doña Juana del Campo y Larrahondo, su esposa, hizo a un lado las prevenciones de su severa crianza con las monjas de Popayán, que si el Señor había dispuesto regalarle esa hija, bien valía la pena pasar por alto los comadreos —la muchacha es un encanto, decían, como buena bastardita—, hacer la vista gorda a la imprudencia de don Simón y disfrutar a la joven, despierta e inteligente, que le había caído del cielo.

Asegurarse la herencia de Catahuango era la principal razón que había traído a Manuela de regreso a Quito, justo cuando la campaña de Sucre se coronaba en el Pichincha, la enorme mole cubierta de árboles de papel, flores de taxo y roca volcánica que resguarda el costado occidental de la ciudad, y cuyas laderas Manuela había explorado alguna vez a escondidas de su padre, cómo se le ocurre, que aparte de los malos aires que bajan del volcán, hay salteadores escondidos detrás de cada frailejón, advertencias que sólo servían para espolear el compromiso aventurero de la muchacha a quien su medio hermano, José María Sáenz del Campo, no desamparaba, que si no puedo evitar que se meta en lances y peripecias, al menos la puedo acompañar. Y fue así como juntos cabalgaron medio valle de Quito y buena parte de las montañas que lo ceñían.

De niña nada le faltó. Primero, por los mimos de su madre. Y luego, por los continuos regalos de su padre, las contemplaciones de doña Juana y las complicidades con José María, que le llevaba apenas dieciséis días de ventaja en este mundo. Manuela creció con las mejores ropas y el empeño de doña María y luego de doña Juana para que lo mismo aprendiera las buenas costumbres que se interesara por los libros. En el internado de las conceptas, donde don Simón consiguió que la aceptaran tras pagar la dote básica de mil pesos, recibía más de lo primero que de lo segundo, aunque en las largas temporadas en Catahuango andaba prendida de algún volumen siempre adelantado para su edad, cuando no trepada en un caballo, montándolo con destreza y a horcajadas, vestida con pantalones de su hermano, con una osadía que despertaba el falso escándalo y los pordioses y avemarías de Jonathás y Nathán, incapaces de adorarla más.

El exceso de consentimientos pronto derivó en malacrianza, en una rebeldía que Manuela no se esforzaba en esconder hasta que don Simón tuvo que poner orden, joder, que la van a echar en brazos del demonio. La precoz señorita fue a dar al monasterio de Santa Catalina de Siena, de la orden de Santo Domingo, donde la austeridad era norma y el rigor, de rigor. Manuela masculló su rabia durante las clases de bordado, que terminaron siendo sus favoritas porque, siempre dispuesta al reto, desafiaban su paciencia. Descubrió que sus manos eran capaces de algo más que de llevar firmes las riendas al saltar una acequia, y que se daba maña con la aguja y el bastidor en el bordado de realce, así como en la preparación de los delicados dulces que habían hecho famosas a las monjas de Santa Catalina tanto como sus brebajes, el agua carmelita para la taquicardia, los jarabes de ajo y las infusiones de rábano y eucalipto para la tos, o las de hinojo para evitar la vergüenza de los gases, artes todos que la joven Sáenz aprendió con sincera dedicación pero sin dejar de protestar, que así era ella.

Manuela siempre agradeció que las monjas pasaran por encima de la clausura para abrirle una ventana al mundo con la enseñanza del francés y del inglés, impartida por un dominico socarrón, feo pero atractivo, a quien se le notaba que había conocido bastante, más aún después de su llegada a Quito, la ciudad del pecado según la vívida descripción de los viajeros que podían comprobarlo en carne propia, que no mucho más puede esperarse de un lugar donde los jesuitas se enriquecen con el negocio de destilar los aguardientes. El regreso de los profesores dominicos al convento no había resultado fácil. Ciento

veinte años atrás, por orden del provincial de Santo Domingo, los frailes habían querido imponer a las monjas de Santa Catalina la designación de una priora que despertaba resistencias entre las de clausura, porque aparte de su temperamento siempre dispuesto al atropello, todas sabían que se había ganado el puesto ofreciéndoles al provincial y a sus frailes más cercanos los oficios menos beatos de las sirvientas del convento.

La rebelión de las religiosas, en especial de las más jóvenes, contra la designación de la priora derivó en una asonada nocturna cuando los frailes violaron la clausura y atacaron a palos a las monjas resistentes, bajo un aguacero incesante sacudido por rayos blancos que iluminaban el patio y los corredores del convento, y truenos apocalípticos que sacudían los cimientos de la casona que había sido de don Lorenzo de Cepeda, hermano de santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia, que no reparan ustedes que es el mismísimo Señor quien protesta, frailes de Lucifer. Sólo las tropas enviadas por el presidente de la Real Audiencia evitaron, sable en mano, peores abusos, cuando penetraron hasta las celdas para salvar a los frailes del pecado y a las monjas de la deshonra.

—Fray Joaquín, por el amor de Dios, quítese de encima de la hermana y trate, si puede, de recuperar la compostura, o le arranco la cabeza de un tajo —escuchó decir a uno de los oficiales la negra Tomasa, por entonces una niña, hija de la cocinera negra del convento en cruce con alguna sotana, y quien se lo contó a su hija, y ésta a su nieta, y así sucesivamente hasta que una descendiente de Tomasa se lo contó a Manuelita un siglo largo después de ocurrida la revuelta.

Al amanecer, el triunfo de las monjas fue sentenciado por el presidente de la Audiencia y también por el obispo, y refrendado meses después por el virrey en Lima. Las sanciones a los dominicos llevaron al cambio del provincial y, con los años, a una reconciliación que permitió el regreso de algunos pocos frailes, sólo de día y con luz, como maestros de las internas. La fama de rebeldes con causa y con trofeo, de las monjas de Santa Catalina, perduró con los años y cuando Manuela la escuchó, se le arremolinaron los recuerdos del año nueve, cuando en agosto, los nobles de Quito se alzaron contra el calzonazos de Manuel Urriez, conde de Ruiz de Castilla, y lo bajaron con cuatro gritos de la presidencia de la Audiencia.

El nuevo gobierno, la autoproclamada junta suprema que presidía Juan Pío Montúfar, el marqués de Selva Alegre, declaró la autonomía de la provincia pero juró lealtad al rey Fernando VII, obligado por Napoleón a abdicar un año atrás. Las divisiones llegaron pronto al

seno de la junta, que don Fernando sí, que no, que el rey no, y antes de setenta y cinco días, tras unas pocas batallas y escaramuzas, el conde de Ruiz de Castilla regresó a su cargo, con la promesa de no desatar represalias contra los alzados. Anciano, pero tan artero como cuando manejaba a punta de fingimientos las minas de Huancavelica en el Perú en la última década del siglo xviii, Ruiz de Castilla encarceló a los rebeldes con la idea de seguirles juicio.

Pero para entonces el viejo y pusilánime conde ya no era el dueño del poder realista. Las tropas del general Toribio Montes y de su sanguinario lugarteniente, Juan Sámano, se habían tomado Quito y sus alrededores a sangre y fuego. Un cuarto de los veintidós mil habitantes huyó de la ciudad. Manuela y su madre formaban parte del éxodo y estuvieron meses escondidas en las montañas, en compañía de las tropas. Pasaban las noches con el credo en la boca. Jonathás y Nathán velaban por turnos, aterrorizadas al igual que sus amas ante la eventualidad de un ataque realista lo mismo que ante el riesgo de un asalto tropero contra la virginidad de Manuela, que no queremos que una descarga de fuego amigo se lleve la honra de la niña.

Con la situación definida a favor de los de Montes y Sámano, volvieron a Catahuango, adonde llegaban con frecuencia los ecos de la represión y, en ocasiones, algunas pruebas de primera mano. A mediados de 1813, un par de mulas procedentes de Esmeraldas repostaron en la hacienda. Intrigado por el olor putrefacto que emanaba de la carga, el administrador Antonio Erdoiza, un ambateño que gracias a sus credenciales realistas había logrado proteger la propiedad durante la ausencia de doña María, abrió la carta remisoria del coronel José Fábrega, fechada en Tumaco, en busca de una explicación. Erdoiza sintió que el estómago se le trepaba hasta el cuello mientras leía, Virgen santa, el diecisiete de julio del presente se ejecutó la sentencia, como lo acreditan la adjunta certificación y el contenido, y luego, que había más, siguen las dos cabezas en sendos cajones para que con la mayor brevedad lleguen a Quito. Al destapar la primera de las cajas, Erdoiza recibió el impacto de la última mirada del coronel Nicolás de la Peña, amigo como el que más de doña María y uno de los patriotas que hasta entonces habían sobrevivido a la represión. En la otra caja estaba la cabeza de Rosa Zárate, su esposa. Manuela y su madre llegaron a la casa del administrador atraídas por la noticia que volaba por la hacienda, poco antes de que Erdoiza ordenara cerrar las cajas para que el tenebroso correo continuara su camino.

Para entonces, doña María estaba ya muy enferma y con el corazón

devastado por la tragedia que soportaban esas tierras. Meses después, su muerte determinó la entrada de Manuela, triste y más rebelde que nunca contra un mundo que se le antojaba plagado de injusticias, las de la guerra, claro, pero también las de la orfandad, al convento de Santa Catalina. Aunque sus esfuerzos por acomodarse a la disciplina de las monjas eran notables, desahogaba parte de sus ímpetus de revuelta con opiniones alocadas y una puntillosa ironía.

—Siempre puede usted matarme si no logra convencerme, córteme la cabeza al más puro estilo de Montes y de Sámano —le espetó un día a un fraile que trataba de convencerla de las ventajas del regreso al trono de don Fernando, el Deseado, y de lo innecesaria que resultaba la Constitución de Cádiz que el rey había procedido a desconocer apenas reinstalado en el trono.

El dominico se quejó con la priora que, para fortuna de Manuela, la quería y la protegía, y conocía a los frailes, que no en vano su tía tatarabuela había sido una de las sobrevivientes de la noche de aguacero y rebelión del convento, en 1684. Pero ni ella ni las demás monjas que trataban de guiar el alma de la jovencita Sáenz por el buen camino pudieron evitar que los afanes de su cuerpo la llevaran a escapar del claustro en los brazos de un oficial de la Guardia del Rey, el marchoso capitán Fausto D'Elhuyar, para más datos jefe de batallón, que le había llenado la cabeza de pájaros en las citas concertadas por Jonathás, así como en las cartas que la negra le llevaba al convento y que el joven encargaba a un viejo poeta de la ciudad para que encendieran el corazón y aflojaran las piernas de la interna.

Una tarde, disfrazada de fraile, Manuela se piró del convento y cabalgó hacia el norte, donde D'Elhuyar la esperaba en las caballerizas de una hacienda requisada por los realistas a uno de los líderes patriotas. Manuela estaba tan enamorada que pasó por encima de sus prevenciones contra los chapetones, entre otras cosas porque D'Elhuyar tuvo la habilidad de mostrarse siempre crítico de Montes y de Sámano, y solía contarle las historias menos santas de Fernando VII y de su retorno no sólo al trono sino a las sábanas calientes del colorido local de la Malagueña, en pleno corazón de Madrid, desde donde gobernaba días enteros, que así, mi hermosa señorita, es muy difícil mantener viva la llama de la lealtad a la corona.

El joven oficial, que además era compañero de armas de José María y de Ignacio, los hermanos por parte de padre de Manuela, la hipnotizaba con los relatos, novelados pero no necesariamente exagerados, sobre la importancia de los hallazgos de su tío Juan José y de Fausto, su padre, los primeros en aislar, en su pequeño laboratorio

de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, en Vergara, Guipúzcoa, en 1783, el wolframio, el pesado metal que los químicos suecos llamaban tungsteno y que, según las elaboraciones que el oficial realista le hacía a Manuela, estaba llamado a cambiar la historia de la humanidad, porque usted, señorita, debe entender que ese extrañísimo elemento de la naturaleza es casi imposible de fundir, no importa a qué tan altas temperaturas sea sometido en el laboratorio.

Manuela y D'Elhuyar pasaron la primera noche tras la fuga del convento refugiados en las caballerizas, donde ella se le entregó sin miramientos, acostada sobre el suelo duro del establo, con la túnica blanca de dominico que le había servido como disfraz haciendo las veces de cama, que al fin y al cabo esas sotanas conocían del asunto. D'Elhuyar, que no había parado de hablar sobre las virtudes del tungsteno, un día, preciosa mía, en unos años, ya no harán falta las velas, se quedó mudo cuando Manuela lo obligó a quitarse la casaca azul, le abrió los botones bajos de la chupa y le metió la mano por la parte delantera del calzón blanco para pasarle revista.

—Nunca había tocado una —dijo Manuela, que quería saber si era cierto que se ponía tan grande y tan dura como le había explicado Jonathás.

—¿Y? —preguntó, osado, D'Elhuyar.

—No está mal, aunque usted entenderá que carezco de punto de comparación.

El oficial levantó la pollera que Manuela llevaba bajo la túnica y trató de bajarle la bombacha andaluza mientras él mismo se apuraba en deslizar sus pantalones hasta las rodillas, pero ella lo detuvo. Mejor sin ropa, es así como debe ser. D'Elhuyar se vio de pronto desarmado ante la piel blanca tachonada de rosa, que doblaba como seda cada curva del cuerpo en primavera de Manuela, y ante los largos mechones negros y los ojos café oscuro que hacían más luminosa su tez.

—Me vas a matar —le dijo, emocionado y en tuteo, mientras se esforzaba en desflorarla.

—Me va a matar usted a mí si no logra humedecerme un poco —le contestó Manuela, que algo había aprendido de Jonathás y sus aventuras nocturnas con el peón que alimentaba las bestias en Catahuango.

Después de pasarse la mano por la lengua y de llevarla, con la palma abierta y los dedos juntos, a la entrepierna de Manuela, inició un segundo asalto con el camino un poco más allanado, gracias, aunque él no tenía cómo saberlo, al aya negra de Manuela. Una vez adentro,

D'Elhuyar se sacudió como pudo, dominado por ansiedades que ya no era capaz de controlar, y se descargó dentro de la joven, estremecida por la doble sensación de que el momento era irrepetible y de que cuando lo repitiera, ya sin la virginidad a cuestas, tenía que parecerse mucho más al testimonio de maravillas que le había escuchado a Jonathás.

Con los días se le fue pareciendo. El oficial ganó control de sus impulsos y Manuela se deleitó en jugar hasta descubrir un temblor que se le antojaba parecido a la descripción de la negra. Vagaron algunos días entre fincas abandonadas y refugios asegurados por un lugarteniente de D'Elhuyar, pero antes de un mes, las tropas realistas, las monjas y don Simón los acosaban. El oficial terminó por rendirse y dejar a Manuela, entre llantos y promesas de un regreso imposible, a las puertas de la casa de los Sáenz en Quito, una madrugada fría en que el rocío cortaba las mejillas de la fugitiva, con filosas escisiones que le rajaban el alma.

Don Simón quiso evitarse la vergüenza de exponerla a las malas lenguas quiteñas que, por esos días de principios de 1817, se disputaban la posesión del último chisme sobre la fuga de su hija del convento, que estas no son gallofas, que estos cuentos sí tienen sustancia. Juntáronse delantales y no quedó vecina sin señales, se quejaba don Simón, que también tuvo que hacer frente a las protestas de doña Juana, quien no iba a dejar pasar la ocasión de cobrar la cuenta pendiente: Simón, señor mío, quien lo hereda no lo hurta. Había demorado varias semanas un viaje de negocios a Lima por cuenta de la escapada de su hija y cuando por fin pudo hacerlo, decidió llevársela con él, con la idea fija de casarla con un viejo amigo, el inmigrante británico James Thorne, un acaudalado comerciante con quien don Simón había hecho lucrativos negocios de exportación de sus textiles y quien podía asegurarle a Manuela un futuro prometedor y, sobre todo, alejado de las jetas retorcidas de las quiteñas más copetudas.

Después de cuatro viajes al Nuevo Mundo, Thorne había terminado por establecerse en Lima y sacarle provecho al bergantín Columbia, el mercante de su propiedad que se paseaba entre Callao y Valparaíso, entre Guayaquil y Panamá, donde distribuía los costosos géneros ingleses que importaba y, cuando cerraba algún trato con don Simón, las ropas y los tejidos quiteños de su amigo. Agotado el flete de paños, el Columbia partía de regreso a Inglaterra, cargado de azúcar producto de la hacienda Huaito, la más próspera plantación de caña de la provincia de Chancay, que Thorne le ayudaba a

administrar a otro conocido, el opulento don Domingo Orué y Mirones.

Veinticinco años mayor que Manuela, el inglés era la presa perfecta. Como extranjero y hombre de mundo, poco le importaría la bastardía de su prometida. Y como mercader siempre ávido de dinero, se frotaría las manos con los ocho mil pesos de dote que ofrecía don Simón. Se casaron el veintisiete de julio de 1817 en la parroquia de San Sebastián, la más antigua de la capital virreinal, ante su imponente retablo laminado en oro y la pila bautismal donde a finales del siglo xvi habían recibido sus primeras bendiciones los futuros san Martín de Porres y santa Rosa de Lima, que mejores avales no podían conseguirse para una muchacha con tan ensombrecido pasado.

Manuela estaba confundida. Por un lado, el matrimonio la ponía a salvo del comadreo quiteño y, de paso, la liberaba del encierro del convento para ponerla en el centro de la riqueza y el fasto de la ciudad más interesante de este lado del mundo. Pronto se supo centro de las miradas en los soberbios bailes de salón, las de los señores, incapaces de refrenar sus deseos de inspección, y las de las damas, que se movían entre la inquietud y la envidia, todo por cuenta de su provocadora manera de llevar la saya ceñida al talle, lo que acentuaba sus curvas, y el manto de seda con el que jugaba a dejar ver sólo uno de sus intrigantes ojos cafés. Pero el reverso de la moneda de su nueva vida era soportar a Thorne. Después del mes de revolcones hirvientes con D'Elhuyar, irse a la cama con su esposo, las pocas veces que el inglés se animaba a pasar la noche en la habitación de Manuela, resultaba tan excitante como un rosario completo en el atardecer del convento. Ella se dejaba hacer con la esperanza de que su monótono amante terminara pronto y sin mayores exigencias.

—¿La pasó usted bien, señor mío? —le preguntaba Manuela, falsamente sumisa, convencida de que se había casado con un muermo.

Thorne apenas sonreía levantando la comisura derecha del labio y trataba de despedirse con una caricia, casi siempre torpe. A los pocos meses, Manuela había comprendido que no sería en esa cama donde encontraría las emociones de las que no pensaba privarse y se decía, tiempo vendrá que el triste se alegrará. Por fortuna, Thorne era un viajero frecuente, tanto por sus excursiones a las haciendas de don Domingo Orué y de otros potentados, como por sus travesías en el Columbia en medio de las traicioneras tempestades del Pacífico.

Entonces la joven quiteña florecía y Lima se enteraba de que su

marido andaba de viaje. No se privaba de sarao alguno, hacía de la mezcla de su porte de gran dama con sus coqueteos de ñapanga, un arma infalible, y bailaba con idéntica gracia el minué que la cachucha, como un día lo testimonió el naturalista francés Jean-Baptiste Boussingault, de visita en Lima. Andaba casi siempre en compañía de una guayaquileña vivaz y de mente aguda que, a diferencia de Manuela, no había resuelto por la vía matrimonial su condición de hija natural del funcionario colonial y comerciante de cacao Francisco Herrera-Campuzano y Gutiérrez, con la mulata Felipa Cornejo. Rosa Campuzano tenía sólo un año más que su amiga quiteña, pero hacía gala de una valentía que a la propia Manuela dejaba sin habla y encantaba. Había llegado a Lima poco antes del casamiento de la pareja Thorne, del brazo de un comerciante español que la instaló en un lujoso palacete de la calle San Marcelo, que Rosa convirtió en centro de tertulias y conspiraciones políticas y de alcoba.

—Por esa casa está pasando la historia —le dijo Manuelita a Bolívar en Quito, días antes de su cita en Catahuango—. El marqués de Villafuerte, los condes de la Vega del Ren y de San Juan de Lurigancho, el vizconde de San Donás...

—Esos deben de ser realistas —la interrumpió el Libertador con los labios en ironía, pues gracias a sus informantes sabía bien que en Lima patriotismo y títulos nobiliarios se llevaban juntos.

—No, no, señor mío, se equivoca, tan conspiradores como Mariátegui, Cortines y Sánchez Carrión, nobles y plebeyos, todos alborotadores, la revolución se cocinó hace tiempos en San Marcelo, con Rosa como anfitriona.

Poco después de conocerla, Manuela descubrió que la Campuzano contaba con muchos más dones que ser convidante de tertulias. Frecuentaba el alto mando militar realista, a muchos de cuyos presuntuosos oficiales ponía malos con sólo saludarlos. Sus ojos celestes y su rostro blanco porcelana saltaban del marco de su cabellera negra y ensortijada, único rastro aparente de su madre mulata, además, claro está, de su vaporoso contoneo al caminar que a la propia Manuela le turbaba sus preferencias. Pero más aún que su andar, intrigaba hasta el ardor su paso por el cepo de la Inquisición, donde la habían torturado durante casi una semana por posesión y lectura de libros prohibidos, entre ellos las apasionadas cartas de Abelardo y Eloísa, pero también el tratado de Samuel Auguste Tissot sobre el onanismo, en el que, además de describir sus prácticas en detalle, se condenaba la masturbación por considerarla dañina para la salud y que, a diferencia de las cartas, Rosa juraba jamás haber abierto.

El general realista Domingo Tristán, que había caído redondo desde la primera vez que la vio, intervino ante el inquisidor Cristóbal de Ortegón y logró que la soltaran. Rosa se lo agradeció con las mejores noches que Tristán vivió jamás, pero en las charlas siempre intensas que sostenían después del amor y que en ocasiones duraban hasta el amanecer, desplegó sobre las sábanas todo el odio contra España que el cepo le había dejado como huella. Al igual que otros oficiales de la corona en el virreinato del Perú, Tristán se había dejado seducir por los vientos liberales de la Constitución de Cádiz, la misma que el rey Fernando VII, cuando se quitó la careta semanas después de regresar al trono en 1814, decidió pasarse por el forro.

De modo que las diatribas de Rosa no lo escandalizaban, como tampoco que ella, cuando ambos empezaron a conspirar a favor de los patriotas, entrara al Palacio de Pizarro por el corredor secreto que el virrey Amat había construido para la Perricholi años atrás. Bajo cubierto gracias a su tapada limeña, Rosa sólo se descubría el rostro ante el virrey Joaquín de la Pezuela.

—Había que verlo, era él quien le hacía la venia.

El muy lelo, narraba Manuela, la recibía con el asta a punto de salírsele de los calzones. Pero según el relato que ella le hizo al Libertador días después de su glorioso ingreso a Quito, Rosa se las arreglaba para evitar la cama, que nunca llegaron a desordenar, y salir del palacio con un detallado informe sobre la distribución de las guarniciones realistas destinadas a proteger la ciudad. Y eso a cambio sólo de algunos besos en la mejilla. Bolívar se reía con la reseña de Manuela y ella se daba perfecta cuenta de que lo tenía encantado con la historia: créame usted, general, Rosa convencía a Pezuela de que ella y todo Lima estaban preocupados por lo desguarnecida que se hallaba la ciudad ante un posible ataque patriota, y el atontado del virrey se apresuraba a detallarle el dispositivo militar.

—¿Y usted, tan arrebatadora, también ha puesto sus encantos al servicio de la libertad? —indagó Bolívar.

Manuelita dejó la pregunta sin respuesta. Con el paso de los días se limitaría a contarle que en julio de 1821, ya ha pasado casi un año, general, San Martín nos encontró a Rosa y a mí durante el baile que siguió a la proclamación de la Independencia. A ella la había tratado mucho por carta y por un par de visitas que Rosa le hizo al campamento de Huaura, donde a más de regañarlo por no decidirse a tomar Lima, lo dejó sin defensas y lo enamoró. El relato de Manuela se centró siempre en Rosa, que ella es la dueña del corazón del Protector, pero déjeme decirle que una noche me pareció que él había querido

hacer algunos avances conmigo, y le advierto que San Martín tiene sus encantos, pero me las arreglé para dejarle en claro que tres seríamos demasiado.

Las visitas de Rosa al campamento de Huaura habían ocurrido meses antes de la entrada del ejército de San Martín a Lima, pero después de que Rosa y Manuela usaran sus hechizos, amistades y hasta lazos familiares, pues el medio hermano de Manuela, José María, su compañero de aventuras juveniles, integraba ese cuerpo con rango de teniente, para convencer a los oficiales del batallón Numancia de que se pasaran al bando libertador. El Numancia era el más valioso de los regimientos realistas en América, integrado en un principio por algunos de los jóvenes mejor preparados de Caracas, y reforzado luego por tropas curtidas en la guerra contra Napoleón que habían llegado con Pablo Morillo, quien convirtió así al Numancia en el más eficaz cuerpo de infantería de línea de su ejército de reconquista. Luego, ante la necesidad de afrontar la guerra en la Nueva Granada sin descuidar al Perú, el mando español envió el segundo de sus batallones a Lima a principios del año diecinueve.

Desde sus orígenes, al Numancia se habían integrado jóvenes de las mejores familias no sólo de la Capitanía General de Venezuela sino del virreinato de la Nueva Granada, y en la marcha de su segundo batallón hacia Lima, los mandos incorporaron a oficiales realistas de Quito y Guayaquil. Uno de sus comandantes en Lima era el venezolano Tomás de Heres, apenas un año mayor que Rosa.

—Lo de ellos no fue alcoba sino pura tertulia política —le contó Manuela a Bolívar.

Pero igual, a Heres, tan majo y valiente aunque afectado de cierto tartamudeo, se le escurrían las rodillas cuando la veía, y cómo no, es que hay que conocerla, general, a mí misma se me saltaba el corazón de sólo saber que la encontraría. La persuasiva insistencia de Rosa y los mensajes que traía y llevaba a San Martín en Huaura, que sirvieron para pactar las condiciones de la audaz jugada, definieron el paso de la mayoría de los oficiales y de novecientos sesenta y ocho soldados del Numancia. No era la primera intentona de estos hombres por cambiarse de bando, pues entre sus tropas había antiguos revolucionarios granadinos incorporados a la fuerza y como castigo. Pero fue la definitiva. Bajo un asfixiante sol, el dos de diciembre del año veinte las tropas del Numancia, al mando del general Joaquín Valdés, que marchaban a la retaguardia de otras fuerzas realistas, se detuvieron al pie de la loma del Trapiche con la excusa de refrescar a las bestias. Todo estaba planeado. Hasta allí llegó un contingente

patriota comandado por el general salteño Rudecindo Alvarado, y todo fueron abrazos, después de que los portaestandartes del Numancia lanzaran al suelo polvoriento del camino las banderas blancas de seda, con el escudo real enmarcado por dos leones, y renegaran para siempre de su lealtad al rey.

Bolívar escuchaba en silencio, extasiado y divertido, la narración, que debo decirle, señora, es mil veces más detallada y, sobre todo, un millón de veces más agradable que los informes de mis diplomáticos y agentes. Pero la fascinación que le producían los condimentos que la quiteña le ponía de a pizcas al relato no conseguía que el caraqueño dejara de lado la intriga que le corroía el alma por conocer el verdadero papel que ella había desempeñado en la seducción de los realistas para sacarles información, y en la de los oficiales del Numancia para pasarlos al bando patriota. Durante aquellos días de conquista, entre bailes y visitas en la Quito recién liberada, el general caribeño volvió sobre el tema varias veces.

—Permítame dejarle en claro —le respondió por fin Manuela, en un arrebato de molestia— que como buena patriota he cumplido con mis deberes, pero usted se extralimita en los suyos con tanta preguntadera.

Bolívar había dejado el asunto de lado pero lo mantenía en el cajón de los pendientes. En Catahuango hizo un último intento por indagar, cuando se les agotaba la tarde en que él y Manuela pusieron el resto en la sobria habitación de la hacienda que Jonathás les había preparado para su primera ocasión. Tras varios días de espera en un Quito asfixiante que apenas les permitía comerse con las miradas, el Libertador y su nueva conquista habían podido por fin enfrentar su destino. Ella se desnudó por completo, como había aprendido a hacerlo desde los días y noches con D'Elhuyar, pero el general apenas se quitó el sombrero, el poncho y la chupa, y se bajó los pantalones, para echarse luego encima de ella con las botas todavía calzadas. Minutos después y terminada la escaramuza, aterida por los sablazos de frío que se colaban por debajo de las hojas de la puerta del cuarto, ella le pidió a Bolívar que la cobijara con el poncho. El Libertador se levantó de un salto, cubrió la rosada desnudez de Manuela y, después de ponerse la chupa, se sentó al borde de la cama. Le pareció un buen momento para volver con su interrogatorio.

—Entonces —desde ese momento la iba a tutear—, ahora sí puedes contarme más de tus patrióticas misiones en Lima...

—Señor mío, usted tiene que esforzarse en dos cosas para que yo siga dispuesta a jugarme mi matrimonio en esta cama —le respondió ella—. La primera es preguntar menos. Y la segunda, desempeñarse en


el amor sin tantas prisas.

III

ESTOY EN LA PURILIMPIA

—Pish, pish.

Desesperado por hacer aguas menores, Juan Gregorio Lasso había recorrido la larga calzada de piedra desde ciudad vieja, pasando, con andar presuroso, cada uno de los puentes sobre los esteros, en busca de un rincón donde aliviar sus afanes. Cuando por fin, ya en los límites de ciudad nueva, encontró un callejón discreto, en este güilqui descargo o de no me muero, se sacó el chingo sólo para comprobar que, a pesar de las ganas que le entiesaban la ingle, no evacuaba ni una gota y que ni siquiera el pish-pish que su santa mama le susurraba al oído cuando era un guagua para incitarlo a mear, le servía.

A lo sumo salió un chorro brevecito después de varios minutos de intentarlo, Virgen del Rosario, qué me está pasando. No había que buscar la respuesta muy lejos. La podía encontrar allá atrás, en ciudad vieja, donde llevaba algunas noches enchoclando en el fundillo de las vagamundas. No por él, para ser justos. No para satisfacer sus más bajos deseos, que Dios nuestro Señor no lo permita, sino por una necesidad del servicio.

Bien clarito se lo había ordenado su eminencia, monseñor Salvador Jiménez de Enciso. El obispo de Popayán se había refugiado en San Juan de Pasto año y medio atrás, obligado por el avance de los apóstatas, los traidores, los revolucionarios que habían renegado del rey y, por ese camino, del mismísimo Señor, y contra quienes Jiménez de Enciso había decretado la excomunión, no sin antes advertir a todos los sacerdotes que no absolvieran, ni siquiera en artículo de

muerte, a insurgente alguno, que esto es una guerra santa y ahora mismo se van a enterar. No contento con ello, incitó a los vecinos de Popayán y de las poblaciones cercanas a abandonar sus hogares y a llevarse los víveres y las bestias, que los herejes no encuentren recursos, que los detenga el hambre, y para que nadie dudase de que hablaba en serio, fulminó excomunión contra cualquiera que esperase a las tropas o que se mostrase dispuesto a prestarles auxilios.

Lasso veneraba al obispo. Y habría hecho lo que fuese, lo que le mandasen él o su secretario, el presbítero Félix Linán de Haro, convertido en protector y patrocinador del joven patiano desde la llegada a Pasto de Jiménez y de su séquito. El obispo le había explicado su misión en Guayaquil: de usted depende la suerte de ese puerto, y digo más, de la guerra, joven, y él no se iba a achucutar ante nada. Váyase Juan Gregorio hasta allá, ahondó el presbítero Linán de Haro, llévele esta carta al padre Tomás, viejo colaborador de su eminencia en Charcas, y dedique los días y las noches a informarse bien de lo que ocurre, de los partidos que haya, de quién sirve a quién, entérese al dedillo, lo mismo en los círculos del poder que en los bajos fondos, pues en ocasiones es entre la plebe, entre el vulgo que suele acoger a los alzados, donde se conocen los mayores secretos, porque tenemos que evitar a como dé lugar que Guayaquil caiga en manos de Bolívar.

Así que, sin tardanza, Lasso se embarcó desde Tumaco en un pequeño lugre de tres palos, de esos que traían provisiones para las minas de oro de Barbacoas y volvían con algo de pasaje, y a punta de rezos a la Santísima Virgen soportó los sacudones del ondulante Pacífico, hasta que un amanecer, cuando su cuerpo no tenía ya más qué devolver por la borda, descubrió de nuevo la calma mientras la embarcación se deslizaba sin sobresaltos frente a la isla Puná. El lugre surcaba la ría corriente arriba y su proa cortaba el aire detenido y pesado de humedades que Juan Gregorio respiraba con dificultad. El capitán llevaba la nave en dirección al astillero, el más afamado en esas latitudes, levantado sobre las orillas del sur de Guayaquil, donde debía fondear para reparaciones, que el viejo mástil ya no daba más y de las cuadernas era mejor ni hablar.

Si mi mama me viera arrastrándome por estas buesacalles, se lamentó Lasso la noche en que le ardían los compañones. Si ella lo pillara, ni siquiera la sagrada misión asignada por el obispo y detallada por el presbítero le serviría de salvación. Es por su majestad el rey don Fernando, y si es por él, es por el Bonitico, nuestro Señor, mama, que hay que evitar que estas tierras caigan para siempre en manos impías. Pero ni así su madre entendería. Y eso que ella le debía todo al obispo,

el hombre que le había devuelto la esperanza, tan esquiva desde que había salido del Patía, de la hacienda de los Lasso donde no podía trabajar más, y menos con un hijo que llevaba ese apellido. Muy generoso el señor, cómo no, le había dado unos reales, pero por la misma le había pedido que se marchara aunque, eso sí, le había escrito una recomendación para el obispo de Popayán, Ángel Velarde y Bustamante.

La carta de Eustorgio Lasso decía que la señora Dominga Cumbal era buena cocinera y, en cuestión de días, el prelado lo comprobó. Su inigualable cariucho bien picante y la chara, con la cebada suavemente tostada, lo mismo que las colaciones para el entredía, afamaron la mesa de Velarde y confirmaron a Dominga en el cargo, de modo que Juan Gregorio se hizo con una buena crianza y, con la ayuda del sacristán mayor, aprendió a leer. A pesar de que aún no cumplía los diez años, pasaba las tardes sumergido en la biblioteca de la casa episcopal, trasladada a las carreras a una pequeña construcción al lado de la iglesia de la Compañía, donde se instaló el obispo ante el deterioro de la vieja catedral de Popayán, que amenazaba ruina. Al principio, Juan Gregorio leía sobre todo volúmenes de historia sagrada, hasta que una noche descubrió el *Tratado subtilíssimo de Arismética y de Geometría*, de Juan de Ortega, el mismo autor al que alguna vez le atribuyeron el *Lazarillo de Tormes*, como le explicó el sacristán, que era instruido, que así de bien le iban las letras a Ortega aunque lo suyo eran los números, y se hizo común encontrar al muchacho recitando cifras en voz alta, resolviendo ecuaciones y penetrando los misterios de las raíces cuadradas.

En 1809, cuando la vida por fin comenzaba a portarse bien con Dominga y con su hijo, la mala fortuna quiso que monseñor Velarde falleciera y que, de un solo golpe, toda la estabilidad ganada quedara en veremos. Al año siguiente, el papa Pío VII, que por aquellos años era prisionero de Napoleón, nombró a don Pedro Álvarez y Morales nuevo obispo, pero el docto funcionario andaba muy ocupado con sus tareas de inquisidor fiscal del Tribunal de la Fe de Cartagena de Indias, y no mostró el menor afán por asumir su cargo, que pocas ganas tenía de montarse en una mula, dejar atrás las murallas y los aires marinos de la rica Cartagena, para encerrarse en las montañas de la provincia de Popayán. El presbítero Mariano Urrutia y Quijano tomó posesión en su nombre, y Dominga no tardó en comprender que le quedaban pocos días al frente de los fogones.

—Que la Virgen me perdone, pero ese hombre es poquitico —le dijo a Juan Gregorio.

Su valoración era injusta. No por michicato, sino porque comprendía la provisionalidad de su encargo, Urrutia acabó con los banquetes y suspendió el recibo de media tarde que tanto gustaba a las beatas, lo mismo por los aplanchados y las magdalenas de Dominga que por la charla siempre grata de monseñor Velarde, alma bendita. Semanas antes de Navidad y sin decirle ni ¡pay!, su secretario despidió a Dominga. Ella lo presentía, que viendo venir el canto no duele tanto y, tras muchos ruegos, consiguió una carta de recomendación y fue a dar con su hijo al convento de la Merced, en Pasto, donde por unos pocos pesos la engancharon como ayudante, más dedicada a la limpieza que a las artes culinarias y arrimada con Juan Gregorio en un calacús que servía como depósito, donde compartían una cuja en la que nunca faltaban los piquis, por mucho que la orearan y sacudieran.

Fueron años penosos, pero al menos comían, y la hermana Joaquina, sopona de tanto saquear la despensa y picotear frente a las ollas de barro, y con unas vistas negras que se le saltaban del rostro, le prestaba a Juan Gregorio libros que la rolliza sacaba a hurtadillas de la pequeña biblioteca del claustro. El matute consistía casi siempre en rezos y vidas de santos, pero de cuando en cuando aparecían un *Amadís de Gaula* o el muy valenciano *Tirant lo Blanch*, en su versión en castellano, editada tres siglos atrás, hasta la tarde de un día en que no había parado de chirimiar, el frío se colaba bajo las uñas y la gazuza atacaba porque el almuerzo no había pasado de una ñuta escasa en habas. Mientras el sirimiri seguía bañando las tejas, la hermana se le apareció con dos pesados volúmenes empastados en cuero e impresos en papel verjurado, la primera y la segunda parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que con esto, mocoso, vas a tener para rato. A partir de ese momento, Juan Gregorio ya no quiso leer otras páginas que las compuestas por don Miguel de Cervantes y empezó a hablar de fazañas y feridas, y de recuestar viudas y deshacer doncellas, que el guambra estaba creciendo y ya no era cosa de sacarle las chías, ni de jugarle al niño bonito, sortijerito, tonto grandote, lameplaticos, para rematar con el último de los dedos, el pulgar o matapulguitas.

Temerosa de que su hijo, que ya pisaba los quince años, viviera encerrado entre libros y se volviera un corrido, Dominga lo alentaba a salir, a buscar amigos, pero él prefería las aventuras de su iluminado Quijote con las que sólo competían los cálculos matemáticos del libro de Ortega, pues Juan Gregorio se había mangado ese querido volumen de la biblioteca de la diócesis de Popayán, que al fin y al cabo antes que él nadie lo había abierto jamás, y gracias a ese tratado escapó durante años de la vida triste de la Merced, como si volara en una

alfombra de cifras y ecuaciones. Algo similar le ocurría con la obra magna de Cervantes: a pesar de las desventuras del hidalgo, ese año infeliz de 1819 la Mancha parecía un mejor lugar que Pasto, en especial desde que en el convento había comenzado a escasear la comida y había ocasiones en que pasaban el día en flores, y los ecos de la guerra y del avance patriota, culpables de las estrecheces, alentaban los peores temores.

Después del triunfo de Bolívar en Boyacá el siete de agosto, restos del ejército realista bajo el mando de Sebastián de la Calzada huyeron hacia Neiva, donde el rechazo de la población los obligó a pasar la cordillera, divididos en varias partidas, con la idea de reunirse en Cajibío, a media mañana de camino de Popayán, desde el norte. Al comandante de la corona, uno de los oficiales más destacados que mandó Pablo Morillo durante los años de la reconquista, lo espoleaba la esperanza de que en las tierras de la vertiente del Cauca la canalla patriota hubiese conseguido menos adeptos. Y algo de razón tenía.

A principios de septiembre, De la Calzada ya había recibido a un emisario del nuevo obispo de Popayán, Jiménez de Enciso, quien llevaba más de un año en esas tierras y no había dejado un solo momento de adoctrinarlas en la defensa del rey. El día dos, el prelado recibió una emotiva carta del jefe militar que trataba de recuperar los restos de la tropa derrotada por los patriotas en agosto, para conformar una sólida división que se pertrechara y se hiciera fuerte en el sur de la Nueva Granada. Muy señor mío y dueño de todo mi aprecio, le escribió De la Calzada al obispo desde Totoró, que ya sabía yo que usted había de mirar con el mayor interés los sucesos de nuestras armas, y que había de tomar la mejor parte en cooperar por mantener el buen orden y la felicidad que es debida al rey, como me lo manifiesta su fervorosidad. No es poca fortuna para un pueblo —agregaba—, tenerlo a usted a su cabeza, y es mucha para esta división que haya sido en Popayán donde la suerte lo ha colocado, pues no temo decir que a usted solo se le debe la quietud de esta provincia.

No por mucho tiempo, habría debido aclarar De la Calzada. Para mediados de noviembre, él y sus dos mil agotados hombres, y el obispo con todo su séquito, tuvieron que refugiarse en Pasto, empujados por el incontenible progreso de los patriotas, que no lucían muy dispuestos a respetar las tierras del aleccionado rebaño de monseñor y que habían tomado Popayán en una audaz acción del coronel santafereño Joaquín París, el escogido por el general Francisco de Paula Santander para perseguir a De la Calzada y a sus huestes.

En Pasto, el jefe religioso se hizo jefe militar y, pasando por encima

del comandante De la Calzada, víctima de una fiebre derrotista, desencadenó la más frenética actividad para convertir al remanente de infantería y a los pocos hombres de la caballería en una fuerza de combate capaz de detener a los alzados. Para Navidad, la división estaba lista, abastecida, equipada y, sobre todo, muy bien alimentada, gracias entre otras cosas a Dominga Cumbal, a quien Manuel, ayudante del presbítero Linán de Haro y quien llevaba más de veinte años trabajando en la diócesis de Popayán, reconoció durante una visita al convento.

—Pero qué hace la mejor cocinera de toda la provincia en esta chingana —le dijo ante la mirada indignada de las monjas por la comparación de su humilde pero digno claustro con una tabernucha, y enseguida la enganchó como jefe de cocina de la tropa de su majestad.

Juan Gregorio quiso enrolarse desde el primer instante, pero el presbítero descubrió sus habilidades con los números mientras el joven ayudaba a Dominga a calcular provisiones, que una cosa eran los fogones de la casa episcopal o la todavía más pequeña cocina del convento, y otra muy diferente llenar las barrigas de un ejército.

—Así de enteco como se ve no nos sirve en la tropa —le dijo Linán de Haro al obispo—, pero me la juego a que no hay un solo oficial que lidie mejor que Lasso con las sumas y las restas de las cuentas de la vitualla.

El joven patiano comenzó a llevar los libros, no sólo de la cocina sino del reparto de otros suministros y pertrechos, pues los reales eran escasos y había que cuidar hasta la última moneda. Cuando alguna irregularidad pescaba, que donde se quita y no se pone el montón se descompone, corría donde el presbítero no sólo con la evidencia aritmética de lo que había desaparecido, sino con un informe bien detallado de sus pesquisas y de la identidad del culpable o, cuando menos, de algún sospechoso a quien interrogar. Así pasó Navidad y una semana más tarde quemaron el año viejo, único festejo que Jiménez de Enciso permitió, pues por lo demás mantuvo la prohibición del carnaval de los negros, el cinco de enero, esta vez no con argumentos inquisidores contra una fiesta a todas luces pagana, sino ante la urgencia de conservar la disciplina de la tropa y la necesidad de no malgastar recursos en medio de la economía de guerra que él mismo, con la ayuda de Linán de Haro y de las incontestables cifras del joven Lasso, le había impuesto a la ciudad.

Para ese momento, la división estaba lista y hasta el comandante De la Calzada había recuperado el ánimo, en buena medida gracias a las

finuras de Dominga, la carantanta que preparaba frita como en Popayán, o su inigualable añejo para los envueltos de cojongo, delicias reservadas para el obispo, el comandante y el estado mayor. En cuanto al resto del ejército, había que disponer provisiones duraderas, una labor en cuya planeación eran fundamentales las cuentas que llevaba Juan Gregorio, que sabía con exactitud cuántas reses hacía falta matar y cuántas cargas de hortalizas reunir, para casi tres mil avíos de charqui y menestra que requerían los restos de los batallones realistas, ahora reforzados por aguerridos patianos que, con el alma encendida por las arengas de monseñor Jiménez de Enciso, seguían con fervor los estandartes de la Virgen y de don Fernando VII. Nadie se quejaba de la manduca que, bien decía Lasso, la mejor salsa del mundo es el hambre.

Para mediados de enero, la tropa inició el avance hacia el norte. Además de llevar los números, Juan Gregorio iba y venía por delante de la avanzada para traerle a De la Calzada informes sobre las posiciones enemigas, y un par de veces llegó a pernoctar en Popayán, donde ponía cara de despiste y se las arreglaba para andar de discreto preguntón en las tabernas.

—Podemos dormir en paz, que el general Santander nos ha enviado buenas defensas —decía en tono patriota para poner el tema.

—Ni se crea —le contestaba algún interlocutor, antes de despacharse con lo que sabía sobre las flaquezas de la guarnición que cuidaba la ciudad.

Gracias entre otras a los informes de Juan Gregorio, la división de tres mil hombres, con cuatro batallones, un escuadrón de caballería y una brigada de artillería, atacó a Popayán con una embestida sorpresa que empezó a las cinco de la mañana del veinticuatro de enero del año veinte, y se la tomó a sangre y fuego. Apoyaban el ataque centenares de guerrilleros patianos al mando de un jinete atlético y arrogante nacido veinticuatro años antes cerca de Corinto, varias leguas al norte, y que lucía una cabellera de mechones rubios y pelirrojos, gracias a la cual todos lo distinguían y señalaban y recitaban con devoción su nombre: José María Obando. Pasadas las ocho, la ciudad estaba copada por los realistas y casi no quedaban focos de resistencia. Hubo escasas bajas en las filas de su majestad, mientras que de los seiscientos patriotas que defendían la ciudad al mando del coronel Antonio Obando, uno de los estudiantes que había salido a la plaza de Santafé de Bogotá el veinte de julio de 1810, día de mercado, a gritar cabildo abierto, cabildo abierto, apenas sobrevivieron cinco oficiales y menos de cien infantes.

Ningún republicano herido vivió para contarlo. El teniente coronel realista Basilio García los hizo arrastrar, con los cortes abiertos en el abdomen o los brazos cercenados, hasta su campamento a las puertas de la ciudad, para que los decapitaran en su presencia. Que nadie se detenga, vamos, y que esas cabezas impías se vayan derechito a los infiernos, viva el rey, gritaba el logroñés, y luego, para terror de las muchachas y de sus madres, recitaba, por ser señor de Logroño no deseo otro provecho, sino foder coño estrecho en estío o en otoño.

Las jóvenes huían en busca de refugio, pero la soldadesca realista las perseguía hasta los cerros que encerraban la ciudad y disponía de su honor a placer. Muchos prisioneros que se habían rendido en la confianza de que una tropa liderada por un obispo los trataría con la debida caridad, también murieron descabezados, llevándose a la otra vida el recuerdo de los alaridos delirantes del coronel García. Algunos niños y mujeres acusados de apoyar a los patriotas o de esconderlos en su casa corrieron idéntica suerte, en una orgía represiva que se prolongó por varios días y ensangrentó para siempre los recuerdos de la hasta entonces pacífica ciudad.

Dominga y Juan Gregorio miraron para otro lado, aunque ni así pudieron evitar reconocer en el rostro de algunos cadáveres la mirada de viejos allegados: Magdalena, la hija menor del relojero de la torre, con la barriga reventada de un sablazo, o Prudencio, el benjamín de los Achinte, con el pecho abierto por un bayonetazo. Nada de compasión. Si habían resuelto ponerse del lado de los ateos, no podían quejarse de estar ahora en cambriolas, y usted, mama, deje de andar acausatada, ni una lágrima por estos judas. Y ella, obediente, volvía a las ollas y a la tulpa, y él, a las cuentas, cuántas cargas de sal, que la traigan por chutas, que no falte porque hasta ahí llega el tasajo. Y luego, que doce reses, que veinte más, animales había de sobra porque en las semanas que siguieron a la toma de Popayán la tropa saqueó hasta la última hacienda a lo largo del valle, entre la ciudad y Cartago, y además de las reses y de los caballos, los soldados se repartieron las joyas de las casonas más encopetadas y dispusieron de las criadas, que ya no de las señoras ni de sus hijas quienes, alertadas por el olor de la sangre que bajaba por el Cauca hacia el norte desde Popayán, alcanzaron a huir al otro lado de la cordillera.

La victoria y el rico botín obtenido en los saqueos llenaron de confianza al comandante De la Calzada, que extendió en exceso sus líneas sin reparar en que tres mil hombres no bastaban para cubrir un territorio tan extenso, ni siquiera con la ayuda de los guerrilleros de Obando. El obispo Jiménez de Enciso se lo hizo ver, el que lo defiende

todo no defiende nada, le dijo, y éste a qué horas se leyó a Federico el Grande, mascullό el militar, pero igual se dejó convencer por el mitrado y replegó sus tropas. A mediados de febrero, los soldados acamparon en los alrededores de Popayán, donde en las noches mojaban la cena con aguardiente antes de irse a dormir con el recuerdo de las miradas perdidas de las vírgenes que habían dejado de serlo en sus brazos ensangrentados.

De la Calzada conservó algunas partidas al norte de la ciudad y envió espías lo mismo a Neiva que a la propia Santafé, para saber qué demonios planeaba el gobierno del general Santander, a cargo del mando en la capital mientras Bolívar, en Angostura, trataba de ponerle orden a la naciente república y despachaba a Antonio José de Sucre a comprar armas a Saint Thomas, para apertrechar al ejército, que aún tenía tareas pendientes lo mismo en Venezuela que en el norte de la Nueva Granada y, claro está, en el sur.

Para cuando cayeron las primeras lluvias de abril, los patriotas habían reunido en Neiva una división con el mermado contingente sobreviviente del desastre de Popayán, dos batallones y dos escuadrones más, al mando del general Manuel Valdés, mientras en Cartago, el teniente coronel Pedro José Murgüeitio aprestaba un cuadro de infantería y trasladaba armas y municiones a la zona del valle de la que De la Calzada había preferido retirarse, al comprender que no tenía como defenderla sin desproteger a Popayán.

El primer encuentro ocurrió en La Plata, al sur de Neiva, al amanecer del veintiocho de abril, cuando seiscientos infantes y cerca de cien jinetes, comandados por el coronel José Tomás Mires, avanzaron hacia la falda de la cordillera protegida por un contingente de la corona. Nacido en España, Mires había llegado a Caracas a principios del siglo, como oficial del regimiento de la Reina, para luego fundar, voluntarioso como era, la Escuela de Ingeniería Militar donde iban a formarse algunos de los mejores oficiales de la Independencia, entre ellos el más aventajado de todos los alumnos, el joven Sucre, que había llegado de Cumaná en el año ocho con el exclusivo propósito de matricularse en la afamada academia. Desde los primeros intentos independentistas de los venezolanos, una década atrás, Mires se integró al bando patriota y ayudó lo mismo al adiestramiento, en el que era ducho, que a la batalla, donde no tuvo tanta suerte, que al maestro de matemáticas, artillería y agrimensura, se le daba bien la teoría pero naufragaba en la práctica.

Con el capitán José Reseche a la cabeza, una columna del batallón Albión, que integraba la división que Mires mandaba, tomó el puente

sobre la quebrada que bordea La Plata, tras una intrépida carga a sable limpio. El capitán Juan Domínguez, que contaba con dos compañías del batallón realista Aragón y trataba de remplazar con gritos y arengas su falta de táctica, de aquí nadie se mueve, por mi madre, cabrones, que no van a pasar estos alzados, interpuso una defensa imprudente que resultó costosa para los hombres del rey. Más de ochenta murieron, entre ellos Domínguez, y decenas cayeron prisioneros. Apenas una docena, entre ellos un capitán, un teniente y dos alféreces, logró huir con el aliento justo para pasar la cordillera y traerle a De la Calzada la noticia de una mala hora que había de prolongarse varias semanas.

Mes y medio después, en el sitio Pitayó, una hoyada entre los páramos en la vertiente occidental de la cordillera, los patriotas de Valdés enfrentaron a los soldados de la corona. Al mediodía del siete de junio, más de mil realistas al mando del teniente coronel Nicolás López cayeron sobre los republicanos, obligándolos a retroceder y a dejar decenas de muertos y heridos en la ladera. Pero un contraataque del Albión, que cargó a la bayoneta con la dirección del teniente coronel John MacKintosh, destacado comandante de la Legión Británica tanto en el pantano de Vargas como en Boyacá, inclinó la balanza a favor de los republicanos. Los realistas se desordenaron sobrepasados por la ferocidad de la embestida y, antes de las tres de la tarde, el grueso de su tropa huía por donde había venido o por donde podía. López dejó en el campo a ciento treinta de sus hombres muertos, y ciento cincuenta más cayeron prisioneros, entre ellos tres oficiales. Casi cuatrocientos fusiles quedaron en manos patriotas, lo mismo que trescientas cartucheras con sus tres mil cartuchos. Las bajas en el bando colombiano fueron apenas de treinta hombres muertos y poco más de sesenta heridos, lo que alentó el optimismo de Valdés.

—El camino a Popayán está abierto —les dijo a sus oficiales, mientras dictaba el parte de guerra.

Tan solemne como feliz, Valdés peroraba al tiempo que su secretario copiaba: la acción fue decidida y el enemigo huyó, sin que yo hubiera empleado contra él más que una parte de mis tropas. Cuando los fugitivos llegaron al campamento realista a las afueras de Popayán, De la Calzada comprendió que la ciudad estaba perdida. Ni siquiera la prédica siempre alentadora del obispo Jiménez de Enciso pudo convencerlo de resistir. Los patriotas que bajaban la cordillera eran más de dos mil, y aún no se habían juntado con las tropas de Murgüeitio, que según los reportes pasaban de mil y marchaban desde el norte para reunirse con Valdés.

—Monseñor —dijo De la Calzada—, perdón que se lo diga justamente a usted, pero se nos ha volteado el Cristo.

A Jiménez de Enciso no le hizo gracia el ingenio del sevillano, que aunque tuviese razón, se lo podía haber guardado para una ocasión más festiva. Después de estudiar la situación, convino con el comandante realista en que no les quedaba más remedio que regresar a Pasto, una ciudad que, por su geografía, arriba de una meseta bordeada de despeñaderos, pero también por el arrojo y la lealtad de sus gentes, siempre dispuestas a librar una guerra que equiparaban a las cruzadas, podían defender mucho mejor. Santander sabía que sacarlos de ese nuevo emplazamiento sería lo más difícil, que los del Patía y Pasto son pueblos terribles, le escribió a Bolívar meses antes, el muro en el que siempre, siempre se han estrellado todos cuantos esfuerzos se han hecho desde el año once. El obispo se llevó a Pasto al presbítero Linán de Haro, a su provisor José María Grueso, a los superiores del seminario de Popayán, así como también a Dominga, para que lo mismo alimentara a la tropa que afamara los banquetes con los que pensaba agasajar a la sociedad pastusa.

Monseñor se vistió esta vez de ingeniero militar y, de manera directa y personal, supervisó la construcción de las defensas del paso del río Juanambú, el profundo y árido cañón de tierra roja, gigantesco foso natural que protege a Pasto por el norte. Se sentía obligado, no sólo con Dios y con su majestad sino consigo mismo, a auditar los trabajos con sus propios ojos: había financiado las obras de su peculio, tal y como se lo hizo ver en una carta al general Melchor Aymerich, presidente de la Real Audiencia de Quito, quien había comenzado a pasar malas noches por cuenta del retroceso de las tropas de la corona. Tras describirle los trabajos, el prelado reclamó para sí el crédito, que bien se lo merecía: he gastado en ello hasta los últimos pesos indispensables para mi subsistencia, pero hemos conseguido amedrentar al enemigo y que éste desista de sus proyectos de atacarnos, manteniendo ambos ejércitos sus posiciones.

Durante meses, Jiménez de Enciso gobernó la ciudad y sus alrededores con mano elegante pero firme, y machacó en sus sermones el mensaje de lealtad al rey absoluto don Fernando VII y a su sabiduría emanada de Dios. Fustigó tanto a los impíos masones que comandaban al ejército patriota, cuya excomunión pregonaba, como a los liberales agnósticos que impulsaban el reconocimiento de la Constitución de Cádiz que, en buena hora, su majestad había tenido a bien desconocer tras su regreso al trono en el año catorce.

—Constituciones y parlamentos —decía— no son más que los

escondrijos donde crece, putrefacto y sulfuroso, el ateísmo.

Cómo podía imaginar que el treinta y uno de octubre de ese glorioso año veinte en el que había convertido a Pasto en un bastión absolutista, tendría que tragarse el sapo y jurar, con la iglesia atiborrada de desconcertados beatos, la carta de Cádiz contra la que tanto había perorado, tal y como el propio rey había tenido que hacerlo meses atrás. Amenazado por el auge de la revuelta liberal, el monarca se avino a la Constitución que había desconocido al retornar al trono. He oído vuestros votos —escribió en su proclama—, y cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad, y he jurado esa Constitución, por la cual suspirabais, y seré siempre su más firme apoyo.

—Horasite —dijo la hermana Juana, auxiliar del convento de la Merced—. Si entonces resulta que los masones de la península no eran tan malos, habrá que empezar a revisar lo que pensamos de los de por acá.

—Pues que viva la Pepa y ya está —le respondió la madre superiora.

Pero monseñor no estaba dispuesto a todas las concesiones. A pesar de los mensajes que llegaban del mando patriota y que invitaban a una negociación, Jiménez de Enciso mantuvo firme al ejército ahora mandado por el coronel Basilio García, que con él era más fácil que con el vacilante De la Calzada, despachado a Venezuela a luchar contra Bolívar. La actividad de las tropas, lo mismo en el entrenamiento que en algunas escaramuzas, no cesó en esos meses. El prelado visitaba los diferentes campamentos y gustaba de pasar revista a los parapetos del paso del Juanambú, mientras comprobaba, de paso, que las raciones que salían de la cocina de Dominga Cumbal y de sus ayudantes estuviesen llegando a tiempo y bastasen para todos los uniformados.

—Por el norte no se atreven —le dijo al comandante después de dos días de visitas—, pero del sur no me fío, que si caen Quito y Guayaquil, nos habrá llegado la hora.

Quito seguía en manos de Aymerich, quien ante un nuevo intento de tomar Popayán impulsado por el obispo y ejecutado por García en las primeras semanas del año veintiuno, pidió para Jiménez de Enciso la Gran Cruz de Isabel la Católica. Pero en Guayaquil, una junta de notables había proclamado la independencia el nueve de octubre y Bolívar, que mantenía en el puerto a un núcleo de informantes, envió a Sucre a Cali, donde el cumanés reclutó a quinientos jóvenes locales y trescientos caucanos, que entrenó al lado de ciento setenta veteranos de las batallas en la Nueva Granada y Venezuela. Para mediados de

marzo, el contingente contaba con una aceptable disciplina, armas, municiones y raciones suficientes, y Sucre bajó por el Dagua hasta Buenaventura y se embarcó con sus tropas rumbo a Guayaquil.

Jiménez de Enciso lo supo pronto por un correo que le llegaba semanalmente de Cali. Comprendía que en esos movimientos se jugaba su suerte y la del ejército que García comandaba. Fue entonces cuando él y el presbítero Linán de Haro resolvieron enviar a Juan Gregorio Lasso al puerto sobre el Pacífico, para indagar y enterarse de todo, y enterarnos lo antes posible, insistió el presbítero, que si el Señor decide que tengamos que resignarnos a la victoria impía, al menos que lo sepamos a tiempo, cosa de irnos preparando y que no nos cojan con el fundillo al aire.

Para fines de mayo, el joven ya estaba en el puerto y escribía, a razón de dos y hasta tres por semana, los informes que con la ayuda del padre Tomás le enviaba a Linán de Haro y al obispo. El cura Soler, un alquimista fracasado que actuaba como archivero de Linán de Haro, le había enseñado en Pasto a preparar tinta de plomo con vinagre y negro de carbón, que con la de vinagre escribe lo que le quiera contar al presbítero y verá que nadie se entera porque es invisible, y con el negro de carbón escribe encima una carta cualquiera, con saludes a la familia y todo, que acá nosotros nos encargaremos, con algodón y alcohol, de borrar la letra de carbón y hacer aparecer la de vinagre.

Los informes eran prolijos, y detallaban los avances de Sucre, el listado de sus enemigos, los del partido peruano, y sus devaneos con la niña más hermosa del puerto, Pepita Gaínza, que lo trae loco aunque sus fieles dicen que ni así se distrae de sus labores, que no vayan a pensar que el general es un maleta. Pero a principios de junio y mientras trataba de aliviar los males del pecado a punta de lavados e infusiones de zarzaparrilla, y tras haberle entregado casi todo su dinero al curandero que lo trataba, escribió a Linán de Haro una breve pero angustiosa nota para la que no hizo falta malgastar tinta invisible. El remate de la carta lo decía todo.

—Estoy en la purilimpia.

IV

YA NI SIQUIERA ME ODIAN

—No cuentan nada, hija.

Merceditas estaba acostumbrada a la misma frase, dejada caer por su padre antes de un suspiro, los espejuelos a un lado de la carta recién leída y la mirada clavada en el cielo plomizo de Boulogne-sur-Mer. En esos días, las cataratas todavía no le habían nublado la vista y el general San Martín aún era capaz de despachar su correo sin la ayuda de su hija o de sus nietas. Pero daba igual. Las misivas que llegaban de Buenos Aires casi siempre lo decepcionaban. No era sólo lo que contaban, las rencillas más mezquinas convertidas de la noche a la mañana en guerra civil, los chismes y patrañas de baja estofa, los recortes de los diarios con artículos falsamente analíticos cuyos móviles mal disimulados el general podía descifrar sin esfuerzo, a pesar de que llevaba más de dos décadas fuera de su patria porque, decía sin explicar, pez viejo no traga anzuelo.

Una vez a la semana, casi siempre los viernes, el general caminaba hasta la oficina de correos para reclamar su correspondencia. El dependiente de *la poste* le había tomado aprecio, *pas de nouvelles pour mon général,* le decía las más de las veces, con un francés cantado en melodía de decepción. O en ocasiones, *mais bien sûr, vos amis se sont rappelés de vous,* y entonces le entregaba un sobre, casi nunca dos, y San Martín desembolsaba los diez centavos por carta, la tarifa única para todo el territorio francés, pues su correspondencia solía venir de París o de algún puerto del canal o del Atlántico, según donde hubiese desembarcado el viajero portador de la correspondencia del Río de la

Plata.

No las abría de inmediato. Las olía, las pesaba sobre la palma de la mano, las guardaba luego en el bolsillo del gabán y al llegar a su casa, las dejaba sobre la pequeña mesa frente a la ventana para leerlas a la mañana siguiente. Al principio, cuando malvivía en Bruselas o cuando se acomodó mejor en Grand-Bourg, rasgaba el sobre y sacaba las cartas de inmediato. A veces venían abiertas porque recién llegado a París y durante varios años, su condición de héroe exiliado y las versiones sobre sus viejos lazos con los ingleses aún despertaban sospechas entre los responsables de la seguridad del gobierno francés. Pero con el tiempo el espionaje fue dejando en el olvido al viejo Libertador tanto como sus amigos al otro lado del Atlántico, y las cartas, que cada vez llegaban más espaciadas, venían casi siempre intactas para que San Martín, desencantado por haber dejado de ser objeto de vigilancia, fuese su primer y único lector.

No siempre había sido así. Durante aquellos años en que todavía el corazón amenazaba con abrirle el pecho cuando el funcionario del correo le anunciaba que tenía algo para él, imaginaba lo peor antes de abrir el sobre y devorar las noticias que traía y que suponía, de entrada, malas para él. El miedo comenzaba a la mañana misma, cuando apenas acababa de despertar, mientras se restregaba los ojos sentado en el borde del catre y tomaba conciencia de que ese día daría su ronda por la oficina de correos. La ansiedad marcaba la preparación del café y sus abluciones, lo mismo que su rápida ceremonia de vestirse, y marchaba a su lado hasta *la poste.*

En qué andarán esas víboras, malas artes, en todas partes, quién sabe qué estarán hurgando en mi pasado, se preguntaba entre rezongos y maldiciones camino del correo. Pero un rato después, repasada la carta en una primera lectura relámpago, cuando comprendía que sus enemigos lo seguían dejando en paz, de quien se ausenta nadie da cuenta, decía con tino su madre, lo invadía una decepción rabiosa. Era la melancolía del guerrero desarmado, fruto de la evidencia cada vez mayor de que había dejado de importarles a sus rivales y de que ellos habían dejado de considerarlo un objetivo que había que destruir.

—Ya ni siquiera me odian —le dijo un día, al volver de *la poste,* a Merceditas y se encerró en su habitación a mascullar la indignación ante tanto olvido.

Durante años, su hija se había resignado a comportarse como un testigo silencioso de los peores temores del general. Y aunque desconocía su índole, de qué lo van a acusar, papá, de qué, comprendía

sin saber, sin necesidad de entender, que es como comprenden los que saben amar. Con el paso del tiempo, que iba lento pero enseñaba pronto, se dio cuenta de lo poco enterada que estaba de la vida de su padre. De su niñez en Yapeyú apenas había escuchado unas frases vagas y que sonaban hechizas por tanta repetición, sobre el ganado, las lluvias y la vieja biblioteca de la misión abandonada donde San Martín leyó sus primeros volúmenes, aun antes de cumplir los cinco años.

Don Juan de San Martín, el abuelo de Merceditas, era para ella poco menos que un fantasma, una figura indefinida que había dejado este mundo cuatro años antes del cambio de siglo y dos décadas atrás de los pinitos de la gloria de su hijo José, de los que doña Gregoria Matorras, la madre del Libertador, tampoco alcanzó a tener noticia, pues murió en Orense, Galicia, en 1813, cuatro meses después de la primera victoria de San Martín en América, en el combate de San Lorenzo, y sin haberse enterado más que de manera tangencial de que su hijo se estaba convirtiendo en uno de los líderes de la revolución destinada a romper los lazos de esas colonias con la península, con esa misma España que los había visto nacer a ella y a su marido.

Hijos de Castilla la Vieja, Juan del pueblo de Cervatos de la Cueza y ella de muy cerca, de Paredes de Nava, ambos vecinos de Palencia, conocieron la siega a rapa terrón y la estrechez de la vida rural de las planicies áridas barridas por vientos helados y húmedos en el invierno y adormiladas por el bochorno irrespirable del verano, y crecieron alimentados por lo poco que producían sus padres, labradores y pastores. Como muchos jóvenes hidalgos deseosos de hacerle un quite a la miseria de aquellas tierras, Juan de San Martín emprendió la carrera militar; lo destinaron a Melilla primero y luego a Orán, en Argelia, donde lo ascendieron a teniente, un logro meritorio para quien no provenía de la nobleza. Poco después pudo acariciar la ilusión de hacer la América, empeñado en desmentir a su madre que repetía, ay, hijo, quien nació para pobre jamás llegará a ser rico, una frase que con los años él mismo recitaría delante de sus hijos. En 1764, con treinta y seis años cumplidos, fue a dar al Río de la Plata, donde pocos querían ir, tan lejos queda, le decían, del oro del Perú, pero donde, por ello mismo, las posibilidades de ascender eran mayores, en especial porque Juan llegaba con el promisorio cargo de organizador e instructor del batallón de milicias de voluntarios españoles de Buenos Aires.

Gregoria también había llegado al Río de la Plata en busca de mejor suerte. A punto de cumplir veintiocho años, una edad en la cual, en la península, hacía rato que estaba destinada a vestir santos, desembarcó

en la pequeña aldea que Buenos Aires era entonces, en compañía de un primo que la convenció de alejarse de Castilla la Vieja, mira que por acá no te quedan más que dos opciones: o vistes los hábitos de monja o te desvistes como puta, y se carcajeaba y hasta le sacaba una sonrisa a su prima. Pocas jóvenes castellanas se atrevían a viajar hasta esas latitudes y Juan, que a pesar de su aventurera decisión de viajar al otro lado del mundo nunca pensó en casarse con una que no fuera de su tierra, le propuso matrimonio a poco de conocerla. Ella estaba encantada con los ojos azules y el cabello castaño de ese hombre que sobreponía a su baja estatura una tenacidad admirable. Se casaron por poder en el año setenta, pues Juan estaba en la otra orilla, estacionado como ayudante mayor del batallón de voluntarios españoles, no lejos del joven pero próspero puerto de Montevideo.

Tres años después de la llegada de Juan al Río de la Plata, harto del enorme poder no sólo religioso, sino político y económico, adquirido por la Compañía de Jesús, así como de sus intrigas y maquinaciones, Carlos III decidió cortar por lo sano, ahora lo veredes, y juró, por éstas que son cruces, que vamos a medirles las costillas a estos bribones. El dos de abril de 1767, en una campanuda ceremonia en el palacio de El Pardo, dictó la Pragmática Sanción, que así la bautizó la corte, y decretó para que a nadie le cupiese duda: he venido en mandar extrañar de todos mis dominios de España e islas Filipinas y demás adyacentes, a los regulares de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores o legos que hayan hecho la primera profesión y a los novicios que quisieren seguirles, y así mismo que se ocupen todas las temporalidades de la Compañía en mis dominios.

La mala pata de los jesuitas fue la suerte para muchos de los aventureros peninsulares en las colonias. Los San Martín creyeron ver al fin los cielos abiertos, y recién casados se instalaron en la estancia Las Caleras de las Vacas, una de las enormes propiedades arrebatadas a la Compañía de Jesús, a la que destinaron a Juan como administrador. Allí nacieron María Helena, Manuel Tadeo y Juan Fermín Rafael, entre el setenta y uno y el setenta y cuatro, y aunque las criaturas trajeron felicidad y, había que reconocerlo, una hogaza de pan bajo el brazo, después de algunos años don Juan comenzó a pedir traslado a un destino donde pudiese ascender en el escalafón.

—Pero si usted lo hace de maravillas como administrador, pone orden en las cuentas, produce dividendos y, por contera, impone la ley y mantiene la paz —le respondía su superior ante sus reiterados petitorios.

—De modo que por hacer bien el oficio me estoy cargando mi

carrera —le plantó cara un día, entre quejoso y persuasivo.

Y lo convenció. A Juan lo enteraron de que lo esperaba un promisorio destino en Nuestra Señora de los Tres Reyes de Yapeyú, a orillas del río Uruguay, una de las enormes misiones que los jesuitas habían desarrollado al norte del Río de la Plata, en tierras fronterizas con los dominios brasileños del rey de Portugal, donde asumiría como teniente gobernador. El nuevo cargo abría paso a futuros ascensos militares, que estas tierras son más anchas que Castilla, Gregoria, y de paso, los jefes de Juan no desaprovecharían las dotes administrativas del eficiente funcionario.

La tarea no era fácil. La misión de Yapeyú había perdido el esplendor de los años de la Compañía de Jesús, cuando llegó a contar con más de diez mil habitantes, la mayoría de ellos indios yaros, charrúas y bohanes, sumados a los guaraníes de las islas del río, los chandules, expertos canoeros y ceramistas que habían sido diezmados y dispersados en los años más duros de la conquista, pero que seguían dando guerra. Dedicadas por décadas con éxito a la ganadería, a la agricultura y al comercio de cueros y carnes hacia el Río de la Plata, actividades que habían llenado sus arcas y multiplicado los desarrollos gracias a la proverbial eficiencia de la administración de los jesuitas, con el extrañamiento de la Compañía, las haciendas de Yapeyú decayeron hasta el límite de la postración.

El nuevo teniente gobernador vino a poner orden y lo logró en un pispás, que se supone que para esto es que soy bueno. Recuperó el ganado de origen cimarrón que había dado fama a la misión por más de un siglo y reactivó la exportación de excedentes de yerba mate, tabaco, algodón y cueros. En cuestión de meses, además, al mando de un ejército pequeño pero vigoroso, enfrentó y desalentó las recurrentes incursiones de los bandeirantes que amenazaban la soberanía española en el enclave, en una zona donde los límites fronterizos nunca habían estado del todo claros. Y hasta le alcanzó para engendrar a su cuarto hijo, Justo Rufino, que nació en el setenta y seis.

Durante esos años de fugaz felicidad en la casa San Martín, asomó por la región la figura altiva de don Diego de Alvear y Ponce de León, oficial de la armada española nacido en Montilla, Córdoba, pero cuyo noble linaje procedía de Burgos, ciudad de reyes y abolengo. Soltero y sin haber cumplido aún los treinta años, había ascendido veloz en el escalafón militar hasta alcanzar el grado de brigadier, una prueba más, si faltaba, de las injusticias de las que tanto se dolía el teniente gobernador. Alvear llegó con el encargo de las autoridades coloniales

de ejecutar el tratado de límites firmado con los portugueses, sobre los ríos Paraná y Uruguay, tarea que cumplió al pie de la letra y sin tardanza, con la valiosa ayuda de San Martín. Pero así como durante el día se dedicaba, prolijo y eficiente, a las labores de tirar fronteras, en las noches cebaba mate antes de cenar y luego se chupaba una botella de vino, riojano si posible, o en su defecto uno criollo de las buenas cavas de Mendoza que había aprendido a apreciar alguna vez que le faltó aquel que mandaba traer de su tierra.

El vino, ligado a la humedad y a los olores silvestres de la noche, despertaba al joven dormido que había cabalgado toda la jornada, entre sabanas y selvas, y era común que terminara la velada enredado entre las piernas de alguna guaraní, decidido a alegrarse las pajarillas bajo el mosquitero del catre, sudoroso por el afortunado trajín de madrugada y feliz ante la proeza de tres y hasta cuatro polvos, despachados sin prisa pero sin pausa y con despliegue de posturas y maromas, que este clima me pone a hervir los cojones. Ahí viene don Diego, gritaban en cada hacienda cuando veían aproximarse a su avanzadilla, y las indias más jóvenes se guardaban, aunque alguna, enterada de los afanes del brigadier así como de los favores con que premiaba a cualquiera que los calmara, se exponía en primera línea, desafiante. Los rumores sobre el hijo que había engendrado con una de las nativas, Rosa Guarú, que esa india lo trae encoñado, recorrieron pronto la misma frontera que Alvear había demarcado con precisión, mientras otros aseguraban que ninguna de sus compañeras nocturnas le había sacudido el alma, con excepción de Juana Cristaldo, la niñera de la familia San Martín y que quizás, quién sabe, había sido bendecida con un hijo del apuesto cordobés, que había terminado en los brazos de doña Gregoria, convertido en uno más de la prole San Martín.

Pero nada de eso lo supo nunca Merceditas, que se contentaba con haber registrado que su padre nació allí mismo, en Yapeyú, el veinticinco de febrero de mil setecientos setenta y ocho, quinto y último de los vástagos de Juan y de Gregoria, pocos años después de que una epidemia de viruela arrasara con la mitad de los habitantes de la misión y frenara los progresos alcanzados bajo la resuelta administración del teniente gobernador. Atrapada por la prudencia, Mercedes debía tratar de adivinar el resto, lo que ocultaban los suspiros de su padre cuando se quedaba en silencio, esculcando recuerdos, con los ojos negros que penetraban los claros más bien escasos del cielo nublado de antes del mediodía en Boulogne-sur-Mer, después de haber despachado su correspondencia. Una de esas

mañanas de carta recién leída, Pepa apareció en la habitación de San Martín con ganas de correr a abrazar al abuelo por el que se derretía. Su madre la atajó.

—Déjalo, está de visita en el pasado.

De su infancia en Málaga, adonde los San Martín llegaron en el año ochenta y cuatro, el general había hablado un poco más. Enredado en una investigación por haberse excedido en la represión de los minuanes, indios belicosos que solían atacar la misión como mercenarios de los portugueses, Juan de San Martín dejó Yapeyú y se instaló con su familia en Buenos Aires, a la espera de un nuevo destino. Gracias al apoyo de sus superiores, que valoraban su contribución a la resurrección de la misión, consiguió que lo absolvieran de todas las acusaciones, y que lo ascendieran por fin a capitán. No podía aspirar a más. Su carrera militar estaba definitivamente estancada y él ya no era un hombre joven. Al regimiento de voluntarios con el que había llegado al Nuevo Mundo lo requirieron en la península y, días antes de la Navidad de 1783, el capitán y Gregoria se embarcaron con sus cinco hijos en la fragata Santa Balbina, dejando atrás las ilusiones de América, donde casi nada les había faltado, y desesperanzados ante la poco prometedora fortuna que les ofrecía el futuro en la tierra de sus ancestros.

Eso sí, la travesía del océano fue una aventura para los hijos de la pareja, sobre todo para el pequeño José, que husmeaba en cada rincón de la nave de sesenta y nueve pies de eslora, y preguntaba a los marineros por cada detalle de los dos palos mayores, los dos de mesana y la pareja de trinquetes. Recorrió la cubierta, se coló en las bodegas y contó muchas veces durante los ciento ocho días de navegación, los treinta y cuatro cañones con que habían dotado a la embarcación los astilleros ingleses de Plymouth, años antes de que cayera en manos españolas durante una escaramuza cerca de las Azores, el nueve de agosto de 1780.

—¿Y es que a ti nunca se te acaban las preguntas? —le dijo una mañana al niño un teniente de navío de la Santa Balbina de apellido Van Halen, pariente lejano del capitán San Martín y de Juan Manuel Julián Antonio Van Halen y Sarti, Morphy y Castañeda, cuyas aventuras de conspirador liberal llegarían a oídos de José de San Martín, ya adulto, dos décadas más tarde.

El niño no se acoquinó. Por toda respuesta sacó a relucir la esquiva sonrisa que tanto les negaba a sus padres, y remató con ella y sin palabras la charla, poco antes del atardecer, en vísperas de que una tormenta sacudiera el buque y le rompiera por la cruz la verga mayor.

Cuánto me enseñó aquel Van Halen, le comentó, murrio, una noche a Merceditas.

Para el momento en que la borrasca se ensañó con la nave, los veinticinco guanacos que la Santa Balbina llevaba como especialísimo encargo para su majestad don Carlos III, y a los que José visitaba casi a diario, ya habían enfermado de sarna. De nada valieron los cuidados de la tripulación, que había reservado dos divisiones, un comedor y un bebedero, entre muchos otros privilegios, para los animales, pasajeros de honor por cuenta de su destino real. De nada valieron tantos mimos. Todos los guanacos murieron y los arrojaron al mar, en prevención de cualquier peste, mientras el capitán Román Novia de Salcedo, un vasco de mala leche nacido en Bilbao cuarenta y siete años atrás, ordenaba, entre refunfuños y blasfemias, una investigación para saber, llevado de la cabeza por Don Bildur, si a alguno de sus tripulantes, un tarugo, un zopenco, podía achacársele la culpa de un desastre que mancharía su hoja de vida ni más ni menos que ante el mismísimo monarca.

Un atardecer de fines de marzo la fragata atracó en Cádiz, cuando las puertas de la ciudad, siempre cautelosa ante las amenazas de los piratas ingleses, ya estaban cerradas. José y su familia debieron esperar hasta que clareara el azul del alba para poder apreciar las murallas, las torres de Santo Domingo y de Tavira, los baluartes y las casonas blancas, y desembarcar en el puerto que fascinó los ojos del más pequeño de los niños. Días más tarde, los San Martín se enteraron por una nota del *Mercurio* de España que registraba la entrada a Cádiz de la Santa Balbina, que la nave conducía, de cuenta de su majestad, no sólo los veinticinco malhadados guanacos, sino más de un millón ciento ochenta mil pesos fuertes acuñados en plata y oro, diez mil doscientos noventa marcos de plata labrada y ochenta más de oro, tan bien resguardados que ni siquiera el niño José, que había recorrido cada palmo de la nave, los había descubierto.

—Puestos a escoger, era mejor que se perdieran los guanacos —dijo con sorna Gregoria, al comentar la noticia al día siguiente de desembarcar.

A las pocas semanas la familia viajó a Madrid, donde el capitán pasó meses a la expectativa de una designación, mientras consumía los ahorros más bien limitados que había logrado hacer en Yapeyú y recordaba su vida en la misión, que te digo Gregoria que comparado con lo que nos viene, esos tiempos allá fueron los de las ollas de Egipto. Sus hijos asistían, aunque apenas como oyentes, al Real Seminario de los Nobles, pues Gregoria no quería que perdieran el tiempo ni se

atrasaran en su educación, iniciada en la humilde pero rigurosa escuela de Yapeyú. Después de mucho peregrinar en los vericuetos de la burocracia militar, el oficial obtuvo un destino, Málaga, como capitán retirado de infantería, con una miserable paga de trescientos reales, que correspondía al salario de un teniente.

—Vaya recompensa por casi cuarenta años de servicios a la corona —despotricó al contarle a Gregoria—. A la fuerza ahorcan...

—Pero algo es algo —lo animó ella sin renunciar a la ironía—, aunque sea Málaga.

Las estrecheces de la familia San Martín se compadecían con la miseria que poblaba las calles del puerto mediterráneo, donde los mendigos huían del calor bajo las encinas y uno que otro castaño que daban sombra en las calles y parques de la ciudad. El menor de los San Martín asistía a la escuela de las Temporalidades, colegio público que la corona les había arrebatado a los jesuitas, y aunque su tez un tanto morena y su pelo negro y lacio animaban a algunos de sus compañeros a mantenerlo a distancia, y éste de dónde ha venido, que parece moro pero es distinto, terminó por destacarse en los estudios, en especial en la gramática latina, la aritmética de los quebrados y las proporciones, y el dibujo al que dedicaba sus ratos libres haciendo gala de cierta destreza para los paisajes, así como de un ojo aguzado para la fisonomía y los retratos.

Qué chaval espabilado y capaz, decían los maestros, sí, pero atristado, comentaba alguno, sólo asoma la sonrisa cuando rasga una guitarra. Y era cierto. Desde tiempos de los jesuitas, la escuela de Málaga había criado fama de contar con un buen coro y avanzados cursos de guitarra a los que el joven San Martín se aficionó desde las primeras semanas. Gracias a la insistencia de uno de los profesores, un año después de que los San Martín se instalaran en la modesta casa de la calle de Pozos Dulces, Gregoria obtuvo la ayuda del afamado guitarrista y profesor Fernando Sor para que le impartiera algunas lecciones particulares al muchacho, que el churumbel tiene talento, señora mía.

El dinero siempre escaseaba, no sólo es pobre la paga, mujer, es que además llega tarde, renegaba el capitán, pero aun así se las apañaron para que a los hijos mayores, Manuel Tadeo y Juan Fermín Rafael, los admitieran en septiembre del ochenta y ocho en el regimiento de infantería de Soria, el famoso “Sangriento” que venía de Lima, donde había criado su aterradora fama, y que se instaló en Elche, no lejos del puerto de Alicante.

—No sé de dónde salía el dinero —le comentó un día el general San

Martín, medio siglo después, durante una caminata matinal por el muelle de Boulogne-sur-Mer en busca de un buen *solé,* a su hija Mercedes, una de las pocas veces que aceptó revolver sus recuerdos en voz alta.

—Algún pariente o amigo de seguro ayudaba —osó decir ella, pero no obtuvo respuesta.

Lo cierto es que la paga del capitán, o lo que fuera que no podían ser los ahorros de Yapeyú, agotados durante la espera en Madrid, alcanzó para que el nueve de julio del año ochenta y nueve se produjese dictamen favorable para que al pequeño José lo admitieran como cadete en el regimiento de Murcia, conocido como "El Leal". Que no tiene aún los doce años y debe esperar, habían dicho al principio. Pero esperar era un riesgo porque meses después tal vez ya no hubiese plaza, y ni Juan ni Gregoria querían ver crecer al más pequeño en la playa malagueña, donde los muchachos se reunían todas las tardes, que allá sólo aprenden malos hábitos, y eso que en buena hora las autoridades habían decidido mantener la separación de niños y niñas, en zonas distintas de la arena, cosa de que no se entremezclaran, que ya bastante tienen los muchachos con las fulanas que andan por doquier, abusando de la tolerancia por fuera de los límites del barrio de las mancebías.

En esta ocasión, el capitán San Martín consiguió tocar las cuerdas indicadas, joder, que algún valimiento había de servir al menos por esta vez, de modo que el benjamín de la familia inició su carrera militar a la tierna edad de once años y cinco meses, sin necesidad de alejarse de su casa, pues el regimiento tenía base en Málaga, y como indicaba la norma: a los locales no se les precisará a que residan ni duerman en el cuartel. Pero eso sí, allí pasaban mucho más rato que los estudiantes en la escuela, de modo que José ya no tendría tiempo de gandulear en la playa. Incluso antes de entrenar el cuerpo, los cadetes estaban obligados a ejercitar la memoria, que las sabias *Ordenanzas* del recién fallecido Carlos III, Dios lo guarde, debían quedar grabadas a fuego en la mente de los novicios, pues bien lo decía el texto de 1778, la enseñanza de los cadetes debe comenzarse por manifestárseles el honor y conveniencia que les resultará de aprender su oficio y la poca fortuna que han de esperar de la milicia si no les acompaña su aplicación, inteligencia y espíritu.

A los maestros, capitanes y tenientes del regimiento los exhortaban a celar, decían las normas, para que los caballeros cadetes de las primeras se vistan con aseo y eviten en las modas aquellos excesos que ridiculizan la juventud, la afeminan y trastornan el modo sólido de

pensar. Conviene que madruguen, agregaba el catálogo de normas del monarca para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos, que se acostumbren a la fatiga y a una continuada y laboriosa instrucción, pues con semejante cuidado diario se conocerán los que tomen esta carrera con inclinación y esperancen de utilidad en ella. A los maestros se les enseñaba cómo se debe vestir y recibir un recluta, qué conversaciones son las más convenientes para fomentar su contento y su amor al servicio, tomando por la base principal de ellas la explicación de las gracias que ha dispensado al ejército, y un comprensible y ventajoso cotejo de la vida y esperanza de un soldado con la de un labrador o artesano, que al fin y al cabo los reclutas sabían que la milicia, esa religión de hombres armados, resultaba un más que aceptable escape de peores opciones de existencia.

La retentiva mental, forzada a punta de repeticiones y repeticiones que iban mucho más allá de la saciedad, remplazaba, o pretendía hacerlo, la irregular práctica de los ejercicios puramente militares, así como los del uso del arma, mucho más espaciados de lo deseable debido a que los maestros de cadetes no eran dispensados de guardias ni de misiones, lo que les impedía cumplir con la debida constancia sus labores como instructores. A más de la aritmética, las nociones de geometría, la fortificación y en especial las formaciones y movimientos, así como la aplicación de las reglas tácticas del arma, llevadas a la práctica con floja periodicidad en el campo de ejercicios con la tropa, había clases de francés, baile y esgrima, misa diaria en la mañana y rosario, también diario, por las tardes, al igual que conferencias tanto de instrucción militar como de religión y moral.

—A mí me sirvieron mucho las clases de oratoria —recordaría San Martín años después de su paso por la escuela de cadetes del regimiento de Murcia, ya convertido en general—. Mermaron mi timidez y me enseñaron el arte de la persuasión.

Y la memoria, adiestrada desde ese entonces, le permitiría recitarles a sus oficiales, en plena evocación de sus años de Málaga, que la verdadera retórica no se adquiere en los catálogos de reglas y estériles figuras, sino que consiste en hacer conocer la propiedad y diferencia de los estilos, cómo se evita la hinchazón y la bajeza, cómo se da fluidez a un período, cómo se expresan con naturalidad y fuerza las ideas. Cuando más queríamos instrucción en el campo, equitación, ejercicio físico, aunque fuera en el juego de pelota o en los bolos, rememoraría delante de sus hombres, nos daban la tabarra con la gramática castellana y la sintaxis, aunque con el tiempo, señores, debo reconocer que yo, que soy de natural retraído, terminé por

agradecerles mucho a esos maestros que me enseñaran a orar en público.

Las prisas de la mocedad los llevaron a él y a sus compañeros a alegrarse de que, con apenas catorce meses en la escuela, los destacasen a Melilla, en la orilla vecina del Mediterráneo, a fines de septiembre del año noventa, que el sultán de Marruecos, Mulay Sulaymán, señoritos, ha osado declararle la guerra a su majestad. Y aunque a los cadetes los mantuvieron a prudente distancia del combate, limitados a aprender, vieron pasar los heridos y los muertos, los cuerpos ensangrentados y mutilados, el horror de la guerra que habían ansiado conocer. El traslado a Melilla, de donde volvieron a Málaga seis semanas más tarde, fue el primero de una larga serie de desplazamientos del regimiento que interrumpió la instrucción teórica hasta dejarla finalmente atrás, sin que San Martín y los de su clase completaran nunca los cinco años de formación, que va mejor así, con la experiencia de apreciar de cerca el combate, que abren los ojos los muertos a los vivos más despiertos.

En abril del noventa y uno salió el segundo batallón, al que pertenecía San Martín, para Cartagena, y allí estuvimos mes y medio a la espera de órdenes, hasta que nos embarcaron para Mazalquivir, en el golfo de Orán, en plan de reforzar la plaza, recordaría décadas más tarde, pues las tensiones con el bey de Mascara estaban a tope. Al puerto de Orán llegó el segundo batallón a finales de junio y en cuestión de horas estaban bajo el fuego de los moros, que fue el bautismo de José, de apenas trece años y cuatro meses, en los fragores de una guerra que había de durar treinta y tres días.

—Los cadetes sólo podíamos ir como fusileros —relataría San Martín treinta años después—, pero yo pedí ser agregado a los granaderos, porque era diestro en lanzamientos.

Lo hizo bien. Sus superiores se lo acordaron y un mérito quedó anotado en su hoja de servicios. Fue uno de los pocos ganadores entre las tropas de la corona. A fines de julio del año noventa y uno, tras una serie de órdenes y contraórdenes del confundido mando español, los bandos pactaron una tregua de dos semanas, después de la cual los representantes de Carlos IV aceptaron entregar la plaza en una evacuación que demoró más de medio año, que ni en retirada pacífica saben manejarnos estos comandantes de salón. El segundo batallón del regimiento de Murcia, con San Martín que acababa de cumplir los catorce años, recibió la orden de trasladarse al norte de la península. A pesar de los sobrados merecimientos del cadete, el coronel que lo mandaba quiso premiar a un favorito, que no era el joven José, hasta

que un inspector frenó la decisión y después de revisar el excelente comportamiento de San Martín en Orán, recomendó en julio del noventa y tres su ascenso acelerado y por méritos a segundo subteniente, cuando su batallón ya estaba en los Pirineos aragoneses, en medio de las tensiones fronterizas, que ya verán estos muchachos, decía un capitán, al lado de lo que viene, lo de Orán les parecerá una verbena de San Juan.

La convención revolucionaria francesa había votado la condena a muerte del depuesto Luis XVI, que el Capeto es un pobre imbécil, pues no mucho más que el que reina ahora acá, que nada tiene que ver con su padre, ya verás cómo en un periquete lo están defenestrando, que no, para nada, si tiene a Godoy, que no sólo protege al nuestro sino que de pronto consigue que liberen al rey francés. No lo logró. El veintiuno de enero del noventa y tres, a las diez y veintiún minutos de una mañana parisina húmeda y fría, el verdugo Charles-Henri Sanson accionó la guillotina que le cortó la cabeza al ciudadano Luis Capeto, que sólo atinó a decir, segundos antes: ¡Pueblo, muero inocente!

—Inocente quizás, pero un pelele —comentaban en el cuartel.

—Fácil decirlo ahora que le cortaron la cholla.

Mequetrefe o no, la idea de que la cabeza de un monarca había rodado al canasto en la plaza del Carrusel aterró a los demás reyes europeos. Carlos IV no fue la excepción. La convención francesa le había declarado la guerra a España en marzo del noventa y tres, que otro Borbón depuesto no les vendría mal, pensarán, y el rey peninsular había resuelto aliarse con sus pares de Prusia, Suecia, Austria, Inglaterra y Rusia para combatir a los revolucionarios, que basta ya de tanta carmañola, o los detenemos de una vez por todas o van a jugar a la petanca con nuestras testas.

Nos viene bien esta guerra, repetían en la corte, el pueblo andará movilizado, firme y leal, decían en la corte pensando más en el beneficio inmediato que en el costo a largo plazo. Alguna razón les cabía, en cualquier caso: fue el único momento de cierta gloria del titubeante monarca y permitió, gracias al cielo, un reclutamiento masivo, que soldados tenemos; ahora, armas y adiestramiento, quién sabe. San Martín marchaba con su unidad, la cuarta compañía de fusileros del segundo batallón del regimiento de Murcia, cuando sus superiores le informaron que el rey había firmado su ascenso a subteniente segundo y que el hábil general Antonio Ricardos, que lideraba el ejército que cubría las montañas desde Cataluña hasta Figueres, había dispuesto el cúmplase.

Con su espada de oficial al cinto, San Martín conoció las montañas y

aprendió los movimientos de protección, así como el montaje de parapetos y trincheras para resguardar los desemboques, que así y sólo así, cabrones, aseguramos nuestras comunicaciones. El general Ricardos no era de los que pierden el tiempo. Para agosto del noventa y tres sus doce mil hombres habían penetrado el Rosellón francés, pero su habilidad en el campo de batalla estaba por debajo de su audacia y de la velocidad de sus movimientos. La Revolución Francesa reclutaba mucho más y con un fervor inigualable, y en mayo del noventa y cuatro cuarenta mil soldados de la República contraatacaron en el Rosellón y Ricardos volvió a hacer gala de rapidez, pero esta vez para retirarse, apenas a tiempo, hay que decirlo. Meses después los franceses ya ocupaban el norte de Cataluña, mientras que por los lados de Navarra y Guipúzcoa las cosas no iban mejor. El secretario de Estado convertido en ministro de guerra, Manuel Godoy, hombre fuerte del régimen, había revelado sus debilidades y torpezas durante la campaña. Pero al menos supo darse cuenta a tiempo y recomendó al rey negociar los términos de un acuerdo de paz.

Godoy salvó la cara, pues no perdimos territorio, pero hemos puesto a disposición de los gabachos nuestras tropas y barcos, sin olvidar el dinero, que aquí se han perdido unos reales, ya veremos cómo nos secan las venas y cómo la subida de precios se pone peor. La discusión se daba por igual en tabernas y cuarteles, donde a la humillación de la retirada presurosa se sumaban las condiciones indignas de la paz de Basilea y, más grave aún, la sensación de que en la corte ni el rey ni Godoy sabían lo que hacían.

—Como soldados, vivimos una vergüenza —recordaría San Martín veinte años después, mientras tacaba su pipa de tabaco de Salta delante de sus oficiales—, pero al menos puedo decir que yo aprendí, en los Pirineos y el Rosellón, a guerrear en llano y en montaña. Y, más importante aún, caballeros, aprendí que batallar no es sólo armas y movimientos; aprendí, como lo dijo poco después el conde de Aranda, que la gran ventaja que nos llevaban los franceses era que combatían por su libertad, mientras los españoles no sabían por qué lo hacían.

La causa francesa, había sentenciado don Pedro Pablo Abarca de Bolea, décimo conde de Aranda, ilustrado y enciclopedista y quien por eso mismo había sido sustituido por Godoy como secretario de Estado en el año noventa y dos, era superior a la de las tropas españolas. Sus comentarios se convirtieron en esos años en la biblia de los liberales que clamaban por reformas y en anatema para los reaccionarios que rodeaban al rey. A Voltaire, quien lo conoció décadas antes cuando el

conde ocupaba la embajada española en París, le atribuían haber dicho que con media docena de hombres como Aranda, España quedaría regenerada. La frase la usaban sobre todo sus enemigos, que en 1794 consiguieron que el rey lo desterrara a Jaén, de donde nunca más regresaría a Madrid.

Estacionado en el puerto de Cartagena bajo el mandato de Basilea de que su regimiento no podía combatir, José Francisco de San Martín, que a los diecisiete años ya había sido ascendido a subteniente primero y semanas después a teniente segundo, había de llevar para siempre esas lecciones en la cabeza. Picado por la curiosidad en el proceso revolucionario que había atraído a Aranda, mejoró sus conocimientos del francés y se dedicó a matar el ocio comprando y leyendo viejos ejemplares del *Semanario Literario y Curioso* que los reformistas habían editado años antes en Cartagena, así como montañas de volúmenes de la Ilustración que los contrabandistas traían de Francia y en las noches echaban a las aguas de la bahía, en cajas metálicas herméticas, para que los libreros las recogieran en botes de remos y las obras prohibidas evadieran así los controles aduaneros.

A Basilea le siguió el Tratado de San Ildefonso, que sellaba una alianza con Francia y el despliegue de las fragatas españolas en el Mediterráneo y el Atlántico, en contra de la armada británica. San Martín dejó a un lado las lecturas y se apuntó como infante de marina voluntario en la fragata Santa Dorotea. Si quieres aprender a orar hazte a la mar, dijo su madre, pero el joven oficial miró para otro lado. Ya sabía de valles, cumbres y planicies, y ahora quería aprender del océano. Y lo hizo. Durante el segundo semestre del noventa y siete y hasta bien entrado el noventa y ocho, patrulló, persiguió corsarios, escoltó mercantes, llevó y trajo armas, municiones y equipo, y combatió.

—No era tan fiero el mar como decían y en verdad que nunca aprendí a rezar —solía decir con sorna tiempo después.

En mayo del noventa y ocho, con la Santa Dorotea anclada en el puerto de Toulon, llamaron a los oficiales a revista. Aun antes de tenerlo al frente, San Martín reconoció a Bonaparte, ya para entonces el más prestigioso de los generales de la República Francesa, quien en esos días preparaba el embarque de una gigantesca expedición militar y científica hacia Egipto. El corso apenas saludaba a los oficiales bajo el picante sol primaveral, pero se detuvo ante el moreno y acuerpado San Martín, atraído por su uniforme celeste y blanco, diferente de los demás. Como el teniente le llevaba casi una cabeza,

Bonaparte apenas tuvo que inclinar la mirada para leer en voz alta lo que decía el botón en el pecho de la casaca.

—Re-gi-mien-to de Murcia —dijo, pronunciando la *g* como una *y*, mientras San Martín permanecía en posición de firmes, con la mano derecha abierta y levantada sobre la ceja.

Algunos de sus compañeros vieron en lo ocurrido una especie de bendición, una señal de buena fortuna para el teniente. Pero semanas más tarde, cuando una tormenta sacudió la Santa Dorotea durante el retorno de la nave de Argel a Cartagena, San Martín dudó del buen augurio. El violento temporal arrancó el mastelero de velacho, derribó el juanete mayor de la fragata y dejó al buque indefenso y con limitada capacidad de maniobra. Pero ahí no culminaba la mala estrella de la tripulación. En la mañana del quince de julio, buena parte de los setenta y cuatro cañones del británico Lion hizo llover fuego sobre la Santa Dorotea y en menos de dos horas de combate los atacantes la abordaron. Los ingleses mataron a treinta marinos españoles e hirieron gravemente a otros tantos, entre los que dejaron a varios mutilados, antes de que la tripulación de la fragata se rindiera. San Martín combatió con valor y sobrevivió, sin un rasguño. No había rezado, pero tal vez el saludo de Bonaparte sí le había servido de algo.

De nuevo él y sus compañeros quedaron estacionados en Cartagena que, con sus librerías, sus periódicos de avanzada y sus tabernas agitadas por debates literarios y políticos, no constituía un mal refugio para un período tan convulso. San Martín aprovechó la temporada para redondear sus experiencias navales con algunas lecturas sobre la guerra en el mar, así como para dibujar paisajes marinos que ahora le despertaban más interés que los retratos que, en tiempos de la escuela en Málaga, le ganaron fama de buen fisonomista. Las lecturas y la retórica de las tascas le ayudaron a entender mejor los móviles que habían llevado a los franceses a derribar una de las monarquías más estables de Europa y a sacudir, de paso, el planeta entero, que ya verán cómo en este siglo que arranca se acabarán todos los reyes. Unos, los menos, se irán por las buenas, pero otros, los más, correrán peor destino.

—Qué va —reviró el escéptico en medio de la algazara del mesón—, seremos testigos de cómo todo cambia para que todo siga igual, sólo que ahora cualquier corso venido a más se podrá hacer nombrar primer cónsul con un golpe de cuartel.

La inmovilización de los marinos del Santa Dorotea debía durar hasta que ingleses y españoles canjearan prisioneros, lo que se verificó a fines de mil ochocientos. Durante el primer semestre del año uno del

nuevo siglo, a San Martín lo incorporaron al ejército que Godoy preparó para invadir Portugal, al mando del marqués de Castelar, con el fin de satisfacer las exigencias francesas y obligar al vecino ibérico a cerrar sus puertos a los británicos. El teniente participó en los ataques a las fortalezas de Olivenza y Jurumeña, el asunto se resolvió rápido y fácil a favor de España, y San Martín regresó sin haber enfrentado mayores sobresaltos. Pero su suerte cambió una tarde, cuando por problemas con las caballerías de posta se rezagó de sus compañeros cuando trasladaba voluntarios de Castilla la Vieja para e regimiento de Murcia. Cabalgaba solo entre Valladolid y Salamanca cuando lo asaltaron cuatro bandidos, y aunque él desmontó, sacó su espada y los enfrentó, quedó tendido en el camino, con una herida grave en el pecho y otra más leve en la mano derecha. Los ladrones se llevaron su equipaje y tres mil trescientos cincuenta reales de las arcas del batallón, antes de que una pareja de viajeros recogiera al herido y lo llevara hasta la aldea del Cubo de la Tierra del Vino, donde evitaron que se desangrara.

Sus superiores lanzaron una investigación de la que al final San Martín salió bien librado, a pesar de la pérdida del dinero que siempre despertaba las sospechas de los oficiales más recelosos. Sus antecedentes en Orán, el Rosellón y a bordo de la Santa Dorotea lo salvaron, aunque apenas para mantener su modesto rango de teniente segundo a una edad en la que ya no era un mozalbete. Enterado de la creación, en el marco de las reformas militares de Godoy, de una nueva unidad de infantería ligera, los Voluntarios de Campo Mayor, pidió y obtuvo su incorporación, con el cargo de ayudante segundo, aun cuando sin mayores esperanzas de ascenso. Empeñado en agotar su formación en las distintas facetas de la vida militar, le interesaba la oportunidad de aprender cómo se organizaba y adiestraba una unidad naciente.

Los Voluntarios fueron a dar a Cádiz, allí mismo donde San Martín había desembarcado con su familia veinte años atrás. A las pocas semanas fijó sus ojos en él uno de los militares más prestigiosos del Ejército, el teniente general Francisco María Solano y Ortiz de Rosas, marqués del Socorro, nacido en Caracas treinta y cinco años antes, quien había llegado a ser capitán general de Andalucía y gobernador civil y militar de Cádiz. Aunque no todos en la milicia lo tragaban debido a su empeño en introducir las nuevas tácticas francesas que había aprendido en la campaña del Rin, el marqués alimentó la formación de los Voluntarios con esas novedades que tanta gloria les estaban dando a los ejércitos de Napoleón, que mira nada más por

dónde va el corso, a punto ya de que el mismísimo papa lo corone emperador.

San Martín se convirtió en edecán del general Solano y sus esperanzas de ascender revivieron. Pero no fue la guerra contra los británicos, sino la que libró contra la fiebre amarilla, la que le brindó la oportunidad. La epidemia, declarada en Cádiz a mediados del año cuatro, se ensañó de modo particular con los Voluntarios, cuyas filas diezmó sin contemplaciones. San Martín se distinguió como organizador y sus servicios se consideraron efectivos y valerosos: nunca puso reparos en exponerse al contagio y eso le valió, por fin, el ascenso a capitán segundo.

A él le iba bien, pero el imperio español, a cuyo nombre llevaba peleando trece años, se estaba desmoronando. La subida de precios seguía envenenando la vida diaria de los peninsulares, por el desangre que significaba el pago mensual a Francia de seis millones de libras impuesto como subsidio en las condiciones de paz. La reforma del Ejército que Godoy impulsaba había quedado varada a mitad de camino por la escasez de recursos y, más aún, ante la oposición de los más conservadores. Por si fuera poco, en su afán de ganar respaldo entre la oficialidad, Godoy había nombrado más generales de los que la limitada tropa necesitaba, lo que agravaba los conflictos y limitaba los fondos para la formación de unidades como los Voluntarios de Campo Mayor, una prometedora experiencia que debió convertirse en regla y permaneció como excepción.

La diplomacia de Godoy había evitado, al menos, una confrontación en toda regla con los británicos, pero esto no duraría. En octubre de 1804 buques ingleses interceptaron un cargamento de oro y plata procedente del Callao y Buenos Aires, hundieron una de las naves y capturaron tres. De los casi cinco millones de pesos que valía la carga, una cuarta parte era para la corona cuyas finanzas no andaban para permitirse estas pérdidas. Godoy concedió que, ante lo sucedido, España no tenía más remedio que declararle la guerra a Gran Bretaña. Lo hizo formalmente el doce de diciembre y el cuatro de enero del año cinco firmó la alianza naval con Francia, que juntos sí podemos contra los buques británicos, que no, que los franceses no saben de mares, que nos irá peor, pregúntales a los gabachos cómo los reventaron en Aboukir, en la batalla del Nilo.

Y peor les fue. El veintiuno de octubre, una flota combinada de quince navíos españoles y dieciocho franceses zarpó de Cádiz, ante la insistencia de Napoleón en que el almirante francés Pierre Charles de Villeneuve, uno de los pocos que se salvaron en Aboukir, saliera de la

inactividad y enfrentara a los británicos de cuya presencia en la zona llegaban frecuentes informes. Los comandantes españoles se oponían, pues en Cádiz la flota estaba a buen recaudo. Pero Villeneuve se impuso y, en un día de vientos flojos, dirigió a las treinta y tres naves de la flota combinada a mar abierto.

A medio camino entre Cádiz y Tarifa, frente al cabo de Trafalgar, los británicos los atacaron en una doble fila perpendicular y Villeneuve, aterrorizado, dio la orden de virar hacia el noreste, con la idea de volver a Cádiz. Para ese momento, los comandantes españoles habían comprendido que sus treinta y tres navíos podían con los veintiséis enemigos y maldijeron la ineptitud y la cobardía de Villeneuve, que con este viento de mierda se nos va a ir la vida virando en redondo. Casi desde el inicio del combate, poco antes de mediodía, la línea de los francoespañoles quedó partida en dos, y luego en tres.

A las seis de la tarde todo estaba consumado. El sueño de Napoleón de dominar el mar se había hundido con el desastre de la flota combinada y España jamás recuperaría el poderío naval con el que había colonizado la mitad del orbe. Los británicos, triunfantes, pagaron la victoria con la vida de su inverosímil comandante, Horatio Nelson, quien cayó mortalmente herido a la hora y media de batalla. Una bala de mosquete disparada desde la jarcia por un tirador del Redoutable le reventó el hombro, el omoplato y se alojó en la columna vertebral. Los hombres de Nelson lo llevaron a la bodega, donde el cirujano de a bordo sólo pudo ser testigo de cómo se desangraba lentamente y duraba lo suficiente para saber que su flota había derrotado al enemigo. Tras la victoria, sumergieron el cadáver del héroe en un barril de brandy de jerez, que nunca había sido muy alto el almirante, y así se conservó intacto hasta su llegada a Londres.

La mala hora de España se prolongó varios años. En las tabernas gaditanas, los aires de conspiración soplaban con fuerza mientras los contertulios, lo mismo militares que civiles, curas que funcionarios, ahogaban en vino su rabia contra los franceses y contra la incompetencia del rey y de Godoy. El capitán San Martín, que había seguido los preparativos y luego las noticias del desastre de Trafalgar desde una orilla privilegiada, comprendió pronto que, más allá de lo ocurrido en altamar, algo estaba cambiando para siempre en el mundo. Su patria era ahora un imperio sin flota, como lo evidenciaron las noticias que llegaron de América, tras la incursión británica al Río de la Plata y la toma de Buenos Aires, en junio del año seis.

Meses más tarde, con la excusa de colaborar con los españoles en

una invasión en forma de Portugal, las tropas de Napoleón ocuparon casi toda España. Durante la segunda semana de marzo de 1808, en Aranjuez, donde se habían refugiado la familia real y la corte ante el avance francés, tomó forma un levantamiento de nobles, sectores de la Iglesia y el propio príncipe de Asturias. El pueblo pide vuestra cabeza, le informaron a Godoy. Cuál pueblo, si esta es una Villa Real, son los cagatintas de mis enemigos en la corte y del propio Fernando. Tenía razón, pero igual lo defenestraron y, temeroso de un linchamiento, se hizo envolver en una estera para que lo sacaran de su palacio como si fuera parte de los muebles que la turba pillaba. Pero fue descubierto y, a punto de morir a manos del tropel, el príncipe Fernando le salvó el pellejo, con la generosidad del conspirador que se sabe triunfante, pues Carlos IV abdicó ese mismo día en su favor y el príncipe de Asturias se convirtió en Fernando VII.

Duró poco. El primero de mayo, en el castillo de Marracq, en Bayona, al otro lado de los Pirineos, tras una cena con los depuestos Carlos y María Luisa, y en presencia de Godoy, a la hora de los postres Napoleón llamó a Fernando VII a su presencia y lo obligó a devolverle la corona a su padre, sólo para quitársela al viejo cuatro días después y anunciar que el nuevo monarca de España sería su hermano José Bonaparte. En Madrid en esos mismos días, el pueblo, que allá sí había, se reunió frente al palacio real para protestar por la ocupación francesa y la pasividad de la familia real. El mariscal Joachim Murat, quien mandaba en Madrid en nombre de Napoleón, reprimió el alzamiento con brutalidad y un generoso derramamiento de sangre, primero al ordenar a la artillería disparar contra la multitud y luego al perseguir y fusilar, sin fórmula de juicio, a cientos de líderes populares.

Durante las pocas horas en que volvió a reinar, Carlos IV decretó que una Junta de Gobierno asumiera los poderes reales y se trasladara a un lugar seguro, lo que quería decir al sur, lejos de los franceses. La Junta Central trató de instalarse en Sevilla, pero allí otra junta de notables que también venía del norte le disputó el poder y ganó prestigio por una postura radical de resistencia ante los franceses. Esta Junta de Sevilla, que antes de llegar a la ciudad se había bautizado como Suprema Junta de España y las Indias, envió emisarios a Cádiz para promover el levantamiento contra los invasores y contra el régimen que, sin vergüenza alguna, hay que decirlo, se había plegado a ellos. El general Solano no quiso unirse a la insurrección y, por el contrario, llamó a los gaditanos a incorporarse al Ejército. Los alzados asaltaron su casa tras acusarlo, vendido, derrotista, a por él, de estar del

lado de los gabachos. San Martín organizó una guardia para contenerlos, y aunque no lo logró del todo, le dio tiempo a su jefe para escapar por el techo de una casa vecina. Pero no por mucho tiempo. Cuando la turba supo dónde estaba, Solano salió a enfrentarla para evitar que atacaran la residencia donde se había refugiado. Se arrastró, herido, hasta la plaza de San Juan de Dios, donde los exaltados lo despacharon al otro mundo con una estocada final.

San Martín estuvo a punto de correr la misma suerte cuando se abrió paso hasta la plaza en procura del hombre que tanto le había enseñado en la formación de los Voluntarios de Campo Mayor. Rodeado e insultado por la multitud, se defendió con su espada al punto de romperla y consiguió escapar hacia el puerto. En la iglesia de los Capuchinos, un fraile expuso un crucifijo ante la muchedumbre mientras San Martín se protegía detrás del religioso, que ayudó así a salvarle la vida.

—Jamás me olvidaré —le dijo el oficial, que se preciaba de no rezar.

Huyó a Sevilla y durante algunas semanas se debatió entre seguir inactivo a la espera de que el confuso proceso político se aclarara y la situación militar se estabilizara, o incorporarse a la lucha contra los franceses, que era lo que su instinto le indicaba pero a lo que se resistía, cómo me voy a poner del mismo lado de la caterva de enardecidos que mató al general Solano. Tras lo ocurrido en Cádiz aprendió a despreciar para siempre a los tumultos pero, en todo caso, para mediados de junio ya actuaba en una fuerza de choque a órdenes del teniente coronel Juan de la Cruz Murgeón, quien le había dado refugio en su casa después de que el fraile lo salvara de la turbamulta. La Agrupación de Montaña Volante, que así se llamaba la unidad, actuaba en Andalucía, y en ella San Martín estaba al frente de la avanzada, una fuerza conjunta de infantería y caballería. El veintitrés, él y sus hombres dieron con un grupo de reconocimiento de los franceses.

—Nos superan en número, pero no nos han visto —les dijo San Martín a sus hombres.

Rodearon el avance de los enemigos y les cayeron de sorpresa. Veinte dragones franceses murieron y el resto de la unidad invasora huyó, pero San Martín, que ansiaba perseguirlos y acabar con ellos, tuvo que plegarse a la prudencia de Murgeón, que contaba con informes sobre los refuerzos de caballería que venían en auxilio de los dragones. No fue una batalla, apenas un encuentro, pero como resultó una de las pocas victorias españolas, la fama de San Martín corrió de regimiento en regimiento y la Junta Suprema lo destinó, ya

con el grado de teniente coronel de caballería, como ayudante de campo del marqués de Coupigny, Antonio Malet, noble antibonapartista de origen francés y quien era para entonces el más prestigioso de los generales de las fuerzas españolas.

Coupigny dirigía uno de las cuatro divisiones en que el general Francisco Javier Castaños distribuyó el Ejército de Andalucía, que llegó a reunir bajo su mando a más de treinta mil soldados. El general Pierre Dupont de l'Étang, jefe de las fuerzas francesas, no lo tenía claro. Con un historial de victorias en la batalla de Marengo y la campaña del Danubio, y una lealtad a toda prueba a Napoleón desde el golpe del dieciocho brumario, parecía el hombre indicado para arrodillar al sur de España. Espoleado por el emperador, que acababa de otorgarle la dignidad de conde, que la revolución ya había aprendido para qué servían los títulos, Dupont penetró la región convencido de que sería fácil derrotar a unas fuerzas españolas desordenadas y con la moral baja.

—Nos van a dar por culo —le dijo a San Martín un oficial aragonés—. Y más ahora que Castaños nos dividió en cuatro y nos debilitó.

—Que no, hombre, que no, que ahora los que luchamos por nuestra independencia somos nosotros —le respondió el ayudante de campo, que había acompañado a Coupigny en las reuniones del estado mayor de Castaños.

San Martín tenía razón. A mediados de julio, después de una desgastante serie de movimientos bajo el sol abrasador del verano en una tierra árida y escasa de sombras, los franceses estaban desconcertados. Informes sobre falsos movimientos y dudosos preparativos de ataque de los españoles confundieron a Dupont, que terminó él también por dividir a sus fuerzas. Dos de sus batallones ocupaban el poblado de Villanueva de la Reina, a orillas del Guadalquivir, y Coupigny le ordenó al capitán San Martín unirse a las tropas que debían desalojarlos. El de Yapeyú cruzó el río en la carga de la caballería ligera, con las riendas en la mano izquierda y el sable en la derecha, para descabezar a cuanto gabacho se le atravesara. Derribó a media docena antes de sujetar las riendas con los dientes, pasarse el sable a la mano izquierda y desenvainar la pistola con la derecha.

—Con el primer tiro le hice saltar la tapa del cráneo a un sargento del emperador —contaría ocho años después a sus oficiales, entre una y otra chupada de su pipa, una noche de tertulia y vino de Mendoza mientras preparaba a sus tropas al pie de los Andes—. Los hicimos polvo, pero perdimos muchos hombres.

En la madrugada del diecinueve la vanguardia francesa se

encontró con las avanzadas de Coupigny y del general suizo Teodoro Reding von Biberreg, que se habían unido después de la victoria en Villanueva de la Reina y habían avanzado hacia Andújar, para presionar a Dupont en el centro mismo de sus operaciones. El general francés, temeroso de que le cortaran sus comunicaciones con Madrid, organizó una presurosa retirada hacia Bailén, en el noreste, que el dieciocho tomó forma en una larga columna de más de tres leguas. Las tropas más adelantadas fueron las que se toparon con las fuerzas de caballería de Coupigny y Reding a la madrugada siguiente, y bajo una tímida luna en menguante estalló la batalla.

El sol los sorprendió en medio de ataques y contraataques que nada definían. Al principio, la ferocidad de los dragones y coraceros franceses se hizo sentir y las bajas españolas se multiplicaron. San Martín formó parte de las tropas a caballo que resistieron un embate tras otro, con una firmeza que desalentó a los atacantes. La superioridad numérica de los hombres de Castaños, lo mismo que las sucesivas descargas de las piezas de a doce de la batería izquierda de la artillería española, poco a poco les fueron costando a los franceses, quienes, para el mediodía, trataron de armar una línea con los restos de sus unidades para librar la batalla final. No aguantaron mucho. A media tarde, Dupont comprendió que estaba perdido.

—Puede sentirse orgulloso —le dijo Dupont a Castaños al entregarle su espada—. Yo nunca había perdido una batalla campal, y sepa usted que he estado en más de veinte.

—La cosa es más extraordinaria de lo que su señoría cree —respondió el general madrileño—, pues yo jamás había participado en una.

Un mes más tarde, Castaños entraba a Madrid como un héroe mientras José Bonaparte huía a Burgos y luego a Vitoria. Pero la alegría duró poco. Para diciembre, Napoleón había contraatacado con más de doscientos mil hombres y, triunfante, entró el día tres en Madrid. El año nueve sólo trajo derrotas al bando español y la Junta Suprema no tuvo más remedio que mudarse a Cádiz. Tras operar con Coupigny en Portugal en octubre del año diez, ya en abierta alianza con las tropas británicas de Wellington, y aprender allí las más recientes técnicas de los ingleses en materia de fortificaciones y atrincheramiento, en 1811 San Martín volvió con su jefe a Cádiz, último rincón de la península que resistía a los franceses y que también caería. Había estado en primera línea en algunas de las acciones más exitosas del Ejército de España, en el que había combatido desde los trece años y durante casi veinte. Al final de una velada de recuerdos al calor de la

chimenea en la casa de Boulogne-sur-Mer, con sus nietas ya dormidas y su hija ahogando los bostezos para poder acompañarlo en su travesía al pasado, el general le hizo ver algo de lo que muchos conocidos de San Martín, a ambos lados del océano, seguían sin enterarse.

—Con., me habría bastado para graduarme de héroe.

V

VAYA USTED E IMPRESIONE A ESOS INDECISOS

—A ver, a ver —aplaudió—, un poco de atención, ¿y éste quién es?

Poco después del amor, Manuela Sáenz había saltado de la cama como un rayo, y se había puesto la ruana del Libertador y el sombrero de jipijapa. El color claro de la paja toquilla rompía la oscuridad de la estancia, lo que hacía más vistoso el gorro que le habían regalado a Bolívar a los pocos días de su jubilosa entrada a Quito, y atraía la mirada del caraqueño, inmóvil en la cama, a la figura de su amante. La blanca desnudez de las piernas de Manuelita asomaba por los laterales del poncho cuando ella se acomodó la larga cabellera negra dentro del sombrero, se puso de perfil frente a la cama y rescató un mechón que bajó por el lado oculto de la cara, para acomodárselo a manera de bigote. Entonces caminó de prisa por la pequeña habitación, movió los labios como si pronunciara frases atropelladas, se asomó a la ventana y levantó la mano derecha para darles énfasis a sus mudas afirmaciones.

Con una sonrisa que le atravesaba el rostro a manera de máscara, Bolívar intentaba ocultar el orgullo bajo asedio, empeñado en aguantar la mímica irreverente de su compañera de amor: como buen caribeño, era más avezado en mofarse de los demás que en soportar las burlas en pellejo propio. Decidida a provocarlo, Manuela se lanzó sobre el catre del costado que el Libertador no ocupaba, se quitó la ruana pero no el sombrero, se agitó como un gallo en apuros sexuales media docena de veces y se tendió bocarriba, con la respiración entrecortada. Miró a su amante y no encontró su sonrisa debajo del poblado bigote negro. Se acercó para besarlo y él giró el rostro, cosa de

retirarle los labios.

—Es una broma, señor.

—Me tratas como si fuera un novato, y a fe que no lo soy.

—Es verdad que en estos días en Catahuango ha mejorado bastante —le dijo, mientras echaba los mechones ensortijados del pelo antillano del caraqueño hacia atrás de su alta frente—. Pero aún le falta.

Era más de medianoche y el frío le cerraba el pecho al general, justo a la misma altura donde le dolía la vanidad. Inmune a la helada, Manuelita permanecía desnuda ya sin el sombrero, tendida a su lado, con sus bellezas expuestas como una llamarada blanca que alumbraba la habitación en penumbras. Bolívar arrastró la ruana desde los pies de la cama, los cubrió a los dos y consiguió así que se hiciera más oscuro. La abrazó, la besó en la frente y dejó que se durmiera con la cabeza recostada sobre su hombro mientras él, seguro de que lo esperaba uno más de sus largos desvelos, se dejó llevar por la angustia de una reflexión torturante.

—¿Habré sido siempre tan mal amante como dice esta loca?

Pronunció la frase en un susurro inaudible, que ni fuera a pensar la quiteña, si es que aún no dormía profundamente, que había conseguido espantarle el sueño. Como una ráfaga en medio de la vigilia, Bolívar escuchó otro susurro de sus labios, tartamudeado veintitrés años atrás al oído de la güera Rodríguez, en una regia habitación del segundo piso de la casona de don Guillermo de Aguirre y Viana, oidor de la Real Audiencia de Ciudad de México y pariente y viejo amigo del obispo de Caracas, Juan Antonio de la Virgen María y Viana, que por ello mismo Bolívar había ido a parar allá tras la escala en el puerto de Veracruz del buque San Ildefonso, en el que el joven caraqueño se había embarcado semanas atrás en La Guaira, para una travesía que tenía como destino final España.

—De modo, señora, que esto es el amor —le dijo a la güera, la primera amante que en su vida mereció ese título.

De La Habana, donde la fragata debía integrarse a uno de los convoyes organizados para resistir mejor el asedio de los británicos en el Atlántico, llegaron a Veracruz noticias de que el puerto cubano estaba bloqueado por los enemigos ingleses. El San Ildefonso, que había atracado el veintidós de febrero, debía esperar algunas semanas y el joven Simón decidió aprovecharlas para recorrer, en la silla de posta, el mismo camino que Hernán Cortés había hecho doscientos ochenta años atrás.

Al recordar aquellos días en la gélida madrugada de Catahuango, todavía era capaz de sentir entre sus dedos el sedoso enredo de los

bucles dorados de María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, sus ojos azules que, se lo dijo, son tan cristalinos que en ellos puedo zambullirme hasta su alma como en un manantial, su cara redonda y angelical que nada decía de su rienda suelta, de sus cascos libres, de su decisión de no permitir que su matrimonio con el orgulloso y esbelto capitán del ejército de la corona, José Jerónimo López de Peralta, caballero de la Orden de Calatrava, la privara de los disfrutes de la vida. La silla de posta había llevado a Bolívar cordillera arriba hasta el transparente valle de México para conocer la ciudad más grande del Nuevo Mundo, en el corazón del virreinato más antiguo del continente.

Con veinte años cumplidos en el noviembre anterior, cuatro de casada con el capitán López de Peralta y una hija del matrimonio, la güera se hizo cargo de Bolívar, quien en aquel año de 1799 aún no había festejado los dieciséis. Le mostró el Zócalo recién hermoseado, la catedral y el palacio virreinal, donde debes saber que he pasado algunas noches agitadas. Hacía gala de sus aventuras como si fuera un hombre, es que el capitán viaja con frecuencia, se justificaba sin necesitarlo mientras llevaba al caraqueño a los bosques para ascender el cerro de los saltamontes y visitar el inconcluso castillo de Chapultepetl, la pretendida residencia de verano del virrey, cuya construcción se había tragado una tajada grande del presupuesto de los últimos años del gobierno de la Nueva España y aún no conseguía que el palacete resultase habitable.

El joven Simón regresó a Veracruz con las ojeras colgando de sus ojos agotados, pues la güera no le dio tregua mientras se empeñaba en enseñarle a besar, a desnudar, a acariciar y a preparar a una mujer para la coyunda. El alumno aprendió bien los prolegómenos pero se rajó siempre en el examen final, pues sus apetencias de novicio imberbe no aguantaban más de tres o cuatro empujones entre las piernas de la emancipada rubia que años más tarde, cuando el caraqueño era apenas uno de sus muchos recuerdos de alcoba, estuvo a un pelo de morir baleada por la pistola de dotación del celoso capitán, incapaz ya de soportar la frente rebrotada de cachos siempre tiernos.

—Esto se parece al amor, pero parecido no es igual, mi Simoncito —le explicó María Ignacia al amanecer de la última noche que pasaron juntos en la casona del oidor Aguirre y Viana, siempre cómplice de su amiga.

El olvido comenzaría su curativa labor en el corazón del joven viajero una vez embarcado en Veracruz y durante la corta escala en La

Habana, entre tabernas y mulatas, y más aún cuando semanas después el capitán de la fragata le contó en altamar que la armada del almirante Nelson merodeaba a la entrada del Mediterráneo y que, por ello mismo, las órdenes eran las de evitar Cádiz, dar un giro por el norte y tocar puerto en Santoña, un pequeño atracadero del Cantábrico. En secreto, Bolívar ansiaba el encuentro con los británicos, pero la maniobra del San Ildefonso y de sus compañeros de convoy impidió que pudiera darse el gusto de oír silbar las balas, que apenas había alcanzado a escuchar durante su breve entrenamiento en el batallón de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua, en Caracas, del que llegó a ser subteniente de la sexta compañía antes del inicio de su aventura atlántica.

No hubo combate naval, pero al estar tan cerca de los valles de Vizcaya por el obligado desvío hacia las costas cantábricas, Bolívar se animó a conocer la tierra de sus ancestros, la misma que don Simón de Bolíbar-Jaúregui, antes Bolíbar de la Rementería, prefirió abandonar tras los constantes enfrentamientos con la corona por el pago del tributo del centeno, y aventurarse a la isla de Santo Domingo, en 1558, antes de emigrar a Venezuela, donde simplificó su apellido y cambió la segunda *b* por una v, para pasar a llamarse Bolívar. Una desilusión mayor de la que le había causado dejar en México a la güera lo invadió cuando conoció, en las verdes y quebradas tierras vizcaínas, el cerrado vallecillo cubierto por un cielo plomizo, en el que apenas cabían la torre del molino ya inutilizado, la herrería que había dado origen al inicial apellido Rementería y que ahora apenas producía, y un puñado de construcciones humildes que, a orillas de un riachuelo, integraban la puebla de Bolíbar, vega del molino en lengua nativa, la aldea que habían explotado sus ancestros.

—Esto no puede ser aquello de lo que me hablaron mis abuelos —sentenció al dar por terminado el recorrido por la puebla sin casta y regresar antes de lo previsto a Bilbao, donde pasó unos pocos días.

Una semana más tarde añoraba el verde de los valles vizcaínos ante los paisajes yermos del camino hacia Madrid. Después de las jornadas de fuga en altamar ante el acoso británico, de la comprobación de la miseria del señorío de sus antepasados y de la desoladora visión de la nada en la meseta de Castilla, la ciudad que Carlos III se había resuelto a embellecer, que si ha sido de barro pronto será de mármol, decían que había dicho, con sus paseos arbolados, sus fuentes colosales y las monumentales puertas de Alcalá y del Sol, le dio la única muestra imperial de un reino que ocupaba medio globo terráqueo pero parecía incapaz de dejar su atraso en el pasado.

El muchacho contaba con el mejor de los guías, su tío predilecto, don Esteban Palacios, que no sólo conocía Madrid como la palma de su mano, sino que había conseguido, a punta de simpatía, de inteligencia y de estar en el lugar adecuado a la hora precisa, que todas las puertas se le abrieran, incluso las de la corte. La reina María Luisa estaba distanciada de su amante, el otrora poderoso secretario de Estado, don Manuel Godoy, a quien el rey Carlos IV le había aceptado la renuncia dos años atrás. Manuel Mallo, su nuevo favorito, llenaba los vacíos amatorios de la insaciable soberana. Nacido en Popayán y buen amigo de don Esteban, Mallo no sólo era capaz de sobreponerse al escaso atractivo de la reina, aunque eso sí, no se equivoquen, para evitar malas horas la ama siempre en la oscuridad, que el hombre no tendrá buen gusto pero sí sabiduría, sino que se imponía a diario en los bailes y saraos, lo mismo que en los paseos a orillas del Tajo cuando en el verano la corte entera se trasladaba a Aranjuez y Mallo, a buena cuenta del presupuesto de gastos de su amante, se instalaba en una mansión que lucía mucho más que el vetusto palacete donde se alojaba la familia real.

Hasta Aranjuez arrastró Mallo a don Esteban y a su sobrino durante aquel verano de 1799. El joven no se privaba de nada. Sin consultarle a su tío, que Bolívar era bien consciente de la fortuna que había heredado, acudió al sastre real y le encargó un frac en gama turquesa, un uniforme con galones, una levita verde grisáceo, varios chalecos de seda, calzones blancos de casimir y una capa de paño color pardo, adornada con vueltas escarlata de una seda selecta. En más de una ocasión Simón atrajo las miradas de la reina, que tampoco se privaba y quien, cubiertos los hombros en un elegante manto oscuro, gozaba con las compañías juveniles casi más que su hijo Fernando, humillado una tarde durante una partida de volante, cuando Bolívar le tumbó el birrete de un raquetazo. El heredero al trono exigió una disculpa, pero María Luisa intervino a favor del caraqueño.

—Por muy príncipe que seas —le espetó— no puedes exigirle a un vasallo que no se comporte como tu igual una vez que lo invitas a jugar una partida. No se hable más y que siga el juego.

Pero Bolívar quedó marcado en los círculos de la corte y muy pronto prefirió regresar a Madrid, ansioso de estudiar y, sobre todo, de frecuentar salones más interesantes, como el del marqués de Ustaritz, un anciano vasco, culto y divertido que apreciaba al tío de Bolívar pero se burlaba de sus ínfulas cortesanas. En la mansión del marqués en la calle de Atocha, el joven encontró no sólo veladas mucho más atrayentes que las organizadas por Mallo, sino una

biblioteca enorme, invadida de volúmenes de Diderot, Montesquieu, Rousseau, Boulanger, Voltaire y algunas rápidas lecturas del riguroso economista Turgot.

En el día, Simón devoraba libros bajo la tutela orientadora del marqués y, al atardecer, cuando la mansión comenzaba a ser invadida de agudos conversadores, varios de ellos masones que tejían una tertulia liberal como ninguna otra en la capital del reino, se entremezclaba en las charlas sobre el auge y caída de los revolucionarios franceses, el galopante ascenso de Napoleón y las propuestas del conde de Aranda, que si Godoy no le hubiese sacado a coscorrones de la corte, nos estaríamos asomando al nuevo siglo con mucha mejor disposición. Al principio, el marqués se inquietaba porque Bolívar se animara desde las primeras rondas de la velada a emitir sus opiniones.

—Yo le diría, joven —le habló una tarde, en tono grave pero cariñoso—, que cuando su cerebro le impulse a abrir la boca opte más bien por callar, que es mejor que se pregunten si usted es un tarugo y no que lo confirmen.

Bolívar lo miró con sorpresa antes de que la carcajada del viejo rebotara en los estantes de la biblioteca, que lo que quiero hacerle ver es que por ahora es mejor que agote su inventario de preguntas, que ojalá sea bien largo, y no que madrugue con sus propios conceptos aún faltos de forma, cuando no de verdadero fondo. Bolívar se tragó el sapo de a pocos.

—Entiendo, señor —se esforzó en contestar—. Se hará como usted diga.

—Pregunte, pregunte, que preguntando llegará a Roma.

En las semanas siguientes a la aleccionadora charla, Simón se dedicó a escuchar y sólo cuando la tertulia avanzaba, se animaba a soltar una o dos preguntas, aunque siempre antecedidas de un introito que dejaba entrever que el joven que indagaba era agudo y perceptivo. Y eso que para mayo de 1800, sus ojos ya no sólo se posaban en las páginas de los volúmenes de los enciclopedistas de la biblioteca de Ustaritz. El día trece, durante una cena en casa del marqués, conoció a la hija de un encopetado criollo caraqueño, que llevaba ya un par de décadas en Madrid, tanto que la muchacha había nacido allí diecinueve años atrás. María Teresa del Toro y Alayza no era una mujer hermosa, pero tenía esa gracia de la que a veces las hermosas carecen, y una distinción y un porte que dispararon al romántico irredento que anidaba en Bolívar desde que supo que ni los afanosos trances no del todo consentidos con las esclavas de San Mateo, ni aun

las madrugadas sin dormir al lado de la güera Rodríguez, merecían catalogarse con el rótulo del amor.

A fines de primavera, con el patrocinio de su tío y del marqués, Simón obtuvo el permiso de don Bernardo del Toro para visitar a su hija con las formalidades del noviazgo. Lo hacía a diario, siempre con regalos y flores, cuando no con serenatas de medianoche al pie del balcón del número dos de la calle de Fuencarral, o con invitaciones a caminatas de atardecer en compañía de Ramiro, doméstico de la mansión. Don Bernardo se inquietó ante el cortejo tan apasionado de un muchacho que si bien llenaba para él los requisitos de cuna y de riqueza, era dos años menor que su hija y no parecía haber madurado lo suficiente.

—Es verdad que tiene el pico de oro —le comentó al marqués—, pero por momentos anda como vaca sin cencerro.

Empeñado en poner a prueba al pretendiente, el elegante criollo se llevó a su familia a Bilbao, hasta donde Bolívar la siguió, obligado a salir de Madrid tras la caída en desgracia de Mallo y, en consecuencia, de su tío Esteban, debido al regreso a la corte de un Godoy vengativo. Ni siquiera el joven caraqueño se libró de la persecución. Una tarde, cuando regresaba con un grupo de amigos de una cabalgata por la puerta de Toledo, lo abordó una partida al servicio de Godoy. Bolívar, que lucía su uniforme de teniente, desenfundó su espada y los enfrentó con tal decisión que los puso en fuga, mientras sus compañeros de paseo aplaudían su coraje. Victoria pírrica será, le dijo sin embargo uno. Y lo fue: el incidente le dejó en claro a Bolívar que era mejor alejarse de Madrid, que además de los líos de Mallo había que dar por descontado que los fugitivos volverían para cobrar la cuenta.

A finales de marzo del año uno, una vez en Bilbao, descubrió que la familia Del Toro preparaba maletas para volver a Madrid. Alcanzó a conversar una noche largo y tendido con don Bernardo y lo convenció no sólo de que sus embates sentimentales iban en serio, sino de que le diera una mano en los círculos de la corte para poder regresar a la capital. Acordaron los detalles de la boda y el pago de doscientas fanegas de cacao que Simón pidió por carta a su tío Carlos, tras haberle explicado los detalles de su proyecto matrimonial y la necesidad de que le enviaran esa cantidad para sellar el compromiso.

Mientras esperaba que don Bernardo limpiara su nombre en la capital, Bolívar se dio una vuelta por Francia, conoció París y visitó Amiens, en momentos en que en esta ciudad Napoleón se disponía a firmar la frágil paz entre Inglaterra, de un lado de la mesa, y Francia y

España, del otro. Al regresar a Madrid no hablaba de otra cosa que del primer cónsul, ese hombre está llamado a cambiar el mundo que un día, pronto, será todo republicano, y del régimen que presidía en una Francia floreciente que contrastaba, de manera grosera, con la decadencia de España, gran sacrificada de las negociaciones de Amiens, y de la corte que Bolívar había conocido de primera mano en Aranjuez.

El cinco de mayo el caraqueño abrió una pausa en la interminable serie de tertulias donde ahora, después de la gira por Francia, ya no guardaba silencio ni se reservaba unas preguntas al final, para hacer formal declaración de contrayente ante el notario Diego Alonso Marín, y dejar por sentado que siempre se ha mantenido y mantiene libre y soltero, sin haber dado palabra de casarse a otra persona que a doña María Teresa Rodríguez, a quien la prometió hace un mes, y se la quiere cumplir casándose con ella de su libre voluntad, y luego, que no tiene hechos votos de ser religioso ni de guardar castidad, parentesco con la susodicha ni otro impedimento canónico que le obste su casamiento. Aquí paz y después gloria, que todo estaba listo para la boda.

Tras el pago de una dote que los abogados del caraqueño tasaron en cien mil duros, algo así como una décima parte de la fortuna del joven, el veintiséis de mayo del año dos, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios y María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza recibieron en Madrid la bendición nupcial del presbítero Francisco Bonifacio Romano, en el teatrillo del palacio del duque de Frías, en la calle de Piamonte, donde funcionaba entonces la capilla de San José. En la mañana del diecinueve de junio los recién casados se embarcaron en La Coruña, en la misma fragata, la San Ildefonso, que cuatro años antes había traído a Bolívar y ahora, ya casado, lo llevaba de regreso a su tierra. Los ojos negros de María Teresa se empaparon de una emoción agobiante cuando su marido le abrió la puerta del camarote nupcial y ella descubrió que la habitación estaba inundada de flores blancas.

—Es el color de la inocencia —le dijo Simón.

—Siquiera me lo aclara, señor, porque a mi abuela siempre la escuché decir que las blancas eran flores de funeral.

La abuela agregaba que eran una invitación a la paz en que debía descansar el difunto y María Teresa, que no hablaba mucho y cuando lo hacía no podía evitar que la sinceridad dominara sus palabras, recordó una y otra vez las de su abuela durante la primera semana de la travesía, al final de la cual los aires del Atlántico habían

ensombrecido los pétalos blancos y doblado los tallos, de tal modo que Bolívar ordenó que las retiraran. Pero nada podía ya contra el peso del presagio. Siete meses más tarde, recién pasada la Noche vieja y tras algunas semanas en que la débil humanidad de su esposa había palidecido más de lo acostumbrado, Simón la encontró desmayada en el cuarto de bordado y la llevó a las volandas de la hacienda de San Mateo, donde vivían su primer año de casados, hasta Caracas.

—Son fiebres malignas —sentenció el médico, incapaz de hablar de los malos aires que los latinos medievales llamaban malaria y que los galenos contemporáneos conocían como paludismo.

El veintitrés de enero, con apenas veintiún años y tres meses de vida, María Teresa se apagó para siempre, consumida por la fiebre que le arqueaba la espalda, le retorcía las manos y le crispaba los brazos y las piernas, mientras Bolívar se negaba a rezar, peleado a muerte con Dios, y se limitaba a jurar, no ante él sino ante ella, con una voz enérgica que rompía entre sollozos, nunca, nunca me volveré a casar.

Esa tarde en Catahuango, antes de rendirse al amor, Bolívar había evocado para Manuelita su temprana viudez, la inmensa soledad que lo atrapó de pronto al regresar sin María Teresa a San Mateo: no recuerdo un dolor más intenso ni un vacío más insoportable. Ella notó que su amante no hacía el paripé y que de veras hablaba desde el fondo de su alma, ya sin pesar pero con el recuerdo vivo de su pérdida.

—Fue la muerte de mi mujer —le confesó, grandilocuente— la que me puso en el sendero de la política y me llevó a seguir el camino de Marte en lugar de la carreta de Ceres.

Lo de la política tardó un poco pero el abandono de la hacienda de San Mateo fue cuestión de meses. El veintitrés de octubre del año tres, después de entregarle un poder general, amplio y suficiente, a su hermano Juan Vicente, se embarcó de regreso a España, que allá fue donde encontré algo de dicha. Para las navidades ya se encontraba en Cádiz, cargado de contactos y recomendaciones de los corresponsales del general Francisco de Miranda, el militar y pensador cuya leyenda había atravesado el océano para contar que como oficial español había contribuido a la independencia de Estados Unidos, que había enamorado a la zarina Catalina II de Rusia, la Grande, a quien le leía, al borde de la cama y tarde en la noche, textos de Diderot, y que había sido proclamado héroe y elevado a mariscal del Ejército de la República Francesa como resultado de sus servicios en la campaña de los Países Bajos.

Seis años antes, Miranda había fundado en Londres la Logia de los

Caballeros Racionales, la Gran Reunión Americana que él pretendía convertir en la marmita donde se cocinara la revolución de independencia del Nuevo Mundo, la génesis del sueño que había reunido en los papeles de Colombeia, la patria que imaginaba fundar y que le había descrito a Catalina II como un inmenso territorio de hombres libres y buenos, del río Misisipi, al norte de la Nueva España, hasta la Tierra del Fuego, en la Patagonia, más allá del Río de la Plata, en los confines del sur del continente americano.

Los amigos de Miranda, entre ellos media docena de españoles americanos que habían combatido bajo las banderas del rey de España, acababan de poner a andar en Cádiz una delegación de la logia a la que Bolívar, todavía triste e indeciso con respecto al rumbo que debía de darle a su vida, se aproximó picado por la curiosidad. La decepción que, durante su primer viaje a España, le había causado la pobreza del imperio que pretendía gobernar a América a distancia desde una corte de la que sólo había conocido, de primera mano, su lado acanallado y vulgar, lo mismo que las tertulias liberales en casa del marqués de Ustaritz, los libros de su biblioteca y la corta visita a París a principios del año dos, cuando se alojó entre poetas y filósofos de café en un hotel de la calle Honoré, habían despertado en él lo que para entonces eran apenas unas vagas simpatías republicanas.

En la logia todavía en formación, Bolívar se sintió acogido y un poco menos solo en este mundo, y por ello, más que por auténtica convicción, llegó a pronunciar el juramento: no reconocerás por gobernantes legítimos de la patria sino a los elegidos por la libre y espontánea voluntad del pueblo, y continuaba, siendo el sistema republicano el que mejor se adapta al gobierno de las Américas, emplearás todos los medios a tu alcance para hacérselo admitir a sus pobladores. A pesar de que su rápida incorporación a la logia le despertó, por unos días, el sentido de pertenencia que se le había extraviado tras la muerte de su esposa, Cádiz no era más que una escala. El viudo siguió a Madrid, visitó a su suegro, lloró con él la pena compartida y, a principios de mayo, hizo sus maletas para París, hacia donde lo empujaba otro impulso de curiosidad.

Tres años atrás, en Bilbao, mientras esperaba que don Bernardo lo rehabilitara ante la corte y se decidiera al fin a autorizar la boda con María Teresa, enamorado y comprometido, el caraqueño no paraba de hablar de su futura esposa. En las tertulias de la calle Bidebarrieta, donde algunos criollos se encontraban en las tardes para hablar bien de la Revolución Francesa y mal del acosado imperio español, Bolívar conoció a un linajudo arequipeño, por demás lejano pariente de su

familia materna. El coronel de la armada española Mariano Tristán y Moscoso era un hombre culto, conversador aburrido pero amable, que más que lo duplicaba en edad. Pero su prometida, una joven francesa cuya aristocrática familia había dejado París amenazada por los jacobinos, no sólo tenía casi los mismos años que Simón, sino que por una mágica casualidad se llamaba como su futura esposa: Teresa.

Pocas veces una conquista es más exitosa que cuando el pretendiente ni siquiera actúa como tal. De tanto escuchar a Bolívar hablar de la pasión hacia su prometida, hoy es posible, mademoiselle, casarse por amor, se lo digo yo que me dispongo a hacerlo si la buena fortuna y don Bernardo me lo permiten, Teresa Laisney, a quien todos en su familia y entre los allegados al coronel Tristán le decían Minette, sucumbió ante los desbordes románticos de Simón y cayó prendada por un idilio ajeno. Como los dardos de delirio que salían del corazón de Bolívar no encontraban el destino que buscaban, que ella está lejos y por momentos, le confieso, se me extravía su recuerdo, Minette se les atravesó, enamorada del amor que el joven suramericano sentía por otra.

—Monsieur —le dijo ella una tarde mientras caminaban hacia la ría —, perdóneme por la gracia de Dios mi impertinencia, pero ¿no andará usted enamorado de un fantasma?

—¿Cuándo en este mundo, señorita, es posible decir que el objeto del amor no es una aparición? Pero esa visión adoptará carne y huesos cuando nos casemos.

La cabriola del caraqueño disparó una sonrisa en los finos labios de su acompañante. ¿Y si la dama resultaba en realidad inferior al fantasma? Mademoiselle Laisney se tragó esa pregunta, no para evitar ahondar en su indiscreción sino más bien porque no deseaba romper el hechizo que hacía tan ensoñadoramente atractivo a Bolívar. Teresa tenía sus propias razones para encajar los flechazos que él disparaba en una dirección diferente del alma de la francesa. Obligada por sus padres a entregarse al coronel Tristán, más de treinta años mayor que ella, Minette, de apenas dieciocho, estaba decidida a averiguar si el verdadero amor existía y, de ser ello posible, a probarlo antes de quedar atada por siempre al arequipeño.

Después de recibirle media docena de visitas en el salón del piso que su familia ocupaba en Bilbao, lo besó y, sin necesidad de más palabras, le dejó en claro que estaba dispuesta a convertirse en depositaria ya no de sus cuitas, como había ocurrido en sus primeras charlas, sino del amor desbordado que por ahora no encontraba desfogue en la prometida ausente. Más que dejarse llevar por Bolívar, lo arrastró

hasta el hospedaje del caraqueño en la calle Matadero, SS tarde de un día en que el coronel Tristán salió de cabalgata, desde tempranas horas, hacia el monte Serantes. Mientras el señorial arequipeño montaba su yegua de regreso a Bilbao, Simón aplicaba lo aprendido en Ciudad de México en los brazos de la güera Rodríguez, aunque apenas en cuanto a unos pocos besos de apresurado caldeo, antes de bajarse los calzones blancos, levantar la amplia falda de la francesa hasta cubrirle el rostro, nadar entre sus enaguas y penetrarla sin mayores preludios y con poco esfuerzo, que las humedades de la francesa lo esperaban desde hacía varios días.

—Monsieur, ¿ha terminado usted?

Bolívar no encontró alientos para responderle y se quedó tendido sobre ella como paralizado en el tiempo, tratando de evitar que las culpas le aguaran la felicidad de su inesperada primavera vizcaína. Lo logró. Antes del atardecer habían reanudado las acciones, esta vez con menos prisas, indiferentes al paso de las horas y al inminente arribo del coronel Tristán a sus aposentos, donde, eso sí, tendría que cambiarse la tenida de montar por el traje de visita a su prometida. Ella alcanzó a estar a tiempo y sin mayores huellas de agitación, salvo un ligero rubor en los carrillos que se fue desvaneciendo con la plática cordial pero monótona del oficial de la armada española. Esa noche no salieron a pasear antes de la cena. Ambos habían hecho suficiente ejercicio.

El amorío continuó durante todo el verano y buena parte del otoño, hasta cuando Teresa Laisney dejó Bilbao, rumbo a París, necesitada de una separación del coronel, que se quedó en el puerto y siguió con sus cabalgatas y sus pausadas conversaciones. Antes de la partida de Minette, ella y su prometido le presentaron a Bolívar a otra pareja, el capitán Barthélémy Régis Dervieu du Villars y su esposa, Louise Jeanne Nicole Arnalde Denis de Trobiand. Ella, que había dejado de lado su sartal de nombres franceses y los SSbía trocado, por puro capricho, por el más anglo de Fanny, era hija de una Aristeguieta, pariente lejana de doña Concepción Palacios, la madre del caraqueño. De semblante joven pero edad indefinida, pasaba de los treinta, mientras que su marido Barthelemy superaba los cincuenta.

Se vieron sólo un par de veces, pues los Villars también regresaron a París. En 1780 y aún con el rango de teniente, el capitán había recibido de manos de Luis XVI la Cruz de Saint Louis por el heroísmo desplegado como oficial del buque La Belle Poule, en una batalla naval frente a la desembocadura del Loira, contra el navío británico The Non Such. Gravemente herido, fue uno de los pocos

sobrevivientes de su nave. Ya retirado y en plena efervescencia revolucionaria, fue elegido presidente del concejo de Lyon, su ciudad, un año antes de casarse con Fanny, quien terminaría por salvarle la vida cuando en 1793 lo ayudó a escapar, a punta de pistola, *vous, les traîtres, les salauds,* de las garras de los jacobinos, que lo querían arrastrar hasta la guillotina.

A Bolívar le bastó con escuchar el relato de boca del capitán, para levantar su mirada de la belleza calma de Minette y dirigirla a la explosiva Fanny. Pero no hubo tiempo para más, al menos en Bilbao. Contra las doscientas fanegas de cacao que su tío Carlos se había comprometido a enviar para sellar el compromiso matrimonial con don Bernardo del Toro, consiguió tres mil ochocientos ochenta y seis reales en préstamo y, en los primeros días del año dos, dejó Bilbao rumbo a París, sin saber si perseguía la entrepierna de Minette o los ojos azules de la volcánica Fanny. A todos sus allegados les dijo que le interesaba aprender más sobre Bonaparte.

Pasó el resto del invierno en la capital francesa sin olvidar su compromiso matrimonial y, por ello mismo, consciente de que navegaba quizás por última vez en aguas abiertas. El Terror había quedado atrás y Fanny y su marido organizaban bailes y tertulias en los salones de su mansión en la butte Chaillot, en las que el caraqueño no desentonaba. Du Villars era una estrella en ascenso, que encajaba jugosas utilidades mes a mes gracias a su condición de proveedor privilegiado del ejército de Napoleón en plena expansión. En la casona de Chaillot, Bolívar conoció a Eugenio de Beauharnais, hijastro de Bonaparte, y al general Nicolas Charles Oudinot, destacada figura de la batalla de Monzambano, en Lombardía, y para la época inspector general de la Infantería, un cargo desde el cual siempre podía darle una mano a Du Villars.

Pero la figura central de las veladas en Chaillot era Frangois-René de Chateaubriand, el vizconde que tras un largo exilio durante los años del Terror, se convirtió en admirador de Napoleón, sobre todo ahora que el primer cónsul acababa de firmar un concordato con la Santa Sede y tomaba así distancia del laicismo extremo de los primeros años de la Revolución. El autor de *El genio del cristianismo* hablaba con frecuencia con Bonaparte sobre religión, guerra y relaciones exteriores, y luego relataba esas conversaciones ante los admirados visitantes de los Villars, casi siempre acompañado de alguna amante, en ocasiones culta pero en todo caso adinerada, porque el vizconde era bueno en el arte de gastar y no tenía con qué.

—Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres —repetía.

—Sobre todo si ellas pagan —acotó una noche, en voz baja, algún contertulio impertinente.

Bolívar se sentía en el centro del universo. Hablaba francés cada vez con más soltura y una sensación de libertad jamás conocida por él le llenaba la cara con una sonrisa generosa. Con frecuencia, dedicaba las tardes a recibir a Minette en su cuarto de hotel de la rue Honoré, a pocos pasos de la place Vendóme. Con el coronel Tristán en Bilbao, ahora se tomaban su tiempo y era común que los tempranos atardeceres de febrero los pillaran desnudos y abrazados, bajo el pesado edredón, dedicados a conversar sobre su amor sin futuro. Cuando Teresa supo que estaba embarazada, su amante ya había hecho preparativos para volver a España, donde don Bernardo del Toro lo había rehabilitado ante la corte y María Teresa lo esperaba para ir al altar.

—Ne vous inquiétez pas, monsieur —le dijo ella—. Ya verás cómo el coronel se hará cargo.

Y así fue. El arequipeño Tristán llegó a París pocas semanas después, se instaló con ella en un palacete de las afueras, en Vaugirard, cuidó de su embarazo y le dio el apellido a Flora, la niña que nació días antes de Navidad pero que sólo fue inscrita en el registro el veinte germinal del año xi, nueve de abril de 1803, según el calendario tradicional.

Cuando Bolívar regresó a París, ya viudo, en mayo del año cuatro, dedicó los primeros días, al principio con paciencia y luego con abierta desesperación, a buscar a los Tristán. Cuando estaba a punto de desistir, triste y resignado, aceptó el consejo de la casera del pequeño hotel donde se alojaba y pagó un aviso en *Le Journal* de París, *vous verrez, monsieur, ga ira*: un amigo desea comunicarse con el coronel Mariano Tristán, decía el remitido, y agregaba la dirección de su modesto alojamiento. Una semana después el coronel lo encontró en una habitación oscura y mal ventilada del tercer piso, sofocado por los primeros calores del verano, más delgado que en Bilbao y con una larga y revuelta melena.

—¿Y a usted qué demonios le ha ocurrido? —le preguntó, con cruda franqueza.

—¿Así de mal me veo?

—Qué le digo —respondió Tristán—, no quise ser impertinente.

—María Teresa murió y llevo ocho meses viajando —hizo una pausa para enfatizar— sin rumbo.

Y calló. El coronel lo sacó de la cama, consiguió que se lavara la cara y se ordenara un poco la cabellera, y se lo SSevó esa misma mañana

para Vaugirard. Poco antes del mediodía llegaron a la mansión. Teresa paseaba por el jardín. Agachada sobre la cabeza de la bebé, le enseñaba a caminar mientras la pequeña se aferraba a los dedos índices de su madre y daba pasos inseguros pero valientes sobre la grama. Bolívar la tomó en sus brazos, la levantó hacia el cielo y se reconoció en su mirada. El coronel observaba a la distancia cuando el visitante se acercó a Teresa, con Flora en los brazos. Tristán hizo amago de acercarse pero giró sobre su derecha y se dirigió a la puerta de la casa, para dejarlos a solas, que bastante tendrán de qué hablar.

Las visitas de Bolívar se repitieron a diario, aunque a veces Teresa y él salían de paseo mientras el coronel se ocupaba de su herbolario, una afición que le llenaba las horas en esos días en que sus achaques ya no le permitían salir a cabalgar, que ya no es un niño, Simón, pero nos cuida. Teresa convenció al recién llegado de abandonar su cuchitril y de instalarse en un pequeño apartamento en el Hotel des Étrangers, sobre la calle Vivienne, muy cerca del Palais Royal, que aunque estaba casi en ruinas se había convertido en el epicentro de artistas y discutidores con los que Bolívar, con su cabellera romántica anudada en una coleta y el sensiblero relato de su viudez, se integraba sin trabas.

—¿Y Fanny?

—Mañana en la tarde la veremos —le respondió Teresa, que sabía sin preguntar y había notado cómo su relación con el caraqueño comenzaba a parecerse cada día más a una amistad.

Y la vieron. Sobre todo Bolívar, subyugado por los ojos azules y la charla atropellada de Fanny, a quien a veces llamaba prima por cuenta del lejanísimo parentesco, las primeras veces en compañía de Teresa y luego a solas, de paseo por los descuidados jardines del Palais Royal, ronda por algún casino o una tertulia con declamador incluido hasta que una tarde, animados por unas copas de vino del Médoc en una mesa bajo las arcadas, terminaron en la cama de Bolívar, revolcándose como niños, hasta que un beso largo y húmedo los puso ante la inaplazable tarea de resolver un pendiente que ya cumplía tres años.

La faena fue más divertida que memorable y aunque la repitieron un par de veces antes del final del otoño, quizás la falta del vino y de las risas de la revolcada previa de la primera ocasión dejó a los amantes desnudos ante sus propias armas. A ella, que llevaba largos meses como favorita de Beauharnais, el hijo de Josefina, quien estaba a punto de ser coronada emperatriz, le sobraban pero nunca pudo desplegarlas porque Bolívar, escaso en recursos, apenas le daba tiempo de dejarse devorar de un bocado.

Se siguieron viendo, pero casi siempre rodeados de los contertulios de la mansión de los Villars a los que, para inicios del invierno, se habían sumado el barón Alexander von Humboldt y su amigo Aimé Bonpland, los dos naturalistas que acababan de pasar cuatro años en la Capitanía General de Venezuela, en el virreinato de la Nueva Granada y en otras regiones del Nuevo Mundo, descubriendo la riqueza que florecía en esas latitudes por fuera de las minas de oro y plata.

—Por más de trescientos años, los conquistadores han estado ciegos ante la verdadera opulencia de nuestras tierras —le dijo una noche Bolívar, que había aprendido a hablar durante las tenidas en tono de discurso—, y ha hecho falta que llegase usted, descubridor científico de América, para develar esos secretos.

Las tertulias, los garitos del Palais Royal y el encuentro con su tutor de infancia, el maestro Simón Rodríguez, copaban ahora las tardes y las noches del caraqueño, que en la mañana dormía y hasta bien tarde. Rodríguez ya no se llamaba así: he dejado, sepa usted, mi ridículo nombre católico y ahora soy Samuel y me apellido Robinson, como Crusoe, el náufrago de la isla, que así me siento en este mundo ajeno. En abril, Bolívar salió para Italia en compañía de su maestro, quien ya para entonces lo había convencido de que Napoleón había traicionado a la República Francesa al proclamarse emperador. Atrás quedaron Teresa y Fanny, aunque Bolívar siguió volcando su pasión en las cartas que les escribía y en las que se desempeñaba definitivamente mejor que entre las sábanas.

El dos de diciembre en París, mientras en Notre-Dame Pío VII bendecía la coronación por propia mano del emperador, Robinson lo había retenido en el Hotel des Étrangers, que no puedes ir a ver cómo el tirano de Roma corona a este felón, a este trepador que se sonó las narices con la república. Pero a fines de mayo, en el Monte Chiaro, Bolívar arrastró al maestro —que no paraba de renegar— para asistir al desfile militar tras la investidura de Napoleón en Milán como rey de Italia. Horas antes, en la ciudad, se habían encontrado con Du Villars y con Fanny, que el viejo capitán no iba a dejar pasar la ocasión para asegurarse nuevos negocios con el ejército del emperador. Bajo el vestido amarillo claro de tafetán de seda, que la muselina había quedado atrás como la república, Fanny lucía una panza mediana.

—Si es varón, como deseo, se llamará Eugène —le dijo a Bolívar, quien recordó a Beauharnais—. Y sé que me acompañará toda la vida.

Al caraqueño le hicieron falta diecisiete años para comprender el significado de aquellas frases y fue justo en el helado amanecer de

Catahuango, cuando las primeras luces le confirmaron que había pasado la noche en vela, entregado a los recuerdos, que alcanzó a medir el alcance de las palabras de su inolvidable amiga. Meses atrás Fanny, con quien jamás dejó de cartearse, le había escrito desde Lyon: mi Augusto es teniente de Caballería, es bastante hermoso y tiene espíritu, y mi Eugenio, del cual estaba embarazada en Italia, finaliza sus estudios y le irá muy bien, él no me SSandona. Y al final de la carta, como siempre, su prima, que lo ama, Fanny.

Sobre Flora, la hija de Teresa, no albergaba dudas. Ella misma se lo había confirmado desde el momento en que supo que estaba encinta. Pero además los ojos grandes de la pequeña no podían ser del coronel Tristán, quien, todos en París lo decían, carecía para entonces de arrestos para procrear. Pero en el caso de Eugenio, Fanny jugaba a las adivinanzas: él no me abandona. ¿Yo sí?, pensó Bolívar y luego se consoló, o tal vez quiso decir que él la acompaña por mí.

Manuelita no daba muestras de despertar y el Libertador, quien a pesar de la noche entera hurgando en el pasado no había terminado de saldar las cuentas pendientes con su memoria, se alegró de que así fuera. ¿Habría otros hijos? Con Ana Lenoit, esa pincelada de París a orillas del río, en el Bajo Magdalena, que Bolívar encontró en el año doce en medio del sofoco, la humedad y los aguaceros de mediados de diciembre, no hubo descendencia. En Salamina, donde la descubrió, fueron apenas cinco días de largas charlas y miradas de rendición. Pero luego, en Tenerife, después de derrotar a los realistas, se trató de un reencuentro apasionado donde la calorina y el deseo los convencieron de que les sobraban las ropas y de que él, de veintinueve, y ella, de apenas diecisiete, sólo podrían calmar sus ardores con un coito salvaje, sentada ella sobre él, en el centro de la hamaca y con las piernas colgando. Con ella, nada, pero ¿y las otras?

Tal vez Nicolasa Ibáñez, la juguetona ocañera que se le entregó en enero del año trece mientras el general preparaba, en el valle de los hacaritamas, a las tropas para la Campaña Admirable, y que en las semanas siguientes le rogó una y otra vez, por carta, que liberara a su prometido, el bogotano Antonio José Caro, secretario del comandante realista de la región y quien había caído en poder de los patriotas. Una vez que recuperó a su futuro esposo, le pidió un favor adicional, que el que hace lo más hace lo menos: vuestra merced ejecutó lo principal sacándome de la prisión a Caro, con que ahora yo no dudo haga lo menos remitiéndome el papel que él pide y que es muy importante para su seguridad. Qué afán tiene por casarse, válgame, decían las veloces lenguas ocañeras. El Libertador supo después que la pareja

había tenido una hija, Manuela, pero si está pintado el general, miren esa carita. Caro prefirió no hacer las cuentas, que bastante tenía con que Bolívar lo hubiera sacado de los calabozos patriotas.

Algunas veces bastó una sola noche, como aquella en Piedecuesta, en octubre del año diecinueve, con el aroma aún vivo de las coronas de flores de la entrada triunfal a Bogotá luego de la paliza a los realistas en el puente de Boyacá. La madrugada se había metido de lleno en la plaza del pueblo cuando el Libertador y los hombres de su comitiva llegaron, sudorosos y deshidratados, después de la infernal travesía del cañón del Chicamocha. Sin importar la demora ni el avance de la noche pesada de humedad, las muchachas de la bienvenida se negaron a renunciar al homenaje que llevaban todo el día ensayando, o se lo brindamos al general ahora o sabe Dios cuándo volverá a pasar por este recoveco del camino. La que más insistía y las convenció a todas era una joven vivaracha, de buena estatura y hermoso porte, que tomó del brazo a Bolívar apenas se apeó de su mula y le dijo al oído que, después de la ceremonia, se fuera a descansar, repose usted, hágame caso, general, reponga fuerzas que las necesitará.

No se refería sólo al baile, sino a lo que vino después. Ana Rosa Mantilla, que así se llamaba la muchacha de pelo castaño y liso, bailó con el Libertador la mayoría de las tandas y antes de marcharse le susurró las indicaciones de su casa, dos calles abajo de la plaza: sepa que allí duermo sola, mis padres están en la hacienda, a dos días de marcha, y apenas salieron para allá ayer en la mañana. Bolívar se escapó del guateque sin mayores despedidas y corrió a la cama de la recién conocida, pues aunque en el día no se había tomado el descanso que Ana Rosa le había sugerido en la plaza antes del amanecer, la gloria recién ganada le brindaba fuerzas de sobra para emprender esta nueva batalla. Sus disparos fueron certeros. A los nueve meses nació un bebé moreno, de ojos abiertos y curiosos. Un viajero que pasó por Piedecuesta rumbo a Caracas llevó el chisme y María Antonia, la hermana del general, que lo mismo criticaba el republicanismo de su hermano que sus andanzas amatorias, mandó traer a madre y a criatura, y entregó al niño a su hija Valentina y a su marido, don Gabriel Camacho, quienes después de bautizarlo como Miguel Simón, lo criaron como propio.

—Nadie podrá decir que soy estéril —pensó Bolívar, estirando los labios en una sonrisa socarrona, mientras Manuelita se desperezaba aún con los ojos cerrados, y su amante caribe no podía evitar preguntarse si la mejor forma de amarrar a esa mujer libertaria, que no le hacía caso en todo y hasta se atrevía a imitarlo en son de pitorreo,

era dándole un hijo.

—¿Ha dormido bien, señor? —preguntó Manuelita con las castañas de los ojos apenas de retorno del sueño.

—No he dormido mucho —apuntó el general, que tenía la sonrisa alborotada— pero lo he hecho en la mejor de las compañías.

La quiteña se acomodó en su hombro, agradecida por el requiebro, ignorante de que, en cierto modo, no era la única destinataria. Ella había caído profunda después de la parodia del Libertador, agotada por una labor amorosa en la que, por primera vez, Bolívar se había destacado y ella se había estremecido como en los buenos tiempos de D'Elhuyar.

—Me preguntaba si ese Domingo Tristán, el de tu amiga Rosa en Lima, no será el hermano del coronel Mariano, el marido de una buena amiga mía de París.

—Tristán y Moscoso —repuso ella.

—Entonces sí, es el marido de Minette, mejor dicho, de Teresa.

—¿Minette para sus amantes?

Bolívar se mordió la lengua y apenas sonrió.

—Perdóneme, señor, habíamos quedado en dejar la preguntadera y ahora he sido yo quien se ha pasado de curiosa.

El general dejó el asunto así. Quería volver a Lima, cómo es San Martín, qué busca, cuál es su propósito. Manuela se puso de pie, pero no para evadir el cuestionario. Tenía hambre y en un santiamén sacó a su amante de la cama y lo arrastró hasta la cocina de la hacienda.

—San Martín quiere el Perú, pero no quiere imponer su independencia por las armas —le explicó a Bolívar, mientras mojaba una hallulla de Ambato en la taza de chocolate.

—¿Y entonces? —indagó el general, con su hallulla en la mano, cubierta de queso de la hacienda.

—Dice que prefiere la persuasión, convencer a los limeños y al resto de los peruanos de que cortar los lazos con España es ahora lo mejor.

La mueca del Libertador volvía innecesario cualquier comentario. Había oído de sus informantes el mismo cuento, la persuasión, no la imposición por las armas, y estaba convencido de que San Martín se equivocaba de cabo a rabo.

—Esos señoritos limeños no quieren la independencia, lo que desean es convertirse en españoles de pleno derecho.

—Y San Martín les ha explicado que eso nunca lo tendrán, que miren cómo salieron las cosas en Cádiz para los delegados de estas tierras.

—Tanta argumentación necesita el respaldo de victorias militares —

sentenció—. Sin el Perú no somos nada.

—Él piensa lo mismo, dice que mientras España pueda recuperar el Perú, tendrá su oro y la plata de las tierras altas, la de Potosí.

—Y tiene razón, pero a punta de conversa y consejitos no lo va a conseguir.

Manuela siguió adelante con su descripción: no es bello pero tiene un lado buen mozo, gallardo, amable, aunque más de una vez me di cuenta de que oculta en formalidades y en cierto aparato sus explosiones de mal genio y, sobre todo, su tristeza. Bolívar indagó con la mirada y ella abundó en detalles.

—Es una tristeza profunda que asoma y desaparece, que lo hace por momentos indeciso —le dijo—. Rosa cree que es la panza.

—¿La panza?

—Sí, a San Martín le duele mucho, le arde, y además lo ataca el asma en las madrugadas frías y húmedas, y se queda sin respiración y sin habla, y vomita sangre, no sé si del pecho o del estómago.

—Qué achacoso. ¿Y con qué se lo tratan?

—Opio le dan los médicos, lo bebe en infusión.

—¿Y usted lo ha curado o sólo Rosa?

—Dijimos que nada de preguntas, pero como veo que el asunto del Libertador del sur no lo va a dejar dormir tranquilo, terminemos de salir de él —contestó Manuela, con flojo disgusto—. Como ya le expliqué, él me buscó, me quiso, pero yo me le planté y le dije que no quería enredos con Rosa, y hasta ahí llegó el avance. Fue después de que nos hiciera Caballeresas de la Orden del Sol por nuestros abnegados servicios.

—A la patria, supongo...

Manuela tragó el último bocado de su hallulla y, con él, contuvo cualquier respuesta. Estaba claro que Bolívar le andaba echando la manta para que la pisara, pero de hacerlo, tendría que aplazar su verdadero objetivo. Volvieron a la habitación, se asearon las partes y Manuela propuso una cabalgata: la lluvia nos está dando una tregua y quién sabe cuándo volveremos a ver este cielo.

—San Martín quiere a Guayaquil —le espetó, sin preámbulos, después de frenar su yegua al borde de una acequia.

—Si no es capaz con el Perú, ¿para qué se antoja con más?

—Sabe que si les consigue Guayaquil a los limeños, los tendrá.

—Pero Guayaquil es colombiano, siglos de dependencia de Quito, *ergo* de Santa Fe.

—Es cierto, pero bajo protección militar del Callao.

—Una cuestión meramente práctica —dijo Bolívar.

—Pero suficiente para armar un bochinche —replicó Manuela—. Rosa es guayaquileña y mi única diferencia con ella está relacionada con ese lioso asunto.

El general se quedó pensativo y una vez que las bestias bebieron, reanudó la cabalgata mientras le daba vueltas al tema. Más de un año antes había encargado a Sucre, que para entonces era de lejos su favorito, la misión de trasladarse al puerto y persuadir a los guayaquileños de ponerse bajo la protección de Colombia, y el cumanés lo había conseguido. Pero los promotores del partido peruano y los que pretendían hacer de Guayaquil una patria independiente se mantenían activos, y Bolívar sabía que el acuerdo de protección firmado por Sucre con el triunvirato del puerto sólo garantizaba una tregua. Él mismo le había escrito a José Joaquín Olmedo, líder de la junta local, una carta en tono franco: es galimatías, amigo, la situación de Guayaquil, y usted bien sabe que una ciudad con un río no pueden formar una nación. Sucre había abandonado el puerto para activar la campaña que terminó en las faldas del Pichincha, con la liberación de Quito, pero nada de eso había resuelto el pendiente de Guayaquil.

—Vaya usted en persona, señor —le dijo Manuelita al terminar la cabalgata y mientras esperaban un masato que les refrescara el gaznate—. Váyase a Guayaquil e impresione a esos indecisos, acójalos bajo el ala de la República de Colombia y encárguese usted mismo del mando militar y político de ese puerto y de su provincia.

Bolívar levantó la vista al cielo, que comenzaba a poblarse de nubes. Manuela adivinó la pregunta que preparaba y se apresuró a responderle.

—Vaya sin demora que, a diferencia del amor, ni la guerra ni la política dan espera.

VI

QUE GUAYAQUIL DECIDA

—¿Ayora?

Juan Gregorio Lasso se acababa de levantar con la intención de hacer aguas menores, que la zarzaparrilla empezaba por fin a aliviar los padecimientos de sus compañones, cuando un estruendo ronco sacudió las ventanas de la casa donde se alojaba por generosidad de una viuda, conocida del padre Tomás, que le había cedido la habitación de su hijo mayor, en viaje de estudios por Europa. Doña Emperatriz, una dama devota y madrugadora, siempre andaba con la última y ese amanecer no era la excepción.

—A correr, jovencito, vámonos para San Francisco a rezar que aquí se armó la de Dios es Cristo.

Por el camino, apenas dos calles hasta la iglesia, le fue contando: que ya todos lo sabíamos, aprovecharon que el general Sucre anda por Samborondón y se han alzado los hombres del rey, la escuadrilla del teniente Oyague está haciendo llover fuego sobre el malecón, el que manda es López de Aparicio, usted debería saberlo, pero anda siempre en Babia. Juan Gregorio se tragó el regaño. Bastante había escuchado en las vísperas pero prefería posar de batato, la doña que se luzca, que sabe más que el mago Merlín, a buen callar llaman, Sancho, se repitió en la mente mientras atravesaban la plaza. Una vez en el atrio de la iglesia se topó con el limeño, ahí está el filimisco, para mí que es un infiel, pero hoy tiene poca cara de patriota, debe andar achilado, él siempre tan charlón y está más pálido que si estuviese a punto de lidiar al mismísimo Carbunclo.

—¿Ya sabes? —preguntó un desaliñado Tomás Dávalos que andaba de camisón y chanclas, pero eso sí, con su bastón de roble oscuro y empuñadura de plata.

—No sé nada —mintió Juan Gregorio, al tiempo que se refugiaban juntos en la nave de la iglesia, aturdidos por dos nuevos cañonazos.

Se habían conocido pocas semanas antes, la tarde en que las tropas de Sucre entraron al puerto, con más enfermedades que armas después de la travesía por el Pacífico que tuvo a bien atender a los soldados con un temporal de nubes grises y bajas, lluvias transversales, vientos cruzados y olas altas y furiosas. Cuando el calor de mayo comenzó a ceder y la tarde seca abrió las calles de Guayaquil a un tímido oreo que subía de la ría, Juan Gregorio, que venía de darles una mirada a los primeros contingentes colombianos que se instalaban detrás del astillero, se quedó mirando con desconfianza la torre del reloj, elevada sobre una esquina del edificio del cabildo.

—No funciona —le dijo una voz extraña.

El patiano dio vuelta y se quedó mirando a su elegante y desconocido interlocutor.

—Soy José Tomás Dávalos y Larrea, un placer —y le tendió la mano derecha mientras pasaba el bastón a la izquierda.

—Mucho gusto —respondió, titubeante, Juan Gregorio—. Me llamo Juan Esteban... de Lemos y Grijalva.

Había escogido ese nombre tras mezclar los apellidos de dos de las damas payanesas que solían tomar el entredía con el obispo Velarde y Bustamante, y se atoraban, dichosas, con las colaciones que la madre de Juan Gregorio preparaba en la afamada cocina de la casa episcopal, cuando todavía la ciudad era un remanso de paz, antes de que el levantamiento patriota y la reacción realista envenenaran los aires. El nombre de pila lo había usurpado a un joven colegial, más poeta que estudiante y más borracho que poeta, que recitaba sus ingeniosos versos al pie de otra torre con reloj, la de Popayán.

—Allá de donde vengo el reloj nunca falla —hizo una pausa, tosió y completó la frase—, mejor dicho, no fallaba, porque luego, en el año catorce, el general Antonio Nariño se hizo con las dos pesas de plomo para fundirlas y convertirlas en balas para el ejército patriota.

—Una buena causa quizás —indagó Dávalos, quien supuso que el recién conocido estaba con la independencia, pues lo había visto seguir a las tropas de Sucre hasta su campamento y quitarse un par de veces el sombrero de fieltro para saludar a los pálidos soldados que aún no conseguían ajuiciar el estómago, y además se hospedaba donde doña Emperatriz, que en ocasiones visitaba a su amiga Manuela

Garaycoa de Calderón, cuya aprestigiada familia ya contaba con un mártir, su padre Francisco, fusilado por la corona en los albores de la revolución.

—Sí, cómo no, muy buena causa.

Juan Gregorio llegó a la misma conclusión con respecto al señorito y optó por seguirle el juego. Media hora más tarde decidieron refrescarse con un par de aguardientes, en una pulpería de los bajos del cabildo. No lo consiguieron. La brisa había cesado, el local ardía y el anís los bañó en un sudor fino que les abrillantó la frente.

—Venga usted conmigo, hay algo mucho mejor que este local —dijo el limeño.

Dieron la vuelta al mercado de abastos, a espaldas del cabildo, y cruzaron hacia una esquina. Dávalos empujó a Juan Gregorio al interior de una taberna más compuesta y con dos ventanales con sus chazas abiertas como párpados, que a la vez que dejaban entrar el aire, brindaban sombra. El negocio, con sillas y mesas de madera lustrosa, lo atendía Aguaberque, un cubano hijo de canarios que llegó diez años atrás desde Panamá en una fragata que hacía tiempos había dejado de merecer su nombre.

El dueño de la nave, esperanzado en unas reparaciones que la devolvieran al mar, no tuvo cómo cubrir los costos de la materia prima, que incluían onerosas inversiones en un roble de monte muy resistente para muchas de las piezas dañadas, y las partes principales en guachapelí, la madera que había dado fama en los mares del Pacífico a los talleres al sur del puerto y cuya compra implicaba un desembolso desmedido, todo ello sin que los ebanistas pudieran garantizarle que el buque volvería a ser el de antes, que así de mal se encontraba. Aguaberque, que viajaba como cocinero, decidió quedarse, y con el tiempo abrió la taberna con una clase y un estilo hasta entonces desconocidos en la ciudad nueva.

—Conozco al cubano —explicó Dávalos—. Tiene algunos buenos vinos de Rioja que pocos escancian por acá.

Juan Gregorio se dejó llevar, sonriente, el sitio no es ninguna chingana, y al rato sintió la cabeza sofocada por las copas y por la interminable cháchara de su nuevo amigo. De buen porte, bien trajeado y con un bastón a la mano en el que rara vez se apoyaba, el limeño era siete años mayor que él y había obtenido el título en leyes del Real Convictorio de San Carlos antes de que un informe crítico del rector Toribio Rodríguez de Mendoza, sobre la efervescencia patriota en las aulas, llevara al virrey Joaquín de la Pezuela a cerrar el colegio mayor.

—¿Y el bastón? —preguntó Juan Gregorio.

—Hace tres años me caí de un caballo y me lastimé la cadera, tuve que usarlo como apoyo de mi derecha y cuando dejó de ser necesario, descubrí que no me sobraba —respondió el limeño—. Lo llevo desde entonces y quién sabe si un día me sirva para defender mi honor a bastonazos.

Dávalos había llegado a Guayaquil meses atrás, casi al tiempo con la misión encabezada por el coronel Tomás Guido, primer edecán del general José de San Martín, enviado al puerto para convencer a la junta que había declarado la independencia en octubre del año veinte, de que incorporara la provincia al Perú y ayudara al ejército del Libertador del Sur a reclutar tropas y construir una escuadra naval en los astilleros, para desalojar a los españoles de su principal bastión en el continente, el que le garantizaba el flujo del oro peruano y la plata altoperuana para pagar las cuentas de las guerras peninsulares. A mediados de septiembre, San Martín había desembarcado en la bahía de Pisco, al sur del virreinato peruano, procedente de Valparaíso, con más de cuatro mil soldados argentinos y chilenos, y unos pocos voluntarios extranjeros, transportados por la flota del vicealmirante Thomas Alexander Cochrane, un escocés llevado de su parecer que mandaba sobre ocho naves de guerra y dieciséis de transporte, tripuladas por mil seiscientos marineros británicos, chilenos y un puñado de franceses. Al mando de San Martín, el núcleo de ese ejército le había dado la libertad a Chile en el año dieciocho.

El virrey De la Pezuela comprendió la gravedad del acoso y quiso ganar tiempo. Tras proclamar, a regañadientes como buen absolutista, la Constitución de Cádiz, sólo porque así lo mandaba su majestad, le escribió a San Martín para iniciar unas conversaciones que a nada llevaron y que terminaron el cuatro de octubre, cinco días antes de que Guayaquil declarara su independencia. Los movimientos patriotas por mar y tierra continuaron hasta las goteras de Lima y en enero del año veintiuno los oficiales realistas, que eran casi todos liberales, comprendieron que De la Pezuela no era el hombre para la tarea, que zorro dormilón no caza gallinas, y le dieron un golpe tras el cual instalaron al general José de la Serna e Hinojosa en el cargo, que muy mal anda la corona: don Fernando ya no designa a los virreyes, que los escogen los generales entre ellos mismos y sin siquiera preguntarle. El nuevo virrey era despierto y audaz, pero comprendía que estaba acorralado.

—Dicen que La Serna abandona Lima —le comentó Dávalos a Juan Gregorio, media botella de vino después de su ingreso al local del

cubano.

—O sea que la tomará San Martín.

—Dicen que el argentino está decidido a no decidirse.

—Muy indeciso será —respondió Lasso, a quien el vino le había adormilado la prudencia—, pero en nueve meses y sin sudar mucho ya está a punto de sacar a los realistas de la capital.

—Dicen que es una trampa, que se van las tropas pero quedan muchos amigos de la corona.

Juan Gregorio se contuvo. Oír, ver y callar, recias cosas son de obrar, le había dicho el padre Tomás cuando el patiano recién desembarcó en el puerto. Por momentos el limeño lo despistaba, como si quisiera que su interlocutor lo precisara. Pues no lo haré, se dijo, que yo no soy ningún tarantas, y de un bocado se tragó las ganas de preguntarle de una buena vez de qué lado estaba.

—¿Qué lo trae por Guayaquil? —prefirió indagar.

—Una herencia.

Entonces Lasso calló y el turno del despiste fue para el limeño.

—Una hermana de mi madre está batallando por los bienes de su difunto marido —explicó.

—Y usted, como letrado, vino a darle una mano.

Dávalos asintió justo cuando Aguaberque se acercó a saludarlos. Tras el abrazo con el limeño, el tabernero se topó con la mano tendida a cierta distancia por Juan Gregorio.

—¿Y éste?

—Juan Esteban de... —Dávalos olvidó el resto del nombre.

—De Lemos y Grijalva.

—Popayán —dijo el limeño.

—Ahora entiendo —completó el cubano—. He conocido algunos, meapilas pero beodos, que el que reza bien puede pecar.

Y ordenó otra botella, que tengo las bodegas colmadas de vino de Rioja recién desembarcado. El bien por el mal le había llegado. En el fallido intento por reparar la fragata, Aguaberque conoció a quienes le suministrarían la materia prima de su nuevo negocio. Convencido de que la nave no tendría salvación, el cubano aprovechó las semanas de espera, antes de que el dueño de la fragata renunciara por falta de fondos a una reparación tan costosa como incierta, para trabar amistad con los carpinteros del astillero que siempre tenían buen vino para la venta, pues en muchas ocasiones, cuando el dinero no les alcanzaba, los capitanes de los buques malheridos le echaban mano a la reserva de su cava para completar la paga. Con el tiempo, el cubano, que andaba empeñado en enseñarles a beber a los nuevos ricos del

puerto, dejó de depender de los ebanistas y empezó a encargar pedidos de Rioja de manera directa a los comandantes de los mercantes.

No se arrepintió. La vieja aldea que había sido Santiago de Guayaquil, rodeada de esteros y pantanos putrefactos en la confluencia de los ríos Daule y Babahoyo, y al pie de una colina que servía de atalaya, se había convertido en escasos doscientos cincuenta años en un próspero enclave de más de veinte mil habitantes, todo un cuerno de la abundancia. Por el puerto salían al mundo maderas de roble de monte, amarillo, canelo, mangle, bálsamo y laurel, aparte del afamado guachapelí, tan duro como el hierro, la madera más admirable que se ha descubierto hasta el presente, según proclamaron los expertos que visitaron el puerto hacia 1736. Así también salían el alquitrán vegetal y la jarcia de henequén, tan útiles como la madera para la industria naval, paños y tejidos de la sierra y, sobre todo, cacao, la pepa de oro, que no es chanza, que un buen plantío rinde más que una mina con sus buenas vetas doradas.

Tras la caída de la producción cacaotera en la Nueva España, le explicó Dávalos al falso popayanejo, debido al dramático descenso de la población indígena durante los siglos xvi y xvii, que le digo y no le miento que los sometieron y terminaron matando a nueve de cada diez, y a la concentración de la mano de obra en las minas de plata y las salinas, el cacao, que esas tierras habían producido en enormes cantidades desde antes de que asomara por allá don Hernán Cortés, alcanzó precios que bien justificaban su comparación con el oro. Para suplir la escasez, Caracas y Maracaibo, en el Caribe, y Guayaquil, en el Pacífico, dispararon la producción de la rentable pepa en las llanuras y valles aledaños. Gracias a la influencia de los encumbrados guipuzcoanos que se hicieron con el comercio en la Capitanía de Venezuela, la corona prohibió a Guayaquil la exportación a otras colonias, privilegio que, en el caso del cacao, quedó reservado para las dos ciudades caribeñas.

Poco importó. Ni los hacendados criollos ni los padres agustinos, que habían cimentado el poder de su comunidad en las pingües utilidades de la producción de cacao, iban a abandonar la exportación desde Guayaquil, aun si era ilegal, que entre el honor y el dinero lo segundo es lo primero, sobre todo, les digo, si esta prohibición se basa en un atropello.

—¿Y qué dirán en la corte?

—Pues que se vaya enterando el mismísimo monarca que rey es amor, y el dinero, emperador.

A punta de contrabando y aprovechando la visita constante de buques en busca de reparación y de comerciantes que llegaban a encargar la construcción de galeones, galeras, pataches y fragatas, el cacao guayaquileño no dejó nunca de salir a porrillo rumbo a Acapulco, con precios muy competitivos frente a las pepas de las orillas del golfo de Venezuela y del valle de Aragua, cerca de Caracas. Era tal la urgencia de embarcar desmesurados cargamentos que algunos armadores demandaban a carpinteros y calafates volver realidad diseños monstruosos, malformados por sus desproporcionadas bodegas, que igual botaban al mar donde navegaban, si no veloces, al menos en aceptable equilibrio, con la barriga hinchada por tan valiosos matutes. Las autoridades coloniales del puerto hacían la vista gorda, pues por un lado el flujo era incontrolable y, por el otro, hasta los más adustos funcionarios sabían que si a Guayaquil le iba bien, había suficiente para todos.

Las ganancias por la exportación de cacao y maderas, así como por el lucrativo negocio del astillero, bastaron para que la ciudad se recuperara de no pocas calamidades, repetidas inundaciones en cada temporada de lluvias, siete devastadores incendios a lo largo del siglo xvii y varios ataques piratas para la misma época. El primero de los asaltos ocurrió en 1624, cuando el corsario antuerpiense Jacques de Clerk, más conocido como L'Hermite, invadió y saqueó a Guayaquil en una irrupción que duraría mes y medio, antes de morir de disentería, que Dios no castiga ni con palo ni con rejo, ya se sabe. De los estragos causados por L'Hermite se habló por décadas, hasta el veinte de abril de 1687, cuando los franceses Pierre Le Picard y François Grogniet, y el inglés John Hewitt, unieron fuerzas y sorprendieron a las defensas del puerto con una irrupción coordinada en dos frentes, que permitió que cuatrocientos cincuenta filibusteros se hicieran con la ciudad, secuestraran a decenas de entre los más prominentes de sus mil doscientos habitantes y pidieran por ellos un gravoso rescate.

Para fines del siglo XVII, los habitantes de Guayaquil estaban listos a poner en práctica lo aprendido después de tantos azotes, y optaron por trasladar la ciudad un poco más al sur, a una llanada rodeada de esteros que alguna protección ofrecían lo mismo contra las anegaciones que contra los asaltos piratas, además de brindar un muelle natural de más de mil varas a lo largo de la ría. En 1692 el cabildo determinó que el paraje de la Sabaneta, que así se llamaba el terreno escogido adelante del puerto de Cazones, sería urbanizado según la *Recopilación de las leyes de los Reynos de las Indias,* mandada imprimir y publicar por la Magestad Católica del rey don Carlos III

Nuestro Señor, que en el capítulo de los asentamientos imponía normas de inspiración vitruviana para trazar las ciudades a cordel y a regla, con la idea de conformar un damero de manzanas cuadradas y calles en línea recta cruzadas por otras en perpendicular, y con un espacio vacío en el centro para la plaza principal, con la iglesia mayor y la sede del cabildo, de manera que cuando los indios la vean les cause admiración y entiendan que los españoles pueblan allí de asiento y les teman y respeten para desear su amistad y no los ofender, que en eso tenía razón el comentador de las normas.

En su diseño original, las autoridades coloniales del puerto bosquejaron veinticinco manzanas, cinco por cada lado del damero y una de ellas libre, la de la plaza, donde en efecto se asentó la iglesia pero no así el edificio del cabildo, que fue ubicado frente a la ría para que la imagen del poder político fuera lo primero que impactara al visitante al desembarcar, que alguna visión imponente hay que darle antes de que se adentre en este tremedal.

A pesar de los intentos del cabildo, la ciudad vieja no desapareció, ni siquiera tras el incendio de buena parte de sus desordenadas agrupaciones de casas de techo de paja en el año noventa y tres. Con el tiempo, ambos sectores terminaron por convivir y el corregidor Jerónimo de Boza y Solís ordenó la construcción de un puente de ochocientas varas y trescientos arcos, levantado en guayacán y guachapelí, que las uniera por encima de los esteros. Los habitantes de ambos lados pronto lo bautizaron como el puente de María Eugenia, en honor de un cariño que el corregidor tenía en uno de los barrios de ciudad vieja. Durante años, el puente se mantuvo en pie como un orgullo del puerto, aunque para mediados del siglo XVIII se hizo evidente que era una construcción torcida y quebradiza que se estaba hundiendo por sectores en el inestable suelo de los pantanos.

No sobrevivió mucho y para 1775 había sido remplazado por una cadena de puentes mucho más pequeños, mejor levantados y más sólidos, que superaban cada uno de los cinco esteros, a los que se sumó una larga calzada de piedra, la misma que Juan Gregorio recorrió varias noches, de regreso de la choza de alguna lurimba, que casi todas vivían en ciudad vieja, aunque no pocas ofrecían sus servicios sobre las balsas que flotaban, con chozas encima, a pocas varas de la orilla de la ría. Con cierta frecuencia el cabildo ordenaba desalojar las aguas porque las balsas llegaban a ser tantas que complicaban la navegación, así como el embarque y desembarque de viajeros y mercancías, y porque en ellas se refugiaban malhechores, busconas y meretrices.

—Que el pecado anda flotando en la ría del ocaso al alba y del alba

al ocaso —repetía el padre Tomás.

Con excepción de la iglesia de Santo Domingo, al pie del cerro de Santa Ana, en el límite norte de ciudad vieja, que era de cantería, todas las construcciones de Guayaquil estaban levantadas en madera, sobre estanterías muy fuertes, de roble de monte, guachapelí, mangle, amarillo y colorado, entablados los entresuelos y costados de listones del mismo roble y de cedro y ceyba, y cubiertas las más modernas de teja y las antiguas de paja, tal y como las describió de lo que vieron sus ojos Dionisio de Alcedo Ugarte y Herrera, geógrafo y cronista madrileño que llegó a presidir la Real Audiencia de Quito hacia 1730. La madera se acomodaba mejor en el suelo inestable y pantanoso, en el que las construcciones de piedra se habrían hundido de modo irremediable. Pero, además, las edificaciones resultaban así más livianas y flexibles, y por ello mismo más resistentes, a la hora de los terremotos que se ensañaban con la región de década en década.

Algunas casas podían protegerse un poco de la humedad gracias a las paredes revocadas con quincha y blanqueadas con cal. Las mejores estaban frente a la ría, o en las calles aledañas, donde sus ocupantes se beneficiaban del viento de la tarde. En la planta baja de las más grandes había locales para tiendas y bodegas. Las plantas altas contaban con largos balcones que se comunicaban de una casa a otra y conformaban interminables galerías frontales, con ventanas de chazas abiertas por abajo para cortar los rayos del sol. Estos soportales se fueron extendiendo de manzana en manzana, de tal manera que para finales del siglo XVIII era común que, cuando el calor cedía, los guayaquileños de calidad se pasearan por ellos, visitaran a los amigos, cotillearan animosos cualquier filfa de reciente invención y recorrieran buena parte de ciudad nueva por aquel segundo piso del puerto, sin siquiera embarrarse las suelas de los zapatos con el lodo que dominaba el nivel de la calle ni mojarse con los súbitos chubascos que se desgajaban al atardecer.

El cabildo aprovechó los beneficios de la prosperidad comercial para instalar un alumbrado público de faroles alimentados con aceite de ballena, abundante en el Pacífico, que entró a operar en 1788, así como para iniciar el empedrado de las principales calles y estimular el relleno de los pantanos aledaños para darles cabida a plantaciones de frutales y hortalizas, y de paso espantar la pestilencia que emanaba de ellos, se colaba hasta los patios interiores de las casas y envenenaba lo mismo el alma que el cuerpo de los habitantes. En la mente de los mayores aún estaban frescos los recuerdos de la epidemia de fiebre amarilla del año cuarenta, que se llevó al otro mundo a un cuarto de

los cinco mil habitantes de la ciudad, que antes de ser arrastrados por la calva habían dejado al pie de la cama o en su miserable estera sus vísceras derretidas como vómito prieto.

—Esta ciudad es un milagro de Dios —le contaba el padre Tomás, que tenía alma de cronista, a Juan Gregorio—. Algunos recuerdan la fiebre amarilla, pero muy pocos saben que en 1589 la viruela arrasó con tres de cada cuatro habitantes. No eran más de mil entonces y sobrevivieron apenas algo más de doscientos, que discutieron durante semanas si se quedaban o si abandonaban para siempre estos parajes.

Al amanecer del siglo xix, los vientos de la modernidad trataban de barrer para siempre con los recuerdos de aquellos tiempos oscuros. En 1794 las autoridades dictaron la Ordenanza de Aseo de las Calles, que creaba un servicio de limpieza diario a cuenta de la ciudad, y dictaba normas que preveían onerosas multas y fuertes castigos a quienes lanzaran detritus a las vías, al igual que a los responsables de residencias y comercios que mantuvieran en ellas caballos, reses o puercos.

Pero nada en el puerto pretendió marcar con mayor precisión la hora de los nuevos tiempos como el reloj público instalado en 1793 en lo alto de una torre de madera, que se elevaba en la esquina de la casa de las Temporalidades, antigua sede de la Compañía de Jesús, requisada a los jesuitas tras su expulsión de todos los territorios del reino por la orden que dictó en 1767 su majestad Carlos III. En 1800 el edificio lo adquirió, con torre, campana y reloj, Santiago Núñez de Espantoso, un gallego entrado en años que había sido administrador de rentas, juez de tierras y recolector de bulas, antes de asumir, en el año ochenta y nueve, como procurador general de la ciudad. Diecisiete años más tarde, cuando el cabildo inauguró su nueva sede frente a la ría y a espaldas del mercado de abastos, ordenó el traslado del reloj a una nueva torre, levantada sobre el techo de una de las esquinas de la nueva edificación. Antes de morir en el año catorce, Espantoso había accedido a venderle el reloj al cabildo por la suma de trescientos pesos.

—¿Y por qué no camina? —preguntó Juan Gregorio cuando por fin salió de la taberna del cubano.

—Caminar voy caminando —dijo Dávalos que se había mamado la última botella él solo.

—No, el reloj...

Ambos levantaron la vista hacia la torre, apenas visible gracias a los faroles que ya agotaban el aceite. El reloj marcaba las siete y veinte, y ni había amanecido ni acababa de anochecer.

—Cuentan que lo dañaron en el traslado —respondió el limeño—. Aquí nadie sabe de eso, yo podría enseñarles qué hacer, de dónde traer un buen reloj, que en Lima los hay y varios. Pero aquí nos miran mal a quienes de verdad sabemos, a quienes tenemos un título que mostrar.

—La alabanza propia envilece —murmuró Lasso recordando al Quijote, y dejó a su nuevo amigo sumergido en una perorata interminable que el patiano ya había soportado en la taberna, borracho que se respete, repite y repite, con respecto a la superioridad de Lima sobre Guayaquil y todas las demás plazas de la América hispana.

—Hasta mañana, joven Lemos —gritó Dávalos.

Apaicito, en semejante chuma y aún se acuerda de mi nombre, pensó Juan Gregorio que apenas se despidió con la mano en alto mientras se alejaba lo suficiente para poder desfogar en paz los gases pestilentes que le aventaban los intestinos como consecuencia del vino y de los embutidos salados, a los que para nada estaban acostumbrados.

Se volvieron a ver varias veces en la taberna del cubano. Yo pago, decía Dávalos, que lo de la herencia va por buen camino, mientras las discusiones sacudían hasta los gritos las mesas y sofocaban el aire pesado por el tabaco y el alcohol, y por la humedad de los atardeceres pasados por agua, que aquel año de 1821 los chubascos se prolongaron hasta mediados de julio, como si el tiempo se hubiese detenido en abril.

Una noche, y bien entrada porque desde el ocaso habían dado cuenta ya de tres botellas de Rioja, Dávalos se salió de las ropas, que aunque elegantes eran por momentos incapaces de contenerlo, sobre todo si había mojado lo suficiente la garganta.

—Es que no hay derecho a tanta infamia, amigo Lemos, en qué cabeza cabe lo que andan repitiendo estos folloneros.

—Cálmese usted, ilustre letrado —lo aguantó Juan Gregorio—, que los males que no tienen fuerza para acabar la vida no han de tenerla para acabar la paciencia.

—¿Quién lo dice?

—Don Quijote.

—Cervantes me la suda.

Lasso lo dejó hacer, sabedor de que los vecinos de mesa habían estado toreándole la lengua al limeño. Llevaban rato enumerando, con la ayuda de los dedos para que se notara más, los agravios, que no fueron pocos, de las autoridades de Lima para con este puerto que

sólo pedía lo suyo, y ahora pretenden que Guayaquil se les sume, así no más, para seguir sometido a los caprichos de los negociantes del palacio de Pizarro, que da lo mismo que sean los amigos del virrey o que en adelante vayan a ser los del bueno de San Martín.

Razón no les faltaba. En el año cuatro, la corona concedió una rebaja de tres cuartas partes de los derechos impuestos a todo el comercio entre las colonias, cédula real que puso a echar cohetes a los cacaoteros de la región. Pero la fiesta duró poco que allí mismito el virrey del Perú, don Gabriel de Avilés y del Fierro, decidió pasarse por el forro la decisión de su majestad, don Carlos IV, que si poco mandaba en la península, qué decir del caso que le hacían en las colonias.

—Unos caraduras estos limeños —apuntó el de la melena canosa, con la chupa pegaba al cuerpo por el grueso sudor que le provocaba el Rioja.

—Cómo no —le respondió el de la barba breve en la punta del mentón—, si la rebaja de las tres cuartas partes la aplicaron al comercio del Callao a Guayaquil, pero no a la inversa, con lo que el daño para este puerto resultó doble.

Hubo cartas, peticiones y proclamas: señores, decían los comerciantes de Guayaquil, que el nervio más robusto del Estado es la libertad aliviada del comercio cuya rigurosa circulación reanima todas las demás partes. Pero nada. Ni el marqués de Ávila, que fue el título que se ganó el virrey Avilés, seguro fue por tanto rezar, ni su sucesor, don José Fernando de Abascal y Sousa, atendieron los ruegos, que había muchos intereses de comerciantes establecidos en Lima y de funcionarios palaciegos que sabían que sin rebaja los de Guayaquil quedaban a su merced, y con ella, ya no había cómo cobrarles el favor.

Los comerciantes del puerto no tuvieron más remedio que subir la apuesta y en el año trece el cabildo demandó la supresión del requisito exigido a las mercancías que salían de Guayaquil, de hacer su primera parada en el puerto limeño del Callao antes de seguir a destino. Basaban su pedido en un artículo de la recién promulgada Constitución, dictada en Cádiz por las cortes en marzo del año anterior, que ordenaba a las autoridades promover la industria y el comercio para que se indulte al cacao, decían, al menos por veinte y cinco años de todo género de derechos en su exportación e importación sea cual fuere su título y denominación, y que el mismo fruto pueda conducirse en derechura del paraje de su procedencia a países extranjeros.

Durante décadas, los cacaoteros de la zona y sus socios mercantes habían sabido contrabandear, pero igual temían a los controles y a las

represalias, y se indignaban con tanta injusticia, sin importar si ésta afectaba más las cosas sobre el papel que en la realidad. Pero la carta del cabildo, dirigida al Real Tribunal del Consulado de Lima, sólo obtuvo una negativa como respuesta y, por si fuera poco, demorada año y medio después de despachada la solicitud.

—Es que se han burlado hasta del rey —insistió el melenudo.

—Bueno, a fe que eso no es gracia —apuntó el de la chivera y hubo carcajada general.

Don Fernando VII, el Deseado, había desconocido la Carta de Cádiz apenas volver al trono, pero en el año dieciocho les hizo un favor a los de Guayaquil, que por fin se acordó de estas tierras, que no, hombre, que no lo hizo por nosotros sino por algún amigo con negocios en la Nueva Galicia; sea, pero de cualquier modo en buena hora eximió de derechos el comercio de exportación e importación entre la península y el puerto de San Blas, en la costa pacífica de Nueva España, al sur del golfo de California. El cacao de Guayaquil llegaba igual a Acapulco que, más al norte, a San Blas, y por eso la Real Orden beneficiaba por tabla a los cacaoteros de Guayaquil.

—Y de nuevo, una vez leída, la Real Orden fue desaprendida —apuntó el de la melena.

—Ignorada, desconocida, desdeñada, desoída, se limpiaron el ojete con ella —remató el de la barbita—, pero en justicia y para que no se altere nuestro vecino de Lima, en esta ocasión la culpa no fue de sus amigos en el palacio de Pizarro, sino del administrador de la Aduana de nuestro puerto.

—Don Juan Ferrusola, cómo no.

Dávalos sonrió y con la cabeza les hizo una ligera venia de reconocimiento, mientras desplegaba sus saberes, que ese Ferrusola fue el mismo que en febrero del año dieciséis defendió el puerto ante el ataque del almirante Guillermo Brown en el Santísima Trinidad, un bergantín de la armada del Río de la Plata que andaba de corso por el Pacífico con otras dos naves.

—Bergantín es mucho decir —intervino el cubano Aguaberque—. Una sumaca reconvertida, que Ferrusola y sus hombres la abordaron aquí al frente, en el canal de Jambelí, después de sacudirla a fuego sostenido con los cañones al sur del astillero.

—Éste sabe.

—Y lo que no, se lo inventa.

Oídos sordos al de la chivera y al de la melena, Aguaberque sostuvo el relato, que la culpa la tuvo, no se equivoquen, el cabezota de Brown. Advertido por sus marineros de que se estaba acercando en demasía a

la costa, con la marea baja, viento del norte y sin espacio para virar y apuntar así sus cañones y carronadas contra los defensores, se empecinó en poner la batería de tierra a tiro de pistola de su nave y, claro, se varó, como tenía que ser. Ferrusola abordó sin problemas, apresó a Brown y liquidó a bayoneta a más de la mitad de la tripulación.

—En esas artes, más sabe el simple marinero que el mayor letrado —se animó Lasso, que andaba medio perdido.

—¿Y qué sabe un popayanejo de marinería? —le atajó Dávalos, con el vino inundándole el alma.

—Pues tan poco como el Quijote, que no salió de Castilla, pero saber, sabía.

—Y razón tenía, como lo demuestran la cita cervantina y la desventura de Brown —defendió Aguaberque a Juan Gregorio.

Pero se habían desviado del tema, como lo seguirían haciendo durante el resto de la noche, por culpa del vino, sí, pero también del maremágnum en que se había convertido el debate entre los ocupantes de las mesas, donde ya nadie escuchaba al otro y con dificultad cada uno se escuchaba a sí mismo. El barullo, que pronto se tradujo en brindis, abrazos y maldiciones, les impidió rematar la historia de Ferrusola quien, en efecto, en el año dieciocho, había argumentado con larguísimas parrafadas y un amasijo de razones su negativa a poner en vigor la Real Orden.

A pesar de su farragosa escritura, al administrador de la Aduana lo asistía el juicio al exponer una cruda realidad: los grandes y necesarios gastos que exige actualmente esta ciudad, y la provincia, para mantenerse en un estado regular de defensa y seguridad, que sabía de qué hablaba tras haber resistido el ataque de Brown, y que los únicos fondos con que se puede contar son los que rinde esta Aduana, y que su principal entrada consiste en los derechos que paga el cacao a su salida, de manera que llevada a efecto la exención de derechos no entrará a Caxas Reales, no digo lo suficiente para los gastos extraordinarios que demanda nuestra actual situación, pero ni para cubrir las primeras atenciones.

El cabildo insistió en dar la batalla y hasta consiguió que el gobernador José Pascual Vivero y Salavarría, sevillano pero con una hirviente cantidad de sangre vasca y mercantil en las venas, se sumara a las gestiones para conseguir la exención de todos los derechos que pesaban sobre el cacao. Llegado al puerto apenas en enero de ese año, para congraciarse con las mentes más liberales, el doce de septiembre el gobernador había hecho jura solemne de la Constitución de Cádiz,

en consonancia con el Deseado que, en Madrid, se había dignado por fin a aplicarla. Vivero sabía lo que le corría pierna arriba. En las tascas y en los locales del mercado, el aguardiente estaba calentando la cabeza de los guayaquileños y casi todos hablaban con indignación sobre las cargas que pesaban sobre el cacao, sin importar si trabajaban en el negocio o si, por el contrario, jamás habían visto un real derivado de la siembra o exportación de la pepa de oro. Ni hablar de lo que ocurría en la taberna del cubano, adonde sólo acudían los más pudientes, los que de uno u otro modo sacaban provecho de la bonanza cacaotera.

Vivero, buen amigo que era de Aguaberque, que lo obsequiaba cada tanto con un par de botellas de tinto de la mejor cosecha, se enteraba por él de cómo subía la marea rebelde de las tertulias, que yo les monto cada mojiganga, ajá, les digo, y entonces está sonando la hora de la revuelta, pero si el reloj de la torre del cabildo siempre anda retrasado: no se me pongan tan inteligentes, que lo mejor que conseguirán si se liberan del amo que hoy los somete será conseguirse uno peor.

—Pero le digo, y esa sí va en serio, gobernador, que el palo no está para cucharas.

—Que yo lo sé, Aguaberque, yo lo sé muy bien —le respondía Vivero —, si recibo informes detallados con todos los pensares que asoman en las sesiones de la Logia Estrella.

Vivero alternaba en reuniones oficiales, lo mismo que en ágapes y saraos, con José Joaquín de Olmedo, la figura más descollante del cabildo y quien, como delegado ante las cortes que redactaban la Constitución, había llevado hasta Cádiz los reclamos contra las cargas que pesaban sobre el comercio, y en un discurso en la sesión del doce de agosto de 1812, centrado en la necesidad de desmontar las mitas en América, se había despachado contra las trabas, reglamentos y privilegios que perjudicaban a la industria, a la agricultura y a las exportaciones.

Su padre fue un militar andaluz que, tras su arribo a Guayaquil en los setenta del siglo anterior, se hizo comerciante, prosperó y llegó a tener dos fragatas con las que amasó fortuna, y su madre, una guayaquileña templada, heredera de la adelantada migración vasca que sentó las bases del puerto. Nacido en 1780, Olmedo se aficionó a la poesía cuando su padre lo llevó a Quito y lo puso en manos de los dominicos, que regentaban el Consistorio de San Fernando, y allí se interesó por la lectura y se destacó entre los alumnos de latinidad y gramática, que este joven tiene vuelo, lo mismo con la pluma que con

la labia. Ya con catorce años y algunos poemas de su propia mano, llegó a Lima, para estudiar primero en el Colegio de San Carlos y luego en la Universidad de San Marcos, y alcanzar a los veinticinco años el doctorado en jurisprudencia. Y eso que entre código y código no dejaba de cometer deslices poéticos que se tomaba tan en serio como el derecho civil y el canónigo, a los que se dedicó y llegó a enseñar como *iuris utriusque magister,* que así, en latín, sonaba mejor.

En 1806 consiguió despertar tanto aplausos como envidia entre sus compañeros, cuando compuso un prólogo en verso para la representación, delante del virrey y de la preclara corte limeña, de la tragedia del duque de Viseo. Qué inspirado, decían al escuchar, cual baja en hilos breves desde el cielo, el transparente y plácido rocío, a embellecer y fecundar el suelo, y a su influjo benéfico los campos, de verdura se visten y de flores. Perfeccionista irredento, en 1808 le metió mano al texto, que hay algo que cojea: cual baja en hilos breves desde el cielo, el transparente y plácido rocío, a humedecer y fecundar el suelo, y a su influjo benéfico los campos, se visten de verdura, y olvidó así que, tantas veces, lo mejor es enemigo de lo bueno.

Víctima del neoclásico y de ciertos aires repulidos, Olmedo se ganó el aprecio de las autoridades coloniales, pues en sus poemas, lo mismo el de la tragedia de Viseo que el que escribió, en el año siete, con ocasión de la muerte de doña María Antonia de Borbón, princesa de Asturias, pobre, la tisis le impidió a esta joven llegar a reina, asomaba un profundo amor por España, que bien necesitaba quien la cantara, deshonrada como estaba por la crisis de la sucesión entre Carlos IV y Fernando VII, invadida por Napoleón y sacudida por el levantamiento independentista que lo mismo pretendía echar al corso y a su hermano José, que remover las vetustas estructuras del régimen absolutista.

Olmedo llegó a Cádiz entre los delegados americanos a las cortes, que por fin nos daban algo, peor era nada, qué va, unos pocos diputados, muchos menos de los que ameritaba la población hispana del Nuevo Mundo, que la cosa no olía bien desde el inicio. A pesar de que a los venidos de tan lejos no los recibieron con fiestas todos los grupos que sesionaban con la tarea de redactar la Constitución, con su rostro alargado y a veces triste pero un verbo fino y calculado, Olmedo se ganó el aprecio de las mayorías. A tal punto que lo designaron secretario, primero de las cortes y luego de la diputación permanente, hasta mayo del año catorce, cuando el Deseado, de vuelta al trono, disolvió el cuerpo colegiado, desconoció la Carta y ordenó a sus tropas que desataran la persecución de los diputados. Escondido

durante meses en Madrid, renegó del príncipe cuya viudez había llorado en los versos a doña María Antonia y en 1816 logró escapar a América y regresar a Guayaquil.

—He venido porque la hora señalada se acerca —les dijo a sus amigos que, todavía esperanzados en alguna solución al entuerto de los cánones sobre el cacao, aún no estaban convencidos de romper los lazos con la península.

—Pues debe ser el retardo proverbial del reloj de la torre —le respondió uno de ellos—, pero con veinte mil hombres bien entrenados y apertrechados como manda el virrey en Lima, me temo que la hora está lejana.

De visita en Lima, semanas antes de casarse en Guayaquil con Rosa de Ycaza y Silva, dejó entrever sus sentimientos, tan distintos de los de una década atrás, en un poema a su amigo don Gaspar Rico, quien acababa de ser padre. Por toda parte, escribió, la frente erguida, el vicio se pasea, llevando por divisa audacia y arte, tienta, seduce, inflama, ni oro ni afán perdona, da a la maldad por galardón la fama, se atreve a todo, y triunfa y se corona. El estilo no había evolucionado mucho, pero al menos la rabia contra la tiranía sonaba mejor que su alabanza.

En el año diecinueve pudo poner sus credenciales de jurista al servicio de la causa, cuando defendió a Vicente Ramón Roca, comerciante que luchaba contra las trabas y los impuestos, y a quien procesaron como conspirador cuando le descubrieron varias cartas cruzadas con un cura insurgente de Acapulco, la villa americana que más compraba el cacao de Guayaquil. Por aquellos días levantaba columnas en el puerto la Logia Estrella, cuyo ritual de trabajo redactó José de Villamil no sin antes permitir que Olmedo revisara el borrador, que éste sabe de eso. Además, Olmedo había traído de Cádiz las primeras referencias a la Logia de los Caballeros Racionales, fundada por Francisco de Miranda en Londres en 1797, y reproducida en Madrid y en el puerto gaditano en la primera década del siglo. Tanto él como Villamil habían tomado contacto con la hija más ilustre de la Logia de Cádiz, la Lautaro, constituida en Buenos Aires en el año doce por San Martín, Carlos de Alvear, Bernardo de Monteagudo y José Matías Zapiola, y para la época había intensa correspondencia cifrada y cargada de simbología entre todos ellos, que en la masonería hablar de política estaba prohibido, pero en tiempos tan turbulentos semejante veda carecía de sentido.

Lo mejor de la península, la Constitución de Cádiz, había sido objeto del repudio del rey. Y lo mejor del monarca, sus reales órdenes

que aligeraban la carga tributaria sobre la exportación de cacao, les servían a los funcionarios coloniales de Guayaquil y de Lima para sonarse las narices, y eso en el mejor de los casos, que estos bergantes a veces las usan más abajo.

Cuando cesaron las lluvias, a mediados del año veinte, todo estaba cocinado para un levantamiento. Las noticias que llegaban de Popayán daban fe del avance patriota, y aunque todavía Pasto se presentaba como una muralla infranqueable en el camino libertador hacia Quito, los líderes guayaquileños presumían que era cuestión de tiempo que el sur de lo que había sido el virreinato de la Nueva Granada rompiera sus lazos con la península. Los rumores procedentes de Lima eran igualmente alentadores. San Martín había desembarcado su ejército en las arenas de Pisco y se disponía a extender un cerco sobre Lima, para ahogar al último gran poder colonial, el que controlaba el oro peruano y la plata de la audiencia de Charcas, en lo más alto de los Andes.

—Pero en las arenas de Pisco se va a enterrar —decía el pesimista de siempre en la taberna de Aguaberque.

—Y si avanza, se las tendrá que ver con la mejor tropa colonial que le queda a España.

—Hombres de poca fe —alegaba un entusiasta—, por algo se empieza, que ya no quedamos sino nosotros y el Perú.

—Lo dices como si el Perú fuera un asunto de menor cuantía —y la tertulia seguía, y el cubano escanciaba y cobraba.

—Al virrey ya le tocará salir de Lima, que a cada gorrín le llega su San Martín.

—No lo dirás por el rioplatense, que apenas va por las arenas de Pisco.

En la taberna litigaban y reían, mientras los hermanos de la logia sesionaban en secreto, o al menos eso creían y lo mismo debatían sobre los gravámenes al cacao que sobre las ideas de Locke y Montesquieu. El gobernador Vivero, que les venía dando una mano a los comerciantes en su alegato contra las cargas al comercio, los vigilaba de cerca pero más bien relajado porque sabía que los amigos de la logia carecían de lo fundamental para un levantamiento, las armas, y aun si consiguen alborotar a una parte de la tropa aquí acantonada, le comentó entonces a su secretario, no tendrán quien la comande y ellos, por mucho Rousseau y mucho Voltaire, no son capaces ni con medio pelotón.

Se equivocaba. De paso de Lima hacia Caracas, a finales de julio habían arrimado al puerto los oficiales venezolanos León Febres-

Cordero y Orbeto, Luis Urdaneta y Faria y Miguel de Letamendi, destacadas figuras del batallón Numancia, el más ilustre y mejor entrenado del conjunto de tropas coloniales en América. El Numancia, que había combatido contra Bolívar en Venezuela, había sido dividido y uno de sus principales contingentes despachado a Lima para reforzar la defensa de la ciudad. Meses después de su llegada, la corona develó un complot que tramaban, entre otros, Febres-Cordero, Urdaneta y Letamendi, con la complicidad de dos jóvenes y hermosas muchachas, Rosa Campuzano, guayaquileña, y Manuela Sáenz, quiteña, quienes tonteaban con los altos oficiales coloniales e incluso con el virrey, pero sólo para sacarles información y, en algunos casos, una vez ganada su confianza, convencerlos de pasarse al bando patriota.

A los tres venezolanos los devolvieron a Venezuela, pues en Lima sólo habían despertado desconfianza entre sus superiores, pero antes debían hacer escala en Guayaquil. Al desembarcar allí entraron en contacto con Olmedo y Villamil, y en especial con José de Antepara, otro de los complotados, quien llevaba años convencido de la necesidad de la independencia. De familia de comerciantes, como todos sus compañeros de aventura, Antepara viajó a México a los treinta y un años por cuestiones de negocios y se quedó a vivir gracias a una hermosa mujer, María Ignacia de Escurra y Pastoriza, y al padre de ésta, un riquísimo hacendado que años más tarde, con la idea de adquirir un trapiche para su ingenio, lo envió a Londres, adonde Antepara llegó en 1809.

Pronto desvió su atención de la búsqueda del trapiche. La culpa de la distracción la tuvo un artículo del venezolano Francisco de Miranda aparecido en el *Edinburgh Review,* que contenía las ideas centrales del Precursor sobre la independencia americana, que ese piensa como yo, dijo, y quiso conocerlo. Se hicieron amigos de inmediato. Antepara se desentendió del trapiche y terminó enredado en la aventura que en 1811 llevó a Miranda, arrastrado por Simón Bolívar, a Caracas, donde por año y medio el mariscal que había salvado a la Revolución Francesa en Valmy comandó a un amago de ejército patriota, condenado desde el principio a la derrota. En julio del año doce Miranda capituló y trató de embarcarse en La Guaira rumbo a Curazao. Le encargó los pesados arcones de su archivo personal, con sus cartas, diarios y toda la riquísima documentación de la vida del héroe, a Antepara, quien logró salvarlos y escapar. Miranda, apresado por el mismo Bolívar que lo había traído de Londres y quien lo acusaba de traición por haber pactado la capitulación con los realistas,

no tuvo la misma suerte que sus papeles y una vez en manos de las autoridades coloniales, terminó sus días en los calabozos del Arsenal de la Carraca, en Cádiz, donde un ataque de apoplejía lo liberó por fin, cuatro años más tarde, de las tristezas de este mundo.

Antepara nunca volvió a México. En cambio, viajó a Guayaquil en el año catorce y para 1820 andaba comprometido en los planes de Olmedo y Villamil, que lo vivido en Venezuela sacudió a este muchachito frívolo, cómo no, y ahora recita el *Emilio* de Rousseau en un francés pulido. Haber luchado al lado de Miranda le garantizó el afecto de los tres oficiales venezolanos que se hicieron cargo de sondear a las tropas coloniales del puerto. Nada habían logrado los de la logia con los oficiales locales, pero como entre perros se entienden, los recién llegados no tardaron en hacer buenas migas con el coronel arequipeño Gregorio Escobedo y el capitán Hilario Álvarez, el Cacique, un cuzqueño cuya sangre indígena hervía en silencio desde hacía años contra los peninsulares.

Pero más allá de las maquinaciones políticas, los planes militares y las lecturas en francés, para fines de septiembre la mayoría de los líderes guayaquileños aún no se decidía por el levantamiento. El capricho de una jovencita, que se quejaba de que en el puerto la vida era muy tediosa, terminó por definir el momento. Isabelita Morlás, hija contemplada del ministro de las Cajas Reales, don Pedro Morlás, convenció con sus quejas a Villamil y a su esposa, doña Ana de Garaycoa, de ofrecer un baile en la noche del domingo primero de octubre, en su casona frente al malecón.

—Movamos el esqueleto al menos durante unas horas —les dijo—, que ya es tiempo de que en este puerto ocurra algo divertido.

Y ocurriría. La jovencita no podía saber que la verdadera motivación de Villamil para hacer suya la idea del sarao, más que menear los huesos, tenía que ver con sacudir las conciencias. Días antes del convite, Villamil encargó a Antepara de sondear entre los integrantes de la logia y otros comerciantes del puerto, qué tan dispuestos estaban a traducir su disconformidad en rebeldía. A los que mejor respondieron los incluyeron en la lista de invitados y la noche del domingo, apenas sonaron los primeros compases de la contradanza, además de ellos dos, Luis Fernando Vivero, los hermanos Antonio y Francisco de Elizalde, Lorenzo de Garaycoa, Francisco de Paula Lavayen, Baltazar García, Manuel Loro, Pedro Sáenz, Francisco Oyarvide, José Rivas, José Correa, Francisco Roca, los venezolanos Febres-Cordero, Letamendi y Urdaneta, el coronel Escobedo, el comandante José María Peña y el capitán Álvarez, se

reunieron en una habitación de la casona, alejados de la coreografía que la joven Morlás y dos amigas suyas trataban de ordenar sin mayor suerte.

—Es la fragua de Vulcano —sentenció Antepara cuando los convidados, en medio de temores y reticencias, aprobaron trabajar en un plan y continuar las conversaciones.

—Vamos al salón, que no es cosa de levantar sospechas y menos aún de disgustar a mi sobrina Isabelita —empujó don Lorenzo de Garaycoa a los conjurados, un poco para dejar las cosas de ese tamaño y darse tiempo él mismo de pensar.

Las dudas no desaparecieron sino con el paso de los días y por momentos Antepara llegó a pensar que las brasas de la fragua se apagarían, sobre todo cuando el movimiento se vio frenado por la necesidad de designar a un líder y la negativa que antepusieron los propuestos. Primero fue don Jacinto Bejarano, que a su edad consideró indigno encabezar un alzamiento sin poder siquiera sacar a pasear su achacoso cuerpo. Luego el propio Olmedo, que soy hombre de letras y de códigos, y no soldado. Y finalmente Rafael de la Cruz Jimena, quien no había estado en el baile pero sabía de los planes y tenía la ventaja de ser un militar de carrera: que no, que no, les dijo, que sería poco caballeroso capitanear la lucha contra la corona, cuando fue ésta la que todo me enseñó en los cuarteles de la península.

—Pues sin líder no habrá más remedio que aplazar —comunicó Villamil a sus socios de aventura— y esperar a que Bolívar o San Martín respondan a nuestros mensajes o en todo caso avancen hacia acá, pues por mucho que ellos hayan ganado terreno, la tozuda realidad es que hay seis mil soldados de la corona en Pasto y veintidós mil en el Perú.

—No, que así no valdremos nada —ripostó Febres-Cordero—. ¿Cuál será nuestro mérito al asociarnos a la revolución después del triunfo de ellos? Un rol tan secundario en la independencia es indigno de nosotros. Hagamos la tarea que se nos impone, que una vez que ambos generales sepan que nos hemos levantado, competirán por ayudarnos con tropas y armamento.

—¿Y el líder? —preguntó Antepara, que temía que su fragua se apagara sin forja.

—Primero la revolución, luego el líder —resolvió, salomónico, Febres-Cordero—. Si ganamos, ya habrá quienes se peleen por tan honroso título.

Sonaba convincente. En la noche del domingo ocho se reunieron

Villamil y Antepara para revisar el plan y, apartadas por fin todas las vacilaciones, se despidieron con un triple abrazo. Antes del amanecer del nueve de octubre, con la ayuda del capitán Damián Nájera, oficial de la Brigada de Artillería, y el apoyo de un núcleo de sus hombres, Febres- Cordero asumió el control de esa unidad, donde sabía que no encontraría resistencia. La víspera, el oficial venezolano y Nájera habían invitado al coronel Manuel Torres Valdivia, comandante de la brigada e incapaz de resistirse a la tentación de los naipes, a la casa de Nájera, uno de sus subalternos de confianza, para que probara suerte con una partida de malilla. Al llegar, Torres indagó por el cuarto jugador. Nájera le respondió apuntándole con la pistola al pecho para obligarlo a sentarse en una silla a cuyo espaldar lo ataron. Le arrebataron las llaves de la bodega donde estaban guardadas las municiones y armas de la Brigada de Artillería, y lo encerraron en una habitación con la boca tapada con un pañuelo de seda y una cinta.

—Usted perdonará, coronel, pero si no lo hacemos, mañana tendremos que matarlo —le dijo Nájera, mientras Torres lo miraba con los ojos encendidos de rabia.

Otros oficiales de la corona no gozaron del mismo privilegio. Antepara, Urdaneta y una veintena de soldados del Batallón de Granaderos, el mayor de la ciudad y cuyos seiscientos hombres no eran problema pues el coronel Escobedo, segundo al mando de esa unidad, los tenía bajo control, se trasladaron con algunos jóvenes civiles al cuartel de caballería de Daule, frente a la ría. El comandante de Granaderos, Joaquín Magallar, quien se había trasladado allí ante los primeros movimientos de los patriotas, quiso atravesar sus armas en defensa del rey, pero al no encontrar más que un tímido respaldo entre los quinientos hombres del cuartel, enfrentó solitario a los alzados y murió de un balazo que le reventó la pechera.

El resto fue pan comido y, por fortuna, sin que corriera más sangre. El coronel Benito García del Barrio, primer jefe de los Granaderos de Reserva, era el único de los comandantes de las tropas coloniales que no se había pasado al lado patriota ni había sido detenido. El Cacique Álvarez y un piquete de soldados fueron por él hasta su casa, donde dormía, y tras iniciar un incendio que lo desconcertó, lo detuvieron sin que tuviese tiempo de empuñar su pistola. Para las diez de la mañana, el control militar del puerto estaba en manos de los complotados. La revolución de Guayaquil acababa de hacerse con el poder.

—Hemos triunfado y muy fácil —les dijo Olmedo a sus amigos, poco antes del mediodía.

—Empezamos ganando, que triunfar es otra cosa y nos resultará cuesta arriba —le respondió Antepara.

Cuesta arriba, en un valle saturado con todos los tonos en que el verde es capaz de revestirse, estaba Quito, aún en manos del poder colonial. Muy abogado y muy poeta, Olmedo no olvidó que ante todo se trataba de una guerra y de inmediato dispuso que un contingente de las tropas que ahora dominaban el puerto se constituyera en la División Protectora de Quito, bajo el mando de Urdaneta y con Febres-Cordero como segundo, cuestión de pura antigüedad que Urdaneta pasaba de los cincuenta y doblaba en edad al joven e impetuoso León. La tarde y parte de la noche se les fue en discutir planes militares, que incluían una avanzada hacia la cordillera para abrir el camino de la independencia a cuencanos y quiteños.

El martes diez el turno les llegó a los asuntos políticos. En contra de quienes proponían un gobierno fuerte mientras se consolidaba la revolución, Olmedo impuso la idea de convocar a los veinticuatro pueblos de la región, desde Guayaquil y Samborondón, hasta Charapotó y Canoa, que se fueron uniendo a la causa en los días que siguieron al alzamiento, para elegir a cincuenta y siete delegados de una Asamblea de Representantes que, a mediados de noviembre, se reunió en el cabildo y dictó un reglamento a manera de constitución provisoria para la Provincia Libre de Guayaquil. La primera bandera, que así tenía que ser, fue la misma de la logia, con cinco franjas horizontales, tres azul celeste y dos blancas, a la que sumaron tres estrellas en el centro que representaban a Guayaquil, Cuenca y Quito. Y si había bandera tenía que haber himno, escrito por Olmedo, que se las sabe todas, abogado y poeta, si con una mano redactó el reglamento provisorio y con la otra el epinicio.

Mientras los delegados debatían el reglamento, la División Protectora se lanzó a la conquista de la cordillera. Al principio tuvo suerte y el nueve de noviembre derrotó a trescientos realistas en Camino Real. Pero el Cristo se le puso de espaldas trece días después, en el quebrado campo de Huachi, donde cerca de mil realistas aprovecharon la inexperiencia y el desorden de la división patriota de mil ochocientos hombres para causarles medio millar de bajas en poco más de una hora y marcarlos con la primera derrota de la revolución guayaquileña. Mes y medio después vendría la segunda.

El tres de enero las tropas realistas atacaron en Tanizagua a los patriotas y, tras las primeras refriegas, simularon una retirada que engañó al mando libertador. El coronel José García, comandante de las fuerzas guayaquileñas, lanzó la persecución confiado en una

victoria. Pero había gato encerrado, que de eso tan bueno no dan tanto, coronel, y los bisoños patriotas cayeron en una emboscada tendida por el grueso de los realistas, que no se había mezclado en el combate inicial. El saldo aterró al nuevo gobierno del puerto: cuatrocientos diez de sus hombres muertos, ciento veinte prisioneros y el propio coronel García capturado, fusilado y su cabeza exhibida en Quito en una jaula, para desaliento de quienes en esa ciudad se habían ilusionado con el levantamiento de Guayaquil.

La revolución no había cumplido tres meses y ya estaba claro que por mucha constitución, mucha bandera y mucho himno, no había ejército con qué defender el terreno ganado, mucho menos con qué resolverles los problemas a Quito y a Cuenca. Sólo quedaba reiterar los pedidos de ayuda a San Martín y a Bolívar. El primero, enredado en inciertas negociaciones con los realistas en suelo peruano, envió una delegación diplomática a Guayaquil, encabezada por su primer edecán, el coronel Tomás Guido. Bolívar comprendió la angustia de Olmedo y sus compañeros, y le ordenó al joven general cumanés Antonio José de Sucre que reuniera en las afueras de Santiago de Cali un contingente de más de mil hombres, bajara por el Dagua hasta el puerto de Buenaventura y zarpara para Guayaquil. A mediados de mayo, Sucre ya había instalado en el puerto a más de setecientos hombres, sobrevivientes de la travesía por mar y de la larga marcha por las selvas y marismas al norte de Guayaquil.

A diferencia del coronel Guido, que antes de ofrecer respaldo militar quiso garantizarse la anexión del puerto al Perú, algo que Olmedo y sus amigos rechazaron, que al fin y al cabo no habían declarado la independencia para que Lima volviera a cargarles de gravámenes las exportaciones de cacao, Sucre se movió con prudencia. Dejó en claro que Bolívar esperaba que la decisión sobre el futuro de Guayaquil quedara en manos de sus líderes y se concentró en pactar un acuerdo de ayuda militar que para el quince de mayo ya había firmado con Olmedo y con los otros dos integrantes de la junta de gobierno, Rafael Jimena y Francisco Roca.

Para mediados del año, había reorganizado a las tropas y reanudado la campaña de la sierra, tanto como el invierno, que ese año se había prolongado más allá de junio, se lo permitía. Andaba por Samborondón cuando lo enteraron del levantamiento realista en Guayaquil, iniciado con el cañoneo desde las aguas de la ría por la escuadrilla del teniente Oyague, que despertó a Juan Gregorio Lasso y lo hizo correr hasta la iglesia de San Francisco para encontrarse allí con el limeño Dávalos. Esa noche, cuando las tropas patriotas ya

habían controlado la aventura contrarrevolucionaria y Sucre se acercaba con sus hombres a marcha forzada para garantizar la tranquilidad, se volvieron a ver las caras en la taberna de Aguaberque, que hervía de chismes y discusiones sobre lo que seguiría tras la tentativa realista.

—Esto está prendido con alfileres, hay que ponerse en manos de Bolívar y de Sucre y no darle más vueltas al asunto —dijo un exaltado que tras la primera botella había asumido la vocería del partido colombianista.

Dávalos calló y miró a Juan Gregorio. El limeño sintió que no estaba solo en el local y arriesgó unas palabras en voz baja.

—Tengo mucho que contarle, pero eso será más adelante —le dijo, tanteándolo.

—Cuénteme, que yo no soy ningún boquecuete —lo animó.

—Por lo pronto sólo déjeme decirle: yo estoy acá para garantizar que Guayaquil decida.

—Eso es —respondió Lasso, sin ocultar su mirada de sorpresa—, que Guayaquil decida.

VII

MUERO CONTENTO, HEMOS BATIDO AL ENEMIGO

—Nada veo, nada temo —se consoló.

No supo si era la niebla de las cataratas o el hielo endurecido de los carámbanos que se escurrían desde el madero superior de la ventana, o la negrura cerrada del amanecer sin luna, pero por mucho que trataba de afinar la vista, el general José de San Martín no conseguía descifrar figura alguna desde la ventana de su habitación sobre la Grande Rue, en el segundo piso de la casona de maître Gérard, el afable amigo Alfred que ocupaba con su oficina el *rezde- chaussée* y con sus salones de recibo la primera planta, y que habitaba con su esposa el tercer piso y la mansarda. Eran casi las siete y media de la mañana, el sol se negaba a asomar y aun si el general levantaba su precaria vista hacia el cielo, lo único que encontraba era un grueso telón bruno sin un solo doblez de luz, una lona renegrida que parecía cubrir, apenas unas palmas por encima de las mansardas, las casas de la acera de enfrente hasta estrellarse, calle arriba, con las murallas de la ciudadela medieval.

—Ha de estar nublado —pensó mientras se contentaba con los tímidos reflejos de los faroles de gas de la avenida que subía penosa desde las orillas del río Liane, a punto ya de regar sus heladas aguas invernales en el canal de la Mancha.

Otro amanecer sin luna, otro río, otros reflejos que rasgaban la boca de lobo de la noche terminal arrastraron a San Martín treinta y seis

años atrás, el ojo derecho —entonces sano— acoplado al catalejo mientras recorría, desde lo alto de la torre blanca del campanario de la iglesia del convento de San Carlos Borromeo, los movimientos de las embarcaciones del enemigo, delatados por las señales que comunicaban los fanales.

—Se preparan para desembarcar —le dijo tras descender del mirador al comerciante William Parish Robertson, con cuyo carruaje se había topado la víspera en las goteras de San Lorenzo, el poblado portuario una legua al sur del convento, sobre la margen occidental del Paraná.

El británico, que aparte de sus negocios mercantiles actuaba como agente oficioso del Foreign Office, se había deleitado con el relato atropellado de las circunstancias por las cuales el coronel San Martín y ciento treinta de sus granaderos a caballo se encontraban allí. Con una fragilidad de porcelana, la revolución de mayo del año diez apenas había conseguido asegurarse el gobierno de Buenos Aires y de unas pocas provincias al norte y al oeste. En la vecina orilla, el puerto de Montevideo seguía en poder de los españoles y aunque sitiados allí por tierra debido a la acción de las milicias de José Gervasio Artigas, los realistas dominaban las aguas lo mismo del Río de la Plata que de las corrientes que lo alimentaban, de modo que el tráfico entre los puertos ribereños del Paraná y los muelles de Buenos Aires lo desarrollaban las tripulaciones con el credo en la boca.

—Hacen lo que les viene en gana, asaltan las naves que bajan por el río Uruguay, remontan el Paraná y desembarcan y asolan las poblaciones, y hasta se atreven a bombardear a Buenos Aires —le contó San Martín a Robertson.

—A quién se lo dice usted, si yo lo vivo en carne propia —le respondió el inglés casi con orgullo, al tiempo que callaba lo que sabía: que San Martín estaba feliz allí, a punto de entrar en combate, porque por fin podría taparles la boca a los correveidiles de Buenos Aires que se la pasaban insinuando que el de Yapeyú no era más que un agente de la corona bajo cuya bandera había combatido por más de veinte años en la península, en Francia, en el Mediterráneo y en el norte de África, que no nos venga a decir ahora este atezado que el alma se le iluminó de pronto con la llama de la libertad de estas tierras en las que nunca ha vivido.

A la columna de San Martín la habían despachado a las volandas para proteger la margen derecha del Paraná, desde Zárate hasta Santa Fe. Menuda tarea, coronel, había renegado alguno, son casi ochenta leguas, qué va, es más sencillo de lo que se imagina, respondió, si lo

hacemos con disciplina y paciencia, que en una hora no se ganó Zamora, y además ellos no van a estar por todos lados, sino embarcados a la espera de un lugar desguarnecido que golpear.

—Si la información nos llega a tiempo, los podemos sorprender —insistía San Martín.

Información hubo, pero tiempo casi no. Cuando la expedición naval procedente de Montevideo penetró por las bocas de Guazú a pocos días de iniciado el año trece, los detalles no tardaron medio día en llegar a Buenos Aires. Eran once embarcaciones armadas que transportaban tropa de infantería y ya penetraban el delta en dirección a Rosario. Esa misma tarde San Martín recibió la orden y en pocas horas organizó a ciento cuarenta de sus granaderos a caballo, el regimiento que había formado meses atrás, con sus largas casacas azules, sus botas negras con espuela de fierro, su carabina de chispa y sus sables corvos, adelgazados a molejón.

La travesía fue una carrera contra el reloj. Las naves de la incursión realista trepaban el río sin plantear hostilidades, que tienen la mira puesta en Rosario o quizás en Santa Fe. En la tercera semana de enero el viento del norte se agitó con enojo, como una bendición del cielo para los granaderos. Sus ráfagas frenaron el avance de las naves enemigas, que apenas el veintiocho pasaron frente a San Nicolás de los Arroyos. San Martín y sus hombres aprovecharon las noches para recuperar el atraso y engañar a los espías, pero los patriotas no alcanzaron a llegar a Rosario para cuando la flotilla invasora ancló frente a sus playas, a prudente distancia pero con evidentes intenciones. San Martín temió lo peor.

—Coronel —lo tranquilizó un correo—, han seguido de largo por temor a encontrar resistencia.

—Pero si la resistencia somos nosotros.

—No, señor, la milicia los ha ahuyentado.

Y así era. Apenas enterado de la proximidad de la escuadra incursora, el comandante Celedonio Escalada reunió a la milicia local, una veintena de hombres mal armados y treinta efectivos de caballería diestros en la cabalgadura pero inexpertos en el combate, y alistó un pequeño cañón que fue el que en verdad asustó al corso español Rafael Ruiz, quien comandaba el convoy, y desalentó al capitán Juan Antonio Zabala, jefe del cuerpo de desembarco, que sacudió molesto su larga cabellera rubia. En la noche levaron anclas y al amanecer ya navegaban al norte, de pelea todavía con los ventarrones que bajaban más veloces que la corriente del río.

El día treinta y uno vieron el alba frente al convento de San Carlos,

fondeados a unas doscientas cincuenta varas de la orilla. Medio centenar de soldados de Zabala se acercó a las barrancas que protegían la explanada frente al convento. Los hombres treparon de la playa baja hacia la planicie por una senda sinuosa y apretada y, sin disparar un solo tiro, coparon el convento. Aterrados, los franciscanos les entregaron unas cuantas gallinas y una carga de melones. Los de Zabala no tardaron en regresar a sus naves, temerosos de que el comandante Escalada, que los seguía desde Rosario con sus milicianos, jornada y media delante de los granaderos, los sorprendiera, y desalentados por no haber encontrado ganado, pues, avisados a tiempo, los frailes habían mandado las reses tierra adentro, a la hacienda de un protector del convento.

—Escalada, el muy bizarro, alcanzó a llegar a la orilla de la barranca —contó un enviado del comandante de milicias a San Martín— y abrió fuego sobre los asaltantes con su pequeño cañón, pero la artillería de las naves, de mayor alcance y poder, le respondió con fiereza y obligó a los milicianos a refugiarse en el convento.

Los expedicionarios alcanzaron sus buques, mataron las gallinas y esa noche se dieron un festín donde no faltaron el vino ni el aguardiente de caña. En un descuido de quienes vigilaban a los retenidos, el paraguayo José Félix Bogado escapó a nado y fue a dar al convento con su hambrienta humanidad, que gallina no había habido para los presos, y con su valiosa información. Los milicianos lo llevaron ante Escalada, a quien, una vez satisfecha la panza, le contó lo que sabía, que Zabala traía consigo trescientos cincuenta efectivos bien armados y que preparaba una nueva incursión, pues por ahora los vientos del norte habían arreciado y era casi imposible avanzar río arriba.

Al día siguiente los informes le llegaron a San Martín quien apresuró el paso de manera que en la noche del dos de febrero sus tropas alcanzaron San Lorenzo, donde les esperaba un centenar de caballos de remonta que Escalada había logrado reunir entre los hacendados de la zona. Antes del amanecer, ocupaban el convento. Las celdas y el comedor abovedado estaban vacías, pues los franciscanos habían buscado refugio en el poblado una vez que los realistas de Zabala se llevaron las gallinas. Sin ganado, sin monjes ni aves de corral, el claustro había sucumbido al silencio y el coronel San Martín se empeñó en mantenerlo así.

—Ni una palabra, mucho menos un grito, menos aún un fuego —les dijo a sus hombres después que se instalaron en el patio del convento —, que los maturrangos no se enteren de que estamos aquí.

Fue entonces cuando, catalejo en mano, el coronel subió a la torre del campanario. Al bajar, tenía clara la batalla. Entre la sencilla edificación del claustro, con sus paredes pintadas de blanco y sus gruesas vigas de madera, y la barranca que daba al río había cerca de cuatrocientas varas, espacio suficiente para una carga de caballería. Pero, además, los altos y gruesos muros posteriores del convento estaban que ni pintados para que allí se emboscaran los granaderos. Al capitán Justo Bermúdez le ordenó que formara un escuadrón para cargar desde la diestra, mientras él mismo se encargaba de dirigir a quienes lo harían por la izquierda.

—En un par de minutos estaremos sobre ellos sable en mano —le dijo a Robertson al descender de una segunda visita al campanario, donde pasadas las cinco de la mañana había podido apreciar, gracias a las primeras luces del amanecer, cómo las lanchas de desembarco regaban la orilla de asaltantes.

Una vez sobre su bestia, un soberbio bayo de cabeza agitada y cola breve cortada al nivel del corvejón, San Martín le habló al inglés. El viajero lo escuchó montado en una bestia que Gatica, el asistente del coronel, le había asignado: le dije antes que su deber no es pelear y que si la jornada nos es adversa, que sinceramente no lo creo, sabrá usted ponerse a salvo. Dando vueltas en círculo en el patio del convento para que todos lo escucharan sin necesidad de gritar, el coronel desenvainó su sable morisco de empuñadura abierta y les pidió a los granaderos imitarlo.

—No disparen ni un solo tiro —les dijo, que ellos bien sabían que con el sable debían matar y con la lanza, si hacía falta, rematar—. Y usted, Bermúdez, ya sabe, rodee por la derecha, en el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí le daré mis instrucciones finales.

Las tropas de Zabala habían trepado la senda escalonada desde la playa y dominaban media planicie. Un par de piezas de artillería antecedía a dos columnas que sumaban poco más de doscientos cincuenta hombres, con la bandera de la corona que ondeaba en las primeras filas y el paso redoblado que seguía el ritmo de pífanos y tambores, una parafernalia que por momentos lucía apretada en el limitado campo que cubría el frente del claustro.

La respuesta musical no se hizo esperar. Apenas sonó el clarín de los granaderos, por las dos alas del convento salieron al galope las tropas del regimiento en el que San Martín había puesto todo su saber y su mando. Los realistas los vieron venir en dos columnas que flanqueaban los límites del terreno.

—Un cañón para cada una —gritó Zabala.

El fuego barrió de costado a los adelantados, pero a los pocos segundos los caballos rompían las filas del invasor y los sables cortaban brazos y cabezas, sin darles tiempo de formar cuadro para la defensa, sino apenas un desordenado martillo. Desde lo alto de su estatura de Goliat vizcaíno, el rostro cubierto por sus mechones bermejos, Zabala gruñó la orden de retirada, a la barranca, cabrones, a la barranca. La segunda carga de los granaderos no les dio tiempo siquiera de proceder a la evolución en momentos en que todavía algunos intentaban formar el cuadro. Lo que minutos antes había sido el frente de las columnas realistas, había conseguido doblarse sobre la retaguardia y mal organizar unas líneas de defensa que recibieron a los cabalgantes con la bayoneta calada mientras desde el fondo, la fusilería descargaba sobre los montados.

San Martín, que había marchado al frente de su escuadrón, se topó cara a cara con Zabala, que se destacaba y por mucho entre sus huestes. Dónde andará Bermúdez, se preguntó entre dientes el de Yapeyú, cuando un fogonazo de metralla de cañón frenó a su bayo como si jinete y cabalgadura se hubiesen estrellado contra un invisible muro de piedra. La bestia murió al instante y cuando San Martín pudo comprender lo que ocurría, trató de levantarse, pero tenía la pierna izquierda atrapada bajo el caballo caído, mientras granaderos y expedicionarios se trababan a su alrededor en un combate de sables, lanzas y bayonetas que lo mismo hacía saltar manos y orejas, que chisguetes de sangre granate y caliente.

El coronel sintió una quemadura en el cachete al segundo de ver brillar un filo ante los ojos. Había alcanzado apenas a girar la cabeza para evitar el arma blanca, cuando vio venir a un enemigo hacia él, la bayoneta lista para despacharlo al otro mundo. Un granadero se le apareció de pronto como una exhalación salvadora y atravesó con su lanza al de la bayoneta. Pero quién es mi salvador, se preguntó y al verle el rostro, es el puntano Baigorria y yo que en tan mediano concepto lo tenía. No contento con matar al asesino de su comandante, el puntano trajo al fortacho Cabral, Juan Bautista, que así se llamaba el correntino, quien alzó con todas sus fuerzas el lomo del caballo y liberó la pierna de San Martín, antes de caer él mismo herido, se notaba que de gravedad.

Tras cargar por segunda vez, los granaderos siguieron a los atacantes hasta la barranca, donde algunos intentaban abordar sus naves. Bermúdez, quien había demorado más de la cuenta en su giro por la derecha del campo, antes del primer asalto de la caballería, quiso saldar su deuda con San Martín, que estaba fuera de combate

con un brazo dislocado producto de la caída, y buscó la senda con un grupo de avanzada para cortar la retirada de los de Zabala. Pero apenas asomaron sobre la orilla, desde las naves les llovió fuego. Bermúdez cayó herido, desangrándose, y en su afán por caerles encima a los que huían, el teniente Manuel Díaz Vélez se desbarrancó y fue a dar sobre ellos, pero no como quería. Lo recibieron con dos bayonetazos y un tiro en el cráneo, y malherido se lo llevaron prisionero. Dos horas más tarde, el correntino Cabral respiraba por última vez, que desde que cayó herido tras liberar a San Martín se sabía que estaba viviendo de más.

—Muero contento, ¡hemos batido al enemigo! —gritó una y otra vez, para que todos lo oyeran y para consolarse un poco por tener que dejar la guerra en la primera batalla.

No fue el mejor de los finales para una victoria obtenida en apenas quince minutos, con menos hombres sí, pero con un lúcido manejo de la caballería. Y sin gastar un solo tiro que, bien usados y en el espacio adecuado, los sables pueden más que los cañones, como les dijo a sus hombres San Martín, el brazo en cabestrillo y una raspadura en el moflete, poco después del mediodía, cuando el alférez Hipólito Bouchard le entregó la bandera de la corona que le había arrebatado al enemigo, jugándose la vida tras la primera carga de los granaderos.

Además de su bandera, al huir los expedicionarios dejaron sobre el campo del efímero combate medio centenar de fusiles y los dos cañones, cuarenta muertos, catorce prisioneros heridos, más los heridos que se llevaron, unos veinte, entre ellos el coloso Zabala. Los granaderos vieron morir a quince de sus hombres y caer heridos a veintisiete, incluido San Martín. Doce días después, Bermúdez perdería la batalla contra sus heridas, en especial la de bala que resultó mortal y que mientras duró la convalecencia se sumó a diario al dolor de una pierna quebrada en la caída. Estaba condenado desde que recibió el disparo, dijo algunos días más tarde, qué va, ripostó algotro, se habría salvado pero vivía renegando, encerrado en el dormitorio del prior, donde se torturaba con la tardanza de su carga y le daba coraje no haber podido impedir la huida de los sobrevivientes en el bando realista.

—Él mismo se quitó el torniquete en el atardecer del catorce y se dejó desangrar —le contó Gatica a San Martín.

El teniente Díaz Vélez también murió, no sin batallar, que algunos creyeron que alcanzaría a salvarse cuando en la tercera semana de mayo, justo antes de su deceso, mejor se le veía. Había retornado a sus huestes gracias al canje de prisioneros pactado días más tarde de la

contienda, en compañía de dos lancheros paraguayos que los expedicionarios retuvieron en los inicios de su incursión por el Paraná, en la misma operación en que cayó en su poder otro paraguayo, el joven Bogado, el mismo que se les escapó la noche del treinta y uno y se presentó ante Escalada con la barriga vacía pero cargado de información. Bogado y los otros dos lancheros se incorporaron al regimiento de San Martín.

—En la guerra, coronel —le dijo Bogado a San Martín—, hay más gloria y menos miseria que en el río.

—No esté tan seguro, pero bienvenidos todos.

Mientras en Buenos Aires festejaban la victoria de San Lorenzo, San Martín se refugió en las tareas inmediatas, que no eran otras que organizar partidas que apoyaran a los milicianos locales en la defensa de los puertos del Paraná, por si acaso los expedicionarios realistas regresaban. A diferencia de muchos en la ciudad, el coronel no estaba impresionado con el triunfo obtenido.

—Yo sé, muchachos, lo que es una batalla de verdad —les dijo a sus hombres— y esto del convento fue apenas un escarmiento.

A pesar de la modesta apreciación del logro obtenido que, de cualquier manera, resultó fundamental para garantizar la seguridad de Buenos Aires y de las provincias cercanas, San Martín supuso que algún reconocimiento recibiría por parte del gobierno que ahora tanto les debía a él y a sus granaderos. Pero nada. Su compañero de armas Carlos María Alvear fue quien recibió los honores, que son él y la logia quienes mandan sobre el Triunvirato, al obtener el ascenso a coronel sin haber disparado un tiro ni blandido un sable y ser designado al frente del segundo regimiento de infantería, que no sabrá mucho de guerra, pero en el campo de las maniobras y los contubernios no pierde una sola batalla.

A San Martín le encomendaron en junio la organización de la defensa de la ciudad y él sonrió, con una mezcla de decepción y desdén. La designación sonaba pomposa pero, en la práctica, resultaba meramente simbólica: después de San Lorenzo, nadie esperaba un ataque sobre Buenos Aires. A los pocos meses y tras desarrollar algunas labores básicas para cumplir con la misión, insistió en volver con sus granaderos. El gobierno quiso repartir las cargas y le entregó el mando de la caballería, mientras Alvear seguía al frente de la infantería. Pero la lucha por los recursos resultó desigual desde el principio, y en tanto que San Martín apenas recibía lo justo para sostener a sus granaderos, Alvear, que movía a su antojo los hilos de la administración, se regodeaba engordando a sus huestes.

—Coronel —le dijo uno de los suyos a San Martín—, no es sólo que lo quieran poco, es lo mal que hablan de usted.

—No hagan caso —respondía jugando a la indiferencia, pero enseguida hacía silencio a la espera de más detalles.

—Alvear dice cosas feas.

—Habladurías —replicaba—, nos quieren enemistar.

—Teje historias sobre su nacimiento en Yapeyú y asegura que el padre de él, don Diego de Alvear, le pagó a usted sus estudios militares en la península.

—No me vengan con patrañas, que trabajo es lo que hay —decía cuando la angustia lo impelía a taparse los oídos y derrotaba sus ganas de saber qué más decían de él sus enemigos.

Se había juntado con Alvear en los años finales en Cádiz, cuando la ciudad era un hervidero de revueltas, tertulias de café y partidos en formación, sacudida por los avatares de la guerra contra el invasor francés y por los esfuerzos para reunir a las cortes que debían dictar una constitución para España y sus colonias. Tras la muerte de su amigo y comandante, el teniente general Francisco María Solano, a manos de la turba en la plaza de San Juan de Dios en mayo del año ocho, y su vano intento de defenderlo que casi le cuesta la vida, San Martín se había llenado de prevenciones frente a los alzamientos populares, que no hay nada peor que una turbamulta, decía, menos grave si está en manos de un buen líder, muy grave si lo está en manos de uno perverso y peor aún si ni siquiera lo tiene.

El teniente coronel de caballería, entonces todavía al servicio del general Coupigny, repartía sus horas entre las visitas a las jóvenes más agraciadas de las casonas del barrio San Carlos y las discusiones en el casino de la Camorra, en la confitería de Cosi y en el café Apolo, plaza de San Antonio, esquina a Murguía, que en aquellos locales había abundante prensa francesa e inglesa cuya lectura alentaba los debates, mientras el vino de Jerez encendía los ánimos al límite del bochinche.

Discutir era la actividad primordial de los residentes de Cádiz, en especial cuando la red de telegrafía óptica, puesta al servicio por el general Solano en el año cinco, traía las noticias de los muchos avances y los esporádicos retrocesos del invasor francés. Al principio, la red había repetido de punto a punto la información, entre Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Medina-Sidonia, Chiclana y Jerez, y en distintos momentos de la guerra, había llegado hasta Sevilla. Gracias a la línea, las malas nuevas del desastre de Trafalgar volaron por toda la región, lo que contribuyó a apurar las ayudas tanto como a deprimir los ánimos entre las autoridades y las tropas españolas. Pero en 1808,

cuando Cádiz quedó acorralada por el enemigo, la línea se contrajo y sólo conectaba a esta ciudad con Sancti Petri, por la vía de Torregorda e Isla León. Aun entonces, la red llegó a ser la envidia de los oficiales de Napoleón por la forma eficaz como esta cadena llevaba y traía señales visuales en clave, con información detallada y oportuna.

En consecuencia, en Cádiz todo se sabía y una vez sabido, todo se interpretaba y litigaba, incluso en las caminatas por la calle ancha, cuando el sol de la tarde se despedía del puerto y en las esquinas, al primer saludo de los caminantes que se cruzaban, surgía la dialéctica. Era difícil hasta para el temperamento contenido de San Martín no mezclarse al ver que se montaba un pollo de cuidado, que no va más la monarquía, que mira a dónde nos ha llevado, que no, que no, que estás confundido, que una cosa es don Fernando y otra la institución, que si las cortes sacan adelante una buena Carta Magna, esto se ha de enderezar.

—No van para ninguna parte —decretó San Martín una noche después de la caminata, mientras apuraba su taza de café, una bebida a la que se había aficionado en el Apolo hasta el grado de la adicción—. Si ni siquiera tienen patria, invadida como está de franceses y de ingleses.

—Y defendida por americanos como usted y como yo —agregó Alvear, quien durante un par de años había combatido contra los franceses en la encopetada Brigada de Carabineros Reales con el grado de alférez, lo mismo en la batalla de Tudela, que en las de Uclés y Talavera.

El azaroso proceso peninsular había comenzado a interesarles cada vez menos, y cada vez más el jaleo que se estaba dando en tierras americanas. Los años nueve y diez habían tocado la hora de un rosario de levantamientos, primero en Chuquisaca, La Paz y Quito, y luego en Caracas, Buenos Aires y Santafé de Bogotá, cuya progresión era incierta, que andan en lo mismo que acá, que si el rey o que si una república, que todo empezó como una rebelión contra los gobiernos coloniales que se habían puesto a las órdenes de Napoleón y de sus enviados, y ahora la discusión se ha abierto a romper o no los lazos con la península.

Como decenas de oficiales de los ejércitos españoles, muy a su pesar Alvear había terminado por instalarse en Cádiz, último refugio ante la incontenible marcha de los franceses. Media década atrás y semanas antes de cumplir los quince años, había visto morir a su madre, a sus seis hermanos y a cerca de doscientos cincuenta pasajeros y tripulantes de la fragata Nuestra Señora de las Mercedes, al sur del

cabo portugués de Santa María, frente a las costas gaditanas, cuando un ataque de cuatro fragatas inglesas llegó a su dramático clímax al saltar por los aires, alcanzada por el fuego de los cañones ingleses, la santabárbara de la nave española. La agresión, cometida en medio de tensiones entre Madrid y Londres por la alianza de la península con Napoleón, pero sin que existiera un estado de guerra, condujo a la declaratoria de hostilidades que abrió el camino a la batalla de Trafalgar, un año más tarde y en las mismas aguas.

—Coronel, yo sé bien de su apego por la número siete —le dijo el joven Alvear a San Martín, una tarde de vinos en la confitería de Cosi, en los albores de la primavera de 1811.

—¿La número siete? —San Martín hizo una pausa y calló lo que sabía —. ¿En qué me quiere enredar, Alvear?

—Valoro su aprecio por el secreto y el respeto por sus juramentos, y no necesita decirme más.

—Entonces nada más diré.

—Pero eso sí, permítame invitarlo a una reunión esta noche, en mi casa, por la calle que baja de la muralla, en San Carlos.

—Creo saber dónde queda, las jóvenes hablan mucho de sus salones —deslizó San Martín con una mueca traviesa.

—¿Irá? —indagó Alvear—. Le advierto que, tristemente, esta vez no habrá señoritas.

—¿Y entonces?

—Es hora de dejar atrás las logias de ritual para pasar a la acción.

San Martín volvió a callar. Tres años atrás, en pleno invierno, el general Solano lo había iniciado en la Logia Integridad de Cádiz, cuya carta constitutiva le había sido otorgada por la Logia Provincial de los Antiguos y que para 1804 figuraba con el número siete en el Gran Oriente Regional de Sevilla. El de Yapeyú, que desconfiaba de los clanes, se dejó guiar por Solano y pronto se sintió atraído por la singularidad de los ritos y, más aún, por el comprometedor secretismo, primero con el grado de aprendiz y, a principios de mayo del año ocho, pocos días antes de la trágica muerte de Solano a manos de la caterva, con el de maestro masón.

Había dado esos pasos de la mano de su comandante y hombro con hombro con Alejandro Aguado, un sevillano vivaz y adinerado, siete años menor que él, que revistaba como cadete en uno de los regimientos del Cuarto Ejército mandado por Coupigny, el encargado de la defensa de Cádiz. Aguado gastaba a manos llenas e invitaba siempre, sin hacerse notar, a San Martín en los cafés, lo convidaba a teatro y hasta una vez, para los carnavales, le regaló un antifaz de

terciopelo negro y un enorme sombrero rojo que al inicio de las fiestas el coronel se resistía a usar, pero que al final, inmerso en la parranda como nunca lo había hecho ni lo volvería a hacer, llevó puestos hasta el amanecer del Miércoles de Ceniza.

Sin Aguado, tan generoso como volvería a serlo con él dos décadas más tarde, San Martín se habría tenido que privar de casi toda actividad distinta de su trabajo y de los quehaceres de su modesta habitación en el cuartel de Santa Helena, la sobria edificación que prolongaba sobre el nororiente la Puerta de Tierra y servía de residencia a oficiales y suboficiales de lo que quedaba de los ejércitos de la corona. Su salario apenas le alcanzaba para lo básico y eso cuando el gobierno, que andaba muy agotado de fondos y se había mudado a las carreras de Sevilla hasta Cádiz ante la embestida francesa, hacía efectiva la paga. Para febrero de 1811 consiguió por fin que le cancelaran las remuneraciones atrasadas y, después de ponerse al día con algunas deudas, gozó de semanas de cierta holgura que aprovechó para devolverle alguna atención a Aguado.

Carlos María de Alvear y Balbastro, que venía estrechando su relación con San Martín desde la primera reunión en el salón de la casa de San Carlos, era un rico heredero, mucho más en estos últimos años, soltaba algún conocido amigo de las hablillas, que por cuenta de la tragedia de la fragata de Nuestra Señora de las Mercedes quedó como único legatario de la fortuna paterna. A diferencia de Aguado, también de familia acomodada, el alférez Alvear, nacido en las Misiones Orientales en una zona mucho más alejada de Buenos Aires que el Yapeyú de San Martín, por donde su padre había andado de correría, preñando lo mismo a su esposa, la muy maja porteña María Balbastro, que a una india tras otra, disfrutaba haciendo ostentación de su capacidad de gasto.

—El rico cuando quiere y el pobre cuando puede —soltó con la mayor naturalidad una noche en el Apolo, al comandar una costosa botella de vino de Borgoña delante de San Martín y de otros contertulios.

—No es rico el que más tiene sino el que menos quiere —le respondió San Martín y el alférez supuso que se había excedido.

Por el resto de esa velada, Alvear dejó a un lado los alardes, y mientras picaban boquerones y salmonetes, indagó con el coronel cómo le parecían las reuniones en su casa, que no me negará que andamos con los pies sobre la tierra, a diferencia de sus camaradas de la número siete.

—En cualquier caso, será sobre la tierra que está al otro lado del

océano —respondió San Martín para evitar comprometerse.

Aunque por aquellos días no había disipado todas las dudas, no podía negar que las tenidas donde Alvear le atraían. Le encantaba el pícaro humor de José Matías Zapiola, un oficial de la marina española que salpicaba las veladas con fascinantes relatos sobre la resistencia de Montevideo y Buenos Aires, donde había nacido en 1780, a las invasiones inglesas de los años seis y siete. El pobrecito de Sobremonte, narraba en referencia a la actuación del virrey del Río de la Plata en 1806, huyó al primer disparo de las naves enemigas el 28 de junio, y se llevó el tesoro de la ciudad en dirección a Córdoba, pero los comerciantes, que se olían que si no encontraban el tesoro los invasores caerían sobre sus propiedades, lo delataron y después de haber perdido el honor con un huida tan vergonzosa, Sobremonte perdió también el erario, mientras que los mercachifles fueron premiados por el ocupante con un decreto que estableció el libre comercio.

—Aunque no les duró mucho —remató Zapiola aquella vez y dejó la historia en punta, como siempre le gustaba hacer para garantizarse la atención de sus contertulios en la velada siguiente.

Las sesiones arrancaban puntuales y con cierta formalidad ritual, poco después de la caída del sol que se iba demorando cada vez más a medida que se acercaba el verano. Alvear esperaba a sus invitados en compañía de otro joven alférez, Manuel Blanco Escalada, y del comerciante José de Gurruchaga, quien por años había manejado junto a su hermano Francisco la filial de Cádiz de los prósperos negocios de su padre, un vasco que había llegado a las tierras salteñas a mediados del siglo anterior. Por aquellos días, Francisco, un veterano de Trafalgar donde combatió bajo la bandera de Carlos IV, ya no estaba en el puerto. Pero su huella todavía se podía seguir.

Pocos años atrás, los Gurruchaga habían tomado contacto con el venezolano Francisco de Miranda, mariscal de la República Francesa y quien desde fines del siglo XVIII andaba empeñado en liberar a la América hispana de la península, como el venezolano tuvo ocasión de contárselo lo mismo a Catalina de Rusia que a Napoleón. Miranda había fundado en Londres una logia, la de los Caballeros Racionales, que los Gurruchaga extendieron a Cádiz cuando tanto en Londres como en el puerto gaditano la mayoría de los asiduos a las tenidas eran originarios del Nuevo Mundo. Los de allende los mares estaban convencidos de que la crisis de la corona española, que había terminado de carambola en la cabeza de José Bonaparte, el juicioso administrador pero incorregible borracho hermano del emperador,

obligaba a pensar en un futuro diferente para las tierras que por más de tres siglos habían alimentado con sus riquezas el inmenso imperio de los reyes de España.

La Gran Reunión Americana, como el propio Miranda comenzó a llamar a esta logia masónica, era más lo primero que lo segundo, pues entre las reglas más sagradas de la masonería había estado desde siempre no discutir de política, que se lo digo yo que conozco y he leído, que siglos atrás los padres de la francmasonería supieron desde sus inicios que semejante asunto sólo serviría para que anidaran y crecieran las divisiones entre hermanos, como les explicó una noche en casa de Alvear, Juan José Mateu y Arias Dávila, el conde de Puñonrostro.

Este quiteño amigo de Miranda asistía de vez en cuando a las tenidas, lo mismo que el sacerdote regiomontano fray Servando Teresa de Mier, poeta libertario expulsado años atrás de la Nueva España después de despacharse un discurso, en 1794, en el que sostuvo que la Virgen de Guadalupe era adorada por los aztecas desde antes de la llegada de los españoles, y que no era más que la antigua Tonantzin, nuestra venerada madre en lengua náhuatl. La idea de que las tribus precolombinas ya conocían a la Virgen implicaba que no se lo debían a los conquistadores españoles y, con más veneno aún, sugería que la Iglesia se había aprovechado de esa deidad para atraer a los indios y adoctrinarlos en la adoración de María. A Teresa de Mier lo condenaron a diez años de reclusión en el convento de Las Caldas, en Cantabria, por cuenta de su discurso guadalupano, y tras escapar y volver a caer preso, fue a dar a un convento en Burgos, de donde finalmente huyó a Francia, donde conoció a Miranda.

Tras obtener un reconocimiento papal por haber convertido a dos rabinos al catolicismo, volvió a la península en plena guerra contra Napoleón. Había pasado los años recientes en las filas del Cuerpo de Voluntarios de Valencia, había combatido en Alcañiz en mayo del año nueve e incluso había caído prisionero de los franceses, de quienes escapó para ponerse a órdenes de la Junta de Sevilla y, como casi todos, había terminado la década refugiado en Cádiz, donde la regencia le había asignado una pensión de tres mil pesos anuales por sus servicios.

—No tengo más remedio que estar de acuerdo con el muy atinado conde de Puñonrostro en aquello de que masonería y política no pueden caminar juntas —dijo una noche en tono de chanza Teresa de Mier, que había colgado los hábitos en París años atrás—, porque si lo que hacemos fuera masonería, yo estaría en pecado.

—De modo que esto es y no es como la número siete —concluyó San

Martín, que se lo tomaba más en serio.

—Es una buena manera de definirlo —le respondió José Miguel Carrera, otro rioplatense que, al igual que Alvear, había combatido en Talavera, y había sido herido en Ocaña, gracias a lo cual se ganó una medalla y el ascenso a sargento mayor del regimiento de Húsares de Galicia.

—Pues vale, algo hay que hacer, que aquí todo se lo lleva el diablo —sentenció San Martín.

—¿Más de lo que hemos hecho? —preguntó Alvear.

—Aquí no —replicó San Martín—, en América; ¿no es acaso el sueño con el que vienen ustedes jugando en estas noches, entre borgoña, brandy y vino de Jerez?

—Eso es cierto— anotó Carrera.

—Pues entonces a dejar de soñar, que los sueños sólo valen la pena cuando uno dedica la vida a realizarlos.

Esa noche en la casa de Alvear, San Martín destapó sus cartas y, de paso, quiso probar si la retórica de sus contertulios daba para más que para meras palabras. Más de dos décadas al servicio de los ejércitos reales le habían permitido formarse y forjar una carrera con logros que bastaban para vivir del orgullo, que no de la pensión, por el resto de su vida. Pero la vergüenza a que la casa real había expuesto a los oficiales de la corona con su incompetencia para mandar lo había devuelto de pronto, en alguna mañana después de la absurda muerte de su amigo el general Solano, a su condición de extranjero, de americano, casi de rioplatense.

—España está acabada —declaró solemnemente Alvear.

—Quizás —repuso San Martín—. Lo que ocurre es que en casa vieja todas son goteras.

—Por eso digo.

—Su verdadera tragedia —agregó el de Yapeyú— es que los ingleses sean quienes estén conteniendo a los franceses, que un invasor esté salvando a la península de otro.

—Pero ni así.

—No lo crea, Alvear, Wellington lo está haciendo cada día mejor, lo mismo que algunos regimientos españoles que se entienden con él y que, en buena hora, han dejado de hacerle caso a la junta.

—O sea, coronel, que usted confía en que España terminará por ganar su guerra de independencia —intervino Zapiola a esas alturas de la velada.

—Ojalá que se tarde, porque esa sería nuestra tragedia —respondió, críptico.

—En algún momento me perdí —dijo Carrera.

—Es sencillo —avanzó San Martín tras unos segundos de silencio—: si España se libra de Napoleón, habremos perdido la oportunidad de abrir para nuestras tierras un camino propio.

—El coronel tiene toda la razón —zanjó Gurruchaga, quien llevaba en silencio un largo rato.

Todos lo miraron, y entonces el comerciante que había conocido a Miranda se puso de pie y les largó un incontrovertible discurso, que a la verdad es el venezolano quien siempre ha tenido la razón, miren nada más cómo reciben las cortes de Cádiz las propuestas de nuestros delegados, llevamos años y más años tratando de convertirnos en españoles de pleno derecho y hasta los más liberales de las cortes nos han recordado que no, que somos americanos, sólo americanos, y yo digo que si lo somos, comportémonos como tales, no más timideces ni cobardías, que dedo encogido no rebaña plato.

Oró con entusiasmo, sintiendo que su amigo Miranda y sobre todo su hermano Francisco, que había tenido que escapar de la península en el año nueve acusado de ser un agente del hereje agitador venezolano, estarían orgullosos de escucharlo en ese efímero momento de oratoria gloriosa de un comerciante delante de una audiencia de militares. Y dijo más: es hora de dar un giro para forzar al destino, que si seguimos ayudando a la corona a librarse de los franceses estaremos condenando a nuestras tierras a vivir de migajas de libertad, de lo poco que tengan a bien regalarnos y no de lo mucho que podemos conseguir si lo ganamos luchando.

Dos noches más tarde, en una nueva tenida durante la cual Alvear y sus invitados pretendían definir los pasos que había que seguir, Teresa de Mier, ausente la noche crucial de las reflexiones de San Martín y la arenga de Gurruchaga, terminó de tirar de la manta. Carrera y Zapiola llevaban una hora debatiendo sobre lo que ocurriría en España, si al final Wellington se impondría y salvaría a los peninsulares, o si los franceses acabarían por copar todo el terreno hasta rendir a la junta y a las cortes, y expulsar a los ingleses.

—Nada de eso importa —los interrumpió—: gane quien gane, el gran triunfador será el absolutismo, que aquí lo que se ha perdido es una guerra civil contra el antiguo régimen, y lo mismo si se impone Bonaparte que si el Deseado regresa al trono, las libertades serán las grandes derrotadas.

—¿Y eso adónde nos lleva? —preguntó Carrera.

—Pues a continuar la guerra civil de acá en América, que allá sí que la podemos ganar.

—Como les ganamos en Buenos Aires a los ingleses —apoyó, entusiasmado, Zapiola, antes de detallar la doble derrota infligida a los invasores británicos del Río de la Plata en los años seis y siete—. Y ya saben ustedes, que se lo he contado una que otra vez, que no fue el virrey Sobremonte, el de los pies en polvorosa, sino los oficiales nuestros y nuestras milicias criollas quienes garantizamos la victoria.

La expulsión de los británicos de Buenos Aires y Montevideo fue casi el único éxito que la corona española se pudo atribuir en esos tiempos. Pero fue un triunfo envenenado, pues despertó a los locales: el mérito pertenece a los que nacimos en las Indias que no somos inferiores a los europeos españoles, como bien lo hizo ver Cornelio de Saavedra, quizás el más arrojado de los jefes de las milicias de Buenos Aires. La victoria convenció a los líderes criollos del Río de la Plata de que al hacer lo que los peninsulares no habían conseguido en Trafalgar, derrotar las armas del rey Jorge de Inglaterra, estaban en capacidad de ganar otra guerra, mucho más importante, que si resistimos a la armada más poderosa del mundo, qué no seremos capaces de hacerle al muy averiado imperio de los Borbones, que lo decía mi abuelo, quien no se aventura, no ha ventura.

Como las decisiones parecían tomadas, las tenidas donde Alvear se fueron espaciando y ya ni siquiera las jóvenes gaditanas, con sus sugerentes siluetas verticales debidas al vestido camisa, sin artilugios, que habían importado de París, eran capaces de distraer a los hermanos de la informal logia, empeñados en adelantar sus planes para dejar la península rumbo a su tierra natal. No porque tuviera dudas, sino porque su sentido del honor y, cómo no, su falta de dinero, lo obligaban a dejar en regla su situación con el ejército al que había servido durante veintidós años, San Martín fue uno de los últimos en dejar Cádiz.

Un puñado de amigos británicos lo ayudó a dar el paso. El más cercano fue James Duff, vizconde de MacDuff y quien meses más tarde, al morir su padre, heredaría el título de duque de Fife. Él y San Martín habían combatido juntos contra los franceses en la batalla de Albuera y en el sitio de Badajoz, las últimas acciones de guerra del coronel en tierras peninsulares. Pero además de la hermandad bajo las balas, este hombre es frío y valiente, decía de él San Martín, habían compartido barricas enteras de vino de Jerez y el cortejo de una morena gaditana cuyos senos generosos siempre amenazaban con reventar los altos del vestido camisa, porque además es un osado romántico, agregaba el de Yapeyú. Fue Duff quien lo acabó de convencer de que si los españoles expulsaban a los franceses ya no

habría esperanza para los americanos, que hasta lo poco que puedan ganar en las cortes lo perderán cuando el rey regrese al trono.

Gracias a su amistad con Duff, que perduraría por años, San Martín conoció a un primo de éste, sir James Duff, que llevaba el mismo nombre de su cercano pariente y fungía como cónsul de la corona británica en Cádiz. Sir James había estado en Buenos Aires durante la incursión inglesa en el Río de la Plata en 1807, al lado de otro brillante y divertido oficial, sir Samuel Ford Whittingham, también conocido de San Martín como que habían compartido, en la misma línea de caballería, las angustias y la gloria en el campo de Bailén, el diecinueve de julio del año ocho. Durante la invasión de Buenos Aires, Whittingham había actuado como colaborador del general William Carr Beresford, gobernador del puerto rioplatense durante el breve período en que los británicos impusieron su ley y luego destinado a España, donde comandó, entre otros, a San Martín.

—La suya es tierra de valientes —lisonjeó Whittingham a San Martín, una tarde bañada en vino de Jerez, en un campamento militar.

—Si fueron capaces de sacarnos a nosotros —intervino su amigo Duff— no veo por qué no puedan desalojar a los españoles.

—El asunto, caballeros —intervino San Martín—, es que nada sacamos con expulsar a los peninsulares del Río de la Plata, porque mientras la corona española controle el oro del Perú y la plata de Potosí, siempre podrá recuperar el terreno que pierda, y mientras los gobiernos que surjan de nuestros levantamientos no se hagan con esa riqueza, nuestra libertad estará empeñada.

—Eso lo sabemos bien —respondió Whittingham—, por eso nuestros planes.

El oficial se contuvo. Había estado a punto de revelar un secreto. La invasión del Río de la Plata en los años seis y siete no había sido un hecho aislado. Desde los albores del siglo, oficiales y políticos británicos habían estado trabajando en un plan para arrebatarle a España sus posesiones americanas.

—Nuestros proyectos, coronel —continuó después de un largo silencio—, conducen a Lima, el único lugar desde donde es posible controlar esos tesoros.

—Pero sus planes fracasaron.

—Sí, coronel, porque desatendimos una de las recomendaciones esenciales del proyecto original.

—¿Y se puede saber cuál?

—Qué le digo —Whittingham volvió a dudar—, no creo que cometa una grave infidencia si se lo cuento: la clave era ayudar a la

emancipación, pero en cambio intentamos una conquista.

El lunes veintiséis de agosto de 1811, el teniente coronel José de San Martín, oficial agregado al regimiento de caballería de Borbón, solicitó formalmente el retiro ante sus superiores en Cádiz, así como el reconocimiento de su fuero militar y el permiso requerido para utilizar su uniforme de retirado. Anunció que su destino era Lima, en el virreinato del Perú, donde debo arreglar asuntos que preocupan a mis intereses.

El destino elegido contenía al menos un arcano. Pero, por ahora, Lima tendría que esperar. Concedida su baja el seis de septiembre, armado con una letra de cambio que Duff le había firmado junto a varias cartas de recomendación para amigos suyos en Londres, y un pasaporte otorgado por sir Charles Stuart, funcionario del consulado de sir James, el día dieciséis San Martín se embarcó hacia Londres, donde lo esperaban Alvear, Zapiola y un juramento.

VIII

EL ESQUELETO DE UN EJÉRCITO EN EL CAMPO DE BONZA

—Usted no se le parece en nada —le soltó Manuela, de soslayo, mientras enderezaba la nariz de su bestia hacia el riachuelo e invitaba a su amante a conducir su montura en la misma dirección.

—Si tú lo dices —respondió Bolívar en voz alta y con el caballo casi al trote—, que al parecer nos conoces bastante bien a ambos.

—No empecemos, general, que no le queda bien a un héroe con tantos pergaminos rebajarse a sentimientos tan mundanos.

El Libertador guardó silencio aun después de que llegaron a la orilla y los animales comenzaron a saciar su sed con las aguas heladas que bajaban del páramo. En la mañana ya habían pasado un mal rato, cuando ella rememoró la entrada de los contingentes patriotas a Quito: horas después de la derrota realista en las faldas del Pichincha, yo estaba en el convento, refugiada, presa del temor y de la excitación por el momento histórico, cuando vi por la ventana al general Sucre, con la fina elegancia de su delgadez, es el único aristócrata de la revolución, le dijo Bolívar, y luego al coronel José María Córdova, tan hombre él y tan hermoso, continuó Manuela hasta que reparó, divertida, en la mirada irritada de su amante.

—De modo, mi niña, que te gusta Córdova.

—Ay, general, mirar no está prohibido, pero deje de una buena vez los achares que nos van a dañar el día.

—¿Achares?

—Sí, no se me haga, señor: la pelusa, los celos, los achares como decía una monja sevillana del convento.

Por eso, cuando camino del arroyo ella lo volvió a poner en su sitio, Bolívar prefirió domeñar a la bestia celosa que anidaba en su alma desde los primeros días con Manuela. La escuchó sin abrir la boca mientras ella describía al general José de San Martín de pies a cabeza, es más alto que usted, un poco más robusto, el pecho saliente y la cabeza en alto, y un poco menos moreno, aunque cuando recae de sus dolencias estomacales asoma en su rostro un tinte cetrino, casi oliva, y los ojos negros, siempre inquietos y brillantes, se le apagan y su mirada se agacha.

—Entonces —agregó ella— se oculta en sus cejas negras y pobladas, y se atrinchera en largos silencios de los que ni siquiera Rosa consigue rescatarlo.

Bolívar trató de ponerle cara al hombre con quien apenas había cruzado unas pocas cartas cargadas de formalismos y a quien siempre, desde la primera misiva, había convocado para que se reunieran. San Martín le había escrito en octubre de 1820 desde Pisco para darle cuenta del desembarco de su ejército en las costas del sur del Perú. La carta tardó en llegar a manos del caraqueño, quien finalmente pudo contestarla desde Bogotá, el diez de enero del año veintiuno, admirado ya con la gloria que alcanzaba el Libertador del Río de la Plata y de Chile, y atareado aún con la financiación y dotación del ejército que requería para liberar a Venezuela, donde todavía reinaba la tregua pactado con Pablo Morillo en Santa Ana de Trujillo seis semanas atrás, y con el esfuerzo adicional que tendría que aplicar para acabar de sacar a los españoles de Popayán, expulsarlos de Pasto y barrerlos de las tierras del sur de la Nueva Granada.

Le habían dicho que el argentino era sensible a los elogios y como San Martín se los había prodigado en su carta desde Pisco, Bolívar no se contuvo, por el contrario: Excelentísimo Señor, este momento lo había deseado toda mi vida, y sólo el de abrazar a vuestra excelencia y el de reunir nuestras banderas puede serme más satisfactorio, y unas líneas más abajo, que al saber que v. e. ha hollado las riberas del Perú, ya las he creído libres, y con anticipación me apresuro a congratular a v. e. por esta tercera patria que le debe su existencia. Sin que fuera cierto, que lo de Venezuela aún estaba pendiente, le anunció: me hallo en marcha para ir a cumplir mis ofertas de reunir el imperio de los incas al imperio de la libertad, y a la piadosa mentira le agregó una nueva adulación, que más fácil es entrar en Quito que en Lima, pero V. E. podrá hacer más fácil lo difícil que yo lo fácil, y bien pronto la

Divina Providencia nos reunirá en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano. Bolívar recordaba esa carta cuando Manuelita retomó la charla, saciada la sed de las bestias y de regreso a la casona de la hacienda.

—Eso sí, general, hay algo en lo que usted lo supera de largo.

—Y qué será, mi buena niña, si no me paso de imprudente.

—Usted conversa mucho mejor y narra cada historia con el hálito del encantamiento.

—Si tú lo dices.

—General.

—Nada sugiero, nada, sólo estoy concediendo —y Manuela asintió satisfecha de haber lanzado la advertencia.

—Sólo una vez, me acuerdo bien, fue en casa de Rosa, o quizás en La Magdalena, sí, sí, en La Magdalena fue, San Martín nos deleitó, inspirado, casi en trance, con una narración detallada del paso de su ejército por sobre la enorme cordillera de los Andes, en la ruta de Mendoza a Chile.

Esta vez Bolívar se mordió la lengua y se dejó llevar por su caballo en pose de fingida indiferencia. La cabalgata siguió pero la tarde, soleada y con el cielo azul apenas rasgado por pinceladas de nubes alargadas, se moría, y si no apuraban el paso, los últimos arreboles ya no estarían sobre los montes del poniente cuando llegaran a los establos de Catahuango. Agotados y sacudidos por el bajón de temperatura de la noche despejada, cenaron poco y temprano, y se recogieron en la habitación, sumergidos en un largo silencio.

—Yo también crucé los Andes —dijo de pronto Bolívar, recostado aún sobre el espaldar de la cama y cuando los párpados de Manuelita, quien ya tenía la cabeza sobre la almohada y se había enroscado en la manta como una oruga, comenzaban a arropar sus ojos.

—Cuénteme, general —dijo ella con una sonrisa en la oscuridad, después de incorporarse y de llevar la cabeza hasta el pecho del Libertador—, que no me importa otra noche en vela si la he de pasar escuchando sus hazañas.

—Pero —dudó el Libertador— ¿estás segura?

—Déjese de remilgos y arranque nada más.

Bolívar tomó aire para remontarse al año dieciocho, a Angostura, a orillas del Orinoco, desde donde sus tropas intentaron hacerse con la cordillera y con Caracas, pero fracasaron en el combate de La Puerta y se vieron obligadas a regresar, diezmadas y desesperanzadas, al refugio seguro del llano inmenso. Resultaba imperioso, le explicó a su

amante, repensar los objetivos de la guerra porque Venezuela estaba agotada, con la producción paralizada, el hambre enseñoreada de campos y ciudades, y doscientos mil muertos enterrados en apenas ocho años, con lo cual, entenderás, en muchos pueblos no querían saber de nosotros, qué independencia ni qué ocho cuartos.

—En cambio, en la Nueva Granada —prosiguió— el terror de Morillo había dado paso a la recuperación económica, a la apertura de caminos, a la mejora del comercio.

—Ahora no me diga usted que Morillo y el virrey resultaron buenos administradores.

—Morillo sí, no lo dudes, pero en esos tiempos, porque luego, en Venezuela, estaba escaso de recursos y sus esfuerzos apenas alcanzaban para reclutar.

Pero lo más interesante, ahondó Bolívar, es que mientras Morillo paseaba a su todavía eficiente ejército de reconquista por la cordillera venezolana, en el virreinato quedaban los tres mil hombres mal mandados por el coronel José María Barreiro. Eran más y mejores, pero el Libertador despreciaba a Barreiro: muy exitoso con las damas en los salones de Bogotá, prosiguió, que el gaditano era agraciado y galante, y en el catre ni qué decir, según cuentan gozaba de envidiable dotación, pero eso sí, en la batalla, más bien flojo, y de todo eso podíamos sacar provecho.

Había que preparar un nuevo ejército que sumara los bravos combatientes de Páez a las tropas que reclutara y entrenara Santander, a quien no dudé en ascender a general de brigada y a quien puse al frente de todo el proyecto, en los llanos del Casanare. Barreiro se enteró, dejó por un rato la contradanza y las sábanas, y quiso caer sobre nuestras tropas, pero lo sometimos a una guerra de desgaste, sin darle pelea frontal, y dejamos que el clima de los llanos fuera mermando a sus hombres, como lo hizo también con los de Morillo, que se llevaron su buena paliza a principios de abril del diecinueve gracias a la arremetida de los lanceros de Páez en las Queseras del Medio.

—No es la primera vez que me habla usted del clima de los llanos.

—Es cierto, mi bella, es más duro que el mejor de los batallones.

El Libertador había saltado de la cama, ganada ya la atención de Manuelita que, con los hombros descubiertos, escuchaba desde la cama, con las rodillas recogidas sobre el rostro y un brillo felino en los ojos oscuros después de haber encendido el velador. Lucía tentadora, irresistible, con la luz amarilla que cortaba su silueta de costado como la tropa enemiga en formación que invita a la batalla. Bolívar, casi

siempre incontinente, sintió que sus bajos reaccionaban y amagó con abandonar el relato y saltar sobre la cama. Manuela lo vio venir.

—Alto, señor, que a pesar de sus grandes progresos, sigue siendo usted mucho mejor en la narrativa.

Esta vez los bajos contramarcharon y Bolívar no tuvo más remedio que regresar a los llanos, no sin lanzar un dardo, que tú, mi bella niña, criada y apechichada en estos valles dóciles, no tienes idea de lo que son los llanos.

—¿Apechichada?

—Sí, mi linda, de apechichar que significa consentir, malcriar, dar pechiche.

—Yo no soy ninguna malcriada —protestó Manuela—, y en cuanto al pechiche, es un árbol, y no precisamente el que más me gusta. Hágame usted el favor de no desviarse de su apenas iniciada relación de los hechos.

Los llanos son un inmenso océano de hierba, de apariencia apacible, continuó Bolívar, pero no hay que engañarse con esa imagen mansa, que bajo el mar de verdores que el viento acama y encrespa hasta formar olas, se esconde un suelo de tierra hirviente, a veces roja y a veces cenicienta,poblada de serpientes venenosas como la cascabel y de garrapatas que se aferran a la piel y desatan una sarna insoportable, sobre todo para los foráneos.

—Y, ¿no hay refugio? Un bosque, un manantial.

—Claro, hay algunos bosques maderables donde reina el puma, que siempre tiene hambre, y están los morichales, al borde de los ríos y las lagunas, donde saurios anteriores al diluvio te pueden devorar de un solo bocado, a menos que prefieras una muerte lenta bajo la asfixiante presión de la boa constrictora, que te puede atrapar en cualquier descuido.

Manuelita se balanceaba entre excitada y dichosa, y su amante, que lo sabía, no le daba respiro, que si quieres saber más, hermosa niña, hay hormigas gigantes que te arrancan medio dedo del pie de una tarascada, avispas venenosas y mosquitos imposibles de atrapar que te pican y te sumen en calenturas terribles, y te dejan llagas y erupciones, y está el carate y, claro, el bazo, que no es otra cosa que el paludismo que allá se torna crónico con enorme facilidad, y la disentería y la anemia, si te digo que muchas más veces recibí quejas por la falta de quina y de otras medicinas urgentísimas, que por la carencia de municiones.

—Pero, señor, ¿cómo demonios sobreviven?

Esas tierras, mi buena niña, han forjado al más valiente de los

hombres, heredero del más feroz e indómito de los indios caribes que se fue mezclando unas veces con el blanco que se atrevía a penetrar los llanos y que, si lo lograba, era porque resultaba de por sí recio, granítico, y a veces con el negro o con el mulato, y en todo caso tributario de lo mejor de cada una de esas razas, porque allá, en esa inmensidad salvaje, sólo lo mejor, lo más resistente, sobrevive. Desde niños se trepan a un potro sin domar, con una lanza en la mano por si se topan con un puma o un jaguar o, aún peor, con un bandido que venga a robarles la mujer o el ganado.

—Lo peor es el invierno —sentenció Bolívar—, cuando los ríos se salen de madre y forman pantanosos océanos en la sabana sin límites. Los bichos se multiplican y con ellos las picaduras, las llagas y las calenturas, y las serpientes andan por los árboles y las casas de las haciendas, enfurecidas por la pérdida de sus nidos y listas a matar al primero que les pase a medio metro.

Todo el llano se torna intransitable con el arribo de las lluvias, y fue justamente en el invierno, el veintitrés de mayo, mi niña hermosa, cuando el ejército que había reunido Santander en Mantecal, en el corazón de la llanura, partió hacia Tame, en el piedemonte, adonde llegó tres semanas más tarde. De la tropa original de cuatro mil hombres, decenas de efectivos nunca salieron, vencidos por la naturaleza hecha calenturas y disentería, antes de entrar en combate. En Tame ordené reorganizar el ejército, que para ese momento ya contaba con menos de tres mil soldados de infantería y un par de centenares de efectivos de a caballo. Los distribuí en dos divisiones: la vanguardia, comandada por Santander, y el grueso y la retaguardia unidos, al mando de José Antonio Anzoátegui.

—¿Y estaban listos para combatir?

—Ay, mi niña, no sabes, el trabajo de Santander, al que muchos despreciaban por haber estudiado leyes antes que armas, me sorprendió porque aceró a los hombres e impuso una disciplina que yo no había conocido en tropa alguna.

Fue así como avanzamos hacia el sur, continuó, faldeando la cordillera en dirección a Pore, en busca del camino de Labranzagrande, pero al empezar a ascender la mole montañosa nos topamos con un fuerte realista delante de Paya, un baluarte con forma de estrella de seis puntas, de impecable ubicación frente a un puente del camino principal.

Bolívar temió entonces seguir por esa ruta, con una tropa que ya mostraba signos de cansancio. Pero a Manuelita se lo contó distinto, que sí, mi buena muchacha, que enseguida comprendí que si los espías

de Barreiro habían hecho su trabajo, los realistas nos esperarían por el camino más razonable, el de Labranzagrande que lleva a Sogamoso, y que si yo pretendía sorprenderlos, la mejor forma era girar hacia el noroeste y caer sobre Socha. Para ese momento de la noche, empeñado en ilustrar en detalle a su amante, el Libertador había convertido la alcoba entera en un inmenso mapa. De pie sobre el llano, había señalado con el índice a Sogamoso sobre la cama, a la izquierda de donde estaba Manuela, y a Socha más a la derecha, justo frente a las piernas recogidas de la quiteña. Caminó hacia ella y se tropezó con el borde de la cama.

—El problema era éste —señaló mientras chocaba las rodillas ligeramente dobladas contra el pie de la cama.

—No entiendo —dijo ella.

—Sí, mi niña, sí: Pisba, el páramo infranqueable.

Era el camino correcto, el ideal para garantizar la sorpresa, reiteró tras ubicar a las tropas españolas sobre las cobijas revueltas, entre los valles de Sogamoso y Socha, pero recorrerlo, mi buena, implicaba trepar una pared de roca hasta las alturas donde el aire escasea, y afrontar un sirimiri incesante que, por cuenta de los vientos helados, nunca cae del cielo sino que pega de costado, sobre el rostro, y penetra la piel y los huesos hasta paralizarte. Ay, mi niña, si al menos las tropas hubiesen llegado a trepar la cordillera con el cuerpo alimentado, pero durante semanas la intendencia apenas pudo garantizar limitadas raciones de carne seca, tasajo puro pero sin sal, y algunas veces, que no siempre, yuca y plátano, y esto en la travesía del llano, porque cuando comenzó el ascenso sólo quedaba carne y algo de arracacha, en porciones que si acaso aguantaban bocado y medio, que bastante había apremiado yo al vicepresidente Zea en una carta desesperada para que me mandara a como diese lugar harina, ojalá embarrilada en galleta, y ron, que si no el batallón inglés, acostumbrado a mejor mesa, habría sido el primero en desaparecer.

—Cuando nos disponíamos a partir de Pore —Bolívar volvió a señalar el piso a sus pies— más de cien infantes habían quedado en el hospital con fiebres o vencidos por el agotamiento, y unos seiscientos jinetes habían desertado, aterrados de sólo mirar la inmensidad de las paredes que nos disponíamos a trepar.

El Libertador recordó otra carta a Zea: le escribí ya en las alturas, al borde del páramo, le hablé de la aspereza de las montañas y le conté que en cuatro días de marcha, que era lo que llevábamos y parecía un mes completo, habíamos inutilizado casi todos los transportes del parque y perdido todo el ganado que venía de repuesto, y es que

apenas había día, si acaso un par de horas en que no lloviera, y hubo una noche, la más siniestra, durante la cual fue imposible encender fogatas, ni siquiera una lumbre, porque el viento helado, cargado de lluvia y de granizo, todo lo barría. El treinta de junio, en el Llano de Miguel, convoqué una junta con todos los jefes y les pregunté si debíamos seguir. Bolívar bajó la cabeza y se quedó rumiando alguna idea.

—¿Y qué decidieron, general, qué decidieron?

—Debió de ser el mal de altura que nos alienó la cabeza, porque resolvimos seguir adelante, y eso que faltaba lo más duro.

No quiso reconocerle a su amante que en la junta él había estado a punto de convencerlos a todos de retroceder e intentar una operación más al norte, por Guasdalito, para penetrar el valle de Cúcuta. Ni que había sido Santander quien se había opuesto, con el apoyo de sus oficiales, a cualquier retroceso, hasta el punto de ofrecerse a avanzar solo, con su división, mientras las tropas venezolanas de Anzoátegui, las que más habían sufrido, detenían su avance. El ofrecimiento de Santander desafió a Anzoátegui, que vivía convencido de poder hacer lo mismo y más que cualquier otro comandante, y de ese modo Bolívar no tuvo más remedio que retirar su propuesta y ordenar que el ejército continuara el ascenso hacia las lomas más duras.

Cuando cede la vegetación más tupida, mi niña hermosa, las laderas son de roca lisa y los rellanos, pura estepa, ahí mismo donde reinan el frailejón, el chite y el mortiño, y asoman la cabeza la salamandra, la comadreja y un oso muy particular, con la pelambre blanca alrededor de los ojos como si llevara quevedos, mientras en el cielo el águila real y el cóndor sobrevuelan, pacientes, a la espera de una oportunidad para cazar o, a la vista de nuestras columnas fantasmales, de que alguno de los infantes cayera, derrotado por la fatiga, la escasez de aire y las heladas temperaturas, que en esas azoteas del orbe todo va mal en el cuerpo del humano, la respiración se acelera, el pulso se hace pequeño y rápido, el vientre se comprime y la piel que rodea al ombligo se tensa y endurece como cuero de tambora, y la náusea se hace arcada con cada paso y por eso muchos de nuestros hombres, delirando ya, botaban los restos de tasajo y de arracacha seca porque les pesaban mucho y con el vómito amenazando, no se les pasaba por la mente enajenada que necesitaran comer.

—Qué me dice, general, ¿no comían?

—Casi no, mi bella.

—Un verdadero infierno.

—Pero helado, que sólo el vestido faltaba más que el alimento —

prosiguió— porque los infantes habían llegado al piedemonte en cotizas, reducidas a nada con las primeras marchas, y delgados calzones de algodón y una cotona que no podían contra los ventarrones que convertían en cortinas de hielo la niebla mojada y que cortaban la piel como dagas recién afiladas.

Al principio creímos que la única bendición era el agua, limpia y clara, brotada apenas de sus nacimientos, que los hombres bebían casi como única manduca, pero luego el doctor Thomas Foley, cirujano mayor, me explicó que a los sedientos hombres de la llanura cálida el agua helada les causaba diarrea, de modo que no había tal bendición con ese líquido maldito, pues la diarrea era lo único que les faltaba para caer rendidos, como en lo más alto del páramo de Pisba cayeron muchos, los emparamados, casi todos ingleses y llaneros, que los granadinos que habían llegado de la cordillera y habían sufrido en los llanos se defendían mucho mejor en las alturas. Hay un momento en que las calenturas quedan atrás, me explicaba Foley, en que ya no prosigue la intermitencia entre calor interno y escalofrío, la piel se torna insensible y sobreviene un bostezo tras otro, unas ganas enormes de reposar y dormir, y esa es justamente la trampa, mi pequeña, porque si el hombre se recuesta a descansar, la rigidez gana pronto todo el cuerpo hasta paralizarle la respiración, la piel se vuelve blanca y luego ligeramente azul y si el afectado se duerme, ya será para nunca despertar.

—¿Y no había algo para hacer?

—Sí, mi pequeña, un remedio aterrador —sobreactuando, Bolívar se tapó la cara con las manos—: impuse la flagelación como terapia para salvar a los que, ya caídos, brindaran algún signo de vida.

—¿La flagelación, general?

Bolívar sabía que Manuelita estaba encantada y casi sonaba orgulloso de su decisión de enviar partidas al mando del coronel Jacinto Lara, con los hombres que mejor hubiesen resistido la travesía: vayan, vayan, desanden el camino en busca de los emparamados que todavía respiran y levántenlos del suelo congelado a látigo limpio, ninguno tan pobre que la muerte no le sobre, que cada fuetazo, mi niña, era un soplo de vida, tú no has visto nada de este mundo y no tienes por qué saber que, en esos casos, los azotes son el único remedio para que el cuerpo aterido reaccione, que así devolvimos a muchos a la vida, es un tratamiento tan viejo como la guerra misma, lo usó Aníbal en los Alpes y, hace unos cuantos años, también Napoleón en las estepas rusas.

Manuela guardó silencio. Podía haber aportado a la noche la

imagen de las cabezas encanastadas de las víctimas de la represión de Montes y Sámano, que pasaron en mula por Catahuango, pero ni siquiera controvertirle a su amante aquello de que tú no has visto nada de este mundo, por tentador que resultara, valía la pena, pues implicaría interrumpir el palpitante relato de la gesta del año diecinueve en las cordilleras granadinas que le había hecho olvidar la narración de San Martín, por cuya mención Bolívar había saltado de la cama.

—Los ingleses pagaron la cuenta más alta —reanudó el caraqueño su crónica—, pues de ciento cincuenta efectivos que partieron de Mantecal, poco más de cien llegaron a Socha después de bajar el páramo.

—¿Y aun así se mantuvieron a su lado?

—No sabes con qué coraje, y fueron decisivos en lo que vino después —el Libertador hizo una pausa y un recuerdo le dibujó la sonrisa—. Tenían un comandante admirable, mi niña, qué clase de ser humano era el coronel James Rooke.

—¿Era?

—Ya verás, no te adelantes. Cuando en Bonza, con un tercio de sus hombres muertos en la travesía, y decenas más postrados en los hospitales improvisados de Socha y de Tasco, delante de mí Anzoátegui le preguntó por esas bajas, este dublinés obcecado y severo hasta la crueldad le respondió que los fallecidos merecían su suerte pues eran los de peor conducta, y hasta se atrevió a decir que su división quedaba mejor con el centenar que había pasado el examen del páramo.

—Pero qué clase de hombre, qué bestia.

—Eso pensó Anzoátegui, que torció la boca y gruñó un rato, mientras Rooke sacaba pecho y yo sonreía por su ocurrencia.

Pero más allá de los apuntes estoicos de Rooke, las cifras no daban margen al engaño: después de cuarenta días de recorrido y cerca de doscientas cincuenta leguas andadas entre ríos desbordados, empinadas laderas de lodo y roca lisa y un páramo asesino, desde lo profundo del llano venezolano hasta los valles centrales de la cordillera, de los cuatro mil hombres que Santander había preparado en Mantecal apenas quedaba la mitad. Al medio centenar perdidos por la Legión Británica había que añadir otro tanto entre los llaneros, los setecientos enfermos y desertores que ni alcanzaron a llegar al piedemonte y centenares más de maltrechos y encamados que yacían en Socha y Tasco, incapaces de entrar en combate.

—Si Barreiro nos hubiera atacado recién bajamos del páramo hacia

el valle, yo no estaría aquí contándote este cuento.

—¿Y qué lo llevó a quedarse quieto, a no atacarlos?

Confiaba más en sus habilidades en el movimiento defensivo que en el ataque, mi buena niña, y presumía que si en vez de enfrentarnos nos desgastaba en una guerra de marchas y contramarchas, nos vendríamos abajo, y el muy zopenco no se dio cuenta de que ya nos habíamos derrumbado. Pero, además, aunque Bolívar no quiso detenerse en ese punto, Barreiro estaba postrado en cama por obra y gracia del paludismo adquirido durante su campaña en el Casanare, y como penas y olas nunca vienen solas, mantenía una agria disputa con el virrey Juan Sámano, que quería relevarlo del mando y sustituirlo por Sebastián de la Calzada.

Por esos días, avanzó Bolívar, Santander redactó un informe, prolijo y un tanto pesimista, como todo lo de él, en que hablaba del lastimoso estado del ejército, contaba los muertos por decenas y los incapacitados por centenares, hablaba de casi cuatro quintas partes de la tropa afectada por enfriamiento, neumonía, fiebres y muchos que aún arrastraban el paludismo contraído en los llanos, y describía cómo los cuerpos de caballería habían llegado a Socha sin una sola bestia y cómo buena parte del armamento había quedado abandonado en el páramo, lo mismo lanzas y fusiles que munición.

—Lo dijo Santander, en el tono fúnebre que le viene tan bien —recordó Bolívar—, era el esqueleto de un ejército en el campo de Bonza.

—¿Y entonces? —preguntó Manuela ante una pausa de su amado—. No te detengas.

—Las buenas gentes de Socha y de Duitama, ansiosas de libertad, salvaron al ejército.

Además del techo y del abrigo, retomó el relato, no imaginas la romería de padres, madres y niños que nos trajeron ruanas de lana gruesa, cotonas y calzones de lienzo, frazadas de bayeta y docenas de pares de alpargatas. También trajeron pan, chicha de maíz y melado, tabaco, papelón, reses y marranos para sacrificar y mucho más de un centenar de caballos, que apenas pudimos amansar. Al ver el espíritu de colaboración, invité a un reclutamiento más que necesarioy llegaron centenares dejóvenes de la región que costó trabajo enseñar a marchar, ni qué hablar de alistar para la batalla: pero nos daban volumen y eso valía oro en esos días.

No más de doscientos, si acaso trescientos hombres estaban en capacidad de combatir para la primera semana de julio, pero igual Santander, que había vuelto a admirar a Bolívar con el diligente

entrenamiento de los recién enrolados, los adelantó en dirección a Sogamoso por el camino de Tasco y allí sorprendió a las avanzadas realistas que acampaban en Corrales, a un lado del río, y en Gámeza, sobre la orilla contraria. Eran más de ochocientos hombres de la corona y aun así las tropas de Justo Briceño golpearon sus primeras líneas y los pusieron en retirada porque, te repito, Barreiro estaba empeñado en evitar el combate frontal y buscaba que el paso de los días nos desgastara, sin darse cuenta de que nos estaba dando tiempo para recuperarnos. Pero ya sabes que la desgracia a la puerta vela, y una patrulla de exploración de nuestra avanzada se tomó confianza y cayó en manos realistas.

—Eran cuarenta —dijo—. Los lancearon uno a uno y sin contemplación.

Barreiro andaba dichoso, continuó Bolívar, enviaba partes optimistas al virrey Sámano y se ufanaba, que había que leer sus misivas a Santafé que luego cayeron en poder nuestro: se cogen muchísimos prisioneros, pero a todos los hago matar al momento para comprometer más al soldado, que en verdad os digo que ni Dios me quita la victoria. Hubo más escaramuzas, prosiguió Bolívar frente a Manuelita que no se atrevía a parpadear, algunas marchas y retrocesos y gracias a la actitud encogida de Barreiro, fuimos copando el valle de Sogamoso y los accesos a las provincias del Socorro y Pamplona, al norte, que nos garantizaban ropa y buena comida. Los realistas se hicieron fuertes en el camino de Duitama hacia Paipa y seguían retrocediendo, niña hermosa, convencidos de que bastaría con que nos cortaran la ruta a Bogotá, que el resto del daño nos lo haría el agotamiento de nuestros hombres.

El Libertador continuó pintando los movimientos de los dos ejércitos sobre las sábanas, que hasta entonces sólo habían conocido sus combates de amor, y fue en ese momento, ya con dos mil cuatrocientos hombres recuperados, mi buena muchacha, cuando resolví hacer un movimiento de flanco, algo que, si se quiere, era una herejía porque violaba la sagrada regla napoleónica de no circunvalar a un enemigo en posición, pero era urgente ganar tiempo y, además, tratar de sorprenderlos por sus espaldas.

—No está mal violar normas de cuando en cuando —repuso Manuela y su amante sonrió.

—Para hacerlo pasamos el río Sogamoso, a pie los que pudieron, otros a caballo y algunos, con equipos y materiales, en barcas que improvisamos sobre el terreno y ahí, de nuevo, Barreiro nos habría podido atacar y dejarnos en hilachas, pero se abstuvo.

—Quizás, general, no se dio cuenta —comentó Manuela.

—Claro que lo supo, sus espías nos vieron, embrollados con las balsas y el fondo fangoso de la corriente, pero aun así no se decidieron a lanzarse sobre nosotros.

La realidad era otra: al ver las dificultades del contingente patriota, casi tres mil realistas se habían hecho fuertes en las alturas de Cangrejo y Picacho, que dominan el pantano de Vargas, a medio camino entre el río Sogamoso y Paipa. Pero el Libertador no lo supo a tiempo, le fallaron los espías, cuyos últimos reportes indicaban que Barreiro continuaba retrocediendo, que en mala hora comenzaron a decirme lo que ellos creían que yo quería oír, que el gaditano y sus tropas seguían eludiendo el combate, y a fe que yo sí quería escuchar eso, pero sólo si era cierto, mi bella niña. Qué más daba, a pan duro, diente agudo, que ahí amanecimos, al este del pantano, por el camino del salitre hacia Paipa, el veinticinco de julio, con las tropas realistas cortándonos el paso desde lo alto, en clara posición de privilegio, justo aquí, mi nena, aquí lo puedes ver, remató Bolívar haciendo un montón con las arrugas de las sábanas.

—Nuestra única ventaja era la excesiva confianza del gaditano que yo mismo me dediqué a alimentarle.

Eso sí era cierto. El Libertador, que hasta esos días sólo lo era de título, ordenó a Anzoátegui avanzar por la derecha con dos batallones de infantería, mientras Santander llevaba el resto por la izquierda, pero a la vez ocultó a la caballería, lo mismo a los bravos llaneros que a los sobrevivientes de la Legión Británica comandados por Rooke, en el enorme patio de una hacienda al lado de una pequeña loma donde estableció su puesto de observación. La idea que me guiaba, buena niña, era enviar una ola tras otra de infantes nuestros, para obligar a Barreiro a dejar sus posiciones y comprometer al máximo primero sus tropas y luego sus reservas: se trataba, en suma y si me hago entender bien, de actuar como el torero de a pie, que se acerca al animal y sacude la capa ante sus ojos para obligarlo a embestir.

Las hostilidades rompieron poco antes de las once de la mañana y muy pronto quedó claro que la lucha más tenaz se daba sobre el flanco izquierdo de los patriotas, donde Santander había conquistado una ladera de la que las tropas de la corona trataban de desalojarlo con repetidas cargas, y te juro mi niña que casi lo logran, pero ordené un contraataque después de reunir tropas de vanguardia que habían quedado dispersas tras los primeros asaltos nuestros, y así alcancé dos objetivos: asegurarle a Santander su posición y obligar a Barreiro a lanzar el grueso de sus hombres.

—Hechizado por el capote —comentó Manuela, que de niña había frecuentado las corridas en la plaza del Rastro de Quito, y ya grande, las de Lima—, al fin embestía con sus astas por delante.

A media tarde casi toda la tropa realista estaba comprometida en la batalla tras haber abandonado sus alturas de privilegio, donde sólo quedaban Barreiro y sus guardias, convencidos de que la victoria era cuestión de minutos. Y claro, dijo Bolívar, les estaban dando a nuestros infantes una paliza, pues su caballería había cargado, feroz y sanguinaria, para barrer a los nuestros del plano, y lo estaban logrando de manera más veloz y eficaz de lo que yo había calculado. No podía esperar más, la batalla iba de mal en peor. Yo había lanzado a Rooke y a sus británicos en una ráfaga que desconcertó a los realistas y desordenó su avance, pues mientras nuestros montados atacaban sable en mano y obligaban al enemigo a detenerse y hasta a retroceder, los infantes de Santander y Anzoátegui retomaban sus armas, volvían a formar pequeñas líneas de combate y recuperaban algo de iniciativa. Pero ellos eran más, mi niña hermosa, y cuando el sol se despedía desde el poniente, la suerte de la batalla era, en el mejor de los casos, incierta.

—Y para colmos, el brazo izquierdo del pobre Rooke quedó destrozado por una barrida de metralla.

Entonces, dijo Bolívar mientras señalaba con el índice el pliegue de las sábanas donde había situado su puesto de observación, llamé al coronel Juan José Rondón, cuyos lanceros del Alto Llano eran lo único que me quedaba. Tras olvidar a sus hermanos muertos en el páramo, agregó, casi todos se habían repuesto lo suficiente como para entrar en combate, y en verdad que estaban ansiosos de hacerlo. Rondón, le explicó a Manuela, es un mulato que aprendió a matar en las filas de la temible columna realista de José Tomás Boves por allá en el año doce, pero una vez muerto Boves en la batalla de Urica, a fines del catorce, y como muchos de sus compañeros que sentían que habían perdido a un caudillo irremplazable, nunca se sintió cómodo con sus nuevos jefes, y tras una derrota de sus hombres y la amenaza de recibir castigo, se pasó a un contingente patriota que mandaba el coronel Pedro Zaraza, donde demostró que sabía mucho de caballos y de cargas de montados, y aunque nunca se ganó la confianza de José Antonio Páez, sí conquistó con sus conocimientos y su valor a Santander.

—¿Y qué pudo hacer Rondón?

—Paciencia, niña mía: la batalla está perdida, le dije.

—¿Y qué pasó, Virgen Santísima? —respondió Manuelita, que

temblaba pero no de frío sino de temor ante la inminente derrota.

Será porque Rondón no ha peleado todavía, me contestó el coronel, y yo le dije que salvara la patria, así no más y al instante se puso en movimiento: que los valientes me sigan, gritó con su vozarrón de mulato y avanzó con catorce de sus lanceros para caer en picada, las varas apuntando al pecho de los realistas de a caballo que habían supuesto que los de Rooke eran mis restos. Luego de los catorce iniciales cayeron veinte, relató eufórico Bolívar, y enseguida veinte más, y así, una carga tras otra hundió en el caos a la caballería del rey y a sus infantes, que primero se desordenaron y empezaron a retroceder y luego a correr.

—¡Bravo! —gritó Manuela, que saltaba sobre la cama.

—En un santiamén pasamos de la inminente derrota a una victoria arrolladora —remató Bolívar—. Y no acabamos con ellos porque se nos vino encima el gran diluvio universal, cuando ya era noche cerrada.

Al amanecer, más de quinientos soldados del rey yacían en el campo, muchos de ellos cubiertos por el cuerpo de algún británico de Rooke, de un lancero de Rondón o de un infante de Santander o de Anzoátegui, que los republicanos dejaron trescientos cincuenta muertos en las siete horas de batalla. Ahí estaba el sargento segundo Inocencio Chincá, mi niña buena, héroe del combate de las Queseras del Medio, tres meses atrás, en el llano venezolano, que mereció en aquella jornada que yo mismo lo engalanara con la Orden de los Libertadores, ese sargento con cara de niño que ya se había ganado la gloria quiso más y no dudó en integrar la primera carga de catorce lanceros que siguieron a Rondón. Pero esta vez los dioses no estaban de su lado, explicó Bolívar, y cayó de su caballo cuando lo atravesó un lanzazo del capitán español Ramón Bedoya, uno de esos peninsulares de cojones, que no se arrugaba nunca. Herido de gravedad, Chincá se apoderó de la misma lanza que lo acababa de herir y, arrodillado en el campo, se la clavó a Bedoya y lo mató al instante.

—Dígame, general, que el sargento vive.

—Murió tres días después en Tibasosa, con la herida infectada, envuelto en delirantes calenturas y repitiendo cada que las fuerzas le alcanzaban para hablar, Bedoya me pringó, Bedoya me pringó, pero también se fue.

—¿Decía así, también se fue?

—Sí, mi buena, parece que creía que ya estaba en el otro mundo.

Con los primeros rayos del sol del veintiséis de julio, el cirujano Foley se empeñó en salvarle la vida a su amigo James Rooke, que llevaba toda la noche desangrándose, con el brazo izquierdo

despedazado por la metralla. Sus compañeros de armas lo habían sacado del combate con sus brazos como parihuela, y lo llevaron tras unos matorrales para tratar de salvarlo. Los bramidos de Rooke resonaban en medio de la oscuridad y del aguacero, y el capellán del ejército, Andrés Gallo, corrió a ofrecerle los auxilios espirituales que este irlandés católico aceptó mientras el padre le miraba el brazo sin salvación, sobre todo del codo hacia el hombro, que era allí donde la metralla había causado más daño. Cuando Foley por fin llegó, no hizo falta un largo examen para comprender que la amputación era inevitable. Rooke no gimió mientras el cirujano le cortaba el brazo sobre el borde del hombro.

—Era, mi niña, según me contó el capellán, como si Foley hubiera aserrado una estatua de madera.

El dublinés ni siquiera sufrió un desmayo, que así me lo aseguró el padre Gallo, y muy por el contrario, terminada la tarea de Foley, con el brazo que le quedaba Rooke tomó el que acababa de perder y lo levantó en alto: *long live the motherland*, gritó, qué dijo, preguntaron otros heridos y los auxiliares de Foley, que viva la patria, y todos respondieron que viva. El cirujano, que era inglés, siguió Bolívar, le preguntó que cuál patria, que si Irlanda o Inglaterra, y a Rooke le alcanzó el alma para responderle, con una ligera sonrisa: querido Foley, la que me ha de dar sepultura.

—O sea que no sobrevivió.

—Murió al día siguiente, mi bella muchacha, y ya no lo tuvimos el siete de agosto, dos semanas después del pantano, en la batalla del puente sobre el río Teatinos, cerca del poblado de Boyacá.

—¿Voy a tener el placer de escuchar su relato de Boyacá también? —preguntó Manuela, que se había vuelto a acostar, recogida en posición fetal.

—Sí, mi buena niña, pero será otra noche —dijo el Libertador, que supo leer en las palabras de su amante un dejo de cansancio—. Para serte sincero, no resultó una gran batalla, fue más bien una escaramuza, o mejor dicho, dos escaramuzas, aunque eso sí, marcó la derrota definitiva de Barreiro, su fuga, la del virrey y su corte, y el camino abierto a Bogotá, adonde entramos, agotados pero victoriosos, al atardecer del día diez.

Bolívar se acostó y la cabeza de Manuela regresó a su hombro. El páramo y el pantano habían desplazado las horas del amor y por un momento el caraqueño lo lamentó, eso me pasa por hablador, pensó, aunque luego se reivindicó con el alegato mental de que relatar la campaña había valido la pena, había que ver sus ojos, cómo me seguía.

—La clave de todo, más que las batallas, fueron los movimientos que ordené, aun si con algunos de ellos llevé al ejército al límite del riesgo.

—General —Manuela todavía no dormía—, si de movimientos se trata, ninguno es más importante que su viaje a Guayaquil, en especial si, como dicen, para allá se dirige el Protector del Perú.

—Manuela, niña mía, ¿qué temores se esconden tras tu insistencia?

—San Martín sabe casi más de movimientos que de batallas, no olvide que entró a Lima sin disparar un tiro, y que se la pasa repitiendo la frase de un filósofo chino de la milicia, que el supremo arte de la guerra es derrotar al enemigo sin luchar —Manuela pensó en esperar la pregunta de su amante, pero prefirió cortar por lo sano—. Y si está pensando en volver con la coplilla de que si yo lo digo, yo que lo conozco tanto a San Martín, mejor dese usted vuelta y duérmase de una buena vez.

—Cómo se te ocurre, niña linda, cómo se te ocurre.

—Entonces no demore más su viaje a Guayaquil, que allá se juega tanto como en la travesía del páramo o en la batalla del pantano, y mucho más, en todo caso, que en esta cama.

IX

SOY PORTADOR DE UNA CARTA DE LOS HERMANOS PARA EL GENERAL

—Usted no parece granadino, siempre tan puntual —saludó el limeño José Tomás Dávalos y Larrea, tras salir de las galerías que rodeaban el edificio del cabildo, unos pasos antes de la esquina donde se levantaba la torre del reloj.

—No será por la precisión de este aparato —respondió Juan Gregorio Lasso tras señalarlo con el dedo—, que sus manecillas indican siempre la hora de otras latitudes.

—Latitud, longitud, le gusta la cartografía...

—Más bien el cálculo, la ciencia matemática.

—Es usted una caja de sorpresas, estimado Lemos —apuntó el limeño.

—No tiene idea, no tiene idea —musitó Juan Gregorio, que aún no se acostumbraba a que lo llamaran Lemos.

El patiano demudado en payanés había visto venir al letrado con su chupa de lienzo, sus pantalones blancos ajustados y sus botas negras venidas a menos por gracia de los lodazales que habían dejado los aguaceros que, a pesar de ser ya julio, se negaban a cesar. Hacía días que Dávalos había abandonado la levita amarilla, derrotada su elegancia por el calor, así como los zapatos con ancha hebilla que lucía el día que Lasso lo conoció y que estaban destinados al naufragio en las vías de Guayaquil. Seguía llevando el sombrero de copa y alas abarquilladas que levantó para saludarlo apenas lo vio, y su infaltable

bastón de roble oscuro con milord redondo de plata.

Juan Gregorio sonrió al verlo. El señorito no termina de acomodarse a estos climas, pensó, poco antes de que Dávalos lo tomara con la mano en que no llevaba el bastón y lo arrastrara, con su amable parloteo, hacia la taberna. Rioja para el calor, que no hay mejor, le dijo al cubano, al tiempo que buscaba una mesa solitaria, al fondo de la estancia, a un lado del portón que llevaba al patio.

—Mejor acá, lejos de tanta oreja parada —le dijo el limeño.

—A qué tanto misterio, amigo Dávalos.

—Ya verá usted, estimado calculista.

Qué se trae este chisgarabís, se preguntó Lasso, aunque mejor, que si le da por argumentar con los demás comensales, no falta algún pelearingo que le haga tragar el mango plateado del bastón. Se sentaron y la botella de vino llegó en dos brincos. Dávalos se mandó la primera copa de un solo sorbo y, al final, un hilo tinto se le deslizó por la comisura de los labios. Juan Gregorio nunca lo había visto así, será acaso el fogaje que lo trae como loco.

—El general Bolívar ya llegó.

—Ya lo sé, que yo no soy ningún tondolo —respondió, molesto, Juan Gregorio—. Ayer lo alcancé a ver, rodeado por su guardia, camino de la plaza: es un currapo.

—¿Qué?

—Que es más bajito que un escabel.

—No me pareció —dijo Dávalos, que no era muy alto—; yo también lo vi, iba para la casa de doña Manuela Garaycoa de Calderón.

Juan Gregorio también lo sabía, pero esta vez prefirió no dárselas. Bebió despacio, remilgado, imitando al limeño de otras veces, que esa tarde Dávalos andaba a la guachapanga, él, que siempre parecía tan compuesto, seguro lo traía así el húmedo sofoco que no daba tregua en el puerto.

—He decidido confiar en usted, joven Lemos.

—¿Apenas ahora? —ironizó Juan Gregorio.

Dávalos no contestó. Se sirvió otra copa y también la apuró. Miró hacia las demás mesas, las dos más cercanas seguían desocupadas.

—¿Guarda usted los secretos?

—Sé callar, amigo Dávalos —replicó, digno, Juan Gregorio.

—Lo sé, pero usted perdonará que cite a mi madre sin pretender ofenderle.

—Diga no más, letrado, que por lo que veo en usted, su madre debe de ser pura sabiduría.

—Muy callado o muy hablador, no sé cuál es peor, eso decía.

—Ahí está, sabiduría comprobada, pero entonces usted debería dudar entre callar y hablar.

—Y dudo, pero.

—En la duda, absténgase —volvió Lasso, para hacer gala del desinterés que genera confianza.

—Imposible, joven Lemos. Ese es un lujo que no me puedo dar.

—¿Por qué?

—Lo necesito.

—La necesidad hace maestros.

—Sí, y tiene cara de perro.

—Compañía de dos, compañía de Dios, si no le importa que metamos en esto al Altísimo —comentó Juan Gregorio que se sorprendía de lo bien que era capaz de hablar en el mismo tono de su linajudo contertulio.

—Pero, dígame usted, cómo puedo confiar en alguien que ni siquiera me ha dicho qué vino a hacer a Guayaquil.

—¡Ah, es eso! —contestó Lasso mientras alistaba la respuesta—. Para satisfacer su curiosidad, yo también tendría que contarle un secreto que, por cierto, no me enorgullece.

—Al menos así estaremos a la par.

—Así es.

—¿Podría pedirle entonces que comience usted?

—Creo que puedo complacerlo, pero beba otro vaso, que si de sincerarnos se trata, no quiero tomarle más ventaja de la que ya le llevo —mintió el patiano, que estaba entero.

Juan Gregorio se había preparado para la pregunta. Desde su primer encuentro con el señorito, había comprendido que Lemos era sólo un nombre y que de nada le servía si no cargaba una historia que, además de explicar su presencia en Guayaquil, despistara a su nuevo amigo. De hecho, el nombre payanés lo había asumido antes de conocerlo, con la idea de equivocar primero a doña Emperatriz, la anfitriona que el padre Tomás le había conseguido para que se instalara en el puerto, y a todos aquellos con quienes se fuera topando en la ciudad. La novela detrás de Juan Esteban Lemos y Grijalva vino después, pero ya estaba lista aquella tarde.

—Guayaquil es, al menos por ahora, mi refugio —inició Juan Gregorio.

—Y un buen joven como usted, ¿por qué motivo necesitaría amparo?

—Un amigo me vendió.

—No muy amigo sería.

—Lo era hasta que le conté un secreto, letrado Dávalos.

—Vuelta la burra al trigo.

—No se preocupe que, a diferencia de usted, el amigo en mención tenía interés en venderme.

—Entonces adelante, que ya estoy intrigado —lo instó el limeño tras mojar las tragaderas con media copa más.

—Una mujer tuvo la culpa.

—Cuándo no.

—Unos rizos castaños y un par de ojazos verdes, toda ella era belleza, y muy mujercita, a pesar de haberse casado apenas niña con un hombre mayor, pues no salía de su casa y llevaba ésta con precisión y orden.

—Hasta que usted apareció.

—No se me pase de listo, ilustrísimo, que la que apareció fue ella, en casa de mi madre.

—¿Ella lo buscó?

—En realidad, buscaba a mi madre con la idea de aprender las técnicas de bordado en bastidor y tricotado, que mi progenitora domina desde muy pequeña.

—Ya veo, ¿y entonces?

—Que entonces me vio y algo le gustó.

—Algo encontraría —replicó Dávalos, que trataba de ocultar su sorpresa.

—Ya sé, no soy muy agraciado, pero soy amable y educado y, como supe luego, eso contrastaba con los malos modales del marido, en especial cuando se prendía a beber.

—Estaba usted justificado.

—Eso pensé y por eso arriesgué algunos avances, nada muy audaz, le copié un poema, algo de la biblioteca de la casa episcopal, ya no recuerdo bien.

—¿Cómo decía?

Juan Gregorio apuró la memoria, que la historia detrás de su nombre payanés estaba menos completa de lo que había imaginado. Pero había salida. Respiró, fingió que bebía un sorbo mojándose apenas los labios y tomó aire: Vivamos, Lesbia mía, y amémonos, si los sabios reprueban nuestros actos con excesivo escrúpulo, olvidémoslos. Y más adelante, que el recuerdo me patina, amigo Dávalos, dadme mil besos, y después cien, mil besos más, y luego otros cien, comienza de nuevo y completa mil con cien más, cuando hayamos acumulado muchos miles, revolvamos todo y perdamos la cuenta.

—Aut nequis malus inuidere possit, cum tantum sciat esse basorium —completó el limeño—, el mismísimo Cayo Valerio Cátulo, el de Verona, lo prefiero en su lengua original.

—No se me da a mí el latín y por eso lo copié como lo conocía, en la lengua de Cervantes, que no está nada mal.

—¿Y se lo entregó?

—Claro, iba con mi mejor caligrafía, que tampoco está mal.

—¿Y qué vino después? Hábleme del primer beso que para allá apuntaba el poema...

—Lamento decepcionarlo, pero no lo hubo —contestó Lasso como si en verdad le doliera—. El marido encontró el poema, estallaron los celos, la sometió al encierro, se acabaron las visitas a mi madre, no más bordado ni bastidor ni tricotado.

—¿Y cómo se enteró de que había sido usted? ¿Iba firmado?

—Sólo por Cátulo.

—¿Y entonces?

—Ahí entra el amigo —prosiguió Juan Gregorio—. Le conté todo, y una noche de baraja y aguardiente, empezó a narrar mi historia delante de un grupo de contertulios y ante mis oídos estupefactos.

—Pero cómo no lo detuvo.

—Lo intenté, quien los labios se muerde, más gana que pierde, le dije al oído, pero estaba desbocado y hasta se burló de mi tusa, mírenlo cómo lo ha dejado este amor de mujer de otro.

—Y claro, el marido se enteró.

—En cuestión de horas.

El resto era fácil de imaginar, pero aun así Juan Gregorio entró en detalles: el marido desempolvó un sable de su abuelo, fue a buscarme a casa de mi madre y por fortuna no me encontró, pero quedé debidamente notificado. El obispo, amigo de mi familia, prosiguió, me mandó para acá con una carta para el padre Tomás, y por los informes que recibo, tengo para rato en este puerto, pues el marido no ha guardado el arma y dicen que cuando se juma, que es casi a diario, se pasea con ella y repite sus amenazas de levantarme a mandoble.

—Tanto por tan poco.

—Así es, aquí nadie lo sabe y espero que usted mantenga mi secreto a buen recaudo.

—Sobra que lo diga, joven Lemos.

Superada la prueba, Lasso respiró tranquilo y esta vez bebió un poco más, aunque no mucho, apenas medio sorbo, mientras el limeño volvía a llenar su copa hasta el borde y con el pulso agitado. Lo tengo, pensó, pero si se me pasa de chumado, se puede achucutar y no darme

gusto ahora que está claro que se guarda algo muy grueso.

—Su turno —arriesgó el patiano.

—Listo estoy, joven Lemos, a pagar su secreto con el mío.

—No lo digo por eso —replicó Juan Gregorio—, le recuerdo que usted dijo que me necesitaba.

—Vámonos, que aquí hasta las paredes tiene oídos —bebió hasta el fondo y llamó al cubano para arreglar la cuenta.

Cuando el campanario de la iglesia mayor dio las seis de la tarde ya estaban en la calle, en dirección al malecón que bordea la ría. Dávalos se detenía cada media docena de pasos y respiraba profundo, qué bueno, decía llenarme el alma con los aires del mar, sobre todo ahora que ha bajado un poco la calorina. El bastón cumplía su cometido, más allá de la elegancia que comportaba y de la cual, a esas horas, era el único signo.

—Tengo una carta para el general Bolívar —contó por fin cuando llegaron frente al arrabal de las balsas.

—¿Suya? —preguntó Juan Gregorio con la sonrisa contenida.

—No, no es mía, joven Lemos —y guardó silencio un instante—. ¿No es increíble que aquí las autoridades hayan sido incapaces de erradicar esta zahúrda?

—¿De qué habla?

Dávalos señaló las decenas de pequeñas embarcaciones que atestaban la orilla y donde lo mismo sus ocupantes vendían pescado que las furcias ofrecían sus servicios a los marineros ansiosos, que llevaban meses de travesía sin tocar a una mujer. Aunque el lugar no era muy inspirador, al señorito le dio por declamar, que ves la plaza abundante, de carnes, de vivanderas, de verduras, de primores, y de frutas en todo tiempo, que ves muchas mulatas destinadas al comercio, las unas al de la carne, las otras al de lo mesmo.

—Ha sido tarde de poesía —apuntó Juan Gregorio.

—Hasta chingotes habrá por acá —insistió Dávalos, que no quitaba la mirada de las balsas.

—¿Chingotes?

—Sí, joven Lemos, supongo que en su Popayán natal las orgías son fenómeno desconocido.

—La verdad, amigo Dávalos, no sabría qué responderle.

—En Lima, algunos alcaldes perseguían a las busconas que se dedicaban al chingote, dos con uno, dos con dos, tres con dos, tres con tres, todos con todos —describió mientras agitaba el bastón—. Mi abuelo contaba que, por allá en los ochenta del siglo pasado, el alcalde Joaquín de Abarca las mandaba azotar y las paseaba desnudas para

educarles la vergüenza.

—¿Lo siguen haciendo?

—Ya nadie tiene los cojones tan bien puestos para aplicar ese rigor —respondió el limeño con el ceño fruncido—, y ni siquiera los negros y mulatos maricones reciben su merecido.

—A lo que vinimos —Lasso comenzaba a perder la paciencia— que se nos acaba el día.

—La carta, cómo no: es un mensaje de los Hermanos —Dávalos pintó una H mayúscula enorme en el aire cargado de humedad de la ría, frente a los ojos del patiano.

—¿De cuáles hermanos? ¿Alguna congregación?

—No me diga que no hay logia en Popayán, que lo de las orgías se lo creo, pero esto no.

Si me callo sabré más, pensó Juan Gregorio. Y así fue. Apoyadas las dos manos en el milord plateado de su bastón, Dávalos entró en detalles, aunque con un ritmo atropellado que al patiano le costaba seguir: los une la hermandad, del Río de la Plata hasta Cartagena, qué digo Cartagena, hasta La Habana y la Nueva España, detrás de ellos están los Hermanos, una vez más pintó la H en el aire, esta vez más grande, y ellos se reúnen y discuten y evalúan y envían instrucciones.

—¿Sugiere usted que Bolívar y San Martín no son quienes mandan, sino que hay unos señores, los Hermanos —él también pintó la H mayúscula en el aire—, que les dan órdenes?

—Es una manera de verlo, joven Lemos —dijo el limeño con suficiencia.

—No entiendo —mintió Juan Gregorio.

Sabía mucho más de lo que reconocía y el tema le calentaba la sangre. Masones, pensó, los hijos del Maligno, se lo había advertido el obispo Jiménez de Enciso, las mismas logias que habían pervertido a la península ahora contaminaban el Nuevo Mundo. Y ahí, ante él, estaba la prueba, revelada por un enviado de ellos: Bolívar, San Martín, todos esos jefecitos eran meros monigotes, simples chupamedias de la francmasonería, cuando le informe a Pasto, ajá, ajá. Ahora no hay duda, pensó, se han juntado todos los servidores del Patas, adelante con los faroles que llegó la hora de actuar.

—Dicen que viene San Martín —divagó un poco el limeño, al tiempo que Lasso callaba a la espera de que, suelta la lengua por el vino, su interlocutor dijera el resto.

Mientras caminaban hacia la plaza de San Francisco y tras haberle dado la espalda al malecón, Juan Gregorio recordó las cartas más recientes del presbítero Félix Linán de Haro, el secretario del obispo,

que descifró con ayuda del padre Tomás en sus aposentos del convento.Jiménez de En- ciso había entrado en tratativas con Bolívar, pero Juan Gregorio no se debía confundir, que eran puras artimañas del prelado para ganar tiempo y esperar a que llegaran mejores días en el campo militar. Su tarea en Guayaquil no había variado: impedir que los herejes consolidaran los avances de las tropas patriotas y mantener en lo posible el puerto como objeto de conflicto entre Colombia y el Perú, como quien dice entre Bolívar y San Martín. No se le vaya a ir a usted el santo al cielo, escribió Linán de Haro redoblando claves aun en el texto invisible, que nos llegan informes de que don José le hará visita a don Simón en Quito o quizás en Guayaquil, y si acuerdan el apoyo de los muchachos colombianos a los que vinieron del sur, será el final de Nuestro Señor y de la Virgen allí donde todavía reinan, en las sierras del Perú.

—Nuestro rey nada ha perdido mientras mantenga esas tierras, las del oro y de la plata en el Perú y más arriba —comentó el padre Tomás —. Pero si los colombianos desembarcan en Lima en apoyo del ejército de San Martín, las vamos a pasar canutas y de seguro será el fin.

—Que Guayaquil decida, eso dicen los Hermanos —interrumpió Dávalos los pensamientos del patiano.

—¿Eso dicen? —preguntó mientras pensaba que eso estaba bien, porque mantenía el conflicto.

—Que Bolívar y San Martín, ahora que cuentan que se encontrarán acá, se entiendan —agregó el señorito mientras Lasso se mordía la lengua para no decir que eso le gustaba menos.

—Pues claro, eso es fundamental para garantizar la victoria final en el Perú.

—Así es, y para hacerla posible, los Hermanos le piden a Bolívar que le entregue a San Martín un contingente de cinco mil hombres, al mando del general Sucre, que ya se impuso en Pichincha y sería el mejor apoyo imaginable para las tropas que vinieron del sur, que juntos, San Martín y Sucre, sacarán para siempre a los realistas de este lado del mundo.

—¿Todo eso dice la carta?

—Lo que le he relatado es sólo el principio —contestó Dávalos con aires de suficiencia—, que hay más pero prefiero detenerme, que el mucho hablar es dañoso.

Si eso es sólo el principio, no quiero imaginar el final, pensó Juan Gregorio, que comprendió de inmediato que esa carta no podía llegar a manos de Bolívar, que el Boniti- co, bendito sea, me ha interpuesto en el camino para cumplirle esta sagrada misión. Le sudaban las

manos cuando retomó la palabra.

—Y yo, ¿para qué soy bueno?

—Su casera, la señora Emperatriz.

—¿Ella también es Hermana? —esta vez apenas garabateó la H.

—Déjeme avanzar.

—No se lo impido, pero es que usted, siempre tan cabali- to, anda hoy como atascado; debe de ser la chuma.

—La señora Emperatriz —prosiguió Dávalos— es buena amiga de doña Manuela Garaycoa de Calderón y de la joven Carmen, su hija, patriota fervorosa, que dicen que su hermano tuvo gran lucimiento en las faldas del Pichincha, pues habiendo recibido cuatro heridas, se negó a dejar el combate.

—¿Y a qué vamos ahora al Pichincha?

—Doña Manuela y la joven Carmen, decía yo, son las dueñas, amas y señoras del día a día del general Bolívar desde que el Libertador desembarcó por acá.

—Si nos entendemos, usted quiere que yo le dé la carta a doña Emperatriz, que ella se la dé a doña Manuela o a la joven Carmen, y que ellas se la den al general, ¿cierto?

—Falso.

—¿Y entonces?

—Mis instrucciones son claras y muy precisas.

—A saber.

—Que debo entregarle la misiva al Libertador en sus manos.

—A sus manos llegará.

—Personalmente.

—En la persona de doña Carmen.

—No se me haga el idiota —se desesperó Dávalos.

—Perdone usted, sólo buscaba facilitar la entrega —fingió Juan Gregorio con ojos de arrepentido, mientras Dávalos retrocedía.

—Han de ser los vinos y la sofocación, no quise ofenderlo.

—Nada pasa, amigo, nada.

—Entiende usted que resulta primordial que el Libertador me reciba.

—Lo entiendo —respondió Lasso con la cabeza hecha un ovillo—. Haré lo que pueda.

—Disculpe, joven Lemos, no quiero ofenderlo de nuevo, pero pienso que quizás le interese saber que hay un dinerillo disponible para premiar sus esfuerzos.

—Ni más faltaba, no vaya usted a pensar que soy un gáfaro.

—Es apenas un justo reconocimiento.

—Ya veremos qué consigo —respondió Juan Gregorio en un tono menos radical—, que por ahora no hay lugar a premio alguno.

—Anímese, que los Hermanos son agradecidos.

—Nos vemos el domingo, a la salida de misa —se despidió el patiano, que necesitaba tiempo para pensar.

Ni por un instante se le pasó por la mente traicionar al obispo, que era como traicionar al rey mismo, al Señor y a la Virgen. Pero nada le impedía recibir grueso, que buena falta le hacía, por fingir una ayuda que no lo fuera, que yo a este señoritingo no lo dejo acercarse a Bolívar con esa carta, que ahora que sé lo que dice está diáfano que aquí me juego yo la salvación de mi alma. Pensó en mentirle y no hacerle la cita, pero temió que el limeño se diera cuenta, se decepcionara y buscara otro camino para llegar al general, que si quiere cita, cita le haré, pero no creo que la pueda cumplir.

Se marchó con grandes zancadas para la casa de doña Emperatriz, que ya era noche, tenía la aguja pegada y aunque la cocina de su anfitriona distaba mucho de la de su madre, al menos era abundante, y desde que andaba por Guayaquil nunca se había acostado con hambre. A medida que se acercaba la mente se le iba aclarando y, a pesar del desafío que se le aparecía por delante y que aún no tenía idea de cómo enfrentar, supo que su misión en el puerto estaba por fin justificada, que la información que había logrado sacarle al limeño, muy letrado y todo pero qué taranta, valía más que cien batallas.

Lo tengo a tiro, pensó Dávalos, las manos apoyadas en el milord del bastón y con la vista puesta en el joven granadino que se alejaba. Tomó un poco de aire para salir del aturdimiento de los vinos y emprender el regreso a su casa, un par de habitaciones en los altos de una edificación de madera, dos calles al norte de la iglesia mayor. Subió las escaleras a doble escalón por paso y, con el bastón en la mano, saludó a la empleada.

—Llega usted a la hora del fraile, señor.

—Lo dice usted como si ésta no fuera mi casa —respondió el limeño, que sabía que la cena sería buena. Facunda les había cocinado por años a los dominicos, pero él tenía el estómago revuelto y se lo dijo.

—La mejor medicina, la cocina —insistió ella.

—De grandes cenas están las sepulturas llenas —respondió el limeño y se retiró a su alcoba.

Le urgía ordenar sus pensares. Se asomó al balcón, volvió a tomar aire y lo sintió húmedo y pesado. Minutos más tarde, el cielo se alumbró dos veces seguidas sobre la ría y Dávalos esperó el trueno que no tardó en sacudir el puerto. Retornó a la habitación, se quitó las

botas embarradas, maldito moridero éste, cumplo mi misión y me largo. Se sentó en el borde de la cama y agarró el bastón. Lo dejó sobre el tendido y atravesó la estancia hasta la mesa esquinera que estaba a un lado del armario de madera. Tomó un pequeño frasco y un paño rojo que desdobló al regresar a la cama. Mojó ligeramente el paño en el aceite vegetal del frasco y lo dejó sobre la mesa de noche. Se puso el bastón sobre las rodillas, agarró el milord con la mano firme y, con un movimiento seguro, extrajo el estoque de acero y procedió a limpiarlo con dedicación, casi con deleite.

—La humedad de este lugar es capaz de comerse la colada del Cid —dijo antes de guardarlo y meterse en la cama, casi desnudo, mientras un aguacero de selva se abatía sobre Guayaquil. Sería el último de una temporada de lluvias que había tardado más de la cuenta en darle paso a la sequía.

El domingo, a la salida de misa, el sol pegaba fuerte desde lo alto de un cielo azul libre de nubes. Dávalos había dormido mal las últimas noches y el resplandor le dolió en los ojos. Se detuvo en el atrio hasta que vio salir al granadino. Lo saludó con el sombrero y caminó hacia él: vamos a lo del cubano que hay que espantar este calor, y aprovechamos para comer algo. Sentados a la mesa, con la botella del vino de Rioja recién abierta y a la espera de un encebollado de chancho, el limeño empezó a parlotear, ansioso.

—Que ayunen los santos, que no tienen tripas —brindó a la espera de buenas noticias.

—Todo está listo, insigne letrado —le dijo—. El general lo espera este martes, serán apenas unos pocos minutos, que él mismo dijo que no hará falta más para recibir una carta.

—Así es, joven Lemos, no hará falta más.

X

EL ÚNICO CAMPO DE BATALLA QUE QUEDA EN AMÉRICA

—Ya no vale la pena.

—¿Por qué lo dice, general? —preguntó el coronel Rufino Guido.

—De nada servirá debatir sobre un asunto que Bolívar se apresuró a resolver sin siquiera dignarse, aunque fuese por cortesía, a esperar las conclusiones de nuestro encuentro —dijo, mohíno, el general José de San Martín, Protector del Perú, acodado sobre la rodilla derecha, la mano bajo el mentón, el pie levantado y apoyado sobre la barandilla de la proa, a un lado de la base del bauprés.

El coronel Guido prefirió callar. Conocía lo suficiente al Protector del Perú, a cuyo lado había combatido y ejercido cargos administrativos desde que San Martín crease, casi una década atrás, el regimiento de Granaderos a Caballo, como para saber que en momentos como ese era mejor respetarle sus divagaciones y acompañarlo en silencio mientras la mente del vencedor de Maipú giraba en repetidos círculos alrededor de la misma conclusión negativa. El sol aún no asomaba detrás de la costa que bajaba hacia el sur desde la boca de la ría de Guayaquil donde la víspera, el jueves veinticinco de julio de 1822, había fondeado la goleta Macedonia, frente a la isla Puná, once días después de zarpar del Callao. Pero el cielo azul del final de la noche ya recibía desde el oriente las primeras pinceladas del amanecer, y los haces blancos de luz nueva daban contra un manojo de bajas nubes negras, vigilantes de las aguas

abiertas del Pacífico al occidente.

—¿Algo de café, general? —indagó Guido, inseguro.

San Martín no estaba. Las punzadas de la úlcera le habían tensado la panza en las primeras horas de la madrugada y había tenido que levantarse a rebuscar en el maletín las gotas homeopáticas del profesor sajón Samuel Hahnemann, que ojalá me sirvan, pensó entre quejoso e inquieto, que no puedo ofrecerle a Bolívar el espectáculo de un viejo enfermo, pálido y achacoso. A la mano estaba el opio, el mismo que seis años atrás le había recetado en Mendoza el doctor Juan Isidro Zapata, cuando los vómitos de sangre lo mandaron a la cama por diecinueve días. Pero no había hecho falta. Tras caminar un rato sobre cubierta, el Protector se sintió mejor, gracias, profesor Hahnemann, benditas sus gotas, y ahora incluso se animaba a responderle a Guido.

—Vaya por el café, Rufino, me ayudará a pensar.

Aunque en Cádiz había comenzado a sufrir de los pulmones y de un asma recurrente disparada por las noches a la intemperie en la travesía de los Pirineos hacia el Rosellón, durante la primavera de 1793, como parte de las tropas que mandaba el general Antonio Ricardos en contra de los contingentes de Napoleón, Buenos Aires tenía la culpa de los destrozos en su sistema digestivo. Nunca se había sentido cómodo tras su desembarco en el Río de la Plata en marzo del año doce, y eso a pesar de los buenos augurios, que noticia sí había sido su arribo. El nueve del corriente ha llegado a este puerto la fragata Jorge Canning, procedente de Londres, en cincuenta días de navegación, informaba el día trece la *Gaceta de Buenos Aires,* y comunica la disolución del exército de Galicia y el estado terrible de anarquía en que se halla Cádiz, dividida en mil partidos. La nota entraba en detalles sobre el pasaje, que a este puerto han llegado, entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería don José de San Martín, primer ayudante de campo del general en xefe del exército, marqués de Coupigny; el capitán de infantería don Francisco Vera, el alférez de navío don José Zapiola, el capitán de milicias don Francisco Chilavert, el alférez de carabineros reales don Carlos Alvear y Balbastro, individuos que han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria.

El de Yapeyú era de lejos el de mayor rango, pero eso apenas duraría lo que tardó la *Gaceta* en convertirse en periódico pasado. A las pocas semanas, durante una reunión de la logia que había seguido

sesionando en Londres tras la partida de Cádiz de sus integrantes, y ahora lo hacía en Buenos Aires, Bernardino Rivadavia, a la sazón secretario de Guerra del Triunvirato y hombre fuerte del gobierno que, con espíritu centralista, gobernaba la naciente república, perdió los estribos durante un debate sobre la inestable situación política, con las provincias en plan de rebelión contra la capital, cuando San Martín planteó que una monarquía les vendría bien a esas tierras para poner un poco de orden. De la mano de Rivadavia salió volando, zas, una botella de vino mendocino que pasó a centímetros de la nariz de San Martín.

—¿Con qué objeto, si se puede saber, viene usted entonces a la república? —interrogó a San Martín, sin asomo de arrepentimiento.

—Con el de trabajar por la independencia de mi país natal —le respondió San Martín sin siquiera protestar por la agresión—, que en cuanto a la forma de su gobierno, él se dará la que quiera en uso de esa misma independencia.

Semanas más tarde, el ocho de octubre, San Martín y Alvear encabezarían un golpe de Estado contra el Triunvirato. Para el éxito del complot resultó decisiva la participación de los Granaderos a Caballo que el teniente coronel, el argentino que más experiencia de combate tenía en esos tiempos, había sido encargado de formar para defender a la ciudad de los ataques españoles. El Triunvirato había perdido su base de poder al despertar el rechazo de independentistas como San Martín y Alvear, así como de radicales revolucionarios como Bernardo de Monteagudo, que había azotado a los triunviros desde la *Gaceta de Buenos Aires*, de la que era director. Acosado, el gobierno impuso la censura, y con ello y con los triunfos del Ejército del Norte contra las tropas españolas, que el Triunvirato rechazó porque la orden había sido no atacar a las tropas del rey, la rebelión se tornó inevitable. Con los granaderos de San Martín en la plaza, la Asamblea, nombrada por el saliente gobierno, procedió a elegir un nuevo Triunvirato, al que llegaron dos miembros de la logia cercanos a Alvear, quien saltó de los bajos de la lista de personalidades de la fragata Canning, a dominar el recién instalado gobierno.

La luna de miel del segundo Triunvirato fue corta y San Martín, que comprendió pronto que los vaivenes seguirían, se atrincheró en sus tareas militares, que en cuestión de meses reportaron resultados con la victoria, el tres de febrero del año trece, en el combate de San Lorenzo, algo que, al parecer, poco impresionó al gobierno: en vez de ascender a San Martín, le otorgó el grado de coronel a Alvear, quien asumió el mando del segundo regimiento de Infantería, amo y señor

de la ciudad.

San Martín hacía oídos sordos a los rumores que el propio Alvear propagaba, lo mismo en las reuniones de la logia a las que San Martín, apostado fuera de la capital, poco asistía, que en las veladas y en los bailes de postín que el nuevo hombre fuerte del gobierno organizaba para agasajar a sus seguidores, pero sobre todo para dejar en claro quién mandaba en la ciudad. Coronel, le decían sus granaderos, que dice que la suerte y la cobardía de los del rey y no las habilidades de usted fueron las razones de la victoria en el convento. Que no, coronel, que eso es lo de menos, que ahora anda repitiendo que usted no es hijo de sus padres sino del señor padre de él, de don Diego de Alvear y Ponce de León, que lo apellida completo y lo pronuncia sonoro cuando lo menciona, con una criada de Yapeyú que después del nacimiento lo entregó a usted a los San Martín para su crianza.

—Que revisen si no el parecido —les dice a sus contertulios—, aunque aclara que él es blanco mientras usted es cenizo.

—A palabras necias. —se limitó a responderle a Remedios, su esposa, cuando ella le confirmó que Alvear había dado rienda suelta a esas habladurías.

—Que no hay peor sordo, señor, que el que no desea oír —les respondió ella que, en el año escaso que llevaban de casados, le había demostrado que nada se guardaba.

Había sido un flechazo de amor a primera vista. Una noche de otoño, a las pocas semanas de desembarcar en Buenos Aires, San Martín asistió con su uniforme de gala a un baile que organizaba una buena amiga de los Alvear, confidente de doña Tomasa de la Quintana, una dama extrovertida y culta que para entonces había ganado fama entre los criollos más encopetados, por presidir animadas tertulias en su casona de la calle de la Santísima Trinidad. Casada con don Antonio de la Escalada, un prestigioso potentado porteño que se alineaba con los radicales de Monteagudo, doña Tomasa se interesó en las narraciones de San Martín sobre la guerra en la península y al poco rato de conocerlo lo invitó para que a la semana siguiente asistiera a la tertulia, pese a que poco la convencía su color de piel.

El teniente coronel llegó puntual, como era su costumbre, y antes de que la velada se animara con discusiones y con los acordes de un clavecín, la vio por primera vez. Alta, pálida y delgada, San Martín sintió que María de los Remedios de la Escalada y Quintana, con un porte y una seguridad muy por encima de sus catorce años, le clavaba sus ojos negros incluso antes de que los presentaran formalmente. Al

oficial se le atragantaron las palabras y tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantener la mente concentrada y seguir hablando, pues se sentía obligado con la anfitriona a justificar la invitación con sus relatos y opiniones. Pero una y otra vez después de ser presentado a la joven, su habla se cortó cuando sentía que la muchacha lo barría con un vistazo, que le aseguro, general, y lo digo con el mayor de los respetos hacia ella, esa mujer me ha mirado para toda la vida, que así se lo confió a Mariano Necochea semanas más tarde.

San Martín comenzó a visitarla con la anuencia de don Antonio y a pesar de las protestas de doña Tomasa, que no es más que un plebeyo con piel mestiza y además le lleva veinte años. De eso, de la edad, Tomasa, debemos más bien alegrarnos porque nos asegura que la ayudará a sentar cabeza, respondía el marido, que Remedios, mírala, está hecha una mujer pero todavía hay en ella una niña imprudente e impetuosa que necesita un hombre que dedique sus mejores esfuerzos a asesarla. De matrimonio ya se hablaba a finales del invierno, aunque de nuevo las hablillas de la aldea, que eso y nada más es este pueblo con pretensiones de ciudad, decía furioso el prometido, llegaron a oídos de San Martín: triste suerte le espera al teniente coronel, ha caído en las redes de una muchacha coqueta que gusta de escaparse con su criada al río para bañarse sin mayores pudores. Y será que a él le preocupa, replicaba algún otro, porque imagino que no sólo pretenderá el costoso ajuar que de seguro don Antonio pagará, sino asegurarse una rica heredad, que muy condecorado habrá desembarcado de la fragata Canning, pero no tiene dónde caerse muerto.

—Qué le habrá visto nuestra hija a ese oscurito hijo de las misiones —protestaba doña Tomasa incluso después que don Antonio la convenciera de aceptar la propuesta matrimonial.

—Si está encantada, mira nada más cómo se queda embelesada cuando lo ve al soldadote, con su uniforme —replicaba don Antonio—. Si además se nota a las claras que es un buen hombre.

San Martín dejó boquiabiertos a muchos cuando devolvió el costoso ajuar después de la pequeña ceremonia privada de matrimonio en la iglesia de Nuestra Señora del Rescate, en la que Alvear actuó como padrino, el sábado doce de septiembre, menos de tres meses después de que Remedios clavara por primera vez sus ojos en el teniente coronel. Una semana más tarde, el día diecinueve, celebraron una gran misa nupcial en la Catedral, durante la cual cubrieron a la pareja con una mantilla blanca, símbolo de pureza y de amor, antes de presidir un lujoso sarao en la residencia de los Escalada.

No hubo luna de miel. Tres semanas más tarde, Alvear y San Martín derrocaron al Triunvirato, y mientras el primero se dedicaba a adueñarse del gobierno, el segundo culminaba la formación de los granaderos que en febrero le darían el triunfo de San Lorenzo. Buenos Aires hervía en intrigas y a pesar de sus oídos sordos que, bueno es aclararlo, algo escuchaban, San Martín elevó el muro de desconfianza cuyas primeras piedras había puesto en Cádiz frente a la prepotente personalidad del rico heredero de don Diego de Alvear. Para finales del año trece, consiguió por fin lo que quería: salir de la capital con rumbo norte para darle una mano al general Manuel Belgrano.

Después de una serie de victorias que lo habían llevado desde Salta a ocupar Potosí, en el corazón del Alto Perú, en junio del año trece, y a hacerse con la rica producción de plata del cerro, al general porteño se le vino la noche, que la suerte no se detiene y es péndulo que va y viene. El primero de octubre en Vilcapugio, y el catorce de noviembre en Ayohuma, cayó ante las tropas realistas del general cántabro Joaquín de la Pezuela. Antes de Navidad, Belgrano había desandado su triunfante camino hacia el norte para regresar al sur a lamerse las heridas en Jujuy, con los restos de su ejército que alguna vez había llegado a reunir cinco mil hombres.

Belgrano y San Martín se encontraron el diecisiete de enero del año catorce en la posta de Algarrobo, cerca de la finca de Yatasto. Para entonces la logia, dentro de la cual sólo mandaba Alvear tras la partida de San Martín, había resuelto defenestrar a Belgrano y poner en su lugar al de Yapeyú, que llegó al norte con doscientos cincuenta de sus mejores granaderos, ochocientos infantes del séptimo batallón y un centenar de artilleros. Al principio San Martín se resistió, que de injusticia hay mucho en todo esto, cuando unos mastuerzos de la capital que jamás han escuchado el zumbido de una bala resuelven castigar a un sacrificado general al que jamás respaldaron lo suficiente. Pero el veintinueve de enero asumió el mando, después de largas conversaciones con Belgrano, durante las cuales insistió en aprender de su experiencia tras cuatro años de campañas en el norte.

—Aparte de su generosa amabilidad, amigo San Martín, no entiendo a qué se empeña usted en buscar el consejo de un viejo derrotado y enfermizo.

—La suerte pasa, general, pero el saber queda —le respondió.

Le hizo ver que veinte años de combates en Europa le habían enseñado mucho sobre derrotas y achaques pero, avergonzado aún por tener que sustituir a un hombre al que consideraba ante todo un

brillante intelectual, obtuvo la promesa del general de que seguiría brindándole su consejo y le aseguró: mi mejor homenaje a estos años suyos de tanto sacrificio será levantar de nuevo a este ejército y convertirlo en la herramienta que defina para siempre no solamente la suerte de estas tierras sino la de toda la América hispana. A Belgrano, que tenía las alforjas cargadas de escepticismo, debió de parecerle un loco pero, agradecido porque San Martín le había hecho más llevadera su mala hora, le deseó lo mejor, aunque para serle sincero, mi querido amigo, no tengo idea de cómo logrará usted semejante propósito.

—No se preocupe, general —le contestó sin solemnidad—: yo tengo un plan.

Al día siguiente de asumir el mando y convencido de que tan desbaratado ejército necesitaba con urgencia un latigazo de moral, dictó una proclama para sus soldados en la que los comprometía a salvar al país, que se encuentra, mis bravos, en estado inminente de sucumbir. A los tucumanos también acudió: constancia, unión y apareceremos invencibles, les escribió, y con prisa pero sin pausa procedió a fortalecer las defensas contra un eventual ataque de los realistas desde el norte, lo que incluía apoyar a los guerrilleros que actuaban entre Jujuy y Salta, garantizar recursos para vestir a su ejército desnudo, asegurar la paga de la tropa, que debemos cancelarles al menos cuatro reales a la semana, y luego sí, armar y adiestrar a los soldados y a sus mandos.

En las afueras de Tucumán los soldados construyeron, en cuestión de semanas, una fortaleza destinada a convertirse en la última línea de defensa contra una invasión realista por el norte, mientras San Martín contrataba la confección de tres mil uniformes que debían estar listos antes del invierno, y se empeñaba en mejorar el armamento y multiplicar la munición. Al principio los tucumanos apoyaron la iniciativa del coronel con amplitud, pero pronto quedó en evidencia que se trataba de recursos limitados. San Martín tomó la decisión de desviar fondos del tesoro de Potosí, que estaba obligado a despachar a Buenos Aires, para aplicarlos en la resurrección de su ejército, hasta el punto de que se hizo merecedor de un rapapolvo del director supremo de las Provincias Unidas, Gervasio Posadas, a quien le detalló, en una carta cargada de mañosas argumentaciones que usó para justificarse, los que llamó, así de simple, urgentes e imperiosos motivos que me han obligado a obedecer y no cumplir la orden superior.

Los ímpetus organizadores del coronel aguantaron las

reprimendas de la capital, pero no así su salud. A fines de mayo del catorce, con el invierno tocando a las puertas, cayó rendido ante una combinación del asma que ya lo había atacado en Cádiz con repetidos vómitos de sangre que los médicos atribuyeron entonces a las heridas de guerra de sus años europeos y a los golpes recibidos en el combate de San Lorenzo. Obligado a retirarse a la hacienda La Ramada, cerca de San Miguel de Tucumán, y luego, en busca de un clima más seco, a Córdoba, un par de veces recayó y se recuperó, aunque otras tantas se refugió en sus problemas de salud para demorar la respuesta a las cartas que lo emplazaban a limitar los gastos y que le llegaban en serie desde Buenos Aires, donde Posadas, que en agosto había nombrado a San Martín gobernador de la provincia de Cuyo, aún esperaba que semejante designación obligara al oficial a apegarse más a sus instrucciones, que ya muchos en la capital acusaban al nuevo gobernador de dilapidar los fondos y moverse como rueda suelta del carruaje de las Provincias Unidas.

—Gobernador, que se acumulan las cartas.

—No hay urgencia —respondía San Martín—, que allá en la capital se acumulan las disputas.

Y era cierto. En enero del año quince, tras cobrar como propia la victoria naval del almirante Guillermo Brown meses atrás contra los realistas de Montevideo, los amigos de Alvear en la Asamblea destituyeron a Posadas y nombraron al coronel y líder de la logia nuevo director supremo. San Martín seguía guardando para sí las reservas que tenía frente a su padrino de bodas, pero respondió con despliegue de elogios la carta que en pose de pavorreal le había mandado Alvear para reportarle la toma de Montevideo. La fortuna me ha favorecido en todas mis empresas admirablemente, le había escrito Alvear, y mi ejército lo he aumentado prodigiosamente no sólo con los prisioneros que han tomado partido sino con gran número de reclutas que he hecho en la campaña.

—Pero éste qué se cree —masculló San Martín al leer la misiva.

Ni Napoleón, escribió por todo comentario en los márgenes de la carta. Cuando supo que Alvear se había convertido en el nuevo director supremo, se preparó para lo peor. Una vez más, echó mano de su salud y alegó nuevos achaques para pedir una licencia y trasladarse a Rosario, en busca de mejores aires. Todopoderoso como se sentía Alvear, el correo enviado por él autorizando la licencia y designando un remplazo en el cargo de gobernador voló de Buenos Aires hasta Cuyo, pues con ello Alvear esperaba apartar por fin del camino a su compañero de Cádiz, Londres y la logia. Pero el director supremo erró

el tiro y la divulgación de su decisión desató la indignación de los cuyanos más poderosos, así como una serie de tropeles en las calles que derivaron en un cabildo abierto que exigía la ratificación de San Martín.

Cuando las reclamaciones cuyanas llegaron a manos de Alvear, el recién designado director supremo ya se tambaleaba, que Santa Fe y Córdoba han declarado su independencia de Buenos Aires y en la banda oriental José Artigas gobierna sin hacerle caso a Alvear, pobre niño mimado, decían, que creyó que gobernar estas tierras le sería tan fácil como usurpar una victoria. Acorralado, el director supremo, que de ello apenas conseguía conservar el título, confirmó a San Martín en el cargo, que la ha tacado bien este bastardo y se andará frotando las manos, pero ya le pasaré la cuenta. No tuvo ocasión. El diecisiete de abril, tras una revuelta del cabildo capitalino, renunció a su cargo para embarcarse enseguida con su esposa y sus tres hijos al exilio. Buenos Aires estaba sumida en el caos y las Provincias Unidas no hacían honor a su nombre. San Martín, que vivía quejándose de tanta inestabilidad, comprendió esta vez que la precariedad de la situación política podía ser una ventaja, sobre todo porque al final de tantas vueltas y revueltas su poder había quedado afianzado en Cuyo, donde no sólo se había convertido en un gobernador intocable, sino que mandaba sobre un ejército de más de tres mil hombres y que seguía creciendo.

—Entre tanto lío, andan todos distraídos y es mejor así, porque nos dejan trabajar tranquilos —le dijo San Martín al médico Zapata, antes de agregar, con una sonrisa—: que en Buenos Aires están tan preocupados que al mismísimo Rivadavia, que casi me mata de un botellazo cuando le hablé de monarquía, le han enviado en compañía del amigo Belgrano en misión diplomática a Europa, para buscar un príncipe que se haga cargo del gobierno de estas tierras.

—Pero qué tamaña insensatez.

—Ni tanto, galeno ilustre, que si seguimos con gobiernitos que duran meses. No parece que los políticos hayan comprendido que tantos sueños de libertad de las tierras americanas bien podrían terminar en la peor pesadilla.

—Por qué lo dice, coronel.

—El general Morillo ha reconquistado para la corona las tierras granadinas y venezolanas, mientras en Chile, a punta de divisiones y traiciones, están derrotando a los patriotas —le explicó San Martín, al tiempo que con el dedo gordo apretujaba el tabaco de Salta en su pipa inglesa.

—Pero acá y en el Río de la Plata vamos ganando terreno.

—Sólo para matarnos entre nosotros a la hora de decidir quién manda sobre cada legua que les ganamos a los soldados del rey —replicó—. Y esas tropas, óigame bien, siempre podrán contraatacar mientras la corona cuente con el oro y la plata de la sierra peruana, tierras éstas que sigue dominando a placer, como en los mejores años del siglo pasado.

En medio de las preocupaciones, no temo la ruina absoluta por cuenta de los españoles, sino por las desavenencias internas, derivadas de nuestra falta de educación y juicio, solía decir a sus contertulios en Cuyo. Tras superar una nueva recaída a principios del año dieciséis, San Martín, que se sentía mucho más animado desde que el galeno Zapata comenzara a suministrarle bajas dosis de opio, pudo hacer balance de sus logros, que no eran pocos. Contaba con un ejército de cuatro mil hombres bien preparados, que no sólo conocen los rudimentos del recluta, escribió entonces, sino los giros, marchas y contramarchas, de frente y de flanco, y el manejo de la tercerola, y de la lanza y el sable, instrucción ésta que dicto personalmente, y están debidamente uniformados y razonablemente armados, que la buena fortuna nos ha traído entre los emigrados de Chile al padre fray Luis Beltrán, que ha hecho de nuestra fábrica de municiones un ejemplo de productividad, no sólo en variedad de armas y gran calidad de municiones y de pólvora, sino en herrajes y hasta uniformes.

El franciscano, nacido en Mendoza, quien además de carpintero y herrero era un estudioso de la química, las matemáticas y la mecánica, se había hecho cargo en Chile de la maestranza del ejército patriota que, barrido en Rancagua en octubre del año catorce, cruzó los Andes hacia el este en busca de refugio y llegó a Mendoza para reforzar el reclutamiento. Muy pronto el fraile demostró sus conocimientos y San Martín lo puso al frente del arsenal, iniciado por el inglés James Paroissien y el tucumano José Antonio Álvarez de Condarco dos años atrás en Córdoba, y ahora trasladado a Mendoza, gracias a la generosidad del líder local Tomás Godoy Cruz, que cedió una espaciosa casona para instalar la usina donde fue posible aprovechar no sólo la experiencia del cura, sino las inagotables fuentes de salitre de la región, materia prima fundamental para la fabricación de pólvora.

Pero de nada nos servirá el mejor de los ejércitos si las gentes de por acá andan descontentas, repetía San Martín, que no olvidaba que a su cargo militar debía sumar sus funciones como gobernador de Cuyo. Por eso impulsó la vacunación obligatoria contra la viruela, construyó

tres hospitales en Mendoza, San Juan y San Luis, convirtió a Paroissien, que antes que armero era médico, en cirujano jefe del ejército y director del hospital militar, promovió un nuevo sistema de irrigación en las vasta tierras agrícolas para desarrollar los viñedos y otras siembras, reformó las escuelas, fundó la primera biblioteca en Mendoza y hasta tuvo tiempo de pensar en el embellecimiento de la ciudad, que para ello ordenó la siembra de cuatro largas hileras de álamos, con el fin de extender el paseo iniciado ocho años antes por el cabildo.

San Martín comprendía que la presión tributaria a que había sometido a la región, con un elevado impuesto a las ventas, nuevas y más altas tasas directas e indirectas, derechos de aduana, cuotas prediales, empréstitos forzosos como la derrama y apropiación de los ahorros eclesiásticos, además de las contribuciones voluntarias, estaba agotando a la región, que yo sé bien que les pido en demasía, pero qué podemos hacer, caballeros, sólo una economía de guerra nos puede preparar para lo que viene. Claro que siempre podía defenderse con los avances en salud y educación, con las nuevas redes de riego y hasta con el paseo de la Alameda, que en algo distraían la atención del pago de tributos, así como de la caída de los negocios tras la derrota patriota en Chile, que trajo aparejado el cierre del comercio trasandino.

—Coronel, ¿y qué es lo que viene? —le preguntó una noche de baile y sarao, un terrateniente de la región—. ¿Atacaremos por fin a los españoles al norte?

—Lo que viene, mi estimado amigo, es algo mucho más ambicioso y definitivo que insistir en una guerra en el norte que está perdida de antemano, como lo han demostrado medio decenio de derrotas sin que hayamos podido abrirnos paso hasta el Alto Perú.

—¿Y entonces, coronel?

—Yo conozco otro camino.

Y lo conocía. Mientras Rufino Guido cumplía con su oferta de ir por café, San Martín continuó su paseo por la cubierta del Macedonia, estirando los brazos y girando la cabeza para despertar los músculos entumecidos del cuello, antes de levantar la mirada en busca de la luna creciente, inalcanzable a esa hora en lo más alto del firmamento. El general reparó en las aguas espesas de la ría y recordó aquellos años felices en Mendoza en que empezó a develar sus planes poco a poco, con el secretismo que tanto le gustaba elevado a escala de manía, que bien sabía que con ello se aseguraba un poder que jamás había tenido: gobernar una región y someterla, a punta de persuasión, a los mayores sacrificios, entrenar una tropa y mandarla, sin que ninguno de sus

regidos tuviera una idea clara de lo que el jefe proyectaba.

San Martín no había visto la luz en Mendoza ni meses antes en Tucumán. Tampoco en Buenos Aires, que allá, insistía, todo es siempre confusión. La había visto en Londres, cinco años atrás. Mientras Alvear se dedicaba a la buena vida que los inagotables recursos de su herencia le permitían, y Zapiola y otros miembros del clan lo acompañaban, el de Tapeyú desembarcó en la mansión que desde inicios del siglo y en el número veintiocho de Grafton Street había adquirido el legendario venezolano Francisco de Miranda, mariscal de la República Francesa y héroe de su revolución, oficial destacado y condecorado de la guerra de Independencia de Estados Unidos y promotor como el que más y desde hacía varios años de la independencia de las colonias españolas en América, con el sueño de fundirlas, una vez libres, en una gigantesca y poderosa nación que él llamaba Colombeia.

Miranda ya no estaba en la lujosa residencia, una *terrace* georgiana de cuatro pisos y un sótano, levantada veinte años antes, pues Simón Bolívar había venido desde Caracas para convencerlo de regresar a Venezuela y ponerse al frente de las tropas patriotas que debían defender al gobierno local, surgido del levantamiento del diecinueve de abril de 1810. Pero la mansión seguía cumpliendo la tarea que su dueño le había asignado: mi casa en esta ciudad de Londres es y será siempre el punto fijo para la independencia y libertades del continente colombiano, que con ese propósito operaba allí la logia, la Gran Reunión Americana, partían de allí para la imprenta los textos de *El Colombiano,* periódico que auspiciaba la emancipación de la América hispana, y por su elegante portal entraban y salían a diario venezolanos y granadinos, lo mismo que chilenos y rioplatenses.

Cuando San Martín apareció en Grafton Street, aparte de la familia del secretario de Miranda, el italiano Tomás Molini, ocupaban la casa los caraqueños Luis López Méndez y Andrés Bello, que habían llegado con Bolívar pero se quedaron en la capital británica en busca de un empréstito para apoyar el esfuerzo libertador en la antigua Capitanía General de Venezuela. Entre Bello y San Martín la amistad comenzó a tejerse desde el primer saludo, y el cultivado poeta lo llevó de la mano a explorar los seis mil volúmenes de la biblioteca de Miranda que ocupaba el tercer nivel de la casona, y lo introdujo en algunos de los apartes más reveladores de los sesenta y tres tomos que, identificados en el lomo con el título de Colombeia, reunían los apuntes atesorados durante años por Miranda con los planes y los alcances de su sueño americano.

Pero ni la biblioteca ni los archivos de Colombeia impresionaron a San Martín tanto como lo que Bello le contó de las conversaciones de Miranda con el secretario de Exteriores británico Richard Wellesley, hermano mayor de Wellington, de las que el caraqueño había sido testigo, que lo primero, don Andrés, le dijo San Martín, es una quimera iluminada, pero lo segundo, lo que usted me cuenta del proyecto inglés, es el camino para sentar sus bases. El marqués de Wellesley pasó por encima de la alianza que Londres mantenía en esos momentos con la corona española, en contra de Napoleón, y que les impedía a los británicos tomar contacto con los revolucionarios de la América hispana, y en Apsley House, frente al Green Park, sostuvo varias reuniones con Miranda, Bolívar, López Méndez y Bello, dos a mediados de julio, dos más a principios de agosto y la última el nueve de septiembre de 1811, para discutir eventuales apoyos al esfuerzo libertador, que sólo Inglaterra, ama de los mares, sostenía Bolívar, puede defendernos de las fuerzas unidas de la reacción europea.

—He de decirle, coronel San Martín —le comentó Bello durante una caminata por Pall Mall—, que a mí al principio el plan me pareció alrevesado.

—Sí, al principio, pero luego cobra todo el sentido, es regla de las ideas geniales resultar absurdas a la primera mirada.

San Martín se dedicó a preguntar, y para obtener respuestas más completas que la somera exposición que Bello había conocido se dedicó a sacarles fruto a sus contactos con aquellos a quienes, en Cádiz, James Duff les había escrito cartas recomendándolo. Entre ellos estaba George Canning, antecesor de Wellesley en la cancillería, quien conocía bien el plan inglés y estaba siempre dispuesto a compartirlo con los revolucionarios de las colonias españolas. James Duff también le escribió a Robert Stewart, vizconde de Castlereagh, que se disponía a suceder a Wellesley en la Secretaría para Asuntos Exteriores, y a Robert Saunders Dundas, que estaba a punto de convertirse en lord del almirantazgo, con quienes San Martín y los demás miembros de la Gran Reunión Americana compartían el lenguaje y las costumbres de las logias.

—Tengo claro que aquí, amigo Bello —le dijo una tarde San Martín —, no es posible ser alguien sin estar ligado a esta red.

El caraqueño creyó leer alguna intención en el mensaje de su nuevo amigo y, en unión de López Méndez, promovió a San Martín al quinto grado de la Gran Reunión Americana, una ocasión para que el oficial retirado de la corona española hiciese un juramento. En una solemne ceremonia, ataviado para la ocasión y con una emoción en el

pecho que le resultaba extraña a su mente descreída, procedió sin titubeos a la jura: nunca reconoceré por gobierno legítimo de nuestra patria sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderé, por cuantos medios estén a mi alcance, a trabajar para que los pueblos se decidan por él.

El teniente coronel que en Cádiz había mirado con desconfianza las actividades de clubes y de clanes, antes, claro está, de sumarse él mismo a la Logia Integridad y, más tarde, a las veladas en la casa de Alvear, había quedado impactado al llegar a Londres por la forma como la telaraña de amigos británicos controlaba el poder, que el uno sucede al otro en ese cargo y el de más allá sucede a aquél en ese otro, pensaba, y son más las decisiones que adoptan cuando se encuentran en la Freemason's Tavern o en sus tenidas en el templo, que en las reuniones de gabinete.

—Esto no sólo les da control sobre el gobierno, sino la garantía de continuidad de sus políticas —le explicó Bello una mañana, mientras tomaban café en la biblioteca.

—No consigo saber si eso es bueno o malo —replicó San Martín, que volvió a las dudas después de la ceremonia— porque a ver quién sale a responder por las malas decisiones, me da igual si las toman en la sala de gabinete que en la taberna.

Más allá de los cuestionamientos, resultaba válida la impresión que él se estaba formando de que poco se movía en el alto poder londinense sin pasar por el tamiz de la masonería, a la que casi todos los importantes parecían estar ligados: los unos, como Duff, por formar parte de la Gran Logia de Escocia; los otros, como Dundas, a la logia número cuarenta y cuatro, y los demás, como Wellesley, su hermano Wellington y el primer ministro de inicios del siglo, William Pitt, por vínculos más secretos. Para no mencionar al mismísimo príncipe regente, el futuro Jorge IV, convertido en Gran Maestre de la Moderna Masonería Constitucional Inglesa, y a quien se le conocía más por ser un dandyjuerguista e irresponsable que se había visto obligado a asumir el mando ante los desvaríos mentales de su padre, Jorge III.

La porfiria, dictaminada por los médicos, que lo mismo le ocasionaba una insoportable sensibilidad a la luz que graves alteraciones en los nervios y en el desarrollo lógico de sus reflexiones, había sellado la suerte del monarca quien, de cualquier manera, había sido condenado temprano para la historia como el rey que había perdido a América en 1778, lo que había contribuido tanto como su

enfermedad a que el parlamento lo separara del cargo aun si, por encima de todas esas circunstancias, Jorge III seguía siendo popular y su hijo díscolo despertaba más bien recelo.

Las angustias del gobierno británico tras la pérdida de las trece colonias en la costa este del norte de América llevaron a varios colaboradores del gobierno de Pitt a buscar opciones para que el imperio se hiciera con las posesiones españolas en América del Sur o, cuando menos, para que éstas rompieran sus lazos con la península ibérica y establecieran una alianza con Londres. Un militar escocés, Thomas Maitland, concibió un primer plan a principios de 1800, a pedido de sir John Coxe Hippisley, representante durante la última década del siglo xviii, del rey Jorge III ante el papa Pío VI. El texto del proyecto llegó a manos del secretario de Guerra, Henry Dundas, padre del Dundas a quien Duff le escribió para recomendarle a San Martín, y fiel amigo del primer ministro Pitt. Dundas padre discutió el plan con Maitland y sugirió varios cambios, pues el proyecto inicial era apenas una expedición de castigo sobre los asentamientos españoles en el Río de la Plata y el secretario deseaba algo más ambicioso.

Dundas aspiraba a que las naves británicas también atacaran las costas venezolanas y asediaran Caracas, para llevar a cabo un gigantesco movimiento de pinzas sobre la América hispana. Pero Maitland difería de esa concepción, que eso es imposible, *my celebrated secretary,* usted no tiene idea de las distancias enormes que separan a Caracas del Río de la Plata, ni de las dificultades de comunicación debido a unas cordilleras gigantescas que hacen ver enanas a las admirables colinas de la silla de Arturo. Durante varias veladas mojadas con whisky, Maitland había discutido el tema con Hippisley, quien durante sus años en el Vaticano trabó amistad con un puñado de jesuitas que recalaron en Roma tras la expulsión de la Compañía de Jesús de Francia, España y Portugal, y de sus colonias, en 1773.

Dos de ellos, el mendocino Juan José Godoy y el arequipeño Juan Pablo Viscardo, se acercaron al embajador británico y gozaron de su protección, a cambio de detallada información sobre la situación de las colonias españolas en el Nuevo Mundo. En el año ochenta y uno, Viscardo había pedido a los ingleses tropas para respaldar el levantamiento de José Gabriel Condorcanqui Noguera, el célebre Túpac Amaru II, quien tras una rebelión de veinticinco semanas fue capturado, torturado durante varios días para que delatara a sus colaboradores y luego obligado a presenciar el tormento y muerte de algunos de ellos, así como de su esposa y de sus dos hijos. Le cortaron la

lengua y luego amarraron sus extremidades a cuatro caballos con el propósito de descuartizarlo, pero una contextura física excepcional impidió que sus martirizadores tuvieran éxito, más allá de que consiguieron dislocarle los brazos, la pelvis y una pierna. Derrotados, los verdugos procedieron a cortarle la cabeza, que exhibieron en lo alto de una lanza durante varios días en Cuzco y Tinta, mientras sus brazos y sus piernas viajaban a otros poblados para ser mostrados con el mismo propósito de escarmiento.

Viscardo nunca consiguió el apoyo inglés para Túpac Amaru, pero sí alentó entre los funcionarios ingleses las inquietudes sobre el espíritu rebelde que despertaba en la América hispana. Hippisley aprendió mucho de él: nada se logrará sin arrancarle de las manos a la corona española las minas de oro del Perú y las de plata de Potosí. También del mendocino Godoy, quien le explicó una y otra vez que no sería posible invadir el Alto Perú y, por ende, capturar Potosí, desde las planicies al norte del Río de la Plata, no sólo porque la cordillera es una pared infranqueable, señor, sino porque la población indígena desconfiaría de cualquier libertador blanco venido de Buenos Aires o de la pampa, que al final han sido esos blancos quienes los han explotado.

Hippisley imaginaba que los ingleses podían atacar por mar desde sus colonias en las Indias Orientales y el Pacífico sur, y por ello mismo tenía los ojos puestos en las costas de Perú y de Chile. Él y sus amigos jesuitas de Roma concluyeron que, tras la toma de los puertos de Buenos Aires y Montevideo para controlar la salida de plata, un ejército debería hacerse fuerte en Mendoza y prepararse para pasar los Andes en dirección a Chile, liberarlo, y finalmente, con apoyo británico, lanzar una expedición marítima al Perú y desembarcar allí para ocupar las minas de oro y concluir la tarea. Godoy trazó un mapa detallado con las rutas de paso entre Mendoza y el valle de Santiago de Chile, el cual sirvió de base a los análisis que Maitland le entregó a Dundas.

—No hay que olvidar Guayaquil —le dijo en una ocasión Viscardo a Hippisley—, es el gran astillero de España en el Pacífico, con las mejores maderas al alcance de la mano y los más excelsos armadores y ebanistas, y una vez tomado ese puerto, que cuenta con la protección natural de una extraordinaria ría, puede ser la base de operaciones para el control de toda la costa, desde el virreinato de la Nueva Granada hasta la Patagonia, e incluso puede servir para una etapa ulterior, con las costas de la Nueva España como objetivo, que esas rutas las conocen bien los contrabandistas que sacan el cacao de

Guayaquil hacia las costas al sur de la Baja California.

A finales de 1800, el plan de Maitland tuvo la aprobación de Dundas, que debía llevarlo al gabinete para que recibiera el visto bueno definitivo y consiguiera fondos para su financiación. Pero el catorce de marzo del año uno, el gobierno de Pitt cayó en medio de una agria controversia sobre la propuesta del primer ministro de unificar a Irlanda a cambio de decretar la libertad de culto a los católicos, una iniciativa que enfureció al rey. Dundas corrió peor suerte, pues el parlamento comenzó una investigación que apuntaba a acusarlo de apropiarse dineros del almirantazgo, algo que manchó para siempre su prestigio, aun si en 1804, cuando Pitt volvió al poder y designó a Dundas primer lord del almirantazgo, las pesquisas habían concluido en su absolución.

Un último intento por revivir el plan tomó forma el catorce de octubre del año cuatro, durante un almuerzo entre Dundas, quien para entonces ostentaba el título de lord Melville y ni aun así conseguía limpiar su nombre, sir Home Riggs Popham, almirante de la Armada Real y miembro del parlamento, y el venezolano Miranda. Popham había conversado dos días antes con el primer ministro Pitt sobre el recurrente asunto de las colonias españolas en América, y Pitt le pidió que revisara las ideas que habían barajado cuatro años antes. Durante el almuerzo del día catorce, Dundas y Popham desempolvaron el plan de Maitland, lo discutieron con Miranda y trazaron uno nuevo, que olvidaba el énfasis en el Perú y retornaba a la idea original de las pinzas, con dos ataques coordinados en el tiempo: uno a las costas venezolanas y otro al Río de la Plata.

—Fue lo que ocurrió en el año seis —le comentó San Martín a Bello cuando, entre tenidas con los amigos de las logias británicas yjarras de cerveza negra en la Freemason's Tavern, conoció la historia del plan de Maitland y de las variaciones que sufrió en el año cuatro.

—Así es —respondió Bello—: Miranda desembarcó en la Vela de Coro y el propio Popham, en compañía de William Beresford, en el Río de la Plata, y no se sabe a cuál de las dos expediciones le fue peor.

—Sin duda a Miranda —comentó San Martín—, pues los ingleses permanecieron algunas semanas en Buenos Aires y alcanzaron a decretar el libre comercio, uno de los objetivos del plan original.

—Pero igual.

—Igual salieron derrotados. La idea de las pinzas es impracticable, es más fácil ir de Cádiz a Caracas que de Caracas a Buenos Aires. Y mientras no seamos capaces de caer sobre el Perú, todo esfuerzo será en vano.

—Tal vez habría que pensar en eso, en una operación directa sobre el Perú.

—Para nada, amigo Bello, el propio Maitland advirtió contra la tentación de un *coup de main* para tomar Callao y Lima, ya que podría indisponer a la población de la ciudad, que es muy afecta a la corona.

—¿Y entonces?

—Habría que ir paso a paso y, sólo en el final, lanzar la expedición sobre las costas peruanas, con el ánimo no de vencer sino de convencer a los limeños.

Esos señoritos insoportables, pensó San Martín mientras bebía el último sorbo del café que Rufino Guido le había traído hasta la proa del Macedonia, aquella mañana recién aclarada del viernes veintiséis de julio de 1822. Aunque la verdad, desarrolló la idea en la cabeza, si en Lima los locales no han hecho más que crearme problemas, los oficiales que desembarcaron conmigo, mis propios compañeros de armas, tampoco han contribuido a mejorar el ambiente.

—Qué lejos ha llegado, general, mire ya donde estamos —se animó Guido a decirle, mientras el perfil de la sierra que conducía a Quito asomaba como telón de fondo de la ría y la luna creciente, ya casi llena, perdía con el sol la batalla de la luz.

—La pregunta no es qué tan lejos hemos avanzado, sino en qué condiciones estamos llegando.

—Usted no debería de tener queja: en San Lorenzo aseguró la libertad de Buenos Aires, consolidó luego las defensas tucumanas para evitar una invasión realista por el norte, desde Mendoza organizó el más eficaz y valeroso ejército para cruzar los Andes, liberó a Chile, desembarcó en el Perú y en cuestión de meses se hizo con Lima sin disparar un tiro.

—Sí, Guido, pero no se me haga el ingenuo que todo esto es muy frágil —respondió con la boca arrugada—. Usted bien sabe que las tropas del rey pueden caer cualquier día de éstos desde la sierra sobre Lima, y ni hablar de lo lejos que estamos de controlar la cordillera y el Alto Perú.

El coronel optó una vez más por callar, que las malas pulgas del general saltaban a la vista. De cualquier modo, San Martín, tan amigo del secretismo, no le habría explicado que a eso venía, aunque Guido lo sabía, a eso y a algo más: a pedir el apoyo de las tropas colombianas para sacar a los realistas de la sierra, claro, pero también a garantizar que Bolívar no anexara a Guayaquil a la naciente república que ya cubría, en un enorme arco, desde la desembocadura del Orinoco hasta Popayán, abarcando las costas del Caribe hasta Panamá, los llanos

venezolanos y las cordilleras del antiguo virreinato de la Nueva Granada.

Y eso último, Guayaquil, parecía perdido, como la víspera se lo habían hecho saber los peruanistas del puerto que se habían refugiado en el navío Protector, anclado como el Macedonia, frente a la isla Puná, apenas la nave de San Martín hizo presencia a la entrada de la ría. Doce días antes, después de que Bolívar, cuyas tropas controlaban la ciudad, argumentara que Guayaquil estaba sumida en el caos, la junta que la gobernaba desde la declaración de independencia dos años atrás presumió que había sido depuesta y que el caraqueño se había hecho con el poder efectivo. Durante una asamblea el día trece, con las calles atiborradas de manifestantes bolivarianos y después de que un grupo de notables enemigos de la junta pidiese la anexión a Colombia, Bolívar declaró que el puerto y la provincia que lo rodeaba eran parte integral de ese país.

Por eso, antes de desembarcar, San Martín comenzaba a resignarse a limitar sus demandas al otro objetivo, las tropas colombianas que debían apoyar el esfuerzo libertador del Perú. Lo creía alcanzable. Pasó revista a los argumentos que le expondría a su par del norte y se imaginó de nuevo, como en Maipú en 1818, como en Mendoza en el dieciséis, amo y señor de un ejército invencible que derrotara, esta vez por fin y para siempre, a las tropas de Fernando VII y las desterrara de suelo americano.

Ahí estaban, en la borrasca de recuerdos, el rostro de Remedios, Merceditas en sus brazos con apenas cinco meses en este mundo, la ceremonia del adiós en el portal de la casona de Mendoza, la tez amarilla, el cuerpo seco y los músculos delgados de su esposa. La salud de la madre había empeorado con la llegada del verano, y los celos del general en jefe, que se traducían en largos silencios de castigo, a poco ayudaban. Deben irse a Buenos Aires, le había dicho San Martín en tono mandatorio después de Navidad, que tú necesitas mejores aires y la bebé, mejor casa, y además, si todo sale mal en Chile no quiero que los esbirros de Marcó del Pont vengan a buscarlas. Eran excusas, pero ambos las preferían a volver sobre las verdaderas razones. Los bártulos ya estaban en el coche aquella mañana de los primeros días de enero y hubo carantoñas para la nena, besos mojados y abrazos. Pero el padre amantísimo era también el esposo frío: un ósculo seco en la frente de Remedios antes de que los ojos de San Martín esquivasen a los de su mujer que buscaba aunque fuese una mirada, un cruce fugaz por donde asomara, tras el velo de la rabia, un primer anuncio de que lo ocurrido podía quedar atrás.

Eso fue semanas antes de la otra despedida, la del pueblo de Mendoza a su animoso ejército. Esposa e hija ya no estaban cuando llegó la hora de los desfiles, los pífanos y los tambores, los discursos, la bendición de la bandera engalanada, a instancias de Remedios, con pequeñas joyas donadas por las damas mendocinas que ni así habían dejado de cotillear: hay que ver cómo se está secando esta mujer, es la huella del pecado, pobre general, un alma de cántaro. San Martín se había quedado solo, sin su familia, para cuando la Iglesia consagró la expedición al impartir la señal de la cruz sobre los soldados en el monasterio de San Francisco, a los pies de la estatua de Nuestra Señora del Carmen, patrona de las tropas, así como para todos los demás ritos y homenajes a la partida del ejército de los Andes rumbo a la cordillera enorme, rumbo a la guerra por la independencia de Chile y por la gloria en el Perú.

Los ojos de Remedios, que alguna vez lo habían mirado para toda la vida, no lo vieron esa mañana, más apuesto y ufano que nunca enfundado en su informe azul de granadero, las espuelas de bronce recién bruñidas alrededor del talón de sus altas botas negras, el sable curvo en la cintura, y una capa y una guerrera de piel de nutria, innecesarias en esa calurosa mañana de enero y que de seguro resultarían insuficientes para afrontar las cuchilladas de los gélidos ventarrones de los áridos valles al pie de las nieves perpetuas. Coronaba la cabeza del general en jefe del ejército de los Andes un bicornio forrado en hule para que no lo deshicieran las lluvias y asegurado con una correa debajo de la quijada, no vaya a ser que el viento se lo lleve hacia los profundos acantilados, que mucho había oído hablar San Martín de los caminos que les esperaban a él y a la mula sobre la que pretendía superar la cordillera más alta de las Américas.

Llevar un ejército de cinco mil hombres desde el campamento de El Plumerillo, al otro lado de esa inmensa mole, era una proeza descomunal jamás realizada. Pero a San Martín se le antojaba sencilla frente a lo que había sido batallar por casi tres años contra la resistencia del gobierno de Buenos Aires, que hasta pocos meses antes del inicio de la travesía insistía en que el ejército formado y entrenado por el de Yapeyú debía marchar hacia el norte y enfrentar a los españoles en el Alto Perú, como si todos los fracasos anteriores, señores míos, no hubiesen sido suficientes para que los engreídos de la aldea se convencieran de que mi plan es el adecuado.

El Congreso de Tucumán, celebrado en julio del dieciséis con delegados de todas las provincias, por fin había dado el paso de

declarar la independencia, un pendiente que se había extendido en forma absurda desde los levantamientos del año diez, por cuenta de las rencillas políticas y las luchas entre las regiones y la resistida capital. La caída de Alvear, que se negó una y otra vez a apoyar la iniciativa de San Martín de cruzar los Andes para liberar a Chile, y la elección de Juan Martín de Pueyrredón por parte del Congreso como nuevo director supremo allanaron el camino. A pesar de que Pueyrredón había integrado el primer Triunvirato que San Martín ayudó a derrocar en octubre del año doce, sus relaciones siempre habían sido cordiales. San Martín lo había visitado meses después del golpe, en San Luis, adonde había sido desterrado, y fue uno de los primeros a quienes confió sus planes de olvidar la guerra por el norte y concentrar los esfuerzos en un ejército capaz de cruzar los Andes, derrotar a los españoles en Chile y organizar luego una expedición naval al Perú.

Pueyrredón tenía motivos de sobra para apoyar la idea. En el año once, como gobernador de Chuquisaca en el Alto Perú, había sido el encargado de comandar al Ejército del Norte en su retirada hacia el sur, tras la derrota en Huaquí. En su camino, las desgastadas tropas pasaron por Potosí y antes de abandonar la ciudad, sobre todo su riquísimo cerro hinchado de plata, Pueyrredón ordenó cargar toda la plata amonedada y también la que estaba sin acuñar, y de ese modo salvó los restos del tesoro de la naciente república. Comandó por unos meses el Ejército del Norte, que no hizo más que perder terreno ante el avance español, y antes de entregarle el mando a Manuel Belgrano, ya estaba convencido de lo infructuosa que podía ser la lucha contra los realistas si seguía concentrada en ganar el Alto Perú desde el norte de las tierras argentinas. De modo que cuando a finales de julio del año dieciséis se entrevistó en Córdoba con San Martín, no necesitó muchas horas para convencerse de que debía apoyar los esfuerzos de la campaña hacia Chile. Lo designó general en jefe del que por fin se llamaba oficialmente ejército de los Andes, con el apoyo del Congreso lo nombró capitán general con título de excelencia y prometió entregarle todos los recursos que requería.

San Martín le tomó la oferta al pie de la letra. Pidió y pidió, y obtuvo, aunque nunca parecía suficiente. San Martín se quejaba: se me ha abandonado y comprometido del modo más inaudito, y bien sabía yo que ínterin estuviese al frente de estas tropas, no solamente no se haría la expedición a Chile, sino que no sería auxiliado, así es que mis renuncias han sido repetidas, no tanto por mi salud atrasada cuanto porque San Martín será siempre un hombre sospechoso en su propio

país. Y a éste qué mosca le ha picado, si le hemos dado todo, se molestaba Pueyrredón, y aun así, trataba de darle más, hasta que, temeroso porque las arcas nacionales terminasen tan exhaustas como ya estaban las de Cuyo, el director supremo sintió que debía ponerle un tatequieto al general en jefe: va la carne, le escribió, y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo, y carajo, no me vuelva a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza.

Libre por fin para desarrollar su ambicioso proyecto, San Martín se concentró día y noche en perfeccionar el oficio de la tropa que llevaba meses preparando para la travesía de los Andes y para la guerra que la seguiría, y no menos en las tareas de gobernar la provincia de Cuyo, lo que significaba sobre todo sacarles el último dinero a los contribuyentes que no tuvieran ya vacíos los bolsillos, y mantener el orden en una región de gente buena pero siempre reacia a que un mandatario les impusiese las reglas para vivir en sociedad.

Recorrió decenas de veces el pie de la cordillera y exploró el inicio de los diferentes pasos hacia las tierras chilenas. En un ritual de ocho días de fiestas precedido por el envío de numerosos regalos, entre ellos bridas y espuelas, pactó con los pehuenches para que cesara la frecuente hostilidad entre ellos y los hacendados cuyanos y, a cambio de algunos beneficios económicos y garantías de respeto por sus tierras, obtuvo de ellos información y apoyo sobre los secretos del cruce, que los aborígenes conocían mucho mejor que los blancos, y el permiso para atravesar sus tierras con su ejército.

—Yo también soy indio —les dijo, de pie y con todos los jefes de la tribu sentados en círculo para escuchar el parlamento del general de boca de fray Julián, un franciscano que se había ganado la total confianza de los pehuenches y hablaba su lengua como si se hubiese criado en la tribu.

Para conocer más de las eventuales rutas, San Martín envió a Álvarez de Condarco, que de armero se transmutó en diplomático, en misión ante el gobernador de Chile y favorito de la corona española, Francisco Casimiro Marcó del Pont, un gallego tan pretencioso en el despacho y los salones como eficaz en la batalla, lo que el propio Napoleón llegó a reconocer al concederle la orden de la Flor de Lis. Con una copia oficial del acta de independencia de las Provincias Unidas, votada por el Congreso de Tucumán, Álvarez de Condarco viajó por la ruta del norte, el llamado paso de Los Patos, la más larga de las dos que San Martín se inclinaba a utilizar, que estoy seguro de que así podrá explorarla y mapearla con precisión, antes de que Marcó del

Pont nos lo retorne, a las malas y por la ruta más corta, la de Uspallata.

San Martín tenía razón, aunque en la maniobra, casi pierde para siempre a su apreciado armero. Al leer el acta de independencia, el gallego perdió los papeles. Los suyos, que puedo contarlo porque lo viví, narró luego Álvarez de Condarco, que los que yo llevaba los mandó quemar a manos del verdugo que a tantos había remitido al otro mundo en los años más duros de la reconquista, y dispuesto estaba el gobernador a otorgarme idéntico tratamiento, lo que evitaron, gracias al Señor, algunos Hermanos del gobierno de Santiago. Álvarez de Condarco pintó en el aire la hache mayúscula antes de rematar el relato, una vez de vuelta en Mendoza, con la confirmación de que Marcó del Pont había ordenado su destierro por la expedita vía que conducía a la meseta de Uspallata, lo que le permitió al armero, que acababa de jugarse el pellejo como diplomático, trazar el mapa de esa otra ruta y culminar su misión de manera redonda.

Yo firmo con mano blanca, y no como la de su general, que es negra, había escrito Marcó del Pont al visar el pasaporte de Álvarez de Condarco, que el gobernador quería decirle traidor a San Martín y, por contera, alimentar los rumores sobre el origen oscuro del general.

—Con razón lo llaman así en Santiago. Maricón de cazoleta es que le dicen, ¿cierto?

—Así es, general —respondió Álvarez de Condarco, que pudo ver el desagrado en el rostro de San Martín al leer el mensaje.

El general en jefe fingió una sonrisa de desprecio que ocultaba su verdadera preocupación, que no estribaba esta vez en las hablillas sobre su cuna, sino en las que habían crecido y se habían multiplicado a lo largo de la primavera y el verano mendocino, sobre su lecho marital. Todo mi gozo en un pozo, se lamentaba en silencio el general, que cuando por fin tengo mi ejército, cuando todo está preparado para volver realidad mi sueño, una imprudencia de Remedios, que el eufemismo servía para no entrar en detalles, me lo convierte en pesadilla.

Cada comadre mendocina tenía su propia versión. Los soldados también tejían la madeja de la historia mientras limpiaban las armas y trataban de espantar, a punta de aguardiente, el bochorno de las primeras noches del verano en el campamento de El Plumerillo. Que todo es culpa del aspirante a alférez, chismorreaba la soldadesca.

—¿Cuál aspirante a alférez?

—Ramiro, el jovencito presumido, José Joaquín.

—Al fin qué, ¿Ramiro o José Joaquín?

—Que andas lento esta noche: José Joaquín y su apellido es Ramiro, y también el cabo Murillo, Gregorio de nombre para que no te confundas.

—Y qué hacían esos dos, porque son dos si entiendo bien.

—Así es, tarde pero vas acatando.

—Y no se sabe bien qué hacían —proseguía el más cotilla— pero es fácil imaginarlo, pues cada vez que el general salía de gira, dedicaban las tardes a visitarla.

— De quien se ausenta, nadie echa cuenta.

—Y en las visitas.

—¿Iban juntos o por separado?

—Juntos y revueltos, según le contaron al general los empleados de la casona, y no se quedaban en los salones, que lo grave es que la seguían a la estancia.

—Y quién lo dice.

—Pues Jesusa, la esclava que la señora Remedios trajo de Buenos Aires.

—¡Ah!, pero así no vale, la negra esa se trae su cuento con el general, que quienes lo acompañan desde la formación del Granaderos saben que, incluso antes de casarse, don José puso los ojos en el pandero de la mulata y desde entonces no ha dejado de abrevar en esa poza.

—Sí, pero una cosa es él y otra muy distinta ella.

—Son maneras de verlo: él se enreda con su esclava y ella con sus subalternos, y todos tan felices.

—El general no, que ya se sabe cómo terminaron Ramiro y Murillo, con la cabeza rapada, expulsados del ejército y desterrados de la provincia.

—Lo mismo que la señora Remedios, despachada a Buenos Aires, aunque ella sí, con la cabellera intacta.

—La cabellera tal vez, porque el cuerpo lo trae envenenado por el mismísimo Patas.

—No culpes al maligno, que es la tisis, amigo, la tisis, la que la trae moribunda, que cuando el general la expeditó para la capital, iba ella con la beba y su dama de compañía, Encarnación, en el primer carruaje, y en el segundo venía todo el equipaje, incluido un ataúd por si la vida le resultaba a la señora más corta que el trayecto a la capital.

Remedios pudo llegar a Buenos Aires, y el clima porteño y los cuidados de su casa paterna le dieron alas para reponerse y soportar el avance lento pero sostenido de la corrupción de sus pulmones. Con el orgullo herido, San Martín se refugió en los preparativos finales para la travesía de los Andes, atrincherado en un silencio de sepulcro que

sólo había de romper una vez, y apenas por los laditos, en una carta íntima al teniente coronel Tomás Guido, su amigo del alma, porque mi espíritu había padecido lo que usted no puede calcular, que algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas, y estoy seguro dirá usted nací para ser un verdadero cornudo, pero mi existencia misma la sacrificaría antes de echar una mancha sobre mi vida pública.

En los albores del nuevo año, San Martín había conseguido mal que bien pasar la página y dar por culminados más de treinta y seis meses de preparativos para la travesía de los Andes por parte de la más extraordinaria máquina de guerra surgida en el sur del continente, que no sólo debía estar lista para el durísimo trayecto sobre las cumbres heladas, sino preparada para combatir en cualquier recodo del camino contra las avanzadas realistas. Portaban una enorme bandera blanca y celeste que, alentadas por Remedios, habían tejido las monjas del monasterio de la Buena Esperanza. Llevaba los mismos colores del estandarte de las Provincias Unidas pero en dos franjas verticales en vez de las tres horizontales, pues San Martín no quería que las tropas chilenas, que se habían refugiado años atrás en Mendoza tras ser derrotadas por los realistas y que ahora marchaban con el ejército de los Andes, se sintieran sometidas por un gobierno que consideraban ajeno.

El dieciocho de enero comenzó la movilización de las avanzadas de las dos columnas principales. La primera, al mando de Juan Gregorio de Las Heras, marcharía de la base de El Plumerillo hacia la meseta de Uspallata para desde ahí atravesar la cordillera por la ruta al sur de las cumbres nevadas del Aconcagua. La integraba el batallón número once, con 718 efectivos, así como treinta Granaderos a Caballo y una veintena de artilleros con dos cañones de a una, de los llamados de montaña. Fray Luis Beltrán los seguía con el grueso de la artillería y una interminable columna de mulas y bueyes, que pasar hombres y bestias por las altas cumbres será sencillo, decía San Martín, al lado de lo que comportará transportar los cañones.

La segunda columna, que conducía al cuerpo central del ejército, progresaría más al norte siguiendo la ruta del paso de Los Patos, el camino largo mapeado por Álvarez de Con- darco, que ofrecía la seguridad de que sus propias dificultades llevaran al mando realista a descartarlo como ruta para lo principal de la invasión. San Martín la comandaba como general en jefe de todo el ejército de los Andes, secundado por el brigadier general chileno Bernardo O'Higgins, comandante del Cuartel General y quien llevaba el centro de la columna, y por el jefe del Estado Mayor, el también brigadier Miguel

Estanislao Soler, que lideraba la vanguardia. Más atrás, el alférez Mariano Necochea llevaba a casi todo el resto de Granaderos a Caballo, como escolta, y lo seguía la retaguardia del teniente coronel Pedro Regalado de la Plaza. Marchaban con ellos un batallón de Cazadores y dos de infantería, a más de los granaderos. Llevaban siete cañones de montaña de a cuatro y, al igual que la columna de Las Heras, los seguía una larga fila de mulas de carga. Eran casi cinco mil hombres entre soldados, milicianos, arrieros, baquianos y cargueros.

Cuatro columnas mucho más pequeñas pero con significativas misiones, que totalizaban más de quinientos hombres, atravesaron por otras rutas. La que mandaba el teniente coronel Juan Manuel Cabot, con sesenta y tres soldados de línea y unos ciento veinte milicianos sanjuaninos y chilenos, debía atravesar la cordillera por el paso de Guana, mucho más al norte del cuerpo principal de la tropa que llevaba San Martín, y alcanzar los puertos de Coquimbo y La Serena, para cortar las comunicaciones de Santiago con el norte de la gobernación de Chile.

Más reducida pero con un objetivo vital era la columna que obedecía al capitán José León Lemos, quien, con menos de sesenta hombres, debía partir de San Carlos, pasar las montañas por El Portillo y asomarse a Santiago por el sur como si se tratara de la vanguardia del ejército, que usted Lemos será el señuelo, le dijo San Martín, para hacer creer a Marcó del Pont que el ataque vendrá por ese flanco, y obligarlo a cuidarlo y a aliviar las defensas por el centro y por el norte. Además de las columnas, San Martín regó por los diferentes pasos ocho frentes de cobertura informativa, pequeños núcleos de espías que debían integrar una red que mantuviera al corriente al general en jefe y a los demás comandantes de los movimientos de las tropas de la corona.

Pero más que con los comandantes y la tropa, más que con las maniobras de enmascaramiento o con la red de espías, le explicaría San Martín un cuarto de siglo después a Merceditas, me jugaba la travesía con las mulas. Durante una caminata por las praderas reverdecidas con la llegada de la primavera que había invadido los aires y las tierras que rodeaban el Grand Bourg, le detalló a su hija, con el rostro iluminado por el recuerdo de sus mejores días: más de diez mil mulas conseguimos reunir, y aun así faltaron otras dos mil y esa carencia retrasó a muchas unidades y me obligó a correr riesgos que habrían podido conducir al fracaso de la campaña.

—Por cuenta de esas bestias que faltaron —agregó— cientos de hombres tuvieron que hacer buena parte del trayecto a pie, aunque

por fortuna la gran mayoría pudo hacerlo en mulas de silla, mientras las de carga, que resistían más peso, llevaban vitualla, equipo y pertrechos.

—¿Y por qué no iban a caballo? —preguntó Merceditas.

—Ay, hija, los caballos eran los grandes consentidos de la travesía, los de mejor comida y abrigo, y no llevaban carga alguna porque los necesitábamos buenecitos para cuando llegara la hora del combate.

Marchaban cubiertos de cueros, mantas y ponchos, y cada soldado de caballería llevaba una bolsa de cuero con suficiente grano para dar dos o tres piensos a su bestia. Las mulas aguantaban mejor las bajas temperaturas, pero igual el ejército adoptó el aparejo chileno, que cubría con cueros de carnero las almohadas de la albarda, lo mismo que la enjalma. Tanto mulas como caballos iban herrados, lo que implicó un esfuerzo gigantesco en los meses previos para disponer de suficientes herraduras para más de diez mil mulas y mil seiscientos caballos. Los hombres debían preocuparse más por las bestias que por ellos mismos. Cuando la marcha se detenía, no hay descanso, señores, gritaba el comandante de la unidad, y lo mismo arrieros que soldados debían proceder a secar el sudor de los animales para evitar congelaciones y pulmonías, y a revisar las extremidades para curar cualquier herida.

—Era un asunto de prioridades, hija mía, pero no te equivoques, que a los hombres también los cuidábamos —le explicó San Martín a Merceditas durante la caminata.

Y era cierto. El conjunto de vestuario de cada soldado incluía una casaca de paño, un poncho de lana, un capote, dos chaquetas, dos pantalones, dos camisas, dos camisillas interiores, dos calzoncillos, dos pares de medias, dos de zapatos, dos de botas de montar los de caballería, y hasta dos corbatines, además de un gorro de paño y uno con visera y escudo, y una mochila con el alimento.

Cada hombre cargaba suficiente guiso valdiviano para toda la travesía. La vianda consistía en una masa de charque, carne salada y secada al sol para que se conservara buena, a la que se sumaban ají y cebollas, remedio natural para prevenir el apunamiento, y una buena cantidad de grasa para combatir el frío. A la hora de comer, los hombres cocinaban la masa en agua y la acompañaban con maíz tostado. Bajaban el alimento con vino o aguardiente, según lo que llevara su unidad, y el mate cocido y el tabaco completaban las raciones. Sólo había dos comidas diarias: al amanecer, antes de emprender la marcha, y en la tarde, después de descargar y almohazar las mulas. Durante la jornada sólo podían beber agua de sus chifles, los

recipientes hechos de cuernos de res y cerrados con una boquilla, que San Martín había previsto para sus hombres meses atrás al ordenar que, de toda la provincia, enviaran a la maestranza del ejército las astas de las reses que sacrificaran.

Las unidades contaban con un completo botiquín con medicinas y equipos médicos y quirúrgicos de primera necesidad, transportados a lomo de mula en petacas forradas en cuero que descansaban sobre bastos de paja. El botiquín contenía dos cajas de medicamentos, un millar de alfileres, medio centenar de agujas, cordel delgado de cáñamo, un juego de tabillas para fracturas, y manojos de hebras para curar llagas. A pesar de tantas precauciones, hubo decenas de deserciones en la ruta, así como más de un centenar de heridos que fueron evacuados a Mendoza por un eficiente sistema de postas y camilleros.

La columna de San Martín fue la más afectada, que había tenido que atravesar cuatro cordones montañosos con empinados ascensos entre riscos imposibles y descensos de espanto al borde de abismos sin fondo visible. Para no hablar de las dilatadas jornadas por pampas heladas e inmensas de tierra roja y gris, flanqueadas por las pirámides blancas que hacían fila para formar largas cuchillas nevadas que rasgaban el azul del cielo sin nubes, que la claridad del aire era hermosa pero acentuaba la frigidez. Había comida y había bebida, pero el aire siempre escaseaba y muchas mentes deliraban lo mismo por las dimensiones del colosal paisaje que no parecía de este mundo, que por los pulmones agotados, las náuseas y las cefaleas.

—Los muertos los pusieron los batallones de negros —le contó San Martín a su hija—, que no resistieron las temperaturas de congelación de las noches estrelladas del techo de los Andes.

A pesar de estas bajas, de los enfermos, de los desertores, de centenares de caballos que sucumbieron a la travesía, y de las pérdidas en las primeras escaramuzas contra las avanzadas realistas, para principios de febrero lo principal de las columnas de Las Heras y de San Martín estaban a punto de reunirse en las laderas de los Andes chilenos. Acababan de atravesar, en escasas tres semanas, la cordillera más alta de América y sólo echaban en falta el retraso de las principales y más pesadas piezas de artillería, que a los hombres que conducía fray Luis Beltrán les había tocado cargar con el mochuelo.

A media mañana del ocho de febrero de 1817, la mula de San Martín se detuvo en un recodo del descenso y el general se quedó sin aliento al divisar la inmensidad de la vertiente norte del valle central de Chile. La naturaleza, que a tantos padecimientos había sometido al

ejército de los Andes en las tres semanas anteriores, les regaló a las tropas un espléndido día de verano que a los comandantes se les antojó un augurio promisorio. Y a fe que, en un principio, lo de Chile fue pan comido. Para el atardecer del diez de febrero, las tres divisiones que acababan de culminar la travesía, dominaban las alturas que rodean la hacienda de Chacabuco, donde unos mil ochocientos soldados españoles habían sido estacionados para taponarles a los patriotas el avance sobre Santiago. El ejército de los Andes no contaba aún con todos los cañones ni con los caballos de refuerzo, pero el once en la noche San Martín estaba decidido a atacar, que el muchacho que llegó en la tarde con los últimos informes asegura que los refuerzos realistas están demorados en el sur y que si atacamos ahora, los tomaremos por sorpresa y con sus huestes incompletas, y si esperamos terminarán de reunir a más de cuatro mil hombres. La maniobra de enmascaramiento encargada al capitán Lemos había surtido efecto.

—Y mañana, duro con los latones sobre la cabeza de los matuchos, que vamos a dejarlos pataleando —le dijo San Martín a su escolta del Granaderos, Manuel de Olazábal, confiado como siempre en el poder avasallante de sus sables curvos.

Al alba, las tropas avanzaron. La división del general Miguel Estanislao Soler efectuó un rodeo entre desfiladeros, por la derecha, con dos batallones de infantería, dos compañías de granaderos y volteadores y dos escuadrones de caballería, uno de escolta y el otro de granaderos, mientras O'Higgins, con dos compañías de fusileros, tres escuadrones de los Granaderos a Caballo y dos piezas de artillería, debía avanzar por el centro, pero de manera contenida, que necesito general que no se apresure usted y que espere a que Soler se acerque para que caigan al tiempo las dos divisiones sobre el enemigo.

Soler se tardó más de la cuenta, por lo que O'Higgins se desesperó y dio la orden de marchar, con su avanzada de esclavos libertos en primera línea de fuego, y un grito de guerra contenido por casi tres años tras las derrotas del año catorce: Soldados, vivir con honor o morir con gloria. La artillería del rey los recibió con fuego nutrido y para los negros a quienes San Martín les había otorgado la libertad a cambio de enrolarse, fue mucho más lo segundo que lo primero. Por más de una hora, las columnas de O'Higgins se estrellaron con la cortina de fuego realista y a media mañana ya retrocedían, que están dejando un tendal de pobres negros, como dijo San Martín justo antes de despachar a las volandas a Álvarez de Condarco hasta donde asomaba Soler, para instarlo a lanzar su ataque de inmediato. El

ataque por el centro, a cargo de tres escuadrones de Granaderos a Caballo al mando de Zapiola, tuvo por fin el apoyo de Soler, así como de una arremetida por la izquierda que San Martín les ordenó lanzar a dos escuadrones de sus granaderos. Con los españoles obligados a responder por los costados el movimiento de pinzas, la infantería de O'Higgins se animó a una nueva carga que barrió con lo que quedaba de las defensas de la corona, desbaratadas ya por las embestidas de los granaderos montados que, tras arrollar a los artilleros a golpes de sable, abrieron paso a una victoria que, pasada la una de la tarde, no dejaba duda alguna.

Poco menos de seiscientos cadáveres de uniformados realistas yacían sobre el campo, cerca de doscientos huían, heridos unos, despavoridos otros, y medio millar más se entregaba sin ofrecer resistencia. El ejército de los Andes había salido indemne, con apenas una docena de muertos y ciento cuarenta heridos, casi todos negros a quienes la vida en libertad les había durado poco. Con sus trompetas terciadas a la espalda, dos de sus hermanos, integrantes de la banda militar que San Martín había organizado en El Plumerillo, que a estos mulatos se les da fácil la música, les pasaron revista, les dieron una voz de aliento a los heridos y despidieron a los moribundos con una tonada triste.

—Todo Chile es ya nuestro —informó San Martín a Buenos Aires.

Exageraba, y eso que hasta Marcó del Pont había caído prisionero en los días que siguieron a la batalla. San Martín ordenó que lo trataran con honor, a ver si algo aprende ese ser despreciable y de lenguaje repugnante, que cuando se lo trajeron, aprovechó para saldar la cuenta al saludarl o: a ver esa mano blanca, señor don Francisco Marcó. El día dieciséis, San Martín persuadió a una asamblea de notables de designar a O'Higgins director supremo de Chile, cargo que el de Yapeyú no quería para no meterse en enredos. Pasados los festejos que estallaron en Santiago después de la entrada de las tropas libertadoras, que hubo calles tapizadas de flores, arcos y coronas para los generales, minué, contradanza y rinrín a la hora del baile, nadie se daba por enterado de los dos mil quinientos realistas que se estaban reuniendo en el sur tras la derrota, aprovechando que el contingente comandado por Las Heras con la orden de perseguirlos y acosarlos, se demoraba en avanzar.

Un mes después de Chacabuco, San Martín estaba en Buenos Aires, adonde llegó sin avisar, que no quiero homenajes de quienes nunca creyeron y menos aún de quienes, al primer desencanto, dejarán de creer. Además de entrevistarse con Pueyrredón, que soportaba ya la

presión de las divisiones internas, se dirigió al cónsul oficioso británico, Robert Staples, que éste sí me puede ayudar, y le pidió apoyo naval para la expedición al Perú: necesito buques de guerra y buenos oficiales y que las naves del almirantazgo garanticen que nuestro comercio pueda prosperar en el Pacífico.

Al regresar a Santiago, hubo nuevos homenajes y festejos que no bastaron para ocultar el deterioro del ambiente político. Los criollos de la capital poco querían a O'Higgins y juzgaban que las reformas que él y San Martín promovían eran demasiado liberales, que no hay contento que dure. Usted no puede calcular la violencia que me hago en habitar este país, le escribió San Martín a Godoy Cruz, que en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna en él, los hombres en especial, y aquí tiene usted un disgusto continuado que corroe mi triste existencia. Las noticias del sur no eran las mejores, que Las Heras poco había logrado y que los realistas esperaban la llegada de refuerzos desde el Callao. Para colmar las preocupaciones del general en jefe, o justamente por cuenta de ellas, los vómitos de sangre reaparecieron, esta vez acompañados de reumatismo y hemorroides, y postraron a San Martín en sus habitaciones del palacio episcopal, donde el adalid del hasta entonces triunfante ejército de los Andes seguía durmiendo en su catre de campaña, mientras rechazaba todos los lujos: apenas llegado a la ciudad tras su visita a Buenos Aires, le obsequiaron una vajilla de plata maciza bellamente labrada, que ordenó mandar de vuelta con una nota.

—No estamos en tiempo de tanto lujo —rezaba, lacónica.

Poco ayudaba a la salud del general el cúmulo de tareas administrativas que se vio obligado a asumir tras despachar a O'Higgins al sur, a combatir a los españoles. Pero lo que más le revolvía los intestinos enfermos era el hostigamiento de algunos líderes santiaguinos que, una vez que alcanzaba la victoria gracias a los sacrificios del ejército de los Andes, comenzaban a sentir que tanto oficial y tanto soldado argentino les sobraban. Mientras los locales se llenaban de confianza para reclamar hacerse cargo ellos mismos de su gobierno, San Martín y sus oficiales seguían esperanzados en que los realistas acabarían dispersados con una serie de operaciones menores. Para el doce de febrero del año dieciocho, cuando O'Higgins proclamó de manera formal la independencia para festejar el primer aniversario de la victoria de Chacabuco, los españoles ya habían recibido un contingente de refuerzos enviado por el virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, y desembarcado en Concepción, que le permitió al comandante realista Mariano Osorio, yerno del virrey,

consolidar una fuerza de más de cuatro mil quinientos hombres.

Enterado por sus espías del tamaño que había adquirido el enemigo, O'Higgins las replegó hacia el norte y, a principios de marzo, se reunió con San Martín y sumó nuevas tropas llegadas de Santiago. En las primeras horas del amanecer del día diecinueve, cuando los comandantes intentaban apenas poner orden al gigantesco ejército de ocho mil hombres y medio centenar de piezas de artillería en la llanura irregular de Cancha Rayada, al nororiente de Talca, los españoles atacaron por sorpresa. Consciente de que el terreno no le era propicio a su letal caballería, San Martín trató de organizar una retirada, pero antes de que pudiese completarla, los realistas cargaron contra su infantería y buena parte de sus cañones. El general en jefe respondió con dos cargas sucesivas de sus Granaderos a Caballo, en una medida desesperada que sólo complicó las cosas. Las tropas de O'Higgins corrieron la peor de las suertes, siendo derrotadas y dispersadas, y el general, herido en un brazo. Las Heras salvó el día con una hábil maniobra que evitó que los tres mil hombres bajo su mando quedaran atrapados entre dos fuerzas realistas. Al final de la jornada, después de que San Martín lograra consolidar una posición para defenderse mejor y persuadir a Osorio de dar por terminado su ataque, el balance era desolador: ciento veinte muertos, trescientos heridos y cerca de dos mil dispersos en el bando patriota, además de la pérdida de veintiún cañones, mientras los realistas se retiraban victoriosos con cuarenta muertos y un centenar de heridos, además de sus armas intactas.

En Santiago cundió el pánico y lo que hasta entonces habían sido murmuraciones contra San Martín, se convirtieron en amagos de complot que no prosperaron porque los más ricos optaron por prepararse para un éxodo hacia Mendoza, que entre conspirar y huir parecía más aconsejable lo segundo. San Martín sabía que tenía mucho más ejército que el enemigo y trató de transmitir esa confianza y de imponer el orden en la capital. Convenció a sus oficiales de ir en busca de los realistas que avanzaban hacia Santiago, para cortarles el paso en la llanura de Maipú. El domingo cinco de abril, el general en jefe pudo observar al enemigo que, tras vadear el río, avanzaba sobre un campo abierto, con bajos cerros a lado y lado.

—Qué brutos son estos godos —se le oyó decir, con un sombrero de huaso para protegerse de la claridad del día y un poncho chileno para cortar los ventarrones de la mañana otoñal—. El triunfo es nuestro, ¡el sol por testigo!

Con Chacabuco en la mente, poco antes del mediodía ordenó un

ataque por la derecha y otro por el centro, que esta vez coincidieron desde el primer intento, y remató la operación con una serie de cargas de los Granaderos a Caballo, que tomaron un cerro estratégico y barrieron a los realistas, ya desordenados. Sólo la izquierda patriota parecía doblegada, enfrentada al glorioso batallón de Burgos, vencedor diez años antes en Bailén, en Andalucía Oriental, en la misma batalla donde se destacó San Martín como oficial de la corona española, y cuyos hombres cargaban con un grito al unísono: aquí está el Burgos, dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida. Pero las descargas de los cañones patriotas y un ataque de las fuerzas de reserva, los batallones tercero y séptimo de la infantería, al mando del coronel Hilarión de la Quintana, decidieron el fin de la batalla. El Burgos no alcanzó su victoria diecinueve. Con mil ochocientos muertos y más de dos mil prisioneros, las tropas de la corona estaban acabadas.

—Todo cuanto componía el ejército real está muerto, prisionero o en nuestro poder —reportó San Martín a Buenos Aires.

Esta vez era cierto. Sin embargo, no había tiempo para festejos, que el plan continental del general en jefe estaba lejos de alcanzar su propósito. Quería volar al Perú a terminar su tarea, pero tuvo que esperar más de dos años.

Si la paz al occidente de la cordillera había costado miles de muertos, al otro lado, la guerra entre las provincias y la capital no cesaba, y después de ordenar el traslado del Congreso de Tucumán a Buenos Aires, y de expulsar a los diputados que se opusieran a ello, Pueyrredón envió sucesivos ejércitos a Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos, sin conseguir nunca una mínima estabilidad.

Para junio del año diecinueve, el gran patrocinador que había tenido el ejército de los Andes, el hombre que había lidiado con paciencia con las exigencias de San Martín y que había logrado satisfacerlas casi todas, renunció a su cargo, meses antes de que las Provincias Unidas colapsaran. Su fugaz sucesor, José Rondeau, le había ordenado a San Martín que trajera de regreso a sus tropas para combatir a las provincias rebeldes: pero habrase visto, protestaba San Martín, tantos años de esfuerzo para terminar mezclando al mejor ejército del continente en refriegas entre caciques de pueblo. El general en jefe se negó de manera rotunda, sellando así la ruptura definitiva entre él y sus tropas, y el tambaleante gobierno de Buenos Aires.

Para fines de marzo del año veinte, San Martín mandaba sobre un ejército sin patria y comprendió que urgía tomar medidas para

asegurar la legitimidad. El Congreso y el director supremo de las Provincias Unidas no existen, le escribió el día veintiséis a Las Heras, y como de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del ejército de los Andes, creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América.

Las Heras se apresuró a reunir a los oficiales, que esto no da espera, caballeros, que como dice el general en jefe, de nuestra unidad y sentimientos pende la libertad de la América del Sur. El dos de abril, tras una emotiva cumbre, la ratificación de San Martín quedó plasmada en un acta firmada por toda la oficialidad en las oficinas del Estado Mayor en la población de Rancagua, a una jornada de camino al sur de Santiago. Respetadísimo jefe, decían los treinta y seis firmantes, queda asentado como base y principio que la autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado ni puede caducar, porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable.

—Así no más —sentenció esa noche Las Heras—, y que los doctos señoritos de la capital se vayan a darles la lata a otros, que nosotros vamos por más.

Cuando asomó el invierno del año veinte, los preparativos para la campaña del Perú avanzaban a trompicones, pero para sorpresa del propio San Martín, que sufría con cada traba, su proyecto daba signos inequívocos de convertirse en realidad. Sin las ataduras de Buenos Aires, con un gobierno chileno que prefería ver partir a las tropas que le habían dado la libertad al país antes que lidiar con ellas por más tiempo, y con la decidida colaboración del oficial naval más popular de Inglaterra después de Nelson, los planes esbozados veinte años atrás por el escocés Maitland para el almirantazgo en Londres estaban a punto de entrar en su etapa definitiva.

A finales del año diecisiete, Álvarez de Condarco andaba en Londres de compras para el ejército de los Andes, y dedicaba un interés especial a la búsqueda de navíos de guerra que sirvieran de apoyo a las operaciones en Chile y al control de las aguas del Pacífico para evitar un bloqueo comercial de los realistas, cuando en desarrollo de sus gestiones se cruzó con un aplaudido pero controvertido oficial de la marina británica, que acababa de ser expulsado del servicio naval en medio de un escándalo bursátil. El escocés Thomas Alexander Cochrane nada había tenido que ver con "El gran fraude de la casa de cambio", como bautizó el escándalo la prensa londinense,

pero el carácter prepotente que traducían las actitudes tanto como la mirada mordaz del legendario oficial que había combatido durante un cuarto de siglo en las guerras contra los franceses y contra los estadounidenses, y sobre todo su empeño en acabar con la compra de votos que determinaba las elecciones de numerosas sillas del parlamento, lo llenaron de enemigos que terminaron tramando un montaje por cuenta del cual la justicia lo condenó a un año de prisión, una jornada de tortura en el cepo y el pago de una multa de mil libras esterlinas, sin precedentes entonces.

La marina, donde un puñado de superiores lo detestaba por sus denuncias contra el uso corrupto de los recursos del almirantazgo, lo degradó en una ceremonia en la que le quitaron sus insignias antes de pisotearlas y botarlas a la calle, al tiempo que le retiraban sus títulos de nobleza. Pero Cochrane era tan popular entre sus electores y entre algunos de sus colegas del ala radical whig en la Cámara de los Comunes, que cuando uno de ellos se ofreció a soportar el cepo a su lado, mientras crecían las manifestaciones públicas en apoyo del humillado, la pena se conmutó. La multa se pagó mediante una suscripción pública y a Cochrane lo reeligieron al parlamento en cuestión de semanas. Pero a los cuarenta y dos años, este veterano pleitista estaba harto de Gran Bretaña: cuando Álvarez de Condarco lo enteró de los planes de San Martín, se entusiasmó con el proyecto y se dejó enrolar por los patriotas con rango de vicealmirante.

Cochrane desembarcó en Chile en junio del año dieciocho del brazo de su esposa, Catherine Cecilia Barnes, hija del matrimonio de un inglés con una dama española, con quien el oficial se había fugado a Escocia en el año doce contra la opinión de su familia que, como castigo a semejante impertinencia, lo desheredó, antes de que, para tratar de enderezar las cosas, la pareja regresara a Londres y se casara. Kitti, que con ese apodo la presentaba Cochrane, quien le llevaba dos décadas, escandalizó con su desparpajo a las más elegantes santiaguinas, podrá venir de las islas británicas, pero se comporta como una pelandusca. Kitti era un halagador espécimen de la belleza de Inglaterra, según palabras de William Miller, otro oficial británico, quien había cruzado los Andes con grado de capitán de Artillería, había demostrado sus agallas en Cancha Rayada e iba camino de trabar una cercana amistad con San Martín. La insolente desenvoltura de la inglesa encantó al de Yape- yú, con quien practicaba el español en cuyo dominio estaba empeñada, hasta el punto de tomar lecciones todas las mañanas.

—Soy lo bastante vanidoso para llamarme amigo vuestro —le

escribió un día San Martín, que solía visitarla al final de la jornada en la hacienda de Quillota, muy cerca del campamento donde se preparaba el nuevo ejército.

La fluida y alegre relación que trabaron Kitti y él, que algo se traen, no exageres, que si se entera el almirante expedita al generalito en jefe de un pistoletazo, sirvió en varias ocasiones para aliviar los conflictos recurrentes entre Cochrane y San Martín, cuyos talantes no podían ser más disímiles. El general se quejaba de la imposibilidad de controlar al vicealmirante, pero éste le ganaba los pulsos a punto de victorias. En febrero, y sin preguntarle a nadie en Santiago, capturó el puerto de Valdivia, uno de los pocos enclaves que los españoles conservaban en tierra chilena. Meses antes, sus naves habían hecho presencia en la ría de Guayaquil con un acoso desde el mar que duró varios días, y habían amenazado el Callao. Sus expediciones multiplicaron la armada patriota, que al principio sólo contaba con cuatro buques.

—No puedo más que tragarme mis quejas —le comentó San Martín a uno de sus oficiales—: este hombre es un dolor de cabeza en puerto, pero una vez que zarpa, es un auténtico lobo de los mares.

Con las ventiscas del invierno azotando las costas chilenas, el veinte de agosto de 1820 comenzó en Valparaíso el cargue de las veinticinco naves, ocho buques de guerra y diecisiete de transporte, que integraban la armada del Ejército Libertador del Perú, que con ese pomposo nombre fue bautizado el contingente expedicionario en virtud de un decreto votado en mayo por el Congreso chileno. En la mañana del dieciocho, las tropas empezaron a embarcar. Las integraban dos mil doscientos treinta y cinco soldados y ciento cuarenta y un oficiales del ejército de los Andes, mil quinientos cincuenta y siete soldados y ciento sesenta y un oficiales incorporados en Chile, cerca de un millar de marineros de Valparaíso y otros puertos, y más de seiscientos británicos, así como varias decenas de buscadores de fortuna de otras nacionalidades que querían formar parte de la mayor expedición anfibia organizada en este lado del orbe.

El convoy zarpó de Valparaíso entre el diecinueve y el veintiuno. Todas las naves llevaban izada la bandera chilena, roja y blanca y con la estrella solitaria sobre el cajón azul, jurada por primera vez el día de la proclamación de la independencia, en febrero del año dieciocho. Cochrane iba al mando de la escuadra naval desde la fragata O'Higgins, de cincuenta cañones, pero San Martín, a bordo del navío que llevaba su nombre y sesenta y cuatro cañones, actuaba como generalísimo de toda la expedición, que así se lo habían repetido las

autoridades chilenas al vicealmirante hasta el cansancio, aunque tanto San Martín como O'Higgins tenían razones de sobra para poner en duda que el revoltoso escocés se sometiese a ello.

—Nunca fue tropa suficiente —habló en voz alta el Protector del Perú, sin pretender que Guido le respondiera.

La mañana del viernes veintiséis de julio del año veintidós se había metido de lleno sobre la ría de Guayaquil, frente a la isla Puná. La luna creciente de la madrugada no era más que un recuerdo en el que San Martín no se detuvo, invadido por memorias anteriores. El calor se elevaba desde las aguas mansas que conducían al puerto, y costaba trabajo respirar el aire pesado por la humedad que se agitaba cada tanto, al golpe de alguna brisa perezosa. Las imágenes del desembarco del Ejército Libertador del Perú en las playas de Paracas, cerca de Pisco, un ocho de septiembre, casi dos años atrás, no abandonaban la mente de San Martín, que en su travesía desde el Callao, a bordo de la Macedonia, había reparado en que dedicaba más tiempo a rememorar el pasado que a prepararse para el inmediato futuro. Pero el desafío diplomático que tenía por delante, si llegaba a entrevistarse con Bolívar, lo obligó a regresar al presente para ponerse al día.

—Y sigue sin serlo.

—¿Qué cosa, general? —intervino Guido, intrigado.

—Sigue sin ser suficiente la tropa que tenemos en el Perú, sigue sin bastar para vencer a los españoles en el único campo de batalla que queda en América.

—A resolver eso vinimos a Guayaquil, general, a asegurarnos esos refuerzos.

El Protector apretó los dientes para contener una explosión de rabia. Miró al coronel Guido a los ojos, casi con lástima, que por momentos, pensó, me parece que soy el único capaz de entender el problema en su conjunto. Repitió esa idea con los ojos cerrados, como si tratara de copiarla en un papel imaginario. Soy el único que comprende, se dijo, pero soy yo quien da lástima.

—Veníamos por más —regañó a Guido—, veníamos por Guayaquil, pero habrá que contentarse con las tropas.

XI

POCAS HORAS SON BASTANTES PARA TRATAR ENTRE MILITARES

—Ustedes los libertadores no tienen remedio —se quejó Manuela, mientras se recogía la cabellera negra, lustrosa, y levantaba al cielo el marrón oscuro de sus ojos.

—¿A qué viene eso, pequeña mía? —indagó Bolívar con la voz delgada.

—Acaba usted de salvar a Guayaquil para Colombia sin descomponer las cosas con San Martín, un triunfo diplomático que vale diez batallas, pero se pasea cabizbajo y umbrío, sin reparar en las palmeras reales ni en los mandarinos de este paraíso, y lo peor, sin siquiera hacer caso a mis miradas devotas.

El Libertador se limitó a sonreír. En la madrugada bañada de blanco por la luna llena que mandaba en un cielo sin nubes había navegado el Guayas corriente arriba, hasta las goteras de Babahoyo, para desembarcar una docena de leguas al norte de Guayaquil, en las vastas extensiones de la hacienda Las Garzas, la propiedad de la que tanto se vanagloriaba doña Eugenia Llaguno de Garaycoa y que la conspicua matrona del puerto había puesto a las órdenes del caraqueño para que se tomara un respiro después de las intensas semanas que definieron la anexión de Guayaquil a Colombia, y de las tensas horas que duró la entrevista con el Protector del Perú. Para los primeros de agosto, Bolívar aceptó la oferta de doña Eugenia y se citó con Manuela, que vino desde Quito en volandas, que te digo pequeña

que apenas tenemos unos pocos días porque me esperan en Cuenca y en Loja y en todas partes.

—Por muy pocos días que sean, no tienen por qué ser tristes —insistió Manuela—. Está, señor mío, en los gloriosos y aun así no parece usted feliz.

—Nadie diga bien estoy, sin añadir hoy por hoy —le respondió el Libertador mucho más tarde, cuando su amante ya no estaba en el coloquio y centraba su atención en los preparativos de una cabalgata que liberara a Bolívar de las visitas y del papeleo, que aquí no viniste a gobernar.

Con treinta y nueve años recién cumplidos, la cercanía a los cuarenta había puesto al general ante la evidencia de que hacía tiempos que había dejado de ser un muchacho, aunque en tu presencia, mi chiquita, rindo como en mis mejores años. Y el encuentro con San Martín, cinco años mayor que él y sometido a numerosos achaques, que todo le duele y todo lo hace sufrir a este hombre, le había confirmado que la vida entre batallas militares y luchas políticas, entre la muerte acechante, la gloria efímera y las intrigas recurrentes, tendía a durar menos, mucho menos que las existencias apacibles de los hacendados o de los académicos.

Una vez a lomo de su bestia y con Manuela abriéndole el paso entre los helechos enormes, recontó sus batallas, más de veinte, sus derrotas, al menos seis, su media docena de campañas, las tres primeras fallidas. Abarcó en su mente la inmensidad de la tierra liberada por el accionar de las tropas bajo su mando, o cuando menos bajo su influjo, desde la lejana Guayana en el oriente, hasta el istmo panameño, pasando por Caracas, los llanos inmensos, Maracaibo y su golfo, la península guajira, Cartagena y la llanura norte de la Nueva Granada, Tunja, Bogotá y todo el interior de las cordilleras y los valles hasta Pasto, siempre rebelde. Y ahora, después de Pichincha, Quito, y tras la entrevista con San Martín, Guayaquil.

—Nos falta el Perú —le dijo a Manuela cuando por fin la alcanzó, al galope, en un claro del bosque a orillas del río.

—Ya lo hará San Martín, sobre todo con los refuerzos colombianos que usted le ha despachado.

—No lo sé —titubeó—, ese hombre es un gran militar, el mejor entre los mejores.

—¿Y entonces, señor?

—Es dubitativo y humilde.

—Dígamelo a mí —rememoró Manuela—. Y antes de que se me ponga usted puntilloso, dejo en claro que me refiero a los campos de la

guerra y de la política.

En esta ocasión, Bolívar no quiso jugar al baile de máscaras de los celos, que ese día las preocupaciones de su mente no dejaban lugar para las zozobras del corazón. Taciturno, se dejó llevar de la mano por Manuela mientras tomaban un descanso al lado de un ceibo gigante, a cuya sombra era posible espantar un poco el calor.

—Aunque a veces pienso que, detrás de su modestia —reflexionó Manuela—, San Martín nos puede sorprender.

— Ay, hija mía, no te hagas ilusiones, no olvides que fray Modesto nunca llegó a prior.

Y entonces comenzó a contarle lo que había ocurrido. Siete semanas atrás, al hacer su entrada a Quito bajo una lluvia de pétalos, de aplausos y de vivas, te acuerdas, claro, me lanzaste la corona desde el balcón, cómo olvidarlo, señor, el estallido por fin de la celebración contenida veintidós días, hasta que llegue el Libertador, que son de él todos los méritos, tras la victoria sin fiesta del veinticuatro de mayo obtenida por Sucre en las faldas del volcán Pichincha, me apresuré, hija mía, a escribirle a San Martín. Es mi más grande satisfacción, le decía, dirigir a vuestra excelencia los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y el gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú, que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia, que había que estarle reconocido y, líneas más abajo, expresar el deseo más vivo de prestar los mismos y aún más fuertes auxilios al gobierno del Perú si, para cuando llegue a manos de vuestra excelencia este despacho, ya las armas libertadoras del sur de América no han terminado la gloriosa campaña que iba a abrirse en la presente estación.

Pero nada, qué iba San Martín a terminar la campaña, hija mía, si ahora sé que en Lima ha hundido sus botas en un pantano de intrigas, a más de una que otra derrota en Ica y en otros campos. El Protector respondió el trece de julio, que en el Perú deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente, y enseguida, yo acepto la oferta generosa que vuestra excelencia se sirve hacerme, el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna.

Días antes del cruce de misivas con Bolívar, San Martín le había escrito a Sucre para congratularse del éxito de Pichincha y demandar el regreso de la división Santa Cruz con que el Perú había contribuido a la exitosa campaña que liberó al antiguo reino de Quito. Eran más de

novecientos infantes peruanos, divididos en dos batallones, ciento cincuenta cazadores, también del Perú, y noventa y seis Granaderos a Caballo al mando del coronel Juan Lavalle, lo mejor del regimiento creado una década atrás por San Martín.

Al frente de la división había actuado el coronel Andrés de Santa Cruz, un cholo lampiño y de piel cobriza, robusto y altivo, nacido en La Paz casi treinta años antes. Sucre la había reforzado con cuatrocientos infantes colombianos, de modo que cuando Santa Cruz le pasó revista días después de la derrota realista en las laderas del volcán, eran más de mil seiscientos hombres, endurecidos por la experiencia del combate y orgullosos de su papel en la liberación de las provincias del sur de Colombia.

San Martín deseaba que Sucre reforzara aún más la división, que le sumara entre mil quinientos y dos mil de esos bravos colombianos, escribió, que tanto necesitamos para terminar la guerra en América. Y Bolívar, enterado por Sucre del pedido, se mostraba dispuesto, que así se lo hizo saber al general Francisco de Paula Santander, vicepresidente de Colombia y encargado del gobierno en ausencia del Libertador. Empeñado en preservar lo que quedaba en las agotadas arcas públicas tras una década de guerra, Santander se había vuelto cada vez más cuidadoso con las demandas de Bolívar para el ejército del Sur, que si no le ponemos un techo, de nada servirán las victorias porque al final de la guerra la recién nacida república habrá muerto de inanición. Consciente de ese celo, Bolívar solía posar de ahorrativo en sus misivas a Santander, como lo hizo a fines de junio: si Guayaquil se somete mandaré un par de batallones al Perú, primero para que no sean más generosos que nosotros nuestros vecinos; segundo, para auxiliar al Perú antes de una desgracia, y tercero, por economía, pues aquí no tenemos con qué mantener tanta tropa.

Lo último no era del todo cierto. Después de la campaña, a Sucre le quedaban en Quito poco más de mil infantes, mientras Bolívar, después de la batalla del siete de abril en Bomboná, al pie de otro volcán, el Galeras, que domina Pasto, contaba con mil doscientos veteranos y ochocientos reclutas. Pero al fin y al cabo no había por qué enterar a Santander de todos esos detalles, pues definidas las batallas que libertaron a Quito llegaba la hora de la diplomacia y las ofertas de tropa eran siempre una buena carta de negociación.

Bolívar le seguía los pasos a San Martín desde los días de Angostura, a orillas del río Orinoco, cuando sólo el inmenso llano había sido libertado por los patriotas colombianos. A mediados de agosto del año dieciocho y tras leer las gacetas inglesas que llegaban al puerto fluvial,

en una extensa carta le narró al entonces coronel Justo María Briceño el triunfo del ejército de los Andes en Maipú: el general San Martín batió y destrozó completamente allí a siete mil españoles, les hizo tres mil prisioneros, entre ellos ciento noventa oficiales, les mató más de dos mil hombres y sólo se salvó el general en jefe, Osorio, con doscientos de caballería. Pero el caraqueño no era ducho en la geografía de tan lejanas regiones. Rebosante de optimismo le escribió a Briceño: creo como usted que la ocasión es muy bella, este ejército realista era el último resto de las fuerzas del Perú, y esta batalla ha producido la absoluta libertad del Alto y Bajo Perú. Días después, una mirada a los mapas y una lectura más juiciosa de las gacetas inglesas terminaron por aclararle el panorama.

Dos años más tarde, San Martín le envió un mensaje de solidaridad continental tras desembarcar su ejército expedicionario en las playas de Paracas, cerca de Pisco, a poco menos de cincuenta leguas al sur de Lima. Bolívar le respondió desde Bogotá, con autoimpuesta humildad: el vencedor de Chacabuco y de Maipú, el hijo primero de la patria, ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios, le decía líneas antes de despedirse como su atento y adicto servidor.

Meses después, en noviembre del año veintiuno, Bolívar volvió a escribirle, preocupado por los episodios que hacían tambalear a la junta de Guayaquil, para anunciarle: el gobierno de Colombia activa los medios de poner en perfecta seguridad aquella provincia y de libertar el resto de las del Sur, que aún están subyugadas. Yo marcho con un ejército, agregó el caraqueño, a ejecutar esa operación. Al final no marchó él sino Sucre, a quien para entonces ya le encargaba las misiones que él mismo se imponía pero que sus compromisos de gobierno le impedían cumplir, convencido de que el riguroso general de Cumaná era el único capaz de comportarse a su altura.

El seis de mayo del veintiuno, Sucre arribó a Guayaquil con un millar de soldados, más de ochocientos reclutas recientes del ancho valle caucano y de Popayán, y apenas ciento cincuenta venezolanos con experiencia de combate. A punta de buenos modales y diplomacia, se aseguró el apoyo de los locales tras otorgarles garantías a los líderes de la junta de que sería el puerto el que decidiría su futuro. Una vez persuadido de que Guayaquil era controlado por las tropas de Sucre, Bolívar se animó a escribirle una carta sincera a José Joaquín Olmedo, quien presidía la junta. Es un galimatías la situación de Guayaquil, le dijo: usted bien sabe, amigo mío, que una ciudad con un río no puede formar una nación.

—Así me paga este hombre los soldados que le he mandado —se

quejó San Martín al recibir en Lima la copia que Olmedo le hizo llegar de la misiva.

Preso de la ira, reunió al consejo de gobierno recién instalado en la antigua capital virreinal y planteó, sin rodeos, la necesidad de declararle la guerra a Colombia. Ni siquiera los coroneles Rudecindo Alvarado y Bernardo de Montea- gudo, dos de sus más fieles oficiales, le compraron la idea y, tan persuadido de ello como molesto, el de Yapeyú quiso aplicar una medida menos drástica pero en todo caso agresiva, que algo tenemos que hacer, señores. Ordenó el regreso del contingente que mandaba Santa Cruz, pero Sucre, que ya tenía esas tropas bajo su mando, le dejó en claro al paceño que no lo permitiría.

Con el paso de las semanas, mientras cartas iban y venían entre Lima y el comando de Sucre, el incidente quedó atrás, y tras superar los problemas que enfrentaron en el año veintiuno y que casi desintegran el contingente, las tropas colombianas y los refuerzos venidos del sur barrieron a los realistas en las faldas del Pichincha, y la independencia de Quito y su anexión a Colombia quedaron selladas. Tras la rendición del mariscal Melchor de Aymerich y Villajuana, comandante de las tropas del rey y último presidente de la Real Audiencia de Quito, la junta de gobierno que asumió el mando en nombre de los patriotas proclamó la independencia e incorporó los territorios del antiguo reino de Quito, lo que incluía a Guayaquil. Pero en el puerto, los líderes de la junta pensaban diferente.

—Si no va a ser Bolívar quien decida nuestra suerte, menos aún lo será Quito —alegaban.

Para evitar que asomaran nuevas amenazas de guerra entre hermanos, Bolívar había enviado a Lima al payanés Joaquín Mosquera, un refinado jurista capaz de conseguir, a punta de urbanidad, lo que se proponía. Al principio, Mosquera no se entendió con Monteagudo, el tucumano de inclinaciones jacobinas que ejercía como encargado de las relaciones exteriores del protectorado de San Martín en Lima. Pero la noticia del aplastante triunfo de Sucre en Pichincha allanó el camino para el avance de las negociaciones que terminaron en un par de tratados, firmados en nombre del Dios soberano, gobernador del universo, que Monteagudo impuso así el lenguaje de los revolucionarios franceses. Mosquera se fajó para conseguir que el texto recogiera la unión, liga y confederación, y la alianza íntima y amistad constante, por medio de las cuales los dos estados convienen socorrerse mutuamente y rechazar en común todo ataque o invasión que pudiese, de alguna manera, amenazar su existencia política. En el espíritu de la unión, liga y confederación,

según el segundo tratado, estaba ampliarlas a los demás estados de la América antes Española y convocar a una Asamblea General de los Estados Americanos, que sirva de contacto, decía el texto, en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus tratados públicos, y de juez, árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias. Era el sueño de Bolívar de la más grande confederación posible el que Mosquera había conseguido incluir en los acuerdos. De Guayaquil, ni una palabra, pues Monteagudo aceptó que Lima había dado su visto bueno para que fuera el puerto el que resolviera su futuro en absoluta libertad, según la fórmula que San Martín le había transmitido a Bolívar en una carta del tres de marzo.

Mientras Mosquera y Monteagudo negociaban en Lima, Bolívar contestó esa misiva con gran retardo, más de cien días después, tras alegar demora en recibirla debido, según sus palabras, a las dificultades que presentaba para las comunicaciones el país de Pasto. San Martín le había escrito con franqueza y Bolívar dejaba atrás las zalamerías para ponerse a la misma altura. Vuestra excelencia expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber, anotaba el caraqueño, pero yo no pienso como vuestra excelencia que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales. La Constitución de Colombia, seguía, da a la provincia de Guayaquil una representación la más perfecta, y todos los pueblos de Colombia, incluso la cuna de la libertad, que es Caracas, se han creído suficientemente honrados con ejercer ampliamente el sagrado derecho de deliberación.

Agradecía Bolívar que, a pesar de sus sentimientos, San Martín no se hubiese mezclado en el asunto de Guayaquil, pues así ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria. La conducta del gobierno de Colombia, agregaba, ha seguido la misma marcha pero al fin, no pudiendo ya tolerar el espíritu de facción, que ha retardado el éxito de la guerra y que amenaza inundar en desorden todo el sur de Colombia, ha tomado definitivamente su resolución de no permitir más tiempo la existencia anticonstitucional de una junta que es azote del pueblo de Guayaquil y no el órgano de su voluntad. Bolívar ponía como ejemplo de este comportamiento lo que calificaba como rasgo de espantosa anarquía, que no pudiendo lograr los facciosos la pluralidad en ciertas elecciones, mandaron poner en libertad el presidio de Guayaquil para que los nombres de estos delincuentes formaran la preponderancia a favor de su partido, que la historia del

bajo imperio, glosaba, no presenta un ejemplo más escandaloso.

Después de los párrafos más vehementes, hacia el final de la carta el Libertador del norte hacía una concesión: yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república, pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil, porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia, y para que el mundo vea que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer sus sabias leyes. Era un ejercicio de realismo, pues la junta había convocado para el veintiocho de julio a un colegio electoral que no tenía marcha atrás. Si Bolívar quería conservar al puerto, los colombianistas tenían que ganar la votación y el caraqueño, consciente de ello, preparaba su llegada a Guayaquil, con el fin de asegurar el resultado a favor, pero eso sí, sin avisárselo a San Martín, a quien le agradecía su propuesta de una entrevista, que yo la deseo con mortal impaciencia, permitiéndole suponer que lo esperaría en Quito.

Que Guayaquil decida en absoluta libertad, le había insistido San Martín, pero Bolívar sabía que no habría liber-tad sin orden y por eso, cuando hizo su entrada al puerto en la tarde del once de julio, lo seguían dos batallones de expertos combatientes comandados por el general Bartolomé Salom, que habían estado en Bomboná y en Pichincha y que, aunque iban destinados a formar parte de los refuerzos a embarcar rumbo al Perú, por ahora tenían la misión de ocupar el puerto. Los guayaquileños se volcaron a las calles para aclamar al Libertador, lo mismo al atardecer del once que durante toda la jornada del doce, en especial después de que el procurador José Leocadio Llona pronunciase un ardiente discurso a favor de la anexión a Colombia, que Bolívar respondió ante miles de manifestantes en idéntico tono. Los miembros de la junta tomaron las palabras del caraqueño como afrenta y se retiraron de la casona que ocupaba el recién llegado, convencidos de que ya nada tenían que conversar con él.

—Vaya volando y explíquele a Olmedo, el presidente de la junta, que todo ha sido un tonto malentendido —le dijo Bolívar horas más tarde a un edecán.

—¿Debo presentar estas disculpas a la junta en pleno? —indagó el mensajero.

—No, es el genio de Olmedo, y no su empleo, lo que yo respeto.

Para el trece en la mañana, nada había cambiado. Antes del mediodía, una nueva manifestación inundaba la plazoleta frente al balcón de la estancia donde Bolívar despachaba, viva Guayaquil, viva

Colombia, viva el Libertador, y de repente, arriaron la bandera del puerto, con sus tres rayas azul celeste, dos blancas y tres estrellas en el medio, e izaron en su remplazo la tricolor de Colombia. Bolívar ordenó que bajaran la colombiana y volvieran a levantar la del puerto. Hubo rechiflas y, una vez más, la azul y blanca fue arriada y la tricolor, izada. El Libertador insistió en que todo volviera a su lugar, mientras sus soldados repartían una proclama entre la multitud en la que, convencido de tener el control popular de la ciudad, en todo caso asegurado por las bayonetas, se daba el lujo de la magnanimidad. Guayaquileños, rezaba el texto, vosotros sois colombianos de corazón porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo, mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama su patria y leyes.

—¿Y eso para qué, señor? —le preguntó Manuela cuando Bolívar le contó semanas después.

—Para que nadie dijera que me había ganado Guayaquil *manu militan.*

Terminado el tropel por las banderas, con la de Guayaquil ondeante aunque por pocos días, Bolívar llamó una vez más al edecán y lo despachó hacia la casa de Olmedo con un nuevo mensaje. Su excelencia el Libertador de Colombia, decía, para salvar al pueblo de Guayaquil de la espantosa anarquía en que se halla y evitar las funestas consecuencias de aquélla, acoge, oyendo el clamor general, bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose su excelencia del mando político y militar de esta ciudad y su provincia, sin que esta medida de protección coarte de ningún modo la absoluta libertad del pueblo para emitir franca y espontáneamente su voluntad en la próxima congregación de la representación. Firmaba el secretario general, José Gabriel Pérez.

Olmedo, sus compañeros de la junta y unos pocos aliados del partido peruano intentaron oponerse: esto es un vulgar golpe, el manotazo militar de un ejército invasor, clamaron. Pero carecían de tropa para hacer valer sus argumentos, los cuales poco eco encontraron en el gentío, que prefirió aferrarse a las glorias del Libertador de Colombia antes que seguir a la deriva con el timón en manos del desgastado gobierno local que no había ganado una sola batalla.

—No nos queda más que irnos, no sea que una nueva asonada de esta plebe desagradecida nos empuje al cementerio.

—A cuál, si prometimos uno y no les hemos cumplido —dijo uno de los peruanistas amigos de la junta.

—Pero con qué recursos, si las arcas están secas, que bastante le ayudamos a financiar su ejército a Bolívar, el mismo con el que ahora nos acaba de sacar a sombrerazos.

—Hombre, que exageras y con ello nos humillas aún más —protestó uno de los amigos de Olmedo—, no ha sido a sombrerazos sino a bayonetazos.

Los integrantes de la depuesta junta resolvieron partir con la división Santa Cruz, que se preparaba para embarcarse al Perú, pero como su partida se atrasaba, buscaron refugio en la isla Puná, en los camarotes de un navío anclado cerca de sus orillas, el Protector, que validaba con ello su nombre. Allí se encontraban la mañana del veinticinco de julio cuando se enteraron del arribo a aguas guayaquileñas de la goleta Macedonia, con San Martín a bordo. Olmedo y sus compañeros de desventura fueron los primeros en rendirle tributo. Llegaron a la Macedonia en un chinchorro y lo enteraron de las últimas novedades, mientras caminaban sobre cubierta bajo un cielo arrumado y gris. San Martín les devolvió la visita poco después del mediodía.

Casi a la misma hora, mientras despachaba un rimero de documentos, que yo pensé que era Bogotá la capital del papeleo, pero en Quito y en Guayaquil le compiten, Bolívar se sobresaltó con el ingreso presuroso de un mensajero del muelle, quien le anunció que, tal y como lo había podido constatar el vigía de la isla Puná, el Macedonia de San Martín remontaba la ría, procedente del Callao.

—Éramos pocos y parió la abuela —se lamentó el secretario Pérez, testigo de primera mano del cúmulo de líos que su jefe tenía que resolver si quería consolidar el control de la ciudad y la provincia.

—Para nada, coronel —lo serenó Bolívar—, grave habría sido que hubiese llegado dos semanas antes.

Si en verdad había llegado, se imponía atenderlo como a un príncipe, le contó semanas más tarde a Manuela, en la hacienda Las Garzas. Dejó de lado la burocracia y, como si la tuviera escrita en la mente y apenas la estuviera leyendo en voz alta para que el amanuense copiara, dictó una carta para San Martín, que no hay tiempo que perder: Excelentísimo señor, en este momento hemos tenido la muy satisfactoria sorpresa de saber que vuestra excelencia ha llegado a las aguas del Guayaquil. Tras una pausa para que el copista entintara la pluma, continuó: mi satisfacción está turbada, sin embargo, porque no tendremos tiempo para preparar a vuestra

excelencia una mínima parte de lo que se debe al Héroe del Sur, al Protector del Perú.

—¿Héroe y no Libertador? —preguntó el secretario José Gabriel Pérez.

Bolívar ni siquiera lo miró. Me tomo la libertad, siguió dictando, de dirigir cerca de vuestra excelencia a mi edecán, el señor coronel Torres, para que tenga la honra de felicitar a vuestra excelencia de mi parte y de suplicar a vuestra excelencia se sirva devolver a uno de mis edecanes, participándome para cuándo se servirá honrarnos en esta ciudad. Aparte. Yo me siento extraordinariamente agitado, agregó, y en eso era sincero, del deseo de ver realizar una entrevista que puede contribuir en gran parte al bien de la América meridional, y que pondrá el colmo de mis más vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al Padre de Chile y el Perú.

—Que vaya Torres con tres edecanes y lleve la carta —ordenó—, y preparemos todo en tierra, quiero ceremonia y quiero boato.

Mandó llamar a la joven Carmen Calderón Garaycoa, con quien había bailado varias tandas en los festejos tras su arribo al puerto, y a quien había visitado en un par de ocasiones al atardecer, una taza de chocolate estará bien, gracias. Ven, hija mía, dime volando, le preguntó, quién se puede encargar de preparar en un pispás una corona de laurel esmaltada en oro, quién puede ser. No se preocupe usted, general, respondió ella, diligente, que lo que usted manda se cumple, por apurado que sea, por embrollado que resulte, se me ocurre echar mano del orfebre cuenca- no, me hago cargo, me hago cargo, y se despidió sin más fórmulas.

—Y hay que alistar el mejor alojamiento —dijo el Libertador—. Señores, ¿qué sugieren?

—La casa de Luzarraga, la esquinera, justo frente al malecón y a unos cuantos pasos del muelle —le dijeron.

Era la mansión más distinguida de la ciudad, una casona de dos pisos con un amplio portón tras el cual se abría una espléndida escalera de madera que llevaba a los salones del segundo piso. Manuel Antonio de Luzarraga y Echezurria, su propietario, era el protagonista de un excepcional caso de éxito. Nacido en Mundaca, en las costas de Vizcaya, hijo de una pareja de campesinos desvalidos, a los quince años se alistó en la Guardia Marina y pronto se le ofreció la oportunidad de cruzar los mares. Pero sus ideas republicanas, que no se aguantaba las ganas de ventilar ante sus superiores, le valieron sucesivos castigos y, al final, el retiro. En el año catorce desembarcó en Guayaquil en la fragata Gerona y, con dos viejos amigos de la Guardia,

decidió quedarse y montar un negocio de cabotaje. Año y medio después compraron la goleta Alcance, en unión de otros socios, y se vieron obligados a soportar las trabas aduaneras que imponía el virreinato desde Lima. No fue difícil que Luzarraga terminara mezclado con los conspiradores de octubre del año veinte, y tras la revolución, la junta de gobierno lo designó capitán del puerto.

De buenas en los negocios tanto como en el amor, en el año veintiuno se casó con Francisca Rico Rocafuerte, que se ha quedado con la más linda de la ciudad, la segunda más linda, dirás, que la primera, y por mucho, es Pepita Gaínza, que trae loco al general Sucre. En la ceremonia actuó como padrino José Joaquín de Olmedo, para que todo estuviera a la altura de la soberbia dote que, a más de una generosa suma en efectivo, incluía varias bodegas y dos importantes edificaciones frente al malecón. Una de ellas era la casona, en cuyos altos Luzarraga y Panchita instalaron su nido de amor, que a pesar de tanta fortuna en el juego, el móvil del matrimonio fue sobre todo el intenso enamoramiento mutuo.

El hijo de campesinos de Mundaca, convertido a punta de trabajo en próspero comerciante y, gracias a Cupido, en encopetado dirigente de la sociedad de Guayaquil, aceptó orgulloso acoger a San Martín. Dispuso para él la espaciosa habitación de huéspedes, le cedió su despacho privado con el elegante escritorio francés importado un año atrás, y una sala de recibo austera pero digna, abierta a los balcones, por donde entraba la brisa procedente de la ría.

—Que haga usted el favor de subir a bordo —le dijo el coronel Ignacio Torres Tenorio, cuando volvió de la Macedonia—. Parece que el general San Martín tiene dudas sobre la conveniencia de desembarcar en el puerto.

—Sí, estoy enterado —respondió Bolívar—. Olmedo y sus camaradas lo llenaron de chismes, que mientras ustedes iban y venían, se me presentaron el coronel Rufino Guido y el teniente coronel Salvador Soyer, adjuntos a San Martín.

Los mensajeros se habían cruzado. Recién despachada la misiva de Bolívar y sin que San Martín hubiese podido leerla, comisionó a Guido y a Soyer para bajar al puerto con una comunicación dirigida al caraqueño, que venimos, excelentísimo señor general, a cumplimentar a vuestra excelencia, y con la orden expresa de parte del señor general San Martín, Protector del Perú, de manifestarle su mensaje en el sentido de que si su presencia puede ser causa de alguna excitación en el país, bien pueden ustedes verse a bordo de la Macedonia, donde el señor general tendrá el gusto y el honor...

—Basta, basta, no más disparates, amigos —los interrumpió Bolívar que barrió así con cualquier protocolo—. Claro que iré, si él insiste, a bordo de la Macedonia a saludarlo, pero no sólo a eso, también para convencerlo de desembarcar, que la única excitación en el puerto es el ansia que tenemos de verlo por acá.

Bolívar dictó una nueva carta, que no podía permitirle, Manuela, hijita linda, que se me fuera sin bajar, sin que nos abrazáramos y sin que les diéramos, a los nuestros y al mundo, una lección de cómo nos entendemos quienes hemos comandado las mayores victorias contra los ejércitos del rey.

—Entiendo, señor, está clarísimo —comentó Manuela, con una sonrisa.

El escribiente volvió con la pluma y la tinta. Aquí voy, retomó Bolívar, es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a usted por primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a usted y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, prosiguió, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión; así, yo me doy la enhorabuena porque usted me ha honrado con la expresión de su afecto. Aparte.

—Será muy sensible para mí —dictó el inicio del segundo párrafo—, no, no, corrija, así no.

Y tomó un nuevo impulso. Tan sensible me será, así va mejor, ya verán, que usted no venga hasta esta ciudad, como si fuéremos vencidos en muchas batallas; pero no, usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar al primer amigo, corrijo, Usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos, hizo una pausa, que Lima queda bien lejos, señores, y todos sonrieron, repito, que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar? Aparte.

No es posible, respetable amigo, siguió, yo espero a usted y también iré a encontrarle dondequiera que usted tenga la bondad de esperarme, pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad, que pocas horas, como usted dice, son bastantes para tratar entre militares, pero no serán bastantes esas mismas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por opinión, sólo por la fama. Aparte y termine: reitero a usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más apasionado, afectísimo servidor y amigo.

—¿Y qué le contestó, señor mío? —indagó Manuela, que no le perdía el paso al relato.

—Ni una palabra, y eso que estuve pendiente hasta bien entrada la noche.

—¿Y al día siguiente?

—El viernes amanecí sin recibir respuesta, pero los vigías informaron que la Macedonia había avanzado río arriba y que ya podía vérsele desde el muelle, y entonces decidí ir a traerlo.

A pesar del cielo nuboso que techaba la ría, el calor sofocaba por la falta de brisa cuando le avisaron al Protector que un bote de remos, con Bolívar a bordo, se aproximaba a la Macedonia, fondeada frente al malecón, pero a prudente distancia. San Martín apenas tuvo tiempo de ordenar el mechón rebelde que le caía sobre la frente ancha, y de cerrarse la pechera. Después de trepar por la escala de gato, Bolívar se ajustó el pelo negro hacia adelante, para intentar cubrir las entradas que ganaban terreno, y caminó con taconazos decididos que resonaron sobre la cubierta. Vaciló un instante antes de la última zancada que inició ya con los brazos abiertos.

—Somos casi de la misma estatura —le diría Bolívar días después a Manuelita.

Ella conocía bien al Protector y apenas sonrió ante la descripción que de San Martín le hizo su amante. Lo cierto es que el Libertador del sur le llevaba media frente y Bolívar se empinó un poco para abrazarlo una, dos, tres veces, alternando los costados. Ninguno de los dos abrió la boca.

—General, qué honor enorme, amigo, qué placer —dijo Bolívar al fin, mientras exhibía su sonrisa a dos palmas del rostro enmudecido del Protector, aunque sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Qué puedo yo decir —tartamudeó San Martín.

El caraqueño comenzó a hablar sin detenerse mientras caminaban sobre la cubierta, y para comprometerlo y barrer cualquier excusa, le explicó que todo estaba listo en el muelle y en la casona de Luzarraga, que el cabildo y el pueblo de Guayaquil no pueden esperar para saludarlo y homenajearlo. Con el semblante vivo de emoción, pese a las circunstancias que le molestaban, San Martín comprendió de inmediato el significado del momento, se esforzó por no dejarse llevar por el entusiasmo y se limitó a felicitar, de manera formal, a Bolívar por sus triunfos.

—Debe usted saber, general, que no soy hombre de homenajes —le advirtió luego.

—Pues en esta oportunidad, amigo mío, tendrá usted que hacer una

excepción, que las damas más distinguidas del puerto, a pesar de la premura, han preparado algunos honores y sé bien que usted es incapaz de decepcionarlas.

San Martín miró al coronel Guido con ojos pequeños, resignados. Antes de que el vencedor de Maipú pudiese reaccionar, Bolívar se estaba despidiendo, impartiendo más instrucciones sin importar si las dirigía a sus edecanes o a los de su ilustre visitante. Torres y Soyer quedaron a cargo de definir atuendos y demás detalles del protocolo, mientras San Martín se dejaba llevar como un juguete del destino.

—Desespero ya por volver a abrazarlo, amigo —le dijo Bolívar a San Martín antes de volver al chinchorro.

—General, créame, me siento sumamente honrado por sus calurosas palabras y me esforzaré por estar a la altura de tanta urbanidad —contestó San Martín, un poco menos austero y algo conmovido.

Ataviado con su uniforme de gala azul oscuro, casi negro, con charreteras y botones dorados, la bandera roja y blanca del Perú cruzada sobre el pecho, el cinturón blanco sobre la cinta celeste de los Granaderos a Caballo, el sable corvo y el sombrero falucho, San Martín llegó hasta el muelle, una extensión del malecón hecha en madera, que partía del enrocado de la escollera y descansaba sobre una serie de pilotes enterrados sobre el fondo de la ría. Hacía poco tiempo que las rocas del atracadero habían remplazado los manglares inmundos para darle estabilidad a la orilla y prevenir las inundaciones, aunque la obra no cubría aún las más de dos mil varas de la recta ribera.

En media docena de botes de remos, además del chinchorro que conducía al Protector del Perú, la comitiva visitante la integraban el general José de La Mar, el general Francisco Salazar, plenipotenciario del Perú ante la depuesta junta, el coronel Manuel Rojas, secretario de la legación peruana, los edecanes Guido y Soyer, y una escolta de veinticinco húsares con su casaca corta carmesí y el pantalón azul y blanco, a imitación de los húsares ingleses. Bolívar los vio venir desde el balcón arriba del soportal de la casa de Luzarraga y rogó porque los infantes colombianos, formados en orden de parada, no desentonaran al enmarcar las cuatro cuadras del recorrido de los recién llegados, entre el desembarcadero y la mansión.

—Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín —le dijo Bolívar, en voz alta para que todos escucharan, cuando lo saludó al pie de las escaleras de la casona, adonde bajó para recibirlo.

Terminadas las presentaciones, el general Tomás Cipriano de Mosquera, un payanés delgado y de buen porte que integraba el cuerpo de edecanes del Libertador, le hizo un guiño a una joven que se encontraba a un lado de las escaleras y la muchacha se acercó a San Martín. Los colombianos abrieron campo y Carmen Calderón Garaycoa dobló ligeramente las rodillas frente al Protector, antes de empinarse y ceñirle la corona de laurel bañada en oro. Sorprendido, pero sobre todo halagado, el de Yapeyú se la quedó mirando.

—Ay, señorita, no soy yo quien merece semejante demostración que a fe que otros la ameritan mucho más —atinó a decirle mientras se quitaba la corona para luego sostenerla entre las manos—. Pero esté usted tranquila, que mal haría yo en despojarme de un presente de tanto mérito, por las manos de quien lo recibo y por el patriótico sentimiento que sin duda lo ha inspirado.

Bolívar inició el aplauso, al que siguieron vivas al Protector y al Libertador de boca de los integrantes de la delegación colombiana, repetidos por la multitud que se agolpaba a las afueras de la casa. Cuando Carmen Calderón hizo una nueva venia para retirarse, San Martín la tomó suavemente de la mano y la detuvo.

—Conservaré esta ofrenda como recuerdo de uno de los días más felices de mi vida —le dijo antes de permitirle apartarse y aún sin quitarle la vista de los ojos.

Bolívar y San Martín subieron las escaleras hasta la segunda planta, donde el caraqueño le presentó a Luzarraga, quien les hizo un breve recorrido por la mansión antes de dejarlos en el salón de recibo anexo al despacho privado.

El dueño de casa, los dos libertadores y sus comitivas se detuvieron frente a la puerta de doble hoja. Luzarraga giró el picaporte y abrió. Bolívar le dio paso al Protector, ingresó después de él y cerró la puerta a sus espaldas.

—Así podremos conversar a gusto y con absoluta franqueza —dijo el anfitrión, mientras lo invitaba a compartir el canapé tapizado de gobelinos franceses—, que el espejo y la buena amistad siempre dicen la verdad.

—Es cosa que agradezco, general —respondió San Martín, después de dejar el sombrero falucho sobre un sillón a la derecha de la estancia, y sentarse en uno de los extremos del sofá—. No creo que sirva a nuestros propósitos que nos dejemos ir por los vericuetos y las triquiñuelas de la diplomacia formal.

—Sería perder esta ocasión, amigo mío, y la historia no nos lo perdonaría.

—Pues permítame estrenar tanta confianza que agradezco —rompió plaza San Martín— preguntándole si lo tienen muy sofocado las pellejerías de los locales.

—No tanto, amigo, no tanto —respondió Bolívar casi por instinto—, aunque me supongo que ya le habrán ido con chismes y patrañas.

—Nada que deba inquietarlo, general —respondió San Martín, más cómodo y de pierna cruzada—. Déjeme aclarar antes de proseguir que nada tengo yo que decirle sobre los negocios de Guayaquil.

—Pero debe usted saber, amigo, que he dedicado mis esfuerzos a evitar un incendio político en el puerto, y aunque por momentos las aguas han amenazado con salirse de madre, todo está ahora bajo control.

—Es cosa que me alegra, general.

—Quiero que sepa que se han llenado a plenitud sus deseos, los que me expresara usted por escrito, de consultar a los ciudadanos para que se manifiesten con entera libertad.

—En buena hora, le reitero.

—Pasado mañana está previsto que se reúna el Colegio Electoral.

—¿Y qué prevé usted que ocurra entonces?

—Cuento tanto con la voluntad del pueblo —dijo Bolívar— como con la pluralidad de los votos de dicha asamblea, y no anticipo sorpresas.

—Le agradezco que me lo cuente, general, aunque le reitero que no tengo yo que mezclarme en los asuntos de Guayaquil, y cualquier intento por involucrarme no es culpa sino de ellos.

—¿A quiénes se refiere, amigo mío?

—A aquellos que pretenden enredarnos a usted y a mí con sus pellejerías.

Bolívar entendió el mensaje, agradeció y no preguntó más. Se puso de pie y caminó hacia una mesita ubicada contra la pared del fondo del salón, con media docena de copas y una jarra de plata.

—¿Le apetece una copa de vino de Rioja? Puedo pedirla.

—Ahora, no, general, preferiría algo más fresco.

Mientras le servía de la jarra agua con cáscara de naranja, Bolívar se desabrochó la pechera e invitó a San Martín a hacer lo mismo, que le aseguro que, en Guayaquil, a esta hora el calor sofoca mucho más que los enredos políticos. El caraqueño volvió a la mesita de las bebidas, dudó unos segundos, y al final se decidió por el agua.

—Nuestra misión como generales —retomó San Martín el hilo— es sólo vencer a los españoles, que ya los pueblos arreglarán sus límites.

—Algo en lo que, por cierto, entiendo que han avanzado mucho mi

enviado a Lima, Joaquín Mosquera, y su ministro Monteagudo.

—Así es, general, y cuente con que, en el poco tiempo que me queda de mando, interpondré todos mis oficios para que el Congreso del Perú proceda con las ratificaciones necesarias de los acuerdos.

—¿Cómo sabe usted cuánto tiempo le queda en el mando? —se interesó Bolívar.

—Me agota el despacho de tanto trámite y tanto papeleo, créame que prefiero la actividad militar

—A mí me ocurre lo mismo, amigo, no sabe cuánto lo entiendo.

—Sí, prefiero el entrenamiento y la disposición de las tropas, aunque para serle sincero, últimamente he tenido que paladear casi a diario los sinsabores del mando sobre mis propios oficiales.

—Ay, estimado amigo, no sabe usted cuánto tuve que probar yo de esas amarguras en los años de las primeras campañas en Venezuela y en las tierras de la Nueva Granada.

—Ojalá, general, que esos sinsabores sean para usted cosa del pasado, que no es mi caso, se lo aseguro —prosiguió San Martín, que ahora caminaba con la pechera abierta y las manos agarradas sobre la base de la espalda.

—No esperaba yo que eso estuviese sucediendo en Lima.

—He perdido la confianza de mis antiguos compañeros de armas y mantener el mando con la firmeza que las circunstancias demandan, me exigiría proceder contra algunos, olvidando por completo que alguna vez fueron mis mejores amigos.

—Entiendo, o creo entender porque no domino todos los elementos.

—Créame, general, que he pensado en retirarme, regresar a Mendoza donde poseo alguna propiedad que sueño con poner a producir para asegurarme un sustento.

—Pero usted no puede abandonar al Perú en la mitad de la guerra.

—Así es, y por eso espero garantizar una primera victoria que incline a nuestro favor la balanza militar.

San Martín le habló de su proyecto de expedición a los puertos intermedios al sur de Lima, que perseguía la idea de aplicar una tenaza sobre las fuerzas realistas asentadas en la cordillera, con las tropas patriotas que actuaban cerca de Lima y que debían marchar sobre la región de Jauja, y la nueva expedición por el sur. Bolívar no estaba seguro.

—Déjeme, amigo mío, con la confianza que crece entre nosotros a cada instante que transcurre de este afortunado encuentro, decirle que, sin conocer en detalle los escenarios de batalla, pero en virtud de mi experiencia y de mis lecturas, que dividir las fuerzas libertadoras

no parece lo más conveniente, pues las expone a ser batidas al detal por el enemigo unido.

—Sepa usted, general, que las provincias independientes del Perú carecen de los recursos suficientes para mover una gran fuerza unificada a través de los Andes —repuso San Martín—. En cambio, si el grueso de nuestras tropas avanza sobre Jauja mientras, con los refuerzos colombianos, desarrollamos una operación penetrante y sólida por los puertos intermedios, obligaremos al enemigo a dividirse y lo derrotaremos.

—Los refuerzos están listos y ya marchan, con algunas de nuestras mejores tropas —le aseguró Bolívar.

Mientras cenaban afuera de la casa de Las Garzas para aprovechar en el cobertizo una ligera brisa que subía desde el río, Bolívar y Manuelita siguieron conversando sobre lo ocurrido días antes en ese primer encuentro del Libertador con San Martín.

—No pasó mucho más en esa charla inicial, nos alargamos un poco en el debate sobre las operaciones militares sin que ni él me convenciera de cambiar de parecer, ni yo consiguiera que él reconsiderara sus planes de dividir a las fuerzas patriotas.

—¿Y por qué tanta duda sobre actuar en un solo frente?

—Entendí que, para él, la concentración de todas las tropas libertadoras en un solo ejército que marche desde Lima hacia la cordillera exigiría imponer altos gravámenes sobre la población de las zonas ya libres y que él temía el rechazo que eso pudiese ocasionar.

—Muchas veces le dijo él a Rosa Campuzano que prefería ganarse a los peruanos para la causa independiente por la vía de la persuasión, antes que verse obligado a imponer a la fuerza medidas y exacciones para financiar una dura guerra.

—Pues hijita, yo no lo entiendo, porque por un lado me dice que quiere acortar la guerra con una campaña que incline la balanza, y por otro se prepara para dividir nuestras fuerzas.

—Le repito, señor, que la inclinación de San Martín a convencer y persuadir antes que a librar batallas que crea que puede evitar, explica todo en él.

—Pues en todos estos años no he conocido yo mejor persuasión que la que se consigue ganando batallas, pero en fin.

Con renovados gestos de amabilidad, aunque sin acuerdo sobre las operaciones en el Perú, los libertadores dieron por concluida la primera entrevista. Se abotonaron las pecheras, tomaron los sombreros y, después de más de una hora de conversación, abrieron la puerta del salón y se reencontraron con sus comitivas, con las que

tomaron un tentempié a manera de almuerzo. Bolívar se despidió e invitó a San Martín a visitarlo en su despacho hacia las cinco de la tarde. De camino hacia su casa, el caraqueño escuchó tras de sí los gritos y los aplausos, gloria eterna a los libertadores, viva el general San Martín, viva el general Bolívar, con que la multitud respondía al saludo de San Martín, que acababa de asomarse al balcón de la casa de Luzarraga.

—Al menos lo de Guayaquil ha quedado resuelto —les dijo el caraqueño, con media sonrisa, a quienes caminaban a su lado.

Pasadas las cuatro y media de la tarde, dos edecanes del Protector del Perú llegaron hasta la casa que ocupaba Bolívar para asegurarse de que la segunda entrevista estaba en firme. Uno de ellos regresó a la casa de Luzarraga para confirmar el encuentro y, minutos más tarde, San Martín partió con el coronel Guido y dos adjuntos para cumplir con la cita. Al llegar, el coronel Torres los recibió: el Libertador los espera, llegan ustedes a tiempo, debe ser costumbre rio- platense, porque en estas tierras colombianas la cuestión es muy distinta. Minutos más tarde, los dos libertadores estaban de nuevo juntos y a solas, en el despacho de Bolívar.

—Me ha dejado usted inquieto, estimadísimo amigo, con una de sus afirmaciones —le dijo el caraqueño, que esta vez quiso entrar en materia sin dar rodeos.

—¿A qué se refiere, general?

—Los primeros refuerzos colombianos —explicó—, unidos a las fuerzas que, con gran generosidad, tuvo usted a bien enviarnos para culminar la guerra en estas provincias del sur, ya van en camino, como debe de haberle contado el general La Mar.

—Así es, general.

—Y a pesar de que nada nos sobra y mucho nos falta por acá, yo espero adicionar un contingente de modo que entre la división Santa Cruz, ya renovada, y el resto de los refuerzos, pueda usted completar unos cuatro mil hombres adicionales.

—Serán de gran ayuda, general.

—Estoy persuadido, amigo mío —Bolívar se detuvo unos segundos y caminó por la estancia, mientras San Martín lo escuchaba sentado en una alta silla de cuero, a un costado del escritorio—. Pero, y aquí va lo que me tiene caviloso desde nuestra charla del mediodía, usted me dice que se irá.

—Después de garantizar una victoria que incline la suerte a nuestro favor.

—¿Cómo saberlo, amigo querido? ¿Cómo saber si una victoria que

no implique la rendición definitiva del enemigo ha inclinado la fortuna a nuestro favor?

—Será cosa de ir mirando, general, pero con cuatro mil hombres curtidos en Pichincha y en otras muchas jornadas gloriosas, nada habrá que temerles a La Serna y Canterac, que no tendrán cómo contenernos.

—¿Y sigue usted, amigo, convencido de atacarlos en dos frentes?

—Cada vez más, general, créame que hemos estudiado el asunto.

Es un cabezota, pensó Bolívar, y prefirió no insistir en el punto. Salió por la puerta y pidió un servicio de copas y de vino, que a esta hora, amigo mío, sí me aceptará usted un brindis con un vino de Rioja de la guarda de un tabernero cubano muy famoso en el puerto.

—Claro, que sí, general, a condición de que en nuestro próximo encuentro, que espero sea en mi chacra mendo- cina, lo hagamos con el vino de esas tierras, que nada tiene que envidiarle al de Rioja ni al de Borgoña.

—Veo que sus deseos de retirarse a Mendoza van en serio.

—Así es, general, llevo muchos más años que usted en estas lides.

—Qué me dice, amigo, si empezamos casi al tiempo, hace poco más de una década.

—Olvida usted mis veinte años de batallas en España, Francia, Portugal y alguna escaramuza en el norte de África.

Tres golpes resonaron en la puerta y Bolívar aprovechó la interrupción para ahorrarse una respuesta. El criado trajo el servicio y mientras lo acomodaba en el escritorio, los libertadores convinieron en sostener una nueva charla al día siguiente, pues a San Martín lo esperaban varias visitas y una cena en casa de Luzarraga.

—Sí, general, veámonos a partir del mediodía y no interrumpamos hasta agotar la agenda, que no es corta.

—Así será, amigo mío, así será —y procedieron al brindis, mientras los demás miembros de las delegaciones entraban al despacho para ayudarlos a escanciar el vino.

Al día siguiente era sábado. Bolívar se levantó temprano y de buen genio, tráiganme el papelorio que quiero despachar a todo trapo. Se pasó la mañana revisando correspondencia y resolviendo asuntos de la ciudad y del ejército. Dictó un par de misivas, paseó su mirada sobre cuentas de gasto de la tropa, mientras bromeaba con sus ayudantes, por qué tienes esa cara, ni que hubieses dormido con un espanto, que por estos lares hay uno que otro, y se rio solo de su ocurrencia. Hacia las once de la mañana, agotado, se levantó, creo que ya ha sido suficiente, ya no sé ni lo que firmo, como el herrero de Fuentes que, a

fuerza de machacar, se le olvidó el oficio.

—No se preocupe, general —le dijo su secretario, el coronel José Gabriel Pérez—, que nada de lo que queda es urgente.

—¿Qué se sabe de nuestro ilustre visitante? —preguntó el Libertador.

—Pasó la velada recibiendo visitas y cenó poco —le contó el coronel Torres—. Se quejaba de que le dolía la panza.

—Pero no tanto. —repuso Pérez.

Bolívar quiso saber más y le contaron. Pasada la medianoche, narró Pérez, salió sin uniforme y con un sombrero de Manabí que anoche mismo le regalaron, en compañía de una pequeña escolta, hasta una casa vecina del astillero.

—Y qué esperaba encontrar en esos parajes —preguntó el Libertador con una sonrisa mal disimulada.

—Pues lo que encontró, general, a doña Carmen Mirón y Alayón.

—¿La viuda? —preguntó Bolívar, sin necesitar respuesta.

—Pasaron juntos la madrugada y buena parte de la mañana, y no hace mucho, el Protector regresó a la casa de Luzarraga.

—Entiendo que se retiró a descansar y apenas hace un rato se levantó —comentó Torres.

—Mejor así, caballeros, ojalá que venga amansado.

Previa visita de confirmación de sus adjuntos, el Protector apareció en el despacho de Bolívar bien pasado el mediodía, con el rostro abotagado por las pocas horas de sueño y el calor.

—Espero que haya pasado buena noche, amigo mío —le dijo Bolívar cuando se quedaron a solas.

—Dormí poco, general, me cuesta acomodarme a los climas que no conozco.

El caraqueño estuvo a punto de dispararle una ironía, pero se mordió la lengua. Lo necesitaba manso, no incómodo. Sin preguntarle, le sirvió agua de cáscara de naranja y lo invitó a que se abrieran las casacas, que más tarde nos van a servir una refacción y como la sesión será larga, es mejor que nos liberemos de tanta botonadura. San Martín supo que tenía razón cuando probó el primer sorbo de la sopa marinera, que estaba bien caliente y ardía todavía más por el picante que se instalaba en el paladar después de tragar. Aun así, el caldo y unos cuantos mariscos en la cazuela de barro le supieron a gloria.

—Es más que una refacción —comentó San Martín, sofocado pero contento, mientras atemperaba la lengua con un sorbo de vino.

Dedicado a reconstruir la entrevista para Manuelita, en el cobertizo

de la casona de Las Garzas, Bolívar se acordó de la cara de su invitado. El hombre sudaba que daba lástima, le dijo, y ella, ansiosa, no se me distraiga, señor, que mucho más que la anécdota me interesa el contenido de la conversa. Se hará como usted ordena, generala, le respondió Bolívar con la sonrisa abierta sobre el rostro delgado. La discusión había comenzado apenas se quedaron a solas, una hora antes de que llegaran los caldos. San Martín volvió a mencionar su retiro en Mendoza, que todo lo tengo previsto, general.

—Conozco mis responsabilidades, así que no lo haré hasta dejar bien establecidas las bases de un gobierno fuerte.

—Me cuesta trabajo imaginar, amigo mío, cómo lo logrará sin haber terminado la guerra, y con los conflictos que usted mismo me ha narrado.

—Estoy convencido, general, de que el poder que se establezca en el Perú no debe ser democrático porque no conviene a esas tierras —explicó como quien devela de a poco un hallazgo—. Ultimamente he venido explorando y algo he podido avanzar en la idea de un gobierno que pueda imponerse y que sólo puede provenir, en el caso aislado del Perú y por cuenta de sus singularidades, de un príncipe europeo que tendría la gran virtud...

—No conviene, ni al Perú ni a la América, ni mucho menos a Colombia, introducir príncipes europeos —lo interrumpió Bolívar, sobresaltado—. Esos príncipes que usted sugiere son partes de un todo muy diferente de lo nuestro, partes heterogéneas a estos pueblos que bastante brega nos ha costado libertar como para ponerles ahora los grilletes de una corona venida de lejos.

—Estos pueblos, general, son muy niños para graduarse de repúblicas.

—Más valía, entonces, haber dejado todo como estaba —repuso Bolívar dando un manotazo en el aire.

—No lo digo yo, ni más faltaba, aunque algunos ya lo piensan —habló San Martín en tono calmo—. Pero tranquilícese usted, general, le insisto en que eso apenas lo he pensado para el Perú.

—Pues sepa usted que me opondré en lo que esté a mi alcance —hizo una pausa, se sentó en la silla de su escritorio y retomó sus palabras en un matiz más reposado—. De cualquier manera, debo aclararle que no me atravesaré a la forma de gobierno que cada Estado quiera darse, aun si la estimo en nada conveniente.

—Es un tema que hay que analizar con la cabeza reposada, general, pues incluso si el asunto del príncipe europeo avanza, será para más adelante, créame.

—Le reitero, amigo mío, que no lo considero conveniente ni ahora ni después, que si de importar príncipes se trata, más sentido tendría que trajéramos al general Iturbide, que se acaba de proclamar emperador de México.

—¿Ya ha ocurrido?

—Es posible que Agustín I haya sido coronado ya, en vista de que el rey Fernando no aceptó la oferta de trasladarse a la Nueva España para reinar desde allí.

—Y por el mismo camino parece ir el regente Pedro, en Brasil.

—Perdóneme el atrevimiento, amigo mío, pero vinimos a hablar con franqueza total: ¿es ese el camino que usted desea recorrer en el Perú?

—Ay, general, no una sus dudas a las malintencionadas interpretaciones de mis malquerientes en Lima —respondió el Protector con arrugas en la frente y la cabeza gacha—. Esta temporada en el Perú me ha confirmado cuánto me desagradan el poder administrativo y el mando político para los que, en definitiva, no nací. ¿Cómo podría entonces pretender un cargo vitalicio con esas funciones? Más allá de nuestro desacuerdo de fondo, convengamos en que le he hablado a usted de un príncipe europeo y zanjemos de una vez el asunto con que ni pretendo ser ni resultaría el indicado para ceñir una corona, salvo quizás, y sólo por un instante, la que me obsequió ayer esa bella muchacha.

Fastidiado, San Martín prefirió cerrar ese capítulo, ya verá el pueblo peruano qué forma de gobierno escoge que mejor convenga a su peculiar cultura, que no será ese un asunto que nos divida, general. Y para poner sobre la mesa un punto de acuerdo, volvió sobre los tratados firmados en Lima, que esa federación es la garantía contra cualquier reacción española, que contra esa viruela no estamos vacunados, y la posibilidad de que los reclutas de ambos estados se remitan recíprocamente para llenar las bajas de los cuerpos nos garantiza que nunca ofreceremos un flanco débil.

—Creo además, general, que Guayaquil es la residencia más conveniente que podemos hallar para dicha federación, a la que, le aseguro, se nos unirá Chile.

—Y Buenos Aires, amigo.

—Ah, general. Buenos Aires. Florecen allá todos los excesos del republicanismo —fue el turno para San Martín de sacudir sus brazos en el aire—: y en algunas provincias del interior manda el espíritu ingobernable de sus habitantes. El día en que esas tierras terminen de resolver sus disputas, ni usted ni yo estaremos en este mundo.

Bolívar contuvo la sonrisa y minutos después, ya sentados a manteles frente a los cazos humeantes, sugirió que diputados de Perú y de Chile se uniesen a los colombianos en las conversaciones que éstos sostendrían con delegados españoles para formalizar el futuro de las relaciones con la península. El Protector ofreció enviar al general José Riva- deneira y Tejada, usted sabe bien quién es, un Hermano, y pintó en el aire la hache mayúscula.

—Además, general —agregó San Martín, mientras refrescaba el paladar con un sorbo de vino—, después de los años que pasó prisionero en la Carraca de Cádiz y, más tarde, en las Canaletas, en Barcelona, Rivadeneira se sentirá muy a gusto de negociar con los maturrangos. Y en cuanto a Chile, comunicaré a O'Higgins que haga lo propio. En cuanto a Buenos Aires, ya conoce mi opinión.

—¿Cómo va O'Higgins, amigo mío? —preguntó Bolívar antes de soplar la cuchara recién sacada del fondo de la cazuela.

—Usted sabe lo que pienso sobre los albures del mando, pero aun así, creo que al director supremo le va bien en Chile.

—Albures incluso mayores, si se quiere, para alguien que no se ha lucido mucho en el campo de batalla. Es lo que me han contado sobre Cancha Rayada. Y en Maipú, que habría sido su reivindicación, llegó con la batalla decidida.

—Entiendo a qué se refiere, general, pero le aseguro que es una apreciación injusta —repuso el Protector con el reborde del mechón bañado en su transpiración—. Confío plenamente en O'Higgins, por su gran tenacidad en alcanzar sus designios y por la enorme afinidad de principios que tenemos.

—Que la fortuna le dé a usted la razón, amigo —Bolívar levantó su copa—, que no queremos que al desafío del Perú se le sume un Chile convulso.

Recostado sobre el espaldar de su silla y con las piernas estiradas hacia un costado de la mesa, el caraqueño bostezó sin pena, que el vino y el caldo me han dejado soñoliento, y eso que anoche yo dormí seis horas, solo y en paz. Ojeroso, San Martín apenas lo miró, tratando de evitar que se le pegaran los bostezos.

—Comida sin siesta, campana sin badajo, así que vamos a dormir una, amigo —lo sorprendió Bolívar—. Aquí mismo, no se vaya, que aún tenemos un par de asuntos que conversar.

—Quizás sea mejor, general, que yo me retire a la casa que tan amablemente usted me ha dispuesto.

—Para nada, sígame no más —y Bolívar se lo llevó a un salón adjunto a su despacho, donde había un canapé y, cerca de la ventana, una

hamaca—. Nunca viajo sin ella.

Liado con la propuesta, San Martín se dejó acomodar, pues no tenía cómo oponer resistencia. Se recostó en el canapé, con una bota sobre el piso y la otra sobre el brazo del mueble. Indeciso aún, se demoró en recostar la cabeza sobre el otro brazo, con un pequeño cojín bajo la nuca, de modo que alcanzaba a ver a su anfitrión, que lo miraba desde la cama colgante.

—Desde sus primeros triunfos en tierras chilenas le he seguido a usted los pasos, amigo —le dijo Bolívar—, y siempre he contado con acuciosos corresponsales que me han mantenido al corriente con las noticias de sus triunfos. Pero nadie me habló tanto de usted como Manuela Sáenz.

San Martín se quedó mudo, pero los reflejos amodorrados le alcanzaron para intentar una respuesta antes de que su silencio pusiera en evidencia que el tema lo perturbaba.

—Qué mujer valiente y bella —atinó a decir—. Lo que más lamento de no haber ido hasta Quito en busca de usted, general, es que ya no la veré.

—Y Rosa, ¿cómo está?

—¿Rosa? —otro silencio—. Siempre alegre, ha sido una compañera insuperable.

—¿Qué sería de usted y de mí, que salimos de un atolladero para meternos en otro, sin la compañía de esas muchachas?

—Rosa es una amiga, general, una gran amiga, no se me ocurre qué mejor relación puede establecerse entre un hombre y una mujer, que la amistad.

—Aunque tiene usted razón, amigo —Bolívar sonrió—: también depende de los alcances que dicha amistad llegue a tener.

—Sí, general, pero convengamos en que mujeres para pasar la noche siempre aparecen.

—Si usted lo dice, amigo.

—Pero son pocas, muy pocas —San Martín no quiso recoger el guante— las que están capacitadas para brindar una amistad limpia y leal.

—Ay con la lealtad, la exigimos pero no la garantizamos.

—Es el orden de las cosas, que poco cambiará por muchas revoluciones que sacudan al mundo, y le aseguro que sé bien de lo que hablo.

—Yo tiendo a enamorarme, amigo —se sinceró Bolívar—. La otra noche, en medio de un desvelo, me puse a sacar cuentas y concluí que debo de haber estado con unas treinta y seis mujeres.

—No he hecho yo esas cuentas, general. Soy hombre casado, y eso cambia todo.

—Y yo viudo, y desde muy joven, amigo mío.

—En esto de las guerras, tarde o temprano todos nos vamos comportando como viudos, pero le insisto en que nunca se me ha ocurrido llevar la cuenta.

—No es el número el que importa —se explicó Bolívar— sino el hecho, casi una maldición, de haber experimentado amor por cada una de ellas, aunque sólo haya sido durante un brevísimo instante de nuestro encuentro. Ninguna, amigo, créame, ha dejado de conmoverme hasta ese punto, cuando menos en la fugacidad del momento.

San Martín prefirió no seguir. Bolívar dejó la charla en el aire, cerró los ojos, descansó unos minutos y alivió la soñera. Cuando los volvió a abrir, pudo ver al Protector reincorporado, que se cerraba la pechera. Se levantó, se lavó la cara en la jofaina e invitó a San Martín a hacer lo propio. De regreso en el despacho pidieron un servicio de café y se lo tomaron de pie, a pocos metros el uno del otro, como dos viejos amigos. Repasaron los temas y las tareas pendientes, y San Martín le informó que para ese momento su equipaje ya debería de estar en la Macedonia: quiero aprovechar la marea de la madrugada para salir a mar abierto, rumbo al Callao.

—Lamentaré su partida, amigo, pero siempre será mi vanagloria haberle insistido para que desembarcara.

—Y yo siempre se lo agradeceré, general.

—Nos faltan algunos eventos, pero nada interrumpirá sus planes —dijo Bolívar—. Le he dicho que ahora tendremos un banquete aquí mismo, con las delegaciones y algunos invitados ilustres de la ciudad, y que luego, a las nueve de la noche, el cabildo ofrecerá un baile en su honor. Sé que no defraudará a sus anfitriones.

Terminaron el café. San Martín hizo una venia y agradeció las atenciones.

—General, ha sido para mí una tarde que llevaré para siempre en la memoria —dijo—. Que Colombia pida al Perú todo lo que guste, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo, convencido, claro está, de que Colombia hará otro tanto.

—No sabe usted, amigo, cuánto es capaz de hacer Colombia por alcanzar el objetivo de barrer por fin y para siempre a las tropas españolas del último reducto que conservan en este lado del mundo.

Bolívar le pidió revisar aunque fuera una última vez los planes para la invasión por los puertos intermedios, que aun cuando usted se lleve

la impresión de que soy mono- temático y terco, no me cansaré de repetirle que dividir a las tropas sólo servirá para hacerle más fácil la tarea al enemigo. Mientras le hablaba, Bolívar le había puesto la mano derecha sobre el hombro izquierdo. San Martín no se quedó atrás y llevó la mano derecha al antebrazo izquierdo del caraqueño.

—Yo también tengo algo que decirle, general, antes de que pasemos al salón con los demás.

—Lo escucho, amigo mío.

—He recibido informes muy detallados —dijo el Protector con el ceño arrugado— en el sentido de que los abogados de Quito hacen planes para formar un Estado independiente con estas provincias.

—Debo decirle, amigo, que no tengo queja referente al espíritu de los quiteños y no abrigo temores al respecto.

—Yo me limito a advertirle, general, como es mi obligación en el marco de nuestra amistad, y para que tome medidas.

—Lo tendré en cuenta, pero le confieso que me sorprenden sus palabras.

—General, urge sujetar a los letrados, mantenerles la rienda corta y apagar, por esa vía, el ánimo de insurrección de estos pueblos.

No faltaba mucho para el atardecer cuando los libertadores por fin abrieron las puertas y pasaron al comedor de la casa, donde una larga mesa estaba ya servida, que recuerde, amigo, que esta tarde le dije que la sopa del mar era apenas un refrigerio. Bolívar se sentó en la cabecera, después de invitar a San Martín a hacerlo a su derecha. Los generales y coroneles, al igual que el resto de los invitados, poco menos de cincuenta, se fueron acomodando con gran ruido de sillas arrastradas. El Protector no tenía mucha hambre, pero le atrajo la entrada de cangrejos rojos con cebolla y limón.

—Son cangrejos de manglar —le explicó Bolívar con una mueca de picardía—, una delicia al paladar y un estimulante para las noches largas.

Los sirvientes desfilaron alrededor de la larga mesa, retiraron los restos de cangrejo y, minutos más tarde, trajeron el plato fuerte. Las bandejas humeaban a pesar de la travesía por el patio, desde la cocina apartada de la casona, una medida impuesta por el cabildo años atrás para prevenir los incendios que habían asolado al puerto en décadas anteriores. Para cuando trajeron el fuerte, los ademanes de San Martín le dejaron en claro a Bolívar que el homenajeado tenía la panza llena. Una y otra vez, el Protector se llevó la mano a la boca del estómago y suspiró. Aun así, no quiso ser descortés, cortó algunos pedazos de la jugosa chuleta de puerco, y se llevó a la boca media

docena de bocados de arroz con menestra, y un par de mordiscos de plátano verde asado. Con la chucula, que llegó de postre, no pudo. El pequeño plato seguía intacto cuando Bolívar se puso de pie y levantó la copa.

—Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo —dijo una vez que todos los asistentes se levantaron.

Se oyeron murmullos y el tintineo del cristal, mientras los dos generales brindaban en la esquina de la cabecera. San Martín se tomó su tiempo, dejó la copa en la mesa, se acomodó la pechera y retomó su bebida.

—Señores —dijo, con su copa en alto, cuando volvió a reinar el silencio—, yo brindo por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del Libertador.

Hubo un par de brindis más antes de que los libertadores se retiraran de la mesa y caminaran hacia la salida. Bolívar se recogió en sus aposentos y preparó las mejores galas para el baile ofrecido por el cabildo. A las nueve y quince ingresó con sus acompañantes al enorme salón, profusamente iluminado, saludó uno a uno a los notables locales y, como era su costumbre, dedicó especial atención a las damas, ataviadas con camisones franceses de telas pastel, claras y ligeras, amplios escotes que dejaban los hombros descubiertos, y el talle alto, justo debajo del busto levantado, desde donde el vestido caía libre y recto hasta los tobillos. Poco antes de las diez, decenas de parejas seguían sobre el piso de madera los compases de la contradanza. Bolívar conversó un rato con San Martín, que llegó casi al tiempo con él, pero luego salió a la pista y no se cansó de bailar, acompañado durante una tanda entera por la joven Carmen Calderón, una de las más animosas y lindas de la fiesta.

—Bella niña, nunca vino a verme el letrado limeño que usted y su madre me recomendaron —le dijo Bolívar durante una pausa de la música—. Lo quedé esperando media mañana, pero jamás apareció.

—Ignoro qué le habrá ocurrido, general, que nosotras tampoco supimos más de él.

—Dávalos era, si mi memoria no me falla.

—No le falla, general, así se llama, y entiendo que estaba muy ansioso por entregarle a usted una carta.

—Pues nunca llegó y ahora nos quedaremos sin saber.

Interrumpieron la charla cuando escucharon los primeros compases del vals vienés y volvieron al centro del salón para seguir,

ligeros, la danza en tres tiempos que nunca faltaba en los saraos guayaquileños. Muy a su pesar, el Libertador dejó a Carmen en manos de otra pareja, para pasar un rato más con su invitado. Las ojeras de San Martín habían crecido, y eso a pesar de la siesta antes del banquete, y las muecas que acompañaban el pase de la palma de la mano sobre la panza se habían intensificado con el avance de la noche. El Protector le reiteró sus deseos de renunciar a sus cargos en Lima poco después de regresar a la ciudad virreinal, pues como ya le he sugerido, me parece que mi partida será la contribución última y definitiva que el general San Martín haga a la liberación del Perú, que ya tendrá usted que asumir su rol a plenitud y seguramente en persona, en la culminación de esta gesta.

Impactado por lo que escuchaba, Bolívar no quiso responder y, minutos después, estaba de nuevo en la pista. Poco antes de la una, tras regresar de una nueva tanda de contradanzas, encontró a San Martín y a Guido, acompañados del coronel Soyer, en actitud de despedida.

—Ha llegado la hora, general —le dijo San Martín—. Soyer tiene previsto un retiro discreto por aquella puerta lateral, para que no interrumpamos la animación.

—Lo acompaño hasta el muelle, amigo mío.

—No lo quiero incomodar.

—Ni más faltaba, general, que le tengo un pequeño presente.

Se retiraron sin llamar la atención y una vez afuera, donde soplaba una brisa fresca y por una vez seca, caminaron hacia el muelle, donde dos chinchorros con sus remeros esperaban a la ya reducida comitiva del Protector.

—Aquí tiene, amigo —le dijo Bolívar mientras recibía de su edecán un pequeño atado de terciopelo, del que extrajo una miniatura de marfil blanco, con el rostro tallado del caraqueño—. Para que no se olvide de quien tanto lo admira.

—General —le respondió San Martín después de recibir de Bolívar el mismo triple abrazo con que se habían saludado el viernes en la mañana en la Macedonia—, espero que esté usted consciente del desafío que tiene por delante.

—El que tenemos, amigo, el que tenemos.

—No, general, yo ya no más —le dijo mientras negaba con la cabeza —. Le reitero que mi salida del Perú está decidida y dispuesta, y ahora le queda a usted un nuevo campo de gloria en el que podrá poner el último sello a la libertad de América.

Bolívar se lo quedó mirando mientras San Martín se embarcaba en el bote de remos. Al tiempo que los dos chinchorros se alejaban, y a

medida que las luces de los faroles de gas del malecón agotaban su alcance y dejaban a la luna llena la tarea de iluminar el rostro del Protector, Bolívar levantó la mano y la sacudió. San Martín lo imitó, de pie en el bote, en una última despedida.

—¿En verdad, señor, eso le dijo? —preguntó Manuela al escuchar el final del relato que las chicharras habían acompañado con su monótono canto durante toda la noche que ella y el Libertador habían pasado en el cobertizo de la casa de Las Garzas.

—Así es, hija mía, así se despidió, sin pedir nada más que los refuerzos que ya van en camino.

Eso mismo le había escrito Bolívar a Santander. En un extenso informe sobre sus entrevistas con el Protector del Perú, detalló que San Martín no quería entrometerse en los asuntos de Guayaquil, que haría lo necesario para la ratificación de los tratados por el Congreso en Lima, y que le había ofrecido que Colombia pidiera lo que desease del Perú, que él a todo diría que sí. El Libertador le aseguró a Santander que San Martín no había planteado demandas militares concretas para seguir adelante con la guerra en el Perú y que parecía satisfecho con los refuerzos que ya iban en camino. No me ha dicho, le insistió a Santander en la misiva, que trajese proyecto alguno ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva están preparadas para el caso. Y eso mismo le contó a Manuelita, después de confirmarle los planes del Protector de abandonar el mando y retirarse del Perú.

—¿Y ahora, señor? —preguntó ella, inquieta.

—Pues mi niña, sólo sé que todo nos queda por hacer en el Perú si San Martín se marcha.

XII

DOS GALLOS EN EL CORRAL SE LLEVAN MAL

—Estuvimos tan cerca, Guido...

San Martín estaba entregado a sus cavilaciones mientras la goleta Macedonia aumentaba lenta pero indefectiblemente sus sacudones a medida que la proa abría surco en las aguas del Pacífico. Esta vez, el coronel Rufino Guido llegó con el café justo a tiempo para escuchar la frase y fue incapaz de contener el ánimo respondón.

—Aún estamos a tiempo —le dijo a su jefe—, un par de batallas hasta que el virrey comprenda que su ejército carece de futuro, y habremos culminado la faena.

—No tenemos con qué darlas, Guido, y menos con qué ganarlas —respondió el Protector del Perú—, pero además, no nos digamos mentiras, yo ya no controlo el mando en Lima.

El coronel desistió del alegato y pasados unos minutos, con las tazas ya vacías, volvió a escuchar el lamento del general, estuvimos tan cerca, faltó tan poco, mientras los ojos de San Martín se perdían en el horizonte nuboso. Algo debe de querer decir, pensó en voz alta, que yo haya comenzado a dedicar cada día más tiempo a recordar y menos a hacer planes. Guido se fue por más café y San Martín se transportó de repente a la bahía de Paracas, donde el siete de septiembre de 1820 anclaron los primeros navíos de la expedición libertadora del Perú que dos semanas antes habían zarpado de Valparaíso.

El día ocho, en la mañana, con el pecho hinchado de optimismo, ordenó al general Juan Gregorio de Las Heras que desembarcara al

frente de su división, que hoy es el primer día de la libertad del Perú. Penosa jornada resultaría, pues apenas a la noche, tarde, después de más de doce horas dedicadas a sobreponerse a los arenales quemantes de la costa, donde tropas y equipo se hundían en el suelo calcinado, Las Heras consiguió acampar a sus hombres tres leguas más al norte, al borde de los humedales de Pisco, en un terreno más firme y donde era posible obtener agua para beber.

El doce, al día siguiente de que fondearan en medio de vivas, que estamos todos, bendita sea la patria, el bergantín Araucano y la fragata Águila, separados de la expedición por una tormenta y que hasta el propio almirante Cochrane había dado por perdidos, San Martín desembarcó por primera vez en suelo peruano en compañía de su Estado Mayor y dictó un bando destinado no a los habitantes de la costa, sino a sus propias tropas, que mandaré aplicar la pena capital por cualquier robo mayor de dos reales y la ley del talión al que derrame una gota de sangre fuera del campo de batalla.

Con la sola presencia de los patriotas en la costa, las autoridades en Lima, medio centenar de leguas al norte, temieron lo peor, que ya vienen los impíos, los herejes, los masones. De tal manera que el veinte de septiembre, en Miraflores, a medio tabaco de camino del palacio virreinal en la capital, los libertadores obtuvieron su primer triunfo sin disparar una bala, al firmar con los delegados del virrey Joaquín de la Pezuela un armisticio que buscaba abrir un lapso de reflexión, a ver si San Martín y Pezuela podían resolver, en negociaciones directas, la forma más expedita de terminar la guerra en el sur de América.

Pronto se hicieron evidentes las intenciones dilatorias de Pezuela. Si él quiere ganar tiempo, nosotros no tenemos por qué perderlo, y San Martín despachó a la sierra al coronel Juan Antonio de Arenales, con órdenes de ponerse a caballo sobre Jauja y comunicarse con el general en jefe por el norte, quitando así todos los recursos a Lima al quedar cortada la ciudad de la sierra. El quince de octubre, un contingente de la división de Arenales derrotó en Nazca a la división española al mando del coronel Manuel Quimper, y se hizo con parque y pertrechos, y el dieciséis, en Acary, una partida sorprendió a los realistas en fuga y los barrió, de manera que el veinte Arenales pudo escribirle a San Martín que Ica ya había jurado la independencia.

El veintiuno, San Martín dictó el decreto que creaba la bandera peruana, dividida por líneas diagonales en cuatro cuerpos, blancos los dos de los extremos superior e inferior, y encarnados los laterales, con una corona de laurel ovalada y, dentro de ella, que así la describió, un sol saliente detrás de sierras escarpadas que se elevan sobre un mar

tranquilo. Había bandera y había que hacerla ondear en Lima. La expedición naval se embarcó hacia el norte, hasta la bahía de Ancón, unas pocas leguas arriba del Callao, adonde San Martín llegó en el buque insignia el cinco de noviembre, horas antes de que, tras caer la noche, una partida de catorce botes de remo a órdenes de Cochrane bogara en silencio hasta la fragata española Esmeralda, anclada sin temores por el mando español que contaba con que la protegía la fortaleza del Real Felipe del Callao. La Esmeralda era el mayor y mejor armado buque de su majestad en el Pacífico, y cuando Cochrane y sus hombres la abordaron por sorpresa, se desató sobre la cubierta un intenso tiroteo en el que el almirante recibió dos heridas de mosquete, lo que no impidió la toma de la nave por los patriotas que había de marcar, así de claro, el final de la hegemonía naval española en las aguas del Pacífico suramericano.

Quince días más tarde, el sargento mayor Juan Lavalle, al frente de los Granaderos a Caballo, derrotó a los realistas en Jauja, al tiempo que San Martín, desde el cuartel general establecido en Supe, al norte de Lima, dictaba su proclama a los españoles europeos. Les ofrecía completas garantías para su vida, su familia y sus bienes si no trabajaban en contra de la revolución, les pedía que se fiaran en la palabra de un general que nunca ha faltado a ella, y les aseguraba que el proceso independentista no tendría retroceso porque, sostenía, la opinión general del Perú es un torrente que ningún poder humano puede reprimir.

—¿Por qué habla de opinión y no de nuestras tropas, general? —indagó uno de los lugartenientes de Cochrane, de visita en el campamento.

—Porque aquí no vinimos a vencer sino a convencer —respondió San Martín en voz alta y para que lo escuchara todo el Estado Mayor.

Y convencía. El dos de diciembre se presentaron en el cuartel general que San Martín estaba a punto de mudar de Supe a Huaura, un poco más cerca de Lima, veintidós oficiales y ochenta y cinco sargentos y soldados argentinos que acababan de dejar los calabozos del Callao, como resultado del canje de prisioneros pactado con agentes del virrey tras la toma de la fragata Esmeralda. Al día siguiente llegaron mejores noticias, que se ha pasado entero al bando patriota el regimiento Numancia, con ochocientos hombres de la más selecta tropa de infantería de línea, un puñado de oficiales curtidos en la guerra en Venezuela y en la Nueva Granada, y una dotación en armas y equipo de campaña de primera categoría. San Martín ya sabía que esos refuerzos de calidad podían llegarle pues, durante su

primera visita al campamento libertador, la majísima guayaquileña Rosa Campuzano, que aplicando su inteligencia tanto como sus encantos había infiltrado el mando militar realista, así se lo había anunciado.

El Numancia había sido víctima de una estrategia de pinzas desarrollada por dos atrevidas jóvenes que habían convertido en imbatibles las armas de su astuta coquetería. El coronel Tomás de Heres, nacido un cuarto de siglo atrás en Angostura, a orillas del Orinoco, había quedado prendado de la lindeza de Rosa y se había dejado persuadir de ponerse a órdenes de San Martín, al tiempo que Manuela Sáenz, la quiteña que compartía andanzas y convicciones libertarias con Rosa, convencía a su medio hermano José María, teniente del regimiento, y a otros jóvenes del mando intermedio que se desvivían por ella, que ya no más, muchachos, que se llegó la hora de abandonar al virrey.

Para febrero, los retrocesos de la corona se acumulaban y el general español de mayor graduación en el Ejército Real del Perú, el jerezano José de la Serna, que ya pasaba de los cincuenta, asumió el mando tras un levantamiento de los oficiales que se oponían a la inacción del virrey Pezuela, que está claro que a nada vamos con este encogido, cuál encogido, un pobre cagueta que quiere pactar la rendición sin desenvainar el sable ni disparar una bala.

Pero pactar, había que pactar, y así lo entendió el nuevo capitán general y aspirante a virrey, quien le escribió a San Martín para sugerirle un encuentro, por si se pudiera, general, hallar un medio que concilie los intereses y concluya las desavenencias entre españoles y americanos. El trece de febrero, San Martín le respondió, dispuesto al acuerdo, que los honores del triunfo satisfacen menos a un alma bien formada, que la conciencia de haber evitado a la humanidad los estragos que causa la guerra.

Pero las fiebres tercianas se abatieron en marzo sobre las tropas acampadas en Huaura, y el propio San Martín pasó una semana en cama, con calenturas y una recaída de sus dolencias de estómago. Con el pesimismo recobrado, le escribió a O'Higgins a Santiago de Chile: creo con evidencia que, si continúo así, pronto daré en tierra. Comisionados iban y venían entre Huaura y Lima, lo mismo que Rosa, que cuidaba de quien para entonces era ya su enamorado, que ella es la única que le baja la fiebre, la única que le alivia las punzadas en la panza, que no es sólo ella, iluso, que el opio también le ayuda.

Pese a los dolores que le doblaban el cuerpo, a punta de entereza, y de opio, puso su mejor cara para recibir el dieciséis al enviado del

mismísimo Fernando VII, don Manuel Abreu, un capitán de fragata que la línea más liberal del gobierno de la península había mandado a América a explorar un pacto con los jefes patriotas. Actuaba en nombre del rey, pero el monarca no compartía los objetivos de su misión. En febrero, desde Panamá, el enviado le había escrito a San Martín, a cuya madre y hermano decía haber conocido en Málaga: convencido estoy de que seremos capaces de arribar a un acuerdo para que de este modo no se prolonguen males que por su naturaleza deben desaparecer de las Españas. El de Yapeyú le respondió en sentido positivo, pero con una necesaria distinción: le explicó que sin duda hallarían un medio honroso para resolver las diferencias entre España y América, que es bueno que se vayan enterando de que ya existimos.

El general juega a la paz sin olvidar la guerra, decían sus oficiales, y razón tenían. San Martín había cruzado cartas con el general La Serna, al tiempo que instruía a Arenales de los alcances de su segunda expedición a las sierras peruanas: quiero torcerle a Lima el brazo de los suministros y cortarles a las tropas realistas en la sierra todo contacto con el poder en la capital. Las tratativas entre sus oficiales y los realistas avanzaron a lo largo de mayo, y el dos de junio, San Martín y La Serna se encontraron por fin en la hacienda Punchauca, unas pocas leguas al norte de Lima, y pactaron un armisticio basado en el reconocimiento por parte del mando español de la independencia del Perú. Ambos generales acordaron la designación de una regencia de tres miembros, mientras dos comisionados del nuevo gobierno viajaban a Europa en busca de un príncipe que ocuparía el trono del nuevo Estado.

—Casi me fusilan nuestros amigos, Guido, ¿se acuerda? —recordó el Protector a bordo de la Macedonia al segundo día de navegación de regreso de Guayaquil.

—Cómo olvidarlo, general.

—No sabían lo que yo, que Madrid jamás aceptaría ese acuerdo, y no entendían que gracias al armisticio ganábamos tiempo y, de paso, conseguíamos el reconocimiento de la independencia.

El acuerdo ni siquiera pasó el examen de los generales que habían instalado a La Serna en un virreinato interino tras deponer a Pezuela, pero les sirvió a los patriotas para aislar del todo a Lima, donde cundió el pánico entre los más pudientes: que el virrey se va y se van las tropas, pero qué dices, que se nos alzan las castas, que la indiada ya rodea la ciudad, tenemos que evitarlo o, mejor, huir con ellos, que no vamos a hacer gala de más orgullo que don Rodrigo en la horca.

El seis de julio, una larga caravana encabezada por La Serna y su

corte, y seguida por decenas de blancos de calidad con joyas y enseres, se abrió paso hacia el este, mientras algunos linajudos que confiaban en su astucia optaban por quedarse y acomodarse a los nuevos tiempos. Le hacían caso a don José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, heredero por parte de madre del título de marqués de Montealegre de Aulestia, pero viejo conspirador independentista desde la Logia de los Copetudos, en la que había congregado a muchos encopetados, querrás decir copetudos, que da igual, miembros de lo mejor de la nobleza criolla que habían comenzado a entender que tenían mucho que ganar con una nación propia.

Este círculo señorial pero pragmático, que estaba harto de la incompetencia del mando realista y, sobre todo, de las cada vez más insoportables contribuciones obligatorias para financiar la guerra contra los patriotas, preparaba un suntuoso recibimiento a San Martín. Pero el jefe libertador los sorprendió la noche del diez de julio, pasadas las siete, al entrar a la ciudad en su caballo y acompañado apenas por un ayudante local que hacía las veces de guía. San Martín estaba agotado y quería pasar la noche, sin barullos y en plan de descanso, en una posada a pocas cuadras del palacio de Pizarro, a la espera de la entrada de las tropas. Pero dos sacerdotes del vecindario se enteraron de su presencia y corrieron a pedirle audiencia. San Martín los recibió a pesar del agotamiento, y tuvo que soportar cómo el primero de los curas lo comparaba con Julio César y el segundo iba más lejos y le atribuía las cualidades de Lucio Licinio Lúculo.

—Santo Dios —le dijo San Martín al ayudante—, ¿dónde he venido a caer?

—Ay, mi general —respondió el escolta, con una mirada que demandaba comprensión—, en esta ciudad hay centenares del mismo temple.

El general supo que no podría descansar y antes de la medianoche llamó a la puerta del marqués de Montemira, gobernador militar y político de la ciudad, con quien San Martín había cruzado algunos mensajes para darle garantías a la clase señorial, que no permitiremos que impere el caos ni que se cometan desafueros, abusos ni injusticia alguna. Don Pedro José de Zárate y Navia Bolaños, que era conde del Valle de Oselle y caballero de la Orden de Santiago, además de marqués de Montemira, recibió a San Martín en su residencia como si se tratara de un salvador.

El octogenario criollo, honrado con el marquesado por Carlos III en 1776, le ofreció al recién llegado que se trasladara al palacio virreinal y que instalara allí su cuartel de mando, pero San Martín rechazó la

oferta y prefirió quedarse a conversar con el gobernador, mientras acordaban algunos pasos que había que dar. Poco pudieron charlar, pues afuera, frente a la casa, se agolpaban cientos de personas que vitoreaban a San Martín y al Ejército Libertador, que la noticia había corrido por toda la ciudad gracias a los curas. Los más influyentes accedían a la mansión y regalaban al general con largos discursos, uno tras otro hasta el amanecer.

—¿Es esto normal, señor marqués? —preguntó el Protector del Perú.

—¿Qué cosa, general?

—Lo de la oratoria.

El anciano, que a esas alturas de la vida lo sabía todo, apenas sonrió, y el general comprendió que si quería convencer, su principal arma tenía que ser la paciencia. Al día siguiente, casi sin haber dormido, desató una frenética actividad administrativa que duraría varios días. Ordenó a Las Heras poner sitio a la fortaleza del Callao, donde el general José de la Mar resistía con cerca de dos mil realistas, y dictó un bando severísimo que castigaba con la pena capital cualquier saqueo, incluso el robo, si superaba los dos pesos. Repartió por la ciudad las tropas que habían comenzado a ingresar en la madrugada, y ofició al ayuntamiento para que convocara una junta general de vecinos honrados, con el fin, entiéndanme bien, de que se exprese sobre si la opinión general se halla decidida por la independencia.

—Al César lo que es del César, que este recién llegado ha impuesto el orden, evitado los saqueos y vacunado a la ciudad contra un levantamiento de la canalla —comentaban en los salones de linaje, mientras en las calles las pulperías volvían a abrir sus puertas y los limeños salían de la casa y rehacían su vida normal.

El quince de julio, el cabildo de vecinos honrados convocado a pedido de San Martín, proclamó con solemnidad y pompa, como tenía que ser en Lima, que la voluntad general, señores, está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquier otra extranjera. Dos días más tarde, el Libertador del Río de la Plata, de Chile, y ahora también del Perú, ordenó quitar de los principales edificios públicos el escudo de armas del rey de España, pues debe quedar bien claro que la corona de la península ya no manda en estas tierras.

Era una mañana fresca cuando el sol comenzó a disipar la neblina que cubría la ciudad el veintiocho de julio. San Martín salió del palacio, que ocupaba desde hacía dos semanas, con el uniforme de gala de general en jefe del Ejército Expedicionario, acompañado por el marqués de Montemira, los oficiales de su Estado Mayor y todos los

generales patriotas. Caminó hacia la Plaza Mayor, donde el ayuntamiento había hecho levantar un tabladillo que para esa hora rodeaba una multitud que desbordaba la explanada y ocupaba las calles aledañas. Un secretario del ayuntamiento calculó la afluencia en más de dieciséis mil personas, una cantidad que no resultaba exagerada para una ciudad que ya se extendía más allá del recinto ceñido por las murallas levantadas a finales del siglo xvii, y que contaba, según el censo más reciente, con más de sesenta y dos mil habitantes.

San Martín empezó su prédica, pero tuvo que detenerse media docena de veces para volver a arrancar, desde el principio, hasta que por fin consiguió que la muchedumbre hiciera silencio. Tras agitar la bandera roja y blanca en la mano derecha, la entregó a un edecán y procedió a explicar a la multitud los alcances de la determinación adoptada el día quince por el cabildo. Quienes se encontraban más cerca del entarimado repetían lo que oían de boca del general hacia los que estaban más atrás, y éstos a su vez diseminaban las frases de San Martín por todos los rincones de la plaza y hacia las bocacalles, hasta que, como una marejada que se abría desde la tribuna hacia todos los costados, corrió la gritería seguida de un estallido de aplausos que invadía la manifestación por cuenta de la frase determinante del tribuno: el Perú es, desde este momento, libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende, proclamó el de Yapeyú.

—¡Viva la Libertad! ¡Viva el Perú! —remató y en Lima estalló una fiesta que sólo culminó a la madrugada siguiente.

Esa tarde recordó en silencio a los amigos de Londres y recapituló sus conversaciones con Belgrano. Estaba muy cerca de cumplir con los pasos finales de su plan de dimensión continental, pero en la sierra, y el general se lo hizo ver a la mañana siguiente a sus oficiales, esperaban las tropas del rey, que ese contingente aún constituye el mayor ejército en la América de habla hispana y cuenta con un puñado de oficiales de élite que combatió a Napoleón, que se lo digo yo que estuve con ellos en muchas y muy duras batallas. El terreno ganado no era firme, y Lima y las demás ciudades cercanas a la costa, que habían abrazado la independencia, necesitaban un mando centralizado y fuerte.

—No podemos permitir que se repita aquí —les advirtió— el desbarajuste del Río de la Plata y sus provincias.

Con esos temores como principal motivación, el dos de agosto San Martín se proclamó Protector del Perú, y en un escrito difundido

dentro y fuera de las murallas de Lima, y por media docena de ciudades más, declaró, para que nadie tuviese dudas: el objetivo es primero asegurar la independencia, que después se pensará en establecer la libertad sólidamente. La rigurosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública, agregó, me da derecho a ser creído, y por eso yo les prometo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento mismo en que sea libre su territorio, haré dimisión del mando.

A San Martín lo aplaudían allí por donde pasara, en las calles, en el teatro, en los salones de baile, acaso nunca se separa de esta señora, muy capitán general de los ejércitos y muy Protector del Perú, pero a él lo manda ella, tan levantisca, así es, así es, una buscona, una furcia, que él porque llegó hace poco, pero aquí todos le conocemos el pasado a Rosa Campuzano. Detrás de los aplausos y los vivas, estaban las murmuraciones y un creciente descontento porque a pesar del bando del cuatro de agosto, que les otorgaba todas las garantías a los españoles que aceptaran las reglas del nuevo gobierno para que pudieran seguir adelante con sus negocios, las quej as, tanto de los peninsulares como de sus socios y amigos criollos, se multiplicaban y apuntaban ante todo al hombre fuerte del régimen, el ministro de Guerra y Marina Bernardo de Monteagudo.

Este tucumano, que acababa de superar los treinta y dos años, exhibía indiscutibles credenciales patriotas, pues desde muy joven, como estudiante de leyes de la Universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú, formó parte del movimiento intelectual que, tras la invasión napoleónica a la península, promovió la independencia de la América hispana. Mientras ejercía como defensor de los pobres, escribió una obra, *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII,* que circuló de manera clandestina en la región. Algunos ejemplares llegaron a Buenos Aires, donde ganó adeptos una reflexión en forma de silogismo extraída del intercambio verbal imaginario entre el último emperador inca y el monarca español, removido de su trono por los franceses. La agudeza del cues- tionamiento de Monteagudo hizo carrera: ¿debe seguirse la suerte de España o resistir en América?, se preguntaba. Y la respuesta era el contundente silogismo: las Indias son un dominio personal del rey de España; el rey está impedido de reinar, luego las Indias deben gobernarse a sí mismas.

Monteagudo tomó parte activa en el levantamiento de Chuquisaca en el año nueve, y en el año once se trasladó al Río de la Plata, donde se unió a la vertiente revolucionaria más radical, los jacobinos de Mariano Moreno, que habían apoyado la revolución de mayo de 1810

pero luego fueron desplazados del gobierno por los conservadores. Respaldó el golpe de octubre del doce, que San Martín garantizó con sus granaderos y Alvear aprovechó para hacerse con el poder. Siempre defendió la tesis de proclamar sin dilaciones la independencia, mientras otros dirigentes dudaban. Se unió a San Martín en 1817, como auditor del ejército de los Andes, y su pluma influyó en el texto de la declaración de independencia de Chile firmada por O'Higgins. Su carácter decidido y la claridad con que ponía sobre el papel las ideas y los objetivos hicieron que San Martín dejara de lado las prevenciones que le despertaba su radicalismo y lo convirtiera en un cercano colaborador.

—¿Cómo es que el Protector, un hombre tan prudente, le ha dejado tanto poder a este exaltado? —se preguntaban en los salones limeños semanas después de la proclamación de la independencia.

—Muy fácil —respondía algún atinado—: porque Mon- teagudo es como San Martín quisiera ser y no se atreve.

Bajo el influjo de Monteagudo, el gobierno dictó el decreto de libertad de vientres, por cuenta del cual nacían libres los hijos de esclavos, y otro que abolió la mita, servidumbre a que estaban sometidos los indios. Ambas medidas despertaron las prevenciones de cientos de criollos que sacaban provecho tanto de los esclavos como de la mita. Poco a poco, los afectados fueron acercando sus posiciones a las de los españoles contra cuyas propiedades la emprendió Monteagudo, a pesar de las garantías del bando del cuatro de agosto.

Al principio, el Protector resolvió las dudas con victorias militares. Un mes después de proclamar la independencia, tropas al mando del general realista José de Canterac amenazaron Lima, pero no se atrevieron a atacarla y prefirieron retirarse a los alrededores de la fortaleza del Callao, en una movida que se convirtió pronto para los del rey en un callejón sin salida. Después de avituallar a sus compañeros que resistían, al mando del general José de La Mar, en el Real Felipe, Canterac se retiró con su contingente hacia la sierra. Hubo críticas a San Martín por no haberlo atacado, que tiene razón lord Cochrane, la falta de decisión del Protector nos llevará a la ruina, pero la capitulación de La Mar el diecinueve de septiembre, con seiscientos hombres de línea, ochocientos paisanos armados y un inmenso parque de equipo naval, artillería y municiones, y el paso de él y de sus hombres al bando patriota, mantuvieron a raya el descontento.

—¿Por qué se rindió La Mar? —preguntaba un español que rezongaba contra las medidas de Monteagudo, en una taberna limeña.

—Durante su corta visita, Canterac no le dio mayores esperanzas —

le explicó un contertulio—. Además, La Mar es viejo amigo de San Martín, que combatieron juntos en la campaña del Rosellón hace más de un cuarto de siglo.

—Estás divagando —terció otro—, que el único motivo real es que la vitualla que le dejó Canterac no alcanzaba ni para una semana.

San Martín estaba radiante. Dejó de lado las inquietudes ante los reclamos de los blancos de calidad, lloriqueos de quienes todo lo han tenido y nada quieren dar, decía, y le escribió a O'Higgins: al fin nuestros desvelos han sido compensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sud, que el Perú es libre y es incalculable lo que hemos hallado en el Callao. Ya yo veo el término de mi vida pública, remató en el colmo del entusiasmo, y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos más seguras y retirarme a un rincón a vivir como hombre.

Al retiro no lo alentaba sólo la sensación de que el cumplido de su misión estaba cerca sino también, aunque eso no se lo contaba a O'Higgins, las divisiones que surgían en el seno de la oficialidad de su ejército. Empeñado en no dejarse arrastrar por esas disputas alentadas por la envidia, y por las molestias que por momentos generaba entre sus subalternos su inacción en contra de los realistas, el Protector desoyó las campanadas de alarma. A mediados de octubre, el coronel colombiano Tomás de Heres, el mismo a quien Rosa Campuzano había convencido de pasarse con el Numancia al bando patriota, le presentó a San Martín los detalles de un complot en su contra, tramado por oficiales argentinos.

—Se quejan de que usted no quiere combatir a los peninsulares, general.

—¿Qué saben ellos? —gruñó el Protector—. Sin disparar un tiro hemos ganado Lima y rendido el Callao.

—Pero ellos dicen que La Serna y Canterac se hacen fuertes en la sierra.

—Y por eso, porque se han hecho fuertes, no de ahora sino de hace rato, no estamos en posición de atacarlos con probabilidad de éxito.

San Martín indagó un poco más, pero los supuestos implicados negaron cualquier trama, y al final Heres pasó de redentor a crucificado. El Protector quiso confinarlo fuera de Lima, pero antes de tomar la decisión, a fin de mes tuvo a la mano nuevos indicios del complot. Aunque se negó a actuar contra sus oficiales, creyó hacerles un guiño de advertencia al comisionar a Heres como enviado especial suyo a Guayaquil, donde un año atrás los notables del puerto habían proclamado la independencia y oficiado a San Martín en busca de

apoyo.

Hombro a hombro con Monteagudo, San Martín había seguido adelante con la agenda de reformas. En agosto creó la Biblioteca Nacional, una institución, señores, destinada a la ilustración universal, más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia. Él mismo aportó seiscientos volúmenes de su biblioteca personal, que iban desde tratados de estrategia militar, asuntos navales e historia de las guerras, hasta clásicos del mundo antiguo firmados por Platón, Aristóteles y Séneca, pasando por las obras de Montesquieu, Beaumarchais, Voltaire, Rousseau y Diderot. Estimuló el teatro, al que asistía con frecuencia, casi siempre del brazo de Rosa. Abolió las peleas de gallos y declaró, en pro de la salud pública, que el juego es un delito que ataca la moral y arruina a las familias. Los dueños de casinos debían cerrarlos, so pena de ser llevados a prisión y procesados.

La organización penitenciaria también fue objeto de reforma. En octubre, San Martín recorrió algunos penales, conversó con los reclusos y recogió sus quejas. Como consecuencia de esas indagaciones, proscribió la tortura y remplazó la pena de horca por el fusilamiento. Erradicó el castigo de azotes tanto de las cárceles como de las escuelas, y restringió su práctica en contra de los esclavos, de manera que semejante pena sólo podían aplicarla los amos con autorización de un juez y ante conductas que el magistrado considerara gravísimas.

—Mucho decreto y mucha proclama, pero el rey Fernando sigue mandando en la sierra —se quejaban sus oficiales— y cualquier día de éstos sus tropas nos sacan de Lima y nos echan al mar.

—Al mar, sí señor, donde nos quedamos desprotegidos desde que se largó lord Cochrane.

Las relaciones, por lo general agrias, entre el temperamental almirante británico y San Martín habían traspasado el punto de no retorno poco después de la proclamación de la independencia. Cochrane se quejaba de que el Perú no saldaba la deuda de varios meses de paga con sus marineros. A ello sumaba su indignación por las pretensiones de Monteagudo de crear una escuadra naval peruana que remplazara a la del inglés. Pero todos esos problemas se habrían podido resolver si entre el almirante y el general hubiese habido algún margen para el entendimiento. Un esfuerzo fiscal del gobierno habría permitido saldar al menos en parte las acreencias salariales, y el propio San Martín había sugerido en privado que, si era necesario, estaba dispuesto a ofrecerle a Cochrane el comando de la naciente marina del Perú.

Pero bastaba que se reunieran para que saltaran chispas. Son como perro con gato, comentaban en el Estado Mayor: al almirante le brota lo peor de sus aires altaneros y San Martín, siempre tan contenido, se sale del uniforme, y es que Cochrane ve en San Martín todo lo que desprecia en este mundo y el general ve en el almirante todo lo que lo cabrea de un ser humano. Es un intelecto militar inferior, un comandante pusilánime, un general esclavo de sus temores, decía Cochrane del de Yapeyú. Es un pretensioso este lord filibustero, sentenciaba San Martín. Cuando harto de sus reclamos, tan justos unos como soberbios otros, el Protector le ordenó que regresara a Chile, que por acá no quiero volverle a ver el rostro, el almirante aceptó. Pero antes de llevarse sus naves y sus marinos, enfiló hacia el puerto de Ancón, donde por orden de San Martín los tesoros públicos permanecían depositados en una goleta.

—Claro, el Protector quería evitar que si caía Lima, cayeran los tesoros, y por eso los consignó allí, a buen recaudo.

—Qué te digo, ni tan a buen recaudo, que el lord se los cargó completos y nos dejó en la ruina.

Para finales del año veintiuno, la euforia tras la rendición del Callao había dado paso a la pesadumbre en la correspondencia de San Martín con O'Higgins. Al tiempo que le daba cuenta de la disconformidad de algunos oficiales, le digo que Las Heras, Enrique Martínez y Necochea me han pedido su separación y marchan creo que para esa, y negaba responsabilidad alguna, no me acusa la conciencia haberles faltado lo más mínimo, reflexionaba: que usted ni yo, mi buen amigo, no esperamos recompensa de nuestras fatigas y desvelos y sí sólo enemigos.

—Cuando no existamos —le escribía a modo de consuelo— nos harán justicia.

Para los primeros días del nuevo año, el Protector estaba convencido de que sólo una acción concertada con las tropas colombianas que avanzaban hacia el sur podía garantizar la victoria en Quito, asegurar Guayaquil y, más adelante, desencadenar una campaña triunfante y definitiva contra las tropas realistas en la sierra peruana. El diecinueve de enero dictó un decreto por el cual se desprendió de sus poderes en la administración civil, delegándolos en José Bernardo de Tagle y Portocarrero, IV marqués de Torre Ta- gle, quien a pesar de sus campanillas de criollo nobilísimo estaba comprometido con la causa independentista desde hacía una década.

Heredero de una de las mayores fortunas del Perú colonial, ocupaba la mansión más soberbia y afamada de Lima. Estaba a cargo

de la intendencia de Trujillo por designación del virrey Pezuela, cuando San Martín desembarcó en las costas peruanas. Durante semanas mantuvo con él correspondencia secreta y en las horas finales del año veinte proclamó la independencia de la provincia, con lo cual, sin estrenar su sable, San Martín había ganado para su causa una amplia zona del norte del Perú. Ahora el Protector se lo agradecía, para mayor desagrado de muchos oficiales argentinos y chilenos que el veinte de enero tuvieron que jurarle lealtad al nuevo mandatario civil.

San Martín estaba decidido a ir en busca de Bolívar y con ese propósito se embarcó el seis de febrero en Paita. Antes de un mes estaba de regreso, sin haber conseguido siquiera alejarse de las costas peruanas. Las noticias que le llegaban de Lima y de otras regiones le impidieron una y otra vez navegar hacia el norte. En la capital, los criollos más encumbrados elevaban su apuesta contra Monteagudo, a quien también atacaban los republicanos radicales, quejosos de que el antiguo jacobino se hubiese avenido a las tesis conservadoras del Protector. Entre los oficiales crecían las disputas, ahora desembozadas por la ausencia de casi cuatro semanas de San Martín.

—¿Y qué hace Torre Tagle? —preguntaba San Martín a quienes le llevaban informes.

—No mucho, trata de ser ecuánime y evita disgustar a unos y a otros.

La gran iniciativa del marqués fue un decreto por medio del cual modificaba la bandera peruana diseñada por San Martín. Ya no serían triángulos rojos y blancos, sino franjas, pues el gobierno alegaba que el diseño inicial era de muy compleja confección. En el primer decreto de Torre Tagle, las franjas eran horizontales. Pero en un ambiente en el que ya era común que toda decisión del gobierno civil desatara controversia, y qué quiere ahora el marqués, que juremos una bandera que evoca la de España, faltaría más, semanas más tarde un nuevo decreto definió que las franjas serían verticales, una roja a la izquierda, una blanca al centro y otra roja a la derecha. Punto final y asunto resuelto, señores. Al menos uno.

En abril, las noticias llegadas de los campos de batalla acabaron de nublar el horizonte del otoño limeño, ay, por Dios, cuántas veces le dijimos a San Martín que ese general ha sido siempre un incompetente, que al que nace barrigudo es inútil que lo fajen. Y era cierto que al Protector lo habían advertido sus oficiales sobre las escasas dotes del general Domingo Tristán y Moscoso, un arequipeño que llevaba una década saltando del bando realista al patriota y viceversa, según la dirección en que soplaran los vientos. Aun así, San

Martín le confió poco más de un millar de hombres en una misión para fortalecer las defensas de Ica, a unas ochenta leguas al sur de Lima.

Para evitar una batalla con las tropas del realista Valdés, Tristán se replegó desde Ica hacia Pisco, por el camino real que conducía a Lima a lo largo de la línea costera. Los espías de Canterac y la captura de algunos patriotas adelantados develaron el movimiento, y el brigadier general del rey le ordenó al batallón imperial Alexandro cortarles el camino a los patriotas, algo que consiguió sin mayores esfuerzos el siete de abril. Uno a uno, los batallones del Ejército Libertador fueron cayendo ante el fuego lateral y las cargas de caballería de los realistas. Al amanecer del día ocho, Ica estaba en manos de Canterac. Tristán, que apenas alcanzó a huir con poco más de ciento veinte jefes y soldados, había perdido tres batallones de infantería, uno de cazadores y dos de caballería. Eran en total unos cincuenta oficiales y más de mil hombres de tropa, además de cuatro de los seis cañones de la artillería, dos mil fusiles, doscientas tercerolas y un centenar de sables.

Apabullado, San Martín resolvió ponerle la mejor cara al temporal y reasumió la plenitud de sus poderes militares, delegados antes de su frustrada navegación en busca de Bolívar. El trece de abril divulgó una proclama con la que buscaba reanimar a los limeños e incitaba a sus soldados a la lucha. Voy a haceros una confesión ingenua, les decía, que pensaba retirarme a buscar el reposo después de tantos años, pero ahora no lo haré hasta veros libres. Semanas más tarde llegaron las noticias del triunfo del general Sucre en Riobamba, en especial de la decisiva participación de los Granaderos a Caballo comandados por Lavalle y, a inicios de junio, de la victoria de ese mismo ejército el veinticuatro de mayo en las laderas del volcán Pichincha, que había definido la independencia de Quito y de las provincias bajo su jurisdicción.

—América del Sud es libre, sólo faltan las sierras del Perú —le dijo Rufino Guido al Protector.

—Cuando falta algo, falta todo —le respondió—. Y así como ayudamos a Sucre con nuestras tropas, los colombianos tendrán que ayudarnos ahora con las suyas, que ya Bolívar me escribió, que la guerra de Colombia está terminada y su ejército pronto a marchar dondequiera que sus hermanos lo llamen.

—Pues ya es hora de llamarlos.

—A eso voy a Quito, Guido, a eso voy.

De modo que en la madrugada del viernes veintisiete de julio de

1822, a medida que la Macedonia navegaba perezosa por la ría para acercarse a Guayaquil y hacerle así un guiño a Bolívar, San Martín sabía a las claras cuál era su misión, que el asunto de las tropas para terminar la tarea en el Perú, amigo Guido, es el primordial, pues a mí estos señores de Guayaquil que ayer nos visitaron no me van a enredar en sus pleitos, y menos ahora que está claro que Bolívar se ha quedado con el puerto.

—Ya habrá tiempo en el futuro —remató— de que los gobiernos de Lima y Bogotá resuelvan este asunto que Bolívar ha querido zanjar con un golpe en la mesa.

Todavía le resonaban en la cabeza las palabras de la carta que el Libertador de Colombia le había dirigido la víspera, la segunda de ese mismo día, con el ruego de que tocara tierra: tan sensible me será que usted no venga hasta esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria.

—Como verá —le dijo San Martín a Guido al pasarle la carta—, soy el primer amigo de su corazón y de su patria, mientras baje para abrazarlo en el suelo de Colombia.

—No se amargue más con eso, general.

—Ya lo sé, Guido, pero es que no por velado y enterrado llora la viuda menos al muerto.

A lo que vinimos, pensó horas más tarde, cuando asomó sobre la borda la cabeza de Bolívar, quien acababa de trepar por la escalera de gato. Lo vio quitarse el sombrero, cubrirse un poco la frente con sus mechones negros y alisarse las prominentes cejas, extendiendo sobre ellas el pulgar y el índice de la mano, y luego caminar hacia él con los labios gruesos abiertos en una sonrisa amplia. Es más bajo que yo, pensó San Martín mientras Bolívar se empinaba ligeramente para abrazarlo una, dos, tres veces, alternando los costados.

—General, qué honor enorme, amigo, qué placer —dijo el caraqueño, que se mantuvo de pie, con la cara sonriente, a dos palmas del rostro del de Yapeyú.

—El honor es mío, general, se lo aseguro —respondió San Martín un tanto contenido.

El Libertador de Colombia lo tomó del brazo y emprendieron una corta caminata sobre cubierta. Sin darle tiempo a exponer excusas, le detalló los honores que lo esperaban en el muelle y las comodidades previstas en la mansión más lujosa de la ciudad, la del vasco Luzarraga. San Martín sonrió, pero se mantuvo prevenido, meditando, que si me

dejo llevar por la facundia de este hombre que parece recitar todo el tiempo pero hasta ahora no me ha mirado a los ojos, Guayaquil será mi perdición.

—Le agradezco, general, pero debe usted saber que no soy hombre de homenajes —trató de protegerse un poco San Martín.

No lo consiguió. Escuchó que Bolívar proseguía, sin detenerse: tendrá usted que hacer una excepción en esta oportunidad, que las damas más distinguidas del puerto, a pesar de la premura, han preparado algunos honores y sé bien que usted es incapaz de decepcionarlas. El caraqueño impartió instrucciones mientras San Martín, un tanto abrumado, comprendía que lo mejor, por ahora, era dejarse llevar, que está bien si él piensa que me tiene seducido. Volvieron a verse cara a cara poco después, a la entrada de la casa de Luzarraga, San Martín y su comitiva con los mejores atavíos y Bolívar con su enorme sonrisa, el uniforme azul, la pechera roja engalanada en oro y los calzones blancos, que me ha dejado caminar solo por el malecón para que disfrute de vivas y aplausos sin tener que compartirlos con él.

En esas divagaciones andaba San Martín cuando vio venir a una muchacha de rostro agraciado y ojos vivaces, que le hizo una venia antes de pararse de puntillas para ceñirle una corona de laurel bañada en oro, que éstos me quieren hacer ver como un emperador.

—Qué gentil, señorita.

—Mi nombre es Carmen Calderón Garaycoa, para servirle.

—Me honra con su gesto y con su belleza, aunque debe saber que otros ameritan mucho más que yo semejante demostración —le dijo mientras se quitaba la corona para luego admirarla, sostenida en las manos—. Pero esté usted tranquila, que mal haría yo en despojarme de un presente de tanto mérito, por las manos de quien lo recibo y por el patriótico sentimiento que sin duda lo ha inspirado.

San Martín escuchó nuevos aplausos iniciados por Bolívar, acompañados de vivas al Protector y al Libertador. Aprovechó el griterío para hablarle a Carmen al oído: conservaré, señorita, esta ofrenda como recuerdo de uno de los días más felices de mi vida. Aún recordaba su rostro minutos más tarde, cuando se encerró con Bolívar en el despacho privado de Luzarraga, a quien acababa de conocer en las escaleras de la mansión.

Una vez a solas, convino con Bolívar en que la franqueza de los militares debía estar por encima de las triquiñuelas de la diplomacia en esta ocasión, y él mismo estrenó la sinceridad acordada con una pregunta, que quisiera saber, general, si lo tienen muy sofocado las

pellejerías de los locales.

—Ya veo, amigo mío, que le han ido con chismes y patrañas —respondió Bolívar.

—No hay nada que deba inquietarlo, general —San Martín hizo una pausa y caminó hacia él—. Déjeme aclarar antes de proseguir que nada tengo yo que decirle sobre los negocios de Guayaquil.

Bolívar le detalló los pasos dados y le aseguró que había dedicado sus esfuerzos a evitar un incendio político en el puerto: quiero que sepa, amigo mío, que se han llenado a plenitud los deseos que usted me expresara tan amable como nítidamente por escrito, de consultar a los ciudadanos para que se manifiesten con entera libertad.

—Que así sea, general, se lo agradezco.

—Cuento con que pasado mañana, cuando se reúna el Colegio Electoral, tanto la voluntad del pueblo como la pluralidad de los votos de dicha asamblea confirmarán la adhesión a Colombia, y no anticipo sorpresas.

Bolívar le ofreció una copa de vino de Rioja, pero San Martín prefirió una de agua de cáscaras de naranja, algo más fresco, general, para mitigar el sofoco, y más tarde le aseguro que le aceptaré lo que me ofrece.

—Nuestra misión como generales —prosiguió San Martín— es sólo vencer a los españoles, que ya los pueblos arreglarán sus límites.

Hablaron de los acuerdos avanzados entre el enviado de Bolívar a Lima, Joaquín Mosquera, y el ministro Monteagudo, y San Martín asumió un compromiso, que en el poco tiempo que me queda en el mando, interpondré todos mis oficios para que el Congreso del Perú proceda con la ratificación de los tratados.

—¿El poco tiempo? —indagó Bolívar.

—Sí, general, poco tiempo me queda en el mando político y la administración civil, que me agota el despacho de tanto trámite y tanto papeleo —le contestó—. Y en cuanto al mando militar, ojalá sólo me resten unas pocas batallas, las que permitan inclinar de una vez y para siempre la balanza a nuestro favor en el único territorio que nos queda pendiente a los libertadores de América: las sierras del Perú.

San Martín habló largo y tendido de su proyecto de expedición a los puertos intermedios al sur de Lima, con el que buscaba aplicar una tenaza sobre el Ejército Real en la cordillera, con nuestras tropas que actúan en Lima y los alrededores y que deben marchar sobre la región de Jauja, y la nueva expedición por el sur, para la cual el apoyo de la división que le enviamos al general Sucre y que tanto ayudó a definir las cosas en Riobamba lo mismo que en Pichincha, y la suma de un

contingente de tropas colombianas probadas en los más duros combates, serán definitivos. Bolívar expresó sus dudas, en el sentido de que dividir las fuerzas libertadoras no le parecía lo más conveniente, pues las exponía a ser batidas al detal por el enemigo unido.

—Sepa usted, general —argumentó San Martín—, que las provincias ya liberadas del Perú no están en capacidad de financiar una gran fuerza unificada a través de los Andes, pero en cambio, si el grueso de nuestras tropas avanza sobre Jauja mientras, con los refuerzos colombianos, desarrollamos una operación penetrante y sólida por los puertos intermedios, obligaremos al enemigo a dividirse y lo barreremos.

—Los refuerzos están listos y, como usted sabe, ya marchan, con algunas de nuestras mejores tropas —le aseguró Bolívar.

El desacuerdo planteado sobre la expedición a los puertos intermedios no impidió que cerraran su primer encuentro con renovados gestos de amabilidad. Se abotonaron las pecheras que habían desabrochado en medio de la charla para lidiar con el calor, tomaron sus sombreros y abrieron la puerta del despacho. Bolívar y su comitiva se despidieron y a San Martín lo invitó Luzarraga a asomarse al balcón, que las buenas gentes de Guayaquil lo quieren saludar, general. El Protector alzó la mano derecha y permaneció unos minutos frente a la multitud que lo aclamaba, antes de pedirle al dueño de casa que lo llevara de regreso y le mostrara sus aposentos, que a mí, estimado señor, todo esto me abochorna.

Pasadas las cuatro y media de la tarde, dos edecanes de San Martín se acercaron a la casa que ocupaba Bolívar para confirmar que la segunda entrevista seguía en firme. Uno de ellos regresó a la casa de Luzarraga con la razón de que todo estaba como se había acordado, y minutos más tarde, San Martín partió con el coronel Guido y dos adjuntos para cumplir con la cita.

—Me temo que vamos muy temprano —dijo el Protector mientras señalaba el reloj de la torre del cabildo, que marcaba las cuatro y veinticinco.

—Tiene que estar mal —dijo Guido—. El reloj de pie de la casa marcaba ya las y cincuenta.

—Cómo me hace de falta mi reloj de bolsillo —se quejó San Martín— que en mala hora olvidé en Lima, en medio del atafago de la partida.

Al arribar a la cita, una frase del coronel Torres los tranquilizó: llegan ustedes a tiempo, debe ser costumbre rioplatense, porque en estas tierras colombianas la cuestión es muy distinta. Minutos más

tarde, los dos libertadores estaban de nuevo juntos y a solas, en el despacho de Bolívar. Por un momento San Martín respiró un aire agradable, menos tenso que el del primer encuentro, y le deleitó sentir que ya conocía a su interlocutor y que quizás las cosas irían a mejor en lo que quedaba de tarde. El Libertador de Colombia parecía de buen humor. Debe ser, pensó el Protector, porque le dije que no pienso quedarme mucho tiempo en el Perú. Pero después de una larga serie de frases amables que lucían acomodadas para reiterar los compromisos de la charla inicial, San Martín se sobresaltó al escuchar a Bolívar decir que había un asunto de esa primera conversación que lo traía caviloso.

—Usted me dice que se irá, amigo, que se irá del Perú.

—Así es, general, tengo decidido partir una vez que sea capaz de garantizar una victoria que incline la balanza a nuestro favor, y me parece importante que usted esté enterado.

—¿Y cómo sabrá usted, amigo mío, en qué momento inclinó la suerte de manera definitiva a favor de las tropas patriotas, sin obtener antes una victoria total? —indagó Bolívar.

Desde el primer saludo en la cubierta de la Macedonia, San Martín había creído experimentar una ligera molestia, algo que a cada instante amenazaba con disgustarle en el comportamiento del caraqueño, una pequeña piedra en la bota, justo bajo la planta del pie, demasiado insignificante como para descalzarse y sacarla del fondo, pero incómoda al fin. Ahora, cuando lo escuchó una vez más dirigírsele, y cómo sabrá usted, amigo mío, justo ahí, en esa reiteración inagotable de su proclama de amistad cuando apenas llevaban unas pocas horas de conocerse, lo supo.

—Tiene una voz chillona —le dijo a Guido el domingo en la goleta, de regreso hacia el Callao— que rasga levemente los oídos cuando habla en tono bajo, pero que definitivamente lacera con su agudeza estridente cuando la levanta para hacerse oír mejor.

—Puedo ver que en verdad le fastidió, general.

—Sí pero no, amigo Guido, porque a la vez ese timbre discordante, como de pajarraco asustado, impidió que mis oídos se dejaran endulzar con tanta labia.

—No hay daño que no tenga apaño, general.

—Aproveché que llamaba al criado con la idea de ofrecerme una copa de vino de Rioja, para hablarle de nuestros vinos mendocinos, y por la misma para decirle que es allá, en esas tierras, donde me quiero retirar, y como sugirió, porque le hablé de mi cansancio y de mi hastío, que ambos llevábamos los mismos años luchando, me dejó el mantel

puesto para recordarle mis veinte años de batallas en la península, en el Rosellón y en el norte de África.

San Martín no quiso seguir con la reconstrucción de la charla. Guido lo supo porque le hizo una pregunta y luego otra, y la única respuesta fue el silencio y, un poco después: está soplando una brisa fría, amigo, creo que me voy a retirar a descansar, que he dormido poco y mal en estas horas.

—Por eso mismo —recordó que le había respondido Bolívar, con la voz punzante y un poco destemplada—, por esa experiencia que ningún otro libertador es capaz de exhibir en nuestra América, me resulta incomprensible que se vaya a ir usted del Perú sin dejar terminada la tarea.

—Usted tiene la clave, general, para que yo me quede.

—¿Qué debo hacer, amigo? ¿Qué debo hacer y me esforzaré hasta lo imposible por satisfacerlo y evitar su partida?

—¿De verdad está usted dispuesto a hacer algo grande y que resulte definitivo?

—Por el Dios de nuestra patria que sí, amigo mío, pero dígame ya.

—Envíe usted más tropas, general, envíeme mucho más que la división Santa Cruz y unos pocos refuerzos, despácheme unos cuantos miles de colombianos bravos y curtidos, facilíteme un contingente con el que yo tenga suficiente para resolver, en cuestión de meses, esta guerra, cosa que usted y yo podamos decirle al mundo, por fin y para siempre, que no queda un solo soldado de la corona combatiendo en América del Sur, y al día siguiente, largarnos a descansar, a gozar de un merecido retiro para evitar manchar nuestra gloria con las habitudes administrativas que en sabia hora les dejaremos a los politicastros.

—Sigo sin entender ese afán de retiro, mi muy estimado amigo.

—General, no quisiera presumir, porque me resisto a creerlo, que una mente tan brillante y preclara como la suya no haya visto venir lo que nos espera si no nos vamos a tiempo.

—Mucho le agradecería que ahonde usted en sus argumentos...

—Dejé Lima con la sospecha, nutrida por algunos informes confiables, sobre un complot de mis propios, en mala hora asociados con algunos criollos presuntuosos, en contra del ministro Monteagudo.

—Es el curso normal de los sucesos cuando sobrevienen los cambios, amigo, mire usted si no la deriva de la revolución de Francia.

—Del caos a la dictadura inevitable —le respondió San Martín— urge que usted y yo dejemos instalados gobiernos fuertes y estables o

todo se lo llevará el demonio.

—Pero entonces, ¿de qué valdrá lo que hemos hecho, amigo?

—¿Cómo de qué valdrá?

—Sí, de qué valdrá si a la hora del juicio de la historia dirán de usted y de mí que marcamos el paso de una tiranía a otra.

—Un gobierno fuerte es lo contrario de una tiranía, porque si el gobernante es fuerte y si son fuertes las instituciones que comanda, no le hará falta comportarse como un sátrapa.

—Sigo sin entender las virtudes de la dictadura, amigo querido —evadió Bolívar.

—Y espero, por el bien de Colombia, que nunca las entienda —le contestó, tajante, el Protector—, que le insisto en que hay gran diferencia entre dictadura y gobierno fuerte. Pero nos hemos desviado del tema.

—Lo que usted me pide en materia de tropas —retomó Bolívar tras unos minutos de silencio al que los dos contribuyeron— es algo que me resulta imposible, más allá de lo que va en camino, que no es poco.

—Sé que es bastante lo que me envía, general, pero le aseguro que no es suficiente, pues usted y yo sabemos que la división Santa Cruz viene muy mermada.

—La hemos reforzado.

—Con tropas bisoñas.

—No puedo darle aquello que no tengo.

—Sí que tiene, general, mándeme a Sucre con sus mejores batallones y daremos así glorioso término a nuestra misión, porque con los restos de la Santa Cruz y el millar adicional que si acaso puede usted completar, no habrá con qué.

—Le prometo que veré si hay algo más que podamos hacer, amigo mío, para sumar alguna tropa, pero le soy sincero, lo pongo en duda pues estamos al límite.

—Alguna tropa no basta, general, haría falta toda y en especial la mejor.

—No entiendo, hace unas horas me decía usted que con lo que tiene y los refuerzos que van en camino podía derrotar al ejército real.

—Quizás en una guerra larga, para la cual yo sólo estaría dispuesto a librar las primeras batallas, las que inclinasen la balanza a nuestro favor.

—Le confieso que sigo sin entenderlo.

—No me entiende o no confía usted en mi conducción de la guerra, porque de ser así, le tengo una propuesta más que despejará todas sus dudas.

—Me pierdo, amigo, me pierdo, ¿otra propuesta?

San Martín tomó aire antes de proseguir.

—Venga usted al Perú, general Bolívar, venga usted mismo con su ejército y saquemos juntos al ejército de España.

—Pero qué sugiere usted, amigo...

—Estoy dispuesto a combatir bajo sus órdenes, le ofrezco el mando íntegro de los ejércitos libertadores unidos —le dijo San Martín con la mirada frontal hacia sus ojos—. Para mí será un honor, general.

—Cómo podría yo, mi muy generoso amigo, mandar a un general de sus calidades, con más experiencia de vida y muchas más batallas como bien me lo ha recordado usted —le respondió Bolívar, visiblemente desconcertado—. Y cómo podría su ejército, el glorioso vencedor de Maipú, admitir semejante arreglo.

—Son mis años de más, general, los que me permiten decirle que todo eso es posible si de desterrar del Perú a las tropas del rey se trata —aseguró, convencido, el Protector—. Y usted bien sabe que mientras esas tropas sigan en la sierra peruana, la libertad del resto de naciones, alcanzada con tanto sacrificio y tanta sangre, la seguiremos teniendo prestada.

—No lo veo, amigo, lo pienso y lo pienso y no lo veo, no funcionaría.

En el curso de la discusión, escucharon un par de veces que les golpeaban en la puerta del despacho. De seguro es el vino que le ofrecí, amigo, había dicho entonces Bolívar, pero no vamos a interrumpir en estos momentos. Ahora, el caraqueño mismo caminaba hacia la puerta para llamar al criado. Antes de hacerlo, se detuvo.

—Veámonos una vez más, amigo mío, mañana a partir del mediodía.

—Así será, general— repuso San Martín, resignado a irse sin una respuesta de su anfitrión—, que como usted sabe, me esperan ahora varias visitas y una cena en la casa de mi anfitrión.

El vencedor del combate de San Lorenzo que aseguró la libertad de Buenos Aires, el organizador y capitán supremo del ejército de los Andes que mantuvo a raya a los realistas que atacaban desde el norte a las provincias unidas del Río de la Plata, el vencedor de Chacabuco y de Maipú que aseguró con esas batallas la liberación de Chile, el padre de la expedición libertadora del Perú, el Protector de la más rica y poderosa de las repúblicas que nacían en América, en fin, por mucho el general criollo con más años de experiencia en combate, acababa de decirle a un hombre a quien le llevaba un lustro de vida y dos décadas de ventaja en campaña militar, que estaba dispuesto a someterse a él y

combatir bajo su mando para librar las batallas definitivas de la independencia de la América hispana.

—No lo he convencido, pero al menos lo dejé pensando —se dijo San Martín, de regreso a la casa de Luzarraga.

Después de despachar a las visitas y de agradecer los agasajos de la cena, el Protector se disponía a dormir cuando un mensajero le trajo una nota manuscrita. San Martín la leyó en un rincón del salón, mientras los últimos comensales se retiraban: general, decía la esquela, bien sé que ni su gallardía ni sus más íntimas necesidades de adalid sin par permitirán que una viuda prematura se quede esperándolo esta noche en vano, y una línea más abajo, el portador de la presente sabrá conducirlo hasta mi humilde pero digna morada. Firmaba Carmen Mirón y Alayón. En la tarde, le habían hablado de ella por la insistencia con que la joven había pedido audiencia.

—Es una morena guapa —le dijo el secretario de Luza- rraga, que atendía sus necesidades en la mansión.

Su padre, don Antonio Mirón, era un gaditano nacido en la isla de León. Llevaba sangre mora por un ancestro murciano de indiscutible origen sarraceno. Había arribado a Guayaquil poco antes del cambio de siglo, y con los años llegó a convertirse en síndico de la capilla del barrio del Astillero. Recién desembarcado, se enamoró de Asunción Alayón y Troya, agraciada muchacha del estado llano del puerto, con quien se unió en matrimonio y tuvo a Carmen, a quien años más tarde casó con un secretario de apellido Pérez, que murió a los pocos meses de la boda. Carmen conocía al secretario de Luzarraga, muy amigo a su vez de uno de los secretarios de Bolívar, y buscó su intermediación para conocer al Protector.

—Dígale a tan amable dama que aun si me retraso —le susurró San Martín al oído al mensajero—, su paciencia no resultará infructuosa.

Terminada la cena y después de despachar algunos papeles y de recostarse a descansar un par de horas, el Protector caminó hacia el sur a lo largo de la ría con el mensajero y una reducida guardia, envuelto en una capa y cubierta la cabeza con un sombrero de palma. Una hora antes de que clareara el alba, los ojos moros de Carmen Mirón ya lo habían conducido a la cama, que es cierto, cómo no, que usted en Cádiz, le dijo San Martín, pasaría como una local, eso sí de las más hermosas, y sepa que en esa ciudad la belleza femenil se pasea por todas las calles.

Se amaron, durmieron y despertaron para volverse a amar, durante más de cinco horas. El Protector llevaba semanas de abstinencia, y la viuda mucho más, según ella le explicó. La inactividad del Libertador

del sur no sólo se debía a los días de travesía en la goleta, sino a que semanas antes de partir de Lima, su relación con Rosa Campuzano había caído en un bache de decepción y reproches. Ella se unía por momentos al coro de quienes le reclamaban a San Martín acciones más decididas. Una noche de desencuentro en la residencia de La Magdalena, en medio de una amarga discusión de celos cruzados, no sé qué le ve todo un libertador como usted a esa irlandesa flacucha y desabrida, será lo mismo que a ti te encanta de ese oficial chileno de bigotes ladinos y amigo de mis enemigos, él le comunicó que estaba casi decidido a abandonar el mando, embarcarse a Chile y pasar la cordillera de regreso para instalarse en Mendoza con su esposa y su hija, en uso de buen retiro.

Cuando se despertó, ya avanzada la mañana, con la cabeza de Carmen recostada en su hombro desnudo, San Martín no supo calcular la hora. La viuda casi había logrado hacerle olvidar las mejores noches con Rosa. De hecho, el Protector comprobó que había conseguido apartarla de la mente en esas horas, al tiempo que un viento helado le rasguñaba el alma con el súbito recuerdo de la olvidada Remedios, su mujer, de quien poco sabía desde hacía semanas, salvo que su salud había empeorado con los malos aires del Río de la Plata y con la tristeza sin consuelo por la muerte de su padre en noviembre del año veintiuno.

Bien pasado el mediodía, el Protector apareció en el despacho de Bolívar. Minutos antes, al cruzar frente al reloj de la torre del cabildo, la hora que marcaba como siempre con atraso no lo engañó. Sabía que iba tarde y se apresuró. De modo que cuando saludó a su anfitrión delante de las comitivas, una película brillante de sudor le cubría la frente morena.

—Espero que haya pasado buena noche, amigo mío —le dijo Bolívar, con una voz que a San Martín le pareció aún más chillona que la víspera.

—De costumbre duermo poco, general, y más me cuesta dejarme ganar del sueño en los climas que no conozco.

El caraqueño le sirvió agua de cáscara de naranja para que se refrescara, y lo invitó a que se abrieran las casacas, que más tarde nos van a servir una refacción y como la sesión será larga, es mejor que nos liberemos de tanta botonadura. Ya con la guerrera abierta, San Martín le dio la razón cuando probó los primeros sorbos de la sopa marinera, que estaba bien caliente y ardía aún más por el picante que atracaba en el paladar después de tragar. El caldo y los mariscos le supieron a gloria, que esto es más que una refacción, general, pero qué bueno

está, y el vino le viene bien para aliviar las quemazones de la lengua.

Terminado el refrigerio, retomaron las discusiones. A Bolívar le costaba trabajo entender cómo podría San Martín irse del Perú sin haber resuelto de manera definitiva la guerra, sobre todo cuando pienso en los conflictos que se han desatado en Lima y que usted mismo me ha puesto de presente. El Protector insistió en la necesidad de un gobierno fuerte, que no debe ser democrático porque no conviene a estas tierras, al menos mientras sus pueblos terminan de madurar. Le habló de una idea que llevaba meses explorando: un tipo de gobierno que consiga imponerse a las divisiones y al partidismo y que sólo puede provenir, en el caso particularísimo del Perú y de sus singularidades, que no son pocas, de un príncipe europeo.

—No conviene, ni al Perú ni a la América, ni mucho menos a Colombia, importar príncipes europeos —le respondió Bolívar, sin amabilidad alguna.

San Martín escuchó las objeciones del caraqueño y ri- postó con algunos argumentos, pero sin esforzarse, que ese tema, general, será para más adelante, y al final, qué más da la forma de gobierno que cada uno de nuestros pueblos se brinde, si por la vía que escoja consigue el propósito de afianzar su independencia y garantizar su estabilidad.

—Tanto monta cortar como desatar, como lo dijo Alejandro el Magno —remató San Martín.

—Y como lo repitió el rey Fernando, no el de ahora, sino el católico, así que no creo que a los republicanos les suene mucho su aforismo, amigo mío.

El debate no llevaba buen rumbo y San Martín prefirió cambiar de punto, al tema de la federación propuesta en los tratados acordados en Lima por Joaquín Mosquera y Monte- agudo. Pero antes de proseguir, el Protector quiso dejar en claro, por cualquier duda que usted, general, pueda abrigar, que no tengo yo la menor intención de asumir ese papel de príncipe del que le he hablado, quizás con indebida anticipación, para el Perú. Superado el punto de la federación y propuesta, por San Martín, Guayaquil como su posible capital, Bolívar planteó algunos interrogantes sobre O'Higgins.

—Confío plenamente en él —replicó el Protector— por su gran capacidad para alcanzar sus designios y por la enorme afinidad de principios que hay entre nosotros.

Fue unos minutos antes de que el caraqueño lo sorprendiera con la propuesta de que se echaran a descansar, que el vino y el caldo me han dejado somnoliento. Sin mucha convicción, San Martín se acomodó en

el canapé de un salón adjunto al despacho, con un pequeño cojín bajo la nuca.

Cuando por fin consiguió relajarse, Bolívar le habló de Manuela Sáenz y, el Protector lo vio venir, de Rosa Campuzano.

—Rosa ha sido una compañera insuperable —se oyó decir—. Es una amiga, general, una gran amiga: no se me ocurre qué mejor relación puede uno establecer con una dama que la amistad.

Mientras Bolívar hablaba de sus historias de amor, la vida de un guerrero viudo, amigo mío, usted entiende, a San Martín lo venció el sueño, del que se despertó, sobresaltado, con la ansiedad de no haber resuelto con su anfitrión el principal pendiente.

—General —le dijo una vez que los dos se levantaron, se lavaron la cara en la jofaina y se cerraron la pechera—, no me ha dicho usted nada de mi propuesta de ayer, que le reitero que es seria y me compromete plenamente.

Bolívar guardó silencio y prolongó la mudez mientras les servían el café.

—¿Ha tenido tiempo de meditar en ella? —insistió el Protector.

—Ni sirvas a quien sirvió ni mandes a quien mandó, me enseñaron desde niño.

—No es amable conmigo su desconfianza en mi oferta, general —repuso San Martín—. Le juro por lo más sagrado, por mi hija Merceditas, que es un ángel del cielo, que mi voto es honesto y no persigue otro interés que el más rápido y definitivo término de nuestras guerras.

—Amigo, déjeme serle absolutamente sincero —respondió Bolívar imperturbable—. Por más que lo trato de imaginar, no lo consigo, no logro verme al mando, por encima de usted, de un ejército que ha sido sobre todo creación y gesta suya, y al que usted ha conducido a tanta gloria.

—Pues yo sí lo imagino, e imagino el resto de la gloria que semejante contingente sería capaz de darnos, y que sería tanta que alcanzaría para compartirla, y hasta sobraría para otros.

—Con la estima hacia usted que ha crecido en mí en estas horas imborrables, permítame acudir a un antiguo adagio para resolver el asunto, y perdone usted si resulto crudo.

—Adelante, general.

—Dos gallos en el corral se llevan mal.

El caraqueño alcanzó así el límite de su franqueza. San Martín se resignó, me entristece que piense así, general, y dejó de lado el tema. Bolívar se disponía a abrir las puertas del despacho cuando el

Protector lo interrumpió: tengo una última cosa que decirle. He recibido informes, le contó en voz baja, en el sentido de que los abogados de Quito hacen planes para formar un Estado independiente de Colombia con estas provincias. El caraqueño se apresuró a salir en defensa del espíritu de los líderes quiteños, que ellos no me despiertan temor alguno.

—Yo me limito a advertirle, general —cerró el tema San Martín—. Urge sujetar a los letrados, mantenerles la rienda corta y apagar, por esa vía, el ánimo de insurrección de estos pueblos.

El Protector soportó con estoicismo el banquete que siguió y apenas se animó con la entrada de cangrejos rojos con cebolla y limón, que le trajo recuerdos de sus años en la península. Son cangrejos de manglar, oyó decir a Bolívar, pero no escuchó el resto de la explicación. Con el primer bocado de la chuleta de chancho, su estómago protestó con un fogonazo que ascendió por el centro del pecho. San Martín suspiró, soltó el tenedor y sintió que la tristeza lo arropaba. Después de los brindis a los que puso su mejor cara, recordó que la noche no terminaba ahí, que venía el baile.

—Como para celebraciones andamos —le dijo a Guido mientras se vestía con sus mejores galas—. Ya que nos vamos con las manos vacías, al menos que sea pronto.

Bolívar bailó casi toda la noche, aunque tuvieron ocasión de un nuevo intercambio en un descanso de la orquesta.

El Protector le reiteró sus deseos de renunciar a todos los cargos en cuestión de semanas, una vez instalado el Congreso en Lima, pues como ya le he sugerido, me parece que mi partida será la contribución última y definitiva que el general San Martín haga a la liberación del Perú.

—El resto le queda a usted, general —remató antes de que los músicos retomaran sus instrumentos.

Todo estaba preparado para que el Protector y su comitiva abandonaran el baile después de medianoche, cosa de aprovechar la marea y salir a altamar antes del amanecer.

—Vámonos, que no soporto más este bullicio —le dijo a Guido poco antes de la una.

Bolívar insistió en acompañarlo hasta el muelle, que no hace falta, general, que sí, amigo, que me honra poder hacerlo. Caminaron en silencio mientras una brisa fresca y por una vez seca les regalaba una tregua después de tanto sofoco.

—Aquí tiene, amigo —le dijo Bolívar tras recibir de su edecán un pequeño atado de terciopelo, del que extrajo una miniatura de marfil

blanco, en el que San Martín pudo ver el rostro tallado del caraqueño —. Para que no se olvide de quien tanto lo admira.

—General —le respondió San Martín después de que se dieran el mismo triple abrazo con que se habían saludado el viernes en la mañana en la goleta—, espero que esté usted consciente del desafío que tiene por delante. Mi salida del Perú está decidida y dispuesta, y ahora le queda a usted un nuevo campo de honor y de renombre, en el que podrá poner el último sello a la libertad de América.

—Pero general San Martín. —protestó Bolívar.

—Ahí le dejo la gloria, estimado amigo —y en tono más bajo, para que sólo el caraqueño escuchara—, que yo ya he aprendido que es una compañera díscola y traicionera.

Nunca volverían a verse.

XIII

NO HUYE EL QUE SE RETIRA

—Me pasó por adelantado —pensó en voz alta el anciano—, por no darme cuenta de que embestía molinos de viento.

El nieto, que también se llamaba Juan Gregorio pero llevaba otro apellido, puso cara de no entender. El viejo no estaba lejos de los ochenta pero abrigaba dudas de que alcanzara a cumplirlos, que con tan mala salud y tan buena memoria lo mejor sería alzarse de este mundo. Se quedó mirando al joven y no dijo más, aunque por primera vez en seis décadas contempló la posibilidad de revelarle la historia a alguien, al más pequeño de los hijos de sus hijos, el único que se interesaba en escuchar sus relatos de conspiraciones y batallas.

—Achachay —musitó mientras se frotaba las manos y miraba al guambra a la cara—. Hace frío esta noche.

Lo del frío era pura excusa, que lo que ponía a temblar a Juan Gregorio Lasso era el rostro de Tomás Dávalos y Larrea, que se le seguía apareciendo más de medio siglo después. Los ojos perdidos y la boca azulada del señorito limeño se instalaban por breves instantes, como un fogonazo del pasado, en el rostro de su contertulio de turno, en este caso su nieto. Dávalos, que no se llamaba así pero eso nunca importó, tardó casi una hora en morirse y esa mirada extraviada, los labios resecos y violáceos, y el ahogo que le iba ganando la pelea, eran pesadilla recurrente, lo mismo si el viejo dormía que si se hallaba despierto.

Aquel lunes en la noche en Guayaquil, víspera de la cita acordada a Dávalos por el general Simón Bolívar gracias a la intermediación de la

siempre diligente patriota Manuela Garaycoa de Calderón y de su hija Carmen, el limeño y el patiano se fueron a lo del cubano en plan de celebración. Como siempre, el letrado Dávalos se hartó de vino de Rioja, mientras Lasso lo engañaba con sorbos que no lo eran, para mantenerse alerta. Poco antes de la medianoche dieron por terminada la juerga, que mañana es el gran día, joven Lemos, y no quiero llegarle al Libertador con lagañas en los ojos y hediondez en el aliento.

En la segunda ronda de vino, Lasso le había preguntado si lo de la recompensa en metálico por haberle diligenciado la entrevista con el Libertador iba en serio, que lo he estado pensando y me vendría bien, pues no sé cuánto más tendré que prolongar mi destierro. Un Dávalos sonriente y en pose de magnánimo le había mantenido la oferta, que esta misma noche me acompaña usted a mis aposentos y le entrego el anticipo, cinco reales de a ocho.

—Mañana, cuando todo haya terminado, le daré el pendiente, que equivaldrá a otro tanto.

—Estaba por proponérselo, insigne letrado, que yo mañana tengo un día ocupado y sería mejor que dejemos eso listo esta misma noche, que no sabe usted cuánto se lo agradezco.

El reloj de la torre del cabildo aún no marcaba la medianoche, pero de seguro era casi la una porque el cansancio azotaba las piernas de Lasso. Con la juma del limeño, el andar se había hecho lento, y entre el bastón y el patiano evitaban que se fuera de bruces y se partiera la morra. Subir las escaleras de la casa de madera en cuyos altos ocupaba Dávalos una habitación y una pequeña antecámara fue labor de paciencia. Cuando por fin consiguió acostarlo, Lasso tomó aire y se concentró en su misión, con la vista puesta en la copa y la jarra de agua que estaban sobre la mesa de noche, a un lado del velador. El limeño, que en un principio cayó como piedra, casi lo mata de un infarto cuando de un salto se sentó en la cama y, con renovados bríos tras sólo cinco minutos de siesta, caminó hacia el balcón y desfogó la vejiga sobre la calle solitaria, la mirada puesta en el campanario de la iglesia mayor, que estaba apenas a dos calles y que la luna media alumbrada desde lo alto.

—Lo prometido es deuda, que aquí le tengo los reales —articuló Dávalos con la lengua pegada, de vuelta de su micción, mientras se deslizaba bajo la cama y levantaba un tablón, de donde sacó una pequeña arca de madera.

Virgencita santa, esta es la mía, pensó el patiano, y aprovechó el movimiento de su compañero para desocupar en la jarra de agua el

contenido del guardapelo que llevaba colgado al cuello.

—Aquí tiene —le dijo mientras le extendía la mano, con las cinco monedas encima de un pequeño paño negro—, un tesoro para un fugitivo como usted, que estas monedas de plata las pagan hasta en la China.

Lasso se quedó mirando los reales: en una cara, el perfil del rey Fernando, y en la otra, la corona sobre los dos hemisferios enmarcados por las columnas de Hércules. Los envolvió en el paño y los guardó en el bolsillo. El limeño volvió a la cama mientras Lasso le servía en la copa, que no se duerma así, que para espantar el aliento y dormir mejor nada mejor que el agua con cáscara de naranja. Dávalos le agradeció y le sugirió que él también tomara, que esta noche usted no se me quedó atrás con el vino.

—Yo ya bebí, amigo, dos copas —respondió Juan Gregorio mientras el limeño apuraba su trago.

—Qué amarga —protestó Dávalos.

—Han de ser las cáscaras, que con el calor a veces se acibaran un poco.

El limeño recostó la cabeza y a los pocos minutos, mientras su amigo anunciaba que partía, comenzaron a agitarlo pequeñas convulsiones. Cuando Lasso notó que se esforzaba en respirar, se sentó en el borde de la cama: tranquilo, mi estimado, de seguro son los nervios por la entrevista de mañana. Y le sirvió más agua que el limeño ingirió sin protestar, con una mirada de agradecimiento. Los espasmos aumentaron y el ahogo se hizo más fuerte. Dávalos abrió los ojos, asustado, y trató de sentarse. Pero no tuvo fuerzas, que algo le estaba despachurrando el alma.

—Qué me ha dado, animal.

A Juan Gregorio le bastó con ponerle la mano abierta sobre el pecho para inmovilizarlo. En la palma podía sentir los estremecimientos del pecho de su víctima. Todavía le queda un rato a este masón del demonio, pensó, que la estricnina se toma su tiempo, pero mata segurito.

—Aproveche lo poco que le queda —le dijo— para pedir perdón por sus pecados y encomendarse a la Virgen, aunque dudo que ella se apiade de un perrángano intrigante como usted.

—¿Por qué me hace esto? ¿Quién es esta bestia con la que en tan mala hora me he cruzado?

—Juan Gregorio Lasso, al servicio de monseñor Salvador Jiménez de Enciso, del rey don Fernando y de la Virgen Santísima, y mis órdenes son impedir a toda costa que Bolívar y San Martín se pongan

de acuerdo.

—Haberlo sabido, maldito imbécil —hablaba entre pausas para tomar aire, cada vez con más dificultad—, que yo no vine a este paraje infernal a traer ninguna carta.

—¿Y entonces? —preguntó Lasso, más aterrado ahora que el moribundo.

—Necio, retrasado. —los insultos le salían a pesar de la asfixia.

—A qué vino, caracho, que como es tan charlón me confundió todo.

—Yo vine a matar a Bolívar.

Dávalos tosió y aspiró con esfuerzo, y le señaló el bastón.

—Si jala la empuñadura.

Lasso se levantó, tomó el bastón, tiró del milord y vio aparecer el estoque. Comprendió y maldijo. Se quedó inmóvil, mirando el arma, mientras al limeño se le cerraba el gaznate.

—He salvado a Bolívar —dijo y supo que jamás se lo perdonaría.

—Sálveme ahora a mí —alcanzó a decirle Dávalos, que casi no respiraba.

—Ya es tarde para que viva pero no para evitarle más sufrimientos —repuso Juan Gregorio con desafecto.

Con el estoque en la mano caminó hacia la cama, se sentó y puso el arma sobre el pecho del limeño en posición vertical, con la punta a la altura del corazón. Llevó las manos del intoxicado hasta la empuñadura, las apretó con las suyas y empujó hasta clavarle medio estoque. Pasó más de una hora sosteniendo las manos de su víctima alrededor del milord, con la esperanza de que el cadáver alcanzara pronto su rigor y la treta sirviera para distraer por unas horas a quienes lo encontraran. Antes de partir lanzó una mirada final al rostro níveo de Dávalos, el mismo que lo seguía espantando casi sesenta años después.

Nunca volvió a matar, ni siquiera en la media docena de guerras en las que, durante años y siempre a cargo de la intendencia y lejos de los sablazos y de los cañonazos, siguió al general José María Obando, ídolo por décadas de los rebeldes de Pasto, hasta su muerte en el páramo de Cruz Verde en 1861. Sólo entonces Lasso se retiró para regresar al valle del Patía a vivir con su hija, que se había casado con el mayoral de una hacienda, no muy lejos de aquella donde Juan Gregorio había nacido en los primeros años del siglo.

Al principio ayudaba a su yerno con las cuentas, pero las cataratas, entre otros achaques, lo obligaron a dejar las labores y a limitarse a vivir de los recuerdos hasta morir después de varios días de agonía, en la mañana del Viernes Santo de 1879. Hacía tiempos que sus ojos

nublados le habían borrado la vista, pero el rostro blanquecino y los labios azules de Dávalos continuaban apareciendo ante él, tan nítidos como aquella madrugada de julio del año veintidós. Jamás le contó la historia a su nieto, el único a quien alguna vez pensó en revelársela. Desde su fuga de Guayaquil pocas horas después de que Simón Bolívar se quedara esperando la visita de Dávalos y a escasos días de que la goleta Macedonia asomara por la ría con el general José de San Martín a bordo, le rezó todas las noches a la Virgen con la esperanza de que intercediera ante Dios, le hiciera ver que había matado a un enviado suyo por error, creyendo que venía de parte del maligno, y le concediera su perdón. Murió sin saber si lo había obtenido.

***

Una mañana de principios de septiembre del año veintidós, un mes después de regresar a Lima y enterarse apenas desembarcar de que Bernardo de Monteagudo, su ministro favorito, había sido destituido, el Protector del Perú repasaba su correspondencia. Ay con los ingratos, ay con los arteros, una carta de Buenos Aires le confirmaba lo que ya temía, que el gobierno del Río de la Plata rechazaba la invitación a cooperar para sacar a los realistas del Perú y concluir la guerra.

—Bolívar me da migajas y mi propia patria, nada de nada —suspiró.

El mensaje lo ratificó en la decisión tomada. El dieciocho firmó el decreto que convocaba para dos días más tarde el Congreso Constituyente y después de instalar las sesiones con un aplomado discurso, se despojó de la banda roja y blanca, insignia del mando supremo, y se retiró del recinto. En la tarde cabalgó hasta el puerto de Ancón, al norte de Lima, y se embarcó en el bergantín Belgrano, donde sus haberes, que durante meses le habían acompañado en la casona de La Magdalena, estaban embodegados desde la víspera. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimientos que tenga, dijo en su proclama de despedida a los peruanos, es temible a los estados que de nuevo se constituyen, y en cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas, como en el general de las cosas, dividirán sus opiniones y los hijos de éstos darán el verdadero fallo.

El doce de octubre estaba en Valparaíso, pero su decisión de pasar los Andes de vuelta e instalarse para siempre en Mendoza hubo de esperar. Para mediados de noviembre, recluido en su habitación de la quinta de El Conventillo, propiedad del director supremo de Chile, el general Bernardo O'Higgins, los médicos que lo atendían no tuvieron

dudas sobre el origen de sus recurrentes fiebres: ese fuego que le hace arder la cabeza es el chavalongo que ya ha matado a muchos en Santiago y en Valparaíso. En los primeros de diciembre los galenos temieron lo peor, pero días antes de Navidad las sangrías y las aguas de natre comenzaron a surtir buen efecto.

Apenas empezaba a recuperarse cuando recibió la noticia de que el Congreso peruano, en sesión secreta, había decidido poner fuera de la ley a Monteagudo y extrañarlo a perpetuidad. Y con el año nuevo, más malas noticias: el veintiuno de enero las tropas del general Rudecindo Alvarado, que por fin habían iniciado la campaña por los puertos intermedios, fueron barridas en Moquehuá por el ejército realista al mando de Canterac; y el veintiocho, un levantamiento popular en Santiago obligó a O'Higgins a abdicar. San Martín se enteró de la noticia en el camino hacia Mendoza, con sus fuerzas apenas repuestas tras más de sesenta días de enfermedad, y el nueve de febrero le escribió a O'Higgins. Millones y millones de enhorabuenas por su separación del mando, le dijo sincero, ahora es cuando gozará usted de la paz y la tranquilidad, y sin necesidad de formar nuevos ingratos. Siete semanas después, cuando se enteró de que su amigo chileno se preparaba para partir, volvió a escribirle, instándolo, dígame usted adónde va, que yo le ofrezco verlo y olvidar entre los dos que existen hombres. O'Higgins partió al Perú y nunca más se encontraron.

Casi a diario llegaban cartas de Lima con reportes sobre el desgobierno reinante y pedidos a San Martín para que regresara. Él las leía y alcanzaba a ilusionarse, pero pronto ganaban su alma el desdén, el profundo desprecio hacia todo lo relativo con el poder y sus intrigas. Ni siquiera en Mendoza lo dejaban tranquilo las amenazas de sus enemigos en Buenos Aires, las mismas que él ponía de presente para no cabalgar hasta la capital a visitar a su esposa Remedios, a punto de caer derrotada por fin por la tisis.

—Qué va —decían algunos—, que no son las amenazas, es que nunca la perdonó; es que para él, ella murió meses antes del cruce de los Andes.

El tres de agosto de 1823, cuando finalmente Remedios falleció, San Martín decidió que iría a Buenos Aires para hacerse cargo de su hija Mercedes, que cumplía los siete años por esas fechas, y llevársela a Europa a estudiar. Quería poner un océano entre él y tanta infamia. Antes de embarcarse, visitó la tumba de su esposa. Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín, leyó en la lápida de mármol blanco que él mismo había encargado al enterarse de que era viudo, y que cubre su tumba en el cementerio de

La Recoleta.

El siete de febrero, el gobierno porteño de Bernardino Rivadavia, que no deseaba tenerlo cerca, le otorgó pasaporte para salir del país con su hija, por tiempo indefinido. En mayo, padre e hija estaban en Londres, donde San Martín visitó a sus viejos amigos británicos, en un último y vano intento por conseguir un príncipe que mandara en el Perú. Llegó a Bruselas para Navidad y allí se instaló durante tres años, antes de un fallido intento por volver a su país, adonde se sintió llamado. El seis de febrero del año veintinueve, el Countess of Chichester, a bordo del cual viajaba, ancló en el puerto de Buenos Aires. La ciudad había sido atacada en medio del fragor de una nueva guerra civil. San Martín recibió en el buque la visita de su viejo amigo, Antonio Álvarez de Condarco, quien se sorprendió de verlo delgado y bastante canoso.

—Me voy, amigo —le dijo—. Sigo a Montevideo sin desembarcar, que no pertenezco ni quiero pertenecer a ninguno de los bandos en cuestión.

Para el otoño, estaba de nuevo en Bruselas. En el año treinta y dos se instaló en París, donde vivió década y media, casi siempre con su hija, ya casada, y sus nietas, en una casa de Grand Bourg, al sur de la capital francesa. En el año cuarenta y ocho se mudó con ellas a Boulogne-sur-Mer, en la costa del canal de la Mancha, para evitar, decía, que mi familia vuelva a presenciar las trágicas escenas que desde la revolución de febrero se han sucedido en París.

Enfermo de cataratas, de las que lo operaron para recuperar buena parte de la vista, agotado y melancólico, vivió los dos últimos años y medio de su existencia en la segunda planta del número ciento veinticinco de la Grande Rue. Pasaba largas horas en su habitación, ante la mirada vigilante de un retrato de Simón Bolívar que su hija había dibujado años atrás y que presidía la estancia. Aun entonces se negó a dormir en un lecho que no fuera su viejo catre de campaña, cuya lona y herrajes se recogían en un cajón de cuero y madera, lo que a lo largo de los años de guerra había facilitado su transporte. Con el verano del año cincuenta sofocando la casa, el diecisiete de agosto el general José de San Martín murió de viejo en la cama de su hija, a donde Mercedes lo trasladó, en medio de las protestas del anciano Libertador, para que pasara en ella sus últimas horas. Se fue de este mundo convencido de haber salvaguardado sus secretos.

Meses después, en Lima, Rosa Campuzano falleció tras vivir sus años finales al borde de la indigencia. Apenas había alcanzado a despedirse de su amante cuando el general abandonó la mansión de

La Magdalena, a las afueras de Lima, una mañana de septiembre, tras renunciar al protectorado veintinueve años atrás. Una década después de separarse de San Martín, Rosa trajo al mundo a un hijo, a quien bautizó Alejandro, fruto de un tormentoso romance con un comerciante alemán quien, poco después, abandonó Lima y se llevó para siempre al pequeño.

Manuela Sáenz vivió cinco años más que su vieja amiga Rosa. Desterrada de Colombia en el año treinta y cuatro, se refugió en Jamaica. En el treinta y cinco quiso volver a Quito y recuperar sus propiedades, pero el gobierno del Ecuador, recién nacida república que a principios de la década se había separado de Colombia, le revocó su pasaporte. Se refugió en el puerto de Paita, en el norte del Perú, a jornada y media de navegación por mar de la ría de Guayaquil.

Allí malvivió más de veinte años, dedicada a la venta de tabaco y a escribir, con su esmerada caligrafía, las cartas que los tripulantes de los buques balleneros que atracaban en el puerto le dictaban para enviarlas a sus amores en otras latitudes. Completaba lo necesario para vivir con la confección de bordados y con la preparación de los mismos dulces que habían afamado a las monjas del convento de su niñez. El veintitrés de noviembre de 1856, arrastrada por una epidemia de difteria que asoló a Paita y tras varios días de agonía en que la enfermedad le cortaba la respiración hasta la asfixia, su corazón apasionado dejó de latir para siempre. Por orden del ayuntamiento, que deseaba evitar la propagación del mal, la enterraron en una fosa común con sus ropas y demás pertenencias, entre ellas varias cartas de Bolívar.

Había visto al Libertador por última vez el ocho de mayo de 1830, cuando el general se vio obligado a partir de Bogotá tras renunciar al poder que había tratado de ejercer con la mano fuerte del dictador, en medio de las convulsiones partidistas y el separatismo de venezolanos y ecuatorianos. En septiembre del veintiocho, Bolívar había sobrevivido a un atentado del que ella lo salvó al enfrentar a los asaltantes, apenas pasada la medianoche, con una espada en la mano derecha y una pistola en la izquierda, mientras él alcanzaba a huir por la ventana.

Cuatro años antes había acariciado la consagración de su carrera. Empeñado en cumplir la cita que San Martín le había puesto con la gloria cuando se despidieron en el muelle de Guayaquil, trece meses antes, Bolívar llegó al Perú el primero de septiembre del año veintitrés. Se instaló con Manuelita en la casona de La Magdalena, la misma que había sido testigo de los mejores días de San Martín con

Rosa, y trató de gobernar el Perú. Al principio, como le ocurrió al argentino, todo fueron fiestas y homenajes. Pero a los pocos meses, el Libertador estaba sumergido en el mismo mar de intrigas y maquinaciones en que se había ahogado el Protector.

Antes de llegar, Bolívar había enviado a Sucre con más de tres mil soldados con el fin de reforzar las tropas de la división Santa Cruz y lo que quedaba del Ejército Expedicionario que había desembarcado con San Martín en el año veinte. Para el seis de agosto de 1824, cuando libró contra los realistas la batalla de Junín, el Libertador comandaba un ejército de cerca de doce mil hombres, nueve mil de los cuales participaron en el combate que marcó la primera derrota de la caballería realista en suelo peruano, gracias en buena medida a la heroica carga de los granaderos montados que comandaba el general Mariano Necochea y que cayeron sobre las tropas de la corona con sus sables corvos desenfundados, así como a la embestida definitiva de otro oficial de San Martín, el coronel Manuel Isidoro Suárez, quien lideraba el primer escuadrón de húsares que barrió a los del rey, con sus lanzas de dos varas y media.

La victoria definitiva la obtuvieron los patriotas ese mismo año, el nueve de diciembre, en el campo de Ayacucho. Pero Bolívar no estuvo allá para recoger los laureles de la gloria, que fue toda, en esa jornada, para el general Sucre. Convertido en dictador del Perú para enfrentar la inestabilidad y las conspiraciones, el Libertador fue informado de que el Congreso en Bogotá había decidido que no podía comandar más a las tropas colombianas. Como gobernaba otro país, habían argumentado los juristas de la capital, debía ser relevado del mando, que recayó, como era inevitable, en Sucre.

Sin haber conseguido que entrara en vigor la Constitución que había redactado para el Perú y que le otorgaba la presidencia vitalicia, Bolívar se embarcó en septiembre del veintiséis rumbo a Colombia, donde las convulsiones políticas y las revueltas militares amenazaban con desintegrar el país. El Libertador intentó negociar con las distintas facciones, pero convencido de que sólo gobiernos fuertes podían lidiar con los pueblos de las naciones recién formadas, en agosto del veintiocho, un mes antes del atentado en el que Manuelita le salvó el pellejo, se proclamó dictador.

Duraría menos de dos años en el gobierno y fracasaría en sus intentos tanto por estabilizar a la república como por mantenerla unida. En marzo del año treinta, retirado ya del poder, con el cuerpo enjuto por el avance de la tuberculosis y el rostro consumido y seco por el insomnio crónico y las tristezas, el Libertador recibió al coronel

Joaquín Posada Gutiérrez en la hacienda sabanera de Fucha, en las afueras de Bogotá, donde había buscado refugio mientras preparaba su partida. Cubierto por una ruana y con andar cansino, salió a caminar con el coronel por los prados de la hacienda. Llegaron hasta un riachuelo y Bolívar, con los brazos cruzados sobre el pecho inclinado hacia adelante, se quedó mirando el agua clara que corría.

—¿Cuánto tiempo tardarán estas aguas en confundirse con las del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? —le preguntó a Posada con una voz apagada, que había perdido el agudo brillo que tanto había molestado a San Martín.

El coronel guardó silencio.

—Una gran parte se evapora —prosiguió el Libertador—, como la gloria humana.

Posada asintió. Poco después, mientras desandaban el camino, Bolívar se detuvo, alzó los brazos e irguió el pecho tanto como le alcanzaban sus fuerzas. Se apretó las sienes y su voz, temblorosa, se dejó oír.

—Mi gloria, mi gloria, por qué me la arrebatan, por qué me calumnian.

Dos meses después partió de Bogotá. Bajó la cordillera hasta el río Magdalena y siguió su curso hacia la costa del Caribe, con el deseo de embarcarse a Europa, tal y como San Martín lo había hecho siete años antes. Por el camino se enteró del asesinato de Sucre, quien marchaba hacia Quito con el firme propósito de retirarse a vivir en paz al lado de su esposa y de su hija.

—Caín ha vuelto a asesinar a Abel —comentó, adolorido, en la casa del pie del cerro de La Popa, en Cartagena, donde se alojaba.

Días después, ya más enfermo, siguió su camino. Soñaba todavía con embarcarse a Europa. Pero la vida no le alcanzó.

Pasó sus últimos días postrado en una cama en la quinta de San Pedro Alejandrino, adonde alcanzaban a llegar los aires marinos de la bahía de Santa Marta que, sin embargo, no bastaban para aliviarle los pulmones fatalmente infectados. El diecisiete de diciembre se despidió de este mundo, sin haber podido gozar de una vejez tranquila que quizás le habría servido de consuelo para la gloria perdida.

NOTA FINAL

Habría sido incapaz de escribir esta novela sin la ayuda invaluable de algunos amigos y colaboradores, que aceptaron discutir conmigo el conjunto de la trama, lo mismo que episodios concretos y algunos rasgos de los personajes reales o imaginarios que desfilan en estas páginas, o me prestaron asesorías específicas, siempre generosas.

Comienzo por Juan Esteban Constaín, una de las plumas más brillantes de la nueva generación de escritores colombianos, conocedor como pocos de la historia del país y del mundo, y siempre atinado en sus recomendaciones históricas y literarias. Pedro Arciniegas Rueda, quien a pesar de su juventud es ya un sólido estudioso y analista de los tiempos de la Independencia y de muchos otros períodos, releyó cada página del borrador, cazó gazapos históricos, señaló inconsistencias y enriqueció mi trabajo con glosas cargadas de información. María Utrilla, mi compañera y a quien va dedicada esta novela, es la responsable, al igual que sucedió con *El Mariscal que vivió de prisa*, de decenas de expresiones, refranes y apuntes del lenguaje de fines de la época colonial.

El periodista y amigo Camilo Durán, quien ya no está con nosotros, discutió conmigo el arranque del proyecto y aportó, con su generosidad de siempre, reflexiones atinadas. Luis Guillermo Parra, amante de la historia, poseedor de una envidiable biblioteca y siempre pendiente de cuanto volumen valioso anda por ahí, obtuvo para mí media docena de libros que jamás habría podido ubicar sin su ayuda, tanto sobre la entrevista de Guayaquil, específicamente, como sobre otros episodios conexos.

Mención especial deseo hacerle al exministro, historiador e

investigador argentino Rodolfo Terragno, una de las mentes más lúcidas de la Argentina de hoy. Sus trabajos sobre el general San Martín, en especial su revelador estudio *Maitland y San Martín, un plan secreto que estuvo 184 años oculto,* cargaron de sentido una historia en la que, de otro modo, yo habría errado el tiro. Rodolfo tuvo la enorme gentileza de recibirme en su casa de Buenos Aires a finales de noviembre de 2012, para una deliciosa charla que me resolvió dudas fundamentales.

Entre los libros que más me sirvieron empiezo por mencionar las biografías de John Lynch, una sobre San Martín y otra sobre Bolívar, que leídas en paralelo me resultaron apasionantes. Versiones encontradas pero mutuamente en- riquecedoras sobre la entrevista de Guayaquil me aportaron dos libros que muchos consideran el agua y el aceite de esta trama: la obra del argentino Ricardo Rojas y el texto del venezolano Vicente Lecuna. También me ayudaron los inteligentes trabajos del investigador Jorge G. Paredes sobre el encuentro, el de Eduardo Giorlandini, *Bolívar y San Martín, ¿pacto o discordia?,* y el de Guillermo Morón, *La mentira de Guayaquil o el fetichismo argentino.*

Sobre San Martín encontré nutrida y clave información en apartes de los trabajos de Bartolomé Mitre, José Ignacio García Hamilton, Patricia Pasquati y Hugo Chumbita, este último investigador del origen del prócer en Yapeyú, y disfruté la novela *La venganza de los patriotas,* de Miguel Bonasso. Devoré la correspondencia del Libertador del Sur, publicada por Editorial América en Madrid, en 1919. Y resolví dudas en torno a fechas y lugares con la *Cronología de San Martín,* de Galván Moreno. También abrevé en los capítulos dedicados a San Martín por Federico Andahazi, en *Argentina con peca.do concebida,* y por Felipe Pigna en *Los mitos de la historia argentina,* así como en la novela de Silvia Puente, *Remedios de la Escalada,* y en el trabajo de Juan Luis Orrego Penagos, *Rosa Campuzano, la Protectora.*

Respecto al cruce de la cordillera por el ejército de San Martín, me resultaron de gran provecho *La campaña de los Andes,* de Carlos Pueyrredón; la *Nueva historia del cruce de los Andes,* de Pablo Camogli —un trabajo de excelente factura—, y el hermoso libro *La ruta de la libertad, el camino de Los Patos,* con textos de Julio Luqui-Lagleyze y maravillosas fotos de Gustavo Muñoz Lorenzo, editado por el gobierno de la provincia de San Juan, Argentina, y que obtuve gracias a los oficios diligentes del Instituto Sanmartiniano en Buenos Aires, a fines de 2012.

Me adentré más y mejor en la personalidad de Bolívar, que había

comenzado a estudiar para la novela sobre Sucre, con las investigaciones del profesor Mauro Torres, y el volumen *Los hijos secretos de Bolívar,* de Antonio Cacua Prada, al igual que los textos sobre Manuela Sáenz, *Por Bolívar y la gloria,* de Pamela S. Murray, y *La libertadora del Libertador,* de Alfonso Rumazo. Revisé su correspondencia recopilada en las *Memorias de O'Leary,* y repasé una vez más el *Diario de Bu- caramanga*, de Luis Perú de la Croix, así como las *Memorias históricopolítica-s,* de Joaquín Posada Gutiérrez.

Estuve en Guayaquil, recorrí el malecón y el damero que forman las calles cercanas, y adquirí documentos muy valiosos en el Archivo General del Guayas, donde me atendieron con diligencia y amabilidad. Los libros *Guayaquil, al vaivén de la ría*, editado por LibriMundi, con excelentes textos y maravillosos dibujos, fotos y mapas, y *Estudios sobre el Guayaquil colonial,* de María Luisa Laviana, lo mismo que la investigación *El fruto prohibido: el cacao de Guayaquil y el mercado novohispano*, de Jesús Hernández Jaimes, contribuyeron a ampliar mi visión del Guayaquil de la época.

Mis visitas a Quito, Buenos Aires, el pantano de Vargas, Mendoza y buena parte del recorrido del cruce de los Andes formaron parte de la investigación de los escenarios. También estuve en Cádiz, España, y en Boulogne-sur-Mer, donde el consulado argentino mantiene en excelentes condiciones la casa en la que murió San Martín. Dos textos acompañaron mi visita al puerto gaditano: *La logia de Cádiz*, de Jorge Fernández Díaz, y las interesantes investigaciones del profesor titular de la Complutense de Madrid, Luis Enrique Otero Carvajal, sobre la red telegráfica de señales visuales entre Cádiz y otros puntos del sur de la península ibérica, que encontré en la página web del profesor.

Otra página web que ya me había servido en la novela sobre el Mariscal Sucre y que, de nuevo, encontré de gran utilidad, es la del ecuatoriano Rodolfo Pérez Pimentel, cargada de deliciosa información y de excelentes crónicas sobre Guayaquil, la entrevista y varios de los personajes que rodearon el evento.

Un agradecimiento final para mi colega José Vales, que me ayudó mucho durante mis días en Buenos Aires. Lo mismo para mi abogado y amigo Guillermo Puyana, quien me facilitó el *Diccionario de la lengua pastusa*, de Rafael Sanz Mon- cayo, sin el cual me habría costado mucho más trabajo construir el personaje de Juan Gregorio Lasso; y para el colega y amigo Raúl Vallejo, embajador del Ecuador en Bogotá, quien enriqueció algunas de mis visiones en sucesivas charlas sobre Guayaquil y, en especial, sobre José Joaquín Olmedo. Gracias a todos ellos, lo mismo autores que colaboradores y amigos, y mis

disculpas anticipadas a cualquiera cuyo reconocimiento haya omitido injustamente en esta nota final.

M. V. L.
mauriciovargaslinares@gmail.com
www.mauriciovargaslinares.com



España
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 00
Fax (34) 93 492 85 65
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Paseo Recoletos, 4, 3.ª planta
28001 Madrid (España)
Tel. (34) 91 423 03 00
Fax (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina
Av. Independencia, 1668
C1100 Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4124 91 00
Fax (5411) 4124 91 90
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil
Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.º andar, Conj. 32
Edificio New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel. (5511) 3087 88 88
Fax (5511) 3087 88 90
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoriaplaneta.com.br

Chile
Av. 11 de Septiembre, 2353, piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. Gerencia (562) 652 29 43
Fax (562) 652 29 12
www.planeta.cl

Colombia
Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador
Whymper, N27-166,
y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec

México
Masaryk 111, piso 2.º
Colonia Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 3000 62 00
Fax (52) 55 5002 91 54
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú
Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel. (511) 440 98 98
Fax (511) 422 46 50
Mail: rrosales@eplaneta.com.pe

Portugal
Planeta Manuscrito
Rua do Loreto, 16-1.º Frte.
1200-242 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 370 43061
Fax (351) 21 370 43061

Uruguay
Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela
Final Av. Libertador con calle Alameda,
Edificio Exa, piso 3.º, of. 301
El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 952 35 33
Fax (58212) 953 05 29
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve



Planeta es un sello editorial del Grupo Planeta www.planeta.es